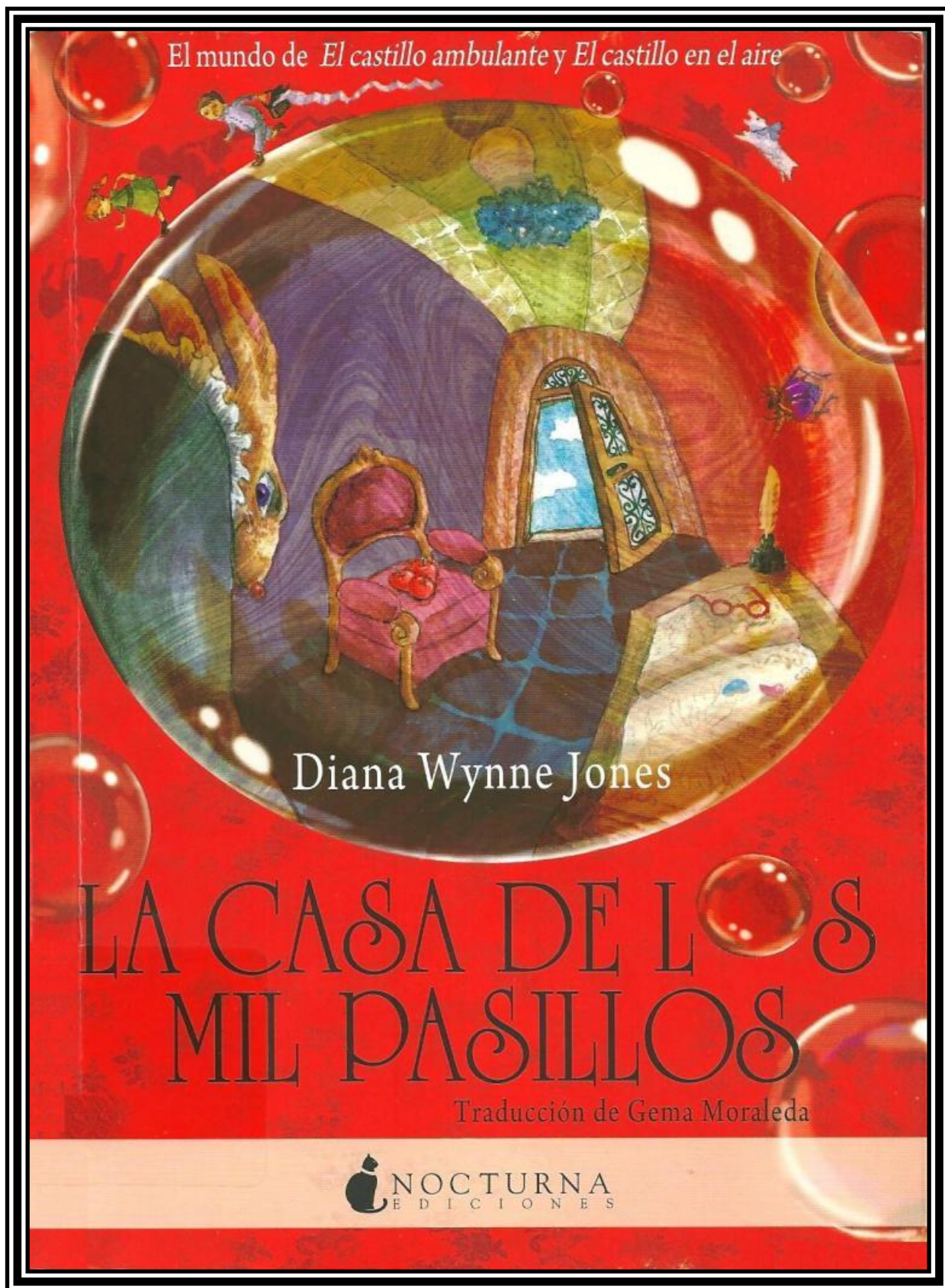






DIANA WYNNE JONES

LA CASA DE LOS MIL PASILLOS

3º Howl



A mi nieta Ruth, a la colada de Sharyn y también a Lilly B.



ARGUMENTO

La vida de la joven Charmain Baker es, esencialmente, respetable. Sus días transcurren con una calma que sólo se ve alterada por las aventuras de los libros de los que apenas saca la nariz. Y entonces, un día su tía Sempronia le anuncia que ha de ir a cuidar la casa de su tío (un tal William que, por lo visto, es mago) mientras él está fuera.

Charmain, emocionada por hallarse al fin ante su propia aventura, parte de inmediato. Pero cuando llega a la casa, se topa con un laberinto de habitaciones extrañas a las que se accede según unas instrucciones mágicas muy precisas. Hay elfos, jardineros de color azul, comidas que se sirven solas, libros de hechizos para aprender a volar y, en fin, todo lo que puede haber en la casa de un mago. Pero también hay pilas y pilas de platos sucios, encantamientos que salen mal y un joven aprendiz de carácter despistado que afirma venir en busca del mago William. En resumen, algo para lo que ningún libro la había preparado.



Capítulo 1

En el que presentan voluntaria a Charmain para vigilar la casa del mago

—Tiene que hacerlo Charmain —dijo tía Sempronia—. No podemos permitir que el tío abuelo William se enfrente a esto solo.

—¿Tu tío abuelo William? —repitió la señora Baker—. No es... —tosió y bajó la voz porque eso, bajo su punto de vista, no era demasiado agradable—. ¿No es mago?

—Por supuesto —asintió tía Sempronia—. Pero ha... —en este punto, ella también bajó la voz—. Ha envejecido, ya sabes, por dentro, y sólo los elfos pueden ayudarlo. Tienen que llevárselo para curarlo, ya sabes, y alguien tiene que cuidar de su casa. Los hechizos, ya sabes, se «escapan» si no los vigila nadie. Y yo estoy demasiado ocupada para hacerlo. Sólo mis obras de caridad con los perros abandonados...

—Yo también. Este mes estamos hasta arriba de encargos de pasteles de boda —dijo enseguida la señora Baker—. Sam me estaba diciendo que sólo esta mañana...

—Entonces tiene que hacerlo Charmain —decretó tía Sempronia—. Ya tiene edad.

—Eh... —balbuceó la señora Baker.

Ambas miraron al otro lado del salón, donde estaba sentada la hija de la señora Baker, enfrascada en un libro, como siempre, con su largo y delgado cuerpo inclinado bajo la luz del sol que entraba por entre los geranios de la señora Baker, con su melena pelirroja recogida en una especie de nido de pájaros y sus gafas colgando de la punta de la nariz. Tenía en la mano una de las jugosas empanadas de su padre y la masticaba al tiempo que leía. No dejaban de caer migas sobre el libro y ella las apartaba con la empanada cuando aterrizaban en la página que estaba leyendo.

—Eh... ¿nos estabas escuchado, cariño? —preguntó la señora Baker con nerviosismo.

—No —respondió Charmain con la boca llena—. ¿Qué?

—Quedamos así, pues —intervino tía Sempronia—. Dejo que seas tú quien se lo explique, Berenice, querida —se levantó planchando majestuosamente los pliegues



de su tieso vestido de seda y, después, los de su sombrilla, también de seda—. Volveré a buscarla mañana por la mañana —dijo—. Ahora será mejor que vaya a contarle al pobre tío abuelo William que Charmain cuidará de sus cosas.

Atravesó el salón con decisión y dejó a la señora Baker deseando que la tía de su marido no fuese tan rica ni tan mandona, y preguntándose cómo se lo iba a explicar a Charmain, por no hablar de Sam.

Sam nunca dejaba a Charmain hacer nada que no fuese intrínsecamente respetable. Tampoco la señora Baker, excepto cuando tía Sempronia se entrometía.

Mientras tanto, tía Sempronia se subió a su pequeño y elegante carruaje de ponis y ordenó a su lacayo que la llevara más allá del otro extremo del pueblo, a casa del tío abuelo William.

—Lo he arreglado todo —anunció mientras discurría por los pasillos mágicos hasta donde estaba el tío abuelo William escribiendo tristemente en su estudio—. Mi sobrina nieta Charmain vendrá mañana. Te verá cuando te vayas y cuidará de ti cuando vuelvas. Y, mientras tanto, cuidará de tu casa.

—¡Qué amable! —exclamó el tío abuelo William—. Asumo que tiene buenos conocimientos de magia, ¿verdad?

—No tengo ni idea —replicó tía Sempronia—. Lo que sí sé es que nunca saca la nariz de los libros, que nunca ayuda en su casa y que sus padres la tratan como si fuese un objeto sagrado. Le irá muy bien hacer algo normal, para variar.

—Vaya, querida —dijo el tío abuelo William—, gracias por avisarme. En ese caso, tomaré precauciones.

—Hazlo —dijo tía Sempronia—. Y más te vale asegurarte de que haya mucha comida. Jamás he conocido a una chica que coma tantísimo. Y aun así, se mantiene delgada como la escoba de una bruja. Nunca lo he entendido. Entonces, la traeré mañana antes de que vengan los elfos.

Dio media vuelta y se fue.

—Gracias —dijo débilmente el tío abuelo William a su rígida y siseante espalda—. Vaya —musitó al tiempo que se cerraba la puerta principal—. Bueno, bueno. Supongo que hay que ser agradecido con los parientes.

* * *

Contra todo pronóstico, Charmain también estaba bastante agradecida a tía Sempronia. No es que le agradeciera, en absoluto, que la hubiese presentado voluntaria a cuidar de un mago viejo y enfermo al que no conocía.



—¡Podría habérmelo preguntado! —le dijo bastantes veces a su madre.

—Creo que sabía que te habrías negado, cariño —acabó sugiriendo la señora Baker.

—A lo mejor —contestó Charmain—. O a lo mejor no —añadió con una sonrisa misteriosa.

—Cariño, no te estoy pidiendo que te guste —dijo la señora Baker con voz temblorosa—. No es que sea agradable. Es sólo que sería muy generoso por tu parte...

—Ya sabes que yo no soy generosa —repuso Charmain, y subió a su habitación blanca con adornos, donde se sentó en su bonito escritorio y miró por la ventana los tejados, las torres y las chimeneas de High Norland, y después, más allá, las montañas azules. La verdad es que aquella era la oportunidad que había estado esperando. Estaba cansada de su respetable colegio y muy cansada de vivir en su casa, con su madre tratándola como si Charmain fuese una tigresa que nadie estuviera seguro de si estaba domada y su padre prohibiéndole hacer cosas porque no eran adecuadas o seguras o normales. Era su oportunidad para irse de casa y hacer algo, la única cosa que Charmain siempre había querido hacer. Valía la pena cargar con la casa de un mago sólo por eso. Se preguntó si tenía el valor necesario para escribir la carta que correspondía.

Durante mucho tiempo no lo tuvo. Se sentó a mirar cómo las nubes se juntaban con las cimas de las montañas, blancas y moradas, creando formas de animales gordos y dragones voladores. Las miró hasta que las nubes se disolvieron en una simple niebla que contrastaba con el azul del cielo. Entonces se dijo: «Ahora o nunca». Después suspiró, cogió las gafas que le colgaban de una cadena del cuello y sacó una buena pluma y su mejor papel de carta. Escribió con su mejor caligrafía:

Majestad:

Desde que, de pequeña, oí hablar por primera vez de su gran colección de libros y manuscritos, he deseado trabajar en su biblioteca. Aunque sé que usted mismo, con la ayuda de su hija, su alteza real la princesa Hilda, se encarga personalmente de la extensa y difícil tarea de ordenar e inventariar el contenido de la biblioteca real, espero, sin embargo, que agradezca mi ayuda. Dado que ya tengo edad, me gustaría presentarme al puesto de ayudante de bibliotecario en la biblioteca real. Espero que Su Majestad no considere presuntuosa mi solicitud.

Suya,

Charmain Baker

Calle Corn, 12

High Norland



Charmain se apoyó en el respaldo de la silla y releyó su carta. Era imposible, pensó, que una carta escrita así causase al viejo rey otra cosa que sonrojo, pero le parecía que estaba bastante bien. Lo único de lo que dudaba era del «ya tengo edad». Sabía que esa frase implicaba que se tenía veintiún años —o, al menos, dieciocho—, pero ella opinaba que no era del todo mentira. Después de todo, no estaba diciendo qué edad «tenía». Y tampoco decía que tuviese amplios estudios o estuviese altamente cualificada, porque no lo estaba. Ni siquiera había dicho que amaba los libros más que cualquier otra cosa en el mundo, aunque fuese completamente cierto. Tendría que confiar en que su amor por los libros se intuyese.

«Estoy bastante segura de que el Rey se limitará a arrugar la carta y tirarla al fuego —pensó—. Pero al menos lo habré intentado».

Salió a echar la carta al buzón sintiéndose valiente y desafiante.

A la mañana siguiente llegó tía Sempronia en su carruaje de ponis y subió a Charmain en él, acompañada de una pequeña bolsa de tela en la que la señora Baker había guardado la ropa de Charmain, y otra mucho más grande y abombada en la que había metido empanadas, bollos, flanes y tartas. La bolsa era tan grande y olía tanto a hierbas, caldo de carne, queso, fruta, jamón y especias que el mozo que conducía el carro se dio la vuelta y aspiró, sorprendido; incluso las fosas nasales de la gran nariz de tía Sempronia se ensancharon.

—Bueno, al menos de hambre no te vas a morir, niña —dijo—. Vámonos.

Pero el mozo tuvo que esperar a que la señora Baker abrazara a Charmain y le dijese:

—Cariño, sé que puedo confiar en que serás buena, ordenada y educada.

«Eso es mentira —pensó Charmain—. No confías absolutamente nada en mí».

Entonces el padre de Charmain se apresuró a estamparle un beso en la mejilla.

—Sabemos que no nos decepcionarás, Charmain —añadió.

«Otra mentira —pensó Charmain—. Sabéis que sí lo haré».

—Y te vamos a echar de menos, mi amor —dijo su madre a punto de llorar.

«¡Eso podría ser verdad! —pensó Charmain un poco sorprendida—. Aunque no acabo de entender siquiera porque les caigo bien».

—Vámonos —ordenó tía Sempronia con dureza, y el mozo obedeció. Cuando el poni empezó a pasear tranquilamente por las calles, dijo—: Muy bien, Charmain, ya sé que tus padres te han dado siempre todo lo mejor y que nunca has tenido que mover un dedo por ti misma en toda tu vida. ¿Estás preparada para cuidarte sola, para variar?

—Sí, claro —dijo Charmain *con* entusiasmo.

—¿Y de la casa y del pobre anciano? —insistió tía Sempronia.



—Lo haré lo mejor que pueda —respondió Charmain. Tenía miedo de que tía Sempronia diese media vuelta y la llevase de vuelta a casa inmediatamente si no decía eso.

—Has recibido una buena educación, ¿verdad? —preguntó tía Sempronia.

—Hasta clases de música —admitió Charmain con cierta frialdad—. Pero no se me daba muy bien, así que no esperes que toque dulces melodías para el tío abuelo William.

—No lo esperaba —replicó tía Sempronia—. Dado que es mago, seguramente puede producir sus propias melodías. Intentaba saber si tienes la formación necesaria en magia. La tienes, ¿verdad?

A Charmain se le cayó el alma a los pies y le pareció que arrastraba consigo la sangre de su rostro. No se atrevió a confesar que no tenía la más mínima idea de magia. Sus padres —especialmente la señora Baker— consideraban que la magia no era algo adecuado. Y vivían en una zona tan respetable de la ciudad que en el colegio de Charmain nunca se había enseñado magia. Si alguien quería aprender algo tan vulgar, tenía que buscarse un profesor particular. Y Charmain sabía que sus padres jamás pagarían ese tipo de clases.

—Pues... —empezó Charmain.

Por suerte, tía Sempronia se limitó a continuar:

—Vivir en una casa llena de magia no es ninguna broma, ya lo sabes.

—Jamás me lo tomaría a la ligera —aseguró Charmain muy seria.

—Bien —dijo tía Sempronia, y se acomodó en el respaldo.

El poni siguió a su paso. Atravesaron la plaza Real, pasaron por la mansión real, deformada en un extremo y con su tejado dorado brillando al sol, y cruzaron la plaza del Mercado, donde casi nunca dejaban ir a Charmain. La niña miró pensativa las paradas y a la gente que compraba y charlaba, y se dio media vuelta para seguir mirando mientras se adentraban en la parte antigua de la ciudad. En aquella zona las casas eran tan altas, de tantos colores y tan diferentes entre sí —cada una parecía tener el tejado más inclinado y las ventanas situadas de un modo más extraño que la anterior— que Charmain empezó a albergar la esperanza de que vivir en la casa del tío abuelo William se convirtiese, después de todo, en algo muy interesante. Pero el poni siguió por las zonas más pobres y descuidadas y, después, por donde las casas adosadas y, aún más allá, por entre campos y setos, donde un gran acantilado bordeaba el camino y sólo había pequeñas casas dispersas entre filas de setos y las montañas eran cada vez más altas.

Charmain empezó a pensar que iban a salir de High Norland e irse a otro país. ¿Adónde? ¿Strangia? ¿Montalbino? Deseó haber estado más atenta en las clases de geografía.



Mientras pensaba en eso, el mozo paró en una pequeña casa de color indefinido escondida al fondo de un largo jardín. Charmain la miró a través de la pequeña puerta metálica y se sintió profundamente decepcionada. Era la casa más aburrida que había visto jamás. Tenía una ventana a cada lado de la puerta principal, de color marrón, y el tejado, de color indefinido, descansaba sobre ellas como si la fachada frunciere el ceño. Parecía que la casa sólo tenía planta baja.

—¡Ya hemos llegado! —anunció tía Sempronia alegremente. Se bajó, abrió la pequeña puerta metálica y emprendió el camino hacia la puerta principal. Charmain se deslizó melancólicamente tras ella mientras el mozo las seguía con las dos bolsas de Charmain. El jardín a ambos lados del camino parecía contener exclusivamente hortensias azules, turquesa y malva.

—No creo que tengas que cuidar del jardín —comentó tía Sempronia con regocijo.

«¡Eso mismo espero yo!», pensó Charmain.

—Estoy casi segura de que William tiene jardinero —añadió tía Sempronia.

—Ojalá —dijo Charmain. Lo único que sabía sobre jardinería era gracias a su propio patio trasero, donde había una enorme zarzamora y un rosal, además de las cajas transparentes donde la señora Baker cultivaba judías. Sabía que debajo de las plantas había tierra y que en la tierra había gusanos. Se estremeció.

Tía Sempronia golpeó con energía la aldaba de la puerta principal y después entró en la casa al grito de: «¡Eo! ¡Te he traído a Charmain!».

—Eres muy amable —contestó el tío abuelo William.

La puerta principal daba directamente a un lóbrego salón, donde el tío abuelo William estaba sentado en un lóbrego sillón de color indefinido. A su lado tenía una gran maleta de piel, como si estuviera a punto de marcharse.

—Encantado de conocerte, querida —le dijo a Charmain.

—¿Cómo se encuentra, señor? —respondió Charmain educadamente.

Antes de que ninguno de los dos pudiese decir nada más, tía Sempronia dijo:

—Pues, bueno, con todo el cariño, aquí te quedas. Deja sus cosas por ahí —le ordenó al mozo. El mozo dejó obedientemente las bolsas al lado de la puerta y salió de nuevo. Tía Sempronia le siguió, envuelta en el rumor de su cara ropa de seda, y dijo: «¡Adiós a los dos!».

La puerta principal se cerró de golpe y dejó a Charmain y al tío abuelo William mirándose mutuamente.

El tío abuelo William era un hombre menudo y casi calvo, excepto por algunos mechones de fino pelo plateado repartidos por su bastante esférica cabeza. Estaba rígido, encorvado y contraído, lo que permitió a Charmain adivinar que sufría mucho dolor. Se sorprendió al descubrir que sentía lástima por él, pero le hubiera gustado que no la mirase tan fijamente. Le hacía sentirse culpable. Tenía la piel de



debajo de los ojos caída y mostraba su interior rojo como la sangre. A Charmain la sangre le daba casi tanto asco como los gusanos.

—Bueno, pareces una jovencita muy alta y competente —dijo el tío abuelo William. Su voz era cansada y amable—. A mi entender, que seas pelirroja es una buena señal. Muy buena. ¿Crees que te las arreglarás mientras yo no esté? Me temo que esto está un poco desordenado.

—Eso espero —le pareció que la lóbrega habitación estaba bastante ordenada—. ¿Puede decirme algunas de las cosas que debo hacer?

«Aunque espero no estar aquí mucho tiempo —pensó—. Cuando el Rey conteste mi carta...».

—Ah, eso —dijo el tío abuelo William—. Pues las tareas habituales de la casa, pero mágicamente. Como es natural, la mayoría de cosas son mágicas. Como no estaba seguro de cuál era tu nivel de magia, he previsto algunas cosas...

«¡Qué desastre! —pensó Charmain—. ¡Él cree que yo sé magia!».

Intentó interrumpir al tío abuelo William para explicárselo, pero, entonces, algo les interrumpió a ambos. La puerta principal se abrió de par en par y una sucesión de elfos muy, muy altos entró silenciosamente. Casi todos iban vestidos de blanco, como los médicos, y sus rostros no mostraban expresión alguna. Charmain se quedó mirándolos profundamente turbada por su belleza, su altura, su indiferencia y, por encima de todo, su total silencio. Uno de ellos la echó cuidadosamente a un lado y ella se quedó donde la dejaron, sintiéndose torpe y desordenada, mientras el resto se arremolinaba en torno al tío abuelo William con sus brillantes cabezas rubias inclinadas sobre él. Charmain no estaba segura de qué estaban haciendo, pero al momento el tío abuelo William estaba vestido con una túnica blanca y le estaban levantando de la silla. Llevaba lo que parecían tres manzanas rojas pegadas a la cabeza. Charmain vio que estaba dormido.

—Esto... ¿no se dejan su maleta? —inquirió ella mientras se lo llevaban hacia la puerta.

—No la necesita —replicó uno de los elfos mientras sujetaba la puerta para que el resto sacase al tío abuelo William.

Después, todos siguieron por el camino del jardín. Charmain se lanzó hacia la puerta y les gritó:

—¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

De repente, le pareció urgente saber cuánto tiempo iba a estar a cargo de aquello.

—El que haga falta —contestó otro de los elfos.

Luego, antes de alcanzar la puerta del jardín, desaparecieron.



Capítulo 2

En el que Charmain explora la casa

Charmain se quedó mirando el camino vacío un rato antes de cerrar la puerta de un golpe.

—¿Y qué hago yo ahora? —preguntó a la lóbrega habitación desierta.

—Lo siento mucho, querida, pero tendrás que ordenar la cocina —contestó la cansada y amable voz del tío abuelo William surgiendo de la nada—. Te pido disculpas por haber dejado tanta ropa por lavar. Para instrucciones más precisas, abre mi maleta.

Charmain lanzó una mirada a la maleta. Así que el tío abuelo William había pretendido dejarla ahí.

—Enseguida —le dijo—. Aún no he deshecho las mías.

Cogió sus dos bolsas y se dirigió con ellas a la otra puerta. Estaba al fondo de la habitación y, cuando Charmain intentó abrirla con la mano que sostenía la bolsa de la comida, después con la misma mano y las dos bolsas en la otra y, finalmente, con ambas manos y las bolsas en el suelo, vio que daba a la cocina.

La observó un momento. Luego arrastró las dos bolsas a través de la puerta, mientras esta se cerraba, y volvió a mirar.

—¡Vaya caos! —exclamó.

Antes debía de haber sido una cocina grande y cómoda. Tenía una gran ventana que daba a las montañas por donde entraba la cálida luz del sol. Por desgracia, la luz del sol sólo servía para destacar las grandes pilas de platos y tazas que había en el fregadero, el escurridor y en el suelo al lado del fregadero. La luz del sol siguió adelante, y los desesperados ojos de Charmain con ella, para lanzar un brillo dorado sobre las dos bolsas de lona llenas de ropa sucia apoyadas al lado del fregadero. Estaban tan llenas que el tío abuelo William las había estado usando como estantería para un montón de cacerolas sucias y una sartén o algo parecido.

Los ojos de Charmain viajaron de allí a una mesa que había en medio de la



habitación. Ahí era donde parecía que el tío abuelo William guardaba su reserva de unas treinta teteras y el mismo número de jarras de leche —por no hablar de unas cuantas que alguna vez habían contenido aceite—. Todo estaba bastante ordenado a su manera, pensó Charmain, sólo estaba amontonado y sucio.

—Supongo que estabas realmente enfermo —refunfuñó Charmain al aire.

Esta vez no hubo respuesta. Con cuidado, se acercó al fregadero, donde le dio la sensación de que faltaba algo. Le llevó un momento percatarse de que no había grifo. Seguramente esta casa estaba tan lejos de la ciudad que no llegaban las cañerías. Cuando miró por la ventana, vio un pequeño patio con una bomba de agua en el centro.

«Así que se supone que tengo que salir, bombear agua, traerla dentro y, entonces, ¿qué?», se preguntó Charmain. Miró la oscura y vacía chimenea. Era verano, después de todo, así que, naturalmente, no estaba encendida ni vio nada que quemar. «¿Caliente el agua? —se dijo—. En una cacerola sucia, supongo y, ahora que lo pienso, ¿cómo lavaré? ¿Podré bañarme? ¿No hay ninguna habitación? ¿Ni siquiera un lavabo?».

Se apresuró hacia la pequeña puerta de detrás de la chimenea y la empujó para abrirla. Parecía como si hiciese falta la fuerza de diez hombres para abrir todas las puertas de casa del tío abuelo William, pensó enfadada. Casi podía notar la fuerza de la magia que las mantenía cerradas. Se descubrió observando una pequeña despensa. No había nada en sus estanterías, aparte de un cuenco de mantequilla, una hogaza con pinta de llevar mucho tiempo allí y una bolsa grande con el enigmático nombre de CIBIS CANINICUS que parecía estar llena de escamas de jabón. Y, apiladas al fondo, había otras dos bolsas más de ropa sucia tan llenas como las de la cocina.

—Tengo ganas de gritar —dijo Charmain—. ¿Cómo ha podido hacerme esto tía Sempronia? ¿Cómo ha podido madre permitirselo?

En ese momento de desesperación, Charmain sólo podía pensar en hacer lo que hacía siempre en medio de una crisis: sumergirse en un libro. Arrastró sus dos bolsas a la atestada mesa y se sentó en una de las dos sillas que había. Abrió la bolsa de tela, cogió las gafas, se las puso sobre la nariz y empezó a buscar entre la ropa los libros que le había dado a su madre para que los metiera en el equipaje.

Todo lo que tocaban sus manos era blando. Lo único duro resultó ser la pastilla de jabón entre sus cosas de higiene. Charmain la lanzó al otro de la habitación, directamente a la chimenea vacía, y siguió buscando.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. Debe de haberlos metido al principio, al fondo de todo.

Puso la bolsa boca abajo y dejó caer todo el contenido en el suelo. Cayeron cuidadosamente doblados montones de faldas, vestidos, medias, blusas, dos jerseys de punto, pololos con lazos y ropa interior para un año. Encima de todo cayeron sus



zapatillas nuevas. Después de eso, la bolsa quedó plana y vacía. Aun así, Charmain palpó todo el fondo de la bolsa antes de arrojarla a un lado, dejar caer sus gafas colgando de la cadena y echarse a llorar. Efectivamente, la señora Baker se había olvidado de meter sus libros en el equipaje.

—Bueno —dijo Charmain después de parpadear un poco y tragar saliva—. Supongo que nunca antes he estado realmente fuera de casa. La próxima vez me haré yo misma la maleta y la llenaré de libros. Ahora tendré que conformarme con lo que tengo.

Intentando conformarse con lo que tenía, subió la otra bolsa a la atestada mesa y empujó para hacerle sitio. Eso hizo que cayeran al suelo cuatro jarras de leche y una tetera.

—¡Y me da igual! —gruñó Charmain mientras caían. Para su alivio, las jarras estaban vacías y sólo se abollaron, y la tetera tampoco se rompió: se quedó reposando de lado y goteando té en el suelo—. Seguramente eso es lo bueno de la magia —dijo a la vez que sacaba tristemente de la bolsa el pastel de carne de la parte superior. Puso sus faldas hechas un ovillo entre sus rodillas, apoyó los codos en la mesa y le dio un enorme, sabroso y reconfortante bocado a la empanada.

Algo frío y vibrante le rozó la pierna derecha desnuda.

Charmain se quedó paralizada, sin atreverse ni siquiera a tragar. «Esta cocina está llena de babosas mágicas», pensó.

La cosa fría rozó otra parte de su pierna. Esta vez el roce virio acompañado de un leve lamento.

Muy despacio, Charmain apartó la falda y el mantel y miró al suelo. Bajo la mesa estaba sentado un perro blanco extremadamente pequeño y de pelo largo que la miraba lastimeramente, temblando como una hoja. Cuando se percató de que Charmain lo estaba mirando, se apartó torpemente, con las blancas orejas denotando su miedo, y golpeó el suelo con su corta cola peluda. Entonces, volvió a emitir un gemido quedo.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó Charmain—. Nadie me comentó nada de un perro.

La voz del tío abuelo William volvió a surgir del aire:

—Es Waif. Sé muy buena con él. Lo recogí de la calle y parece que todo le da miedo.

Charmain nunca había sabido qué pensar de los perros. Su madre decía que eran sucios, mordían y que nunca tendría uno en casa, de modo que Charmain siempre se ponía muy nerviosa cuando se encontraba con uno. Pero ese perro era tan pequeño... Parecía muy blanco y limpio. Y parecía tenerle mucho más miedo a Charmain del que Charmain le tenía a él. Seguía temblando.



—Oh, por favor, deja de temblar —le pidió Charmain—. No voy a hacerte daño.

Waif siguió sacudiéndose y mirándola con pena. Charmain suspiró. Cogió un gran trozo de su empanada y se lo tendió a Waif.

—Toma —le dijo—. Esto es por no haber sido una babosa, a pesar de todo.

La naricilla negra de Waif husmeó el trozo. La miró para asegurarse de que iba en serio y entonces, muy educadamente, se metió el trozo en la boca y se lo comió. Después, volvió a mirar a Charmain pidiéndole más. Ella estaba fascinada por su buena educación. Cogió otro trozo. Y otro. Y acabaron comiéndose a medias la empanada.

—Se acabó —dijo Charmain sacudiéndose las migas de la falda—. Tenemos que hacer que esta bolsa dure, porque parece que no hay más comida en la casa. Ahora enséñame qué tengo que hacer, Waif.

Waif trotó decidido hacia lo que parecía la puerta trasera, donde se paró, agitó su peluda cola y emitió un lamento. Charmain abrió la puerta, que fue tan difícil de abrir como las otras dos, y siguió a Waif al patio trasero, convencida de que eso quería decir que tenía que sacar agua de la bomba. Pero Waif pasó de largo alegremente de la bomba de agua y se dirigió a un escuálido manzano situado en la esquina, donde levantó su corta pata y orinó contra el tronco.

—Ya veo —dijo Charmain—. Esto es lo que tú tienes que hacer, no yo. Y tampoco parece que le estés haciendo mucho bien al árbol, Waif.

Waif la miró y siguió correteando de un lado a otro del patio, husmeando y levantando la pata sobre matas de césped. Charmain vio que se sentía seguro allí. Y, ahora que lo pensaba, ella también. Flotaba una sensación de cálida seguridad, como si el tío abuelo William hubiese puesto protecciones mágicas alrededor de aquel lugar. Ella se quedó de pie al lado de la bomba observando las puntiagudas montañas de más allá de la verja. Una leve brisa soplaba desde sus cimas, trayendo consigo el aroma de la nieve y las flores nuevas, que de algún modo recordó a Charmain a los elfos. Se preguntó si se habían llevado al tío abuelo William allí arriba. «Y mejor que lo traigan pronto de vuelta —pensó—. ¡Me volveré loca como tenga que pasar más de un día aquí!».

Había una pequeña cabaña en la esquina, al lado de la casa. Charmain se acercó a investigar murmurando: «Palas, supongo, y tiestos y demás». Pero una vez consiguió desplazar su pesada puerta, se encontró con un enorme recipiente de cobre, una planchadora de rodillos y un sitio donde encender un fuego bajo el recipiente. Se quedó mirando el conjunto como quien mira una extraña pieza en un museo hasta que recordó que había un cobertizo similar en el patio de su propia casa. Era un lugar tan misterioso para ella como aquel, porque siempre le habían prohibido entrar, pero sí que sabía que una vez por semana una lavandera de manos rojas y cara violeta generaba mucho vapor en el cobertizo y que, de alguna manera, de él salía la ropa limpia.



«¡Ah! El lavadero —pensó—. Creo que hay que meter las bolsas de colada en el recipiente y hervirlas, pero ¿cómo? Empiezo a pensar que hasta ahora he llevado una vida entre algodones».

—Y no estaba mal —dijo en voz alta, pensando en las manos enrojecidas y la mala cara de la lavandera.

«Aunque esto no me servirá para fregar los platos —pensó—. Y ¿qué hay de tomar un baño? ¿Se supone que tengo que hervirme ahí dentro? Y, por el amor de Dios, ¿dónde voy a dormir?».

Dejó la puerta abierta para Waif y volvió adentro; pasó de largo el fregadero, las bolsas de colada, la mesa llena de cosas y su propia pila de cosas en el suelo, y arrastró la puerta de la pared del fondo. Tras ella volvía a estar la lóbrega sala de estar.

—¡No hay manera! —exclamó—. ¿Dónde están las habitaciones? ¿Dónde está el lavabo?

La cansada voz del tío abuelo William surgió de la nada:

—Para llegar a las habitaciones y al baño, gira a la izquierda en cuanto abras la puerta de la cocina, querida. Por favor, perdona el desorden.

Charmain miró la cocina a través de la puerta abierta.

—Ah, ¿sí? —murmuró—. Vamos a verlo.

Caminó atrás hacia la cocina y cerró la puerta. Después la empujó para abrirla de nuevo, con lo que empezaba a pensar que eran los problemas habituales, y giró rápidamente a la izquierda hacia el marco de la puerta antes de tener tiempo de pensar que era imposible.

Se encontró en un pasillo con una ventana abierta al fondo. La brisa que por ella entraba olía mucho a montaña con su nieve y sus flores. Charmain miró boquiabierto el ondeante prado verde y el azul a lo lejos, mientras se ocupaba de girar el pomo y empujar con la rodilla la puerta más cercana.

Se abrió fácilmente, como si se usara con frecuencia. Charmain se vio inmersa en un aroma que le hizo olvidar al momento los que entraban por la ventana. Se quedó quieta levantando la nariz, aspirando encantada. Era el delicioso y mohoso aroma de los libros. Cientos de ellos, según vio al mirar toda la habitación. Los libros se alineaban en las cuatro paredes, se apilaban en el suelo y en la mesa. La mayoría de ellos eran antiguos y estaban encuadernados en cuero, aunque algunos de los que estaban en el suelo tenían cubiertas de colores que parecían más modernas. Aquello era, obviamente, el estudio del tío abuelo William.

—¡Oooh! —exclamó Charmain.

Sin prestar atención a que lo que se veía por la ventana, que eran las hortensias del jardín delantero, se sumergió en el estudio de los libros que había sobre la mesa. Eran



grandes, gordos y fragantes, y algunos tenían cierres metálicos para mantenerlos cerrados, como si fuera peligroso abrirlos. Charmain ya casi había cogido el más cercano cuando vio un papel rígido cubierto con una escritura temblorosa sobre el escritorio.

«Mi querida Charmain», leyó, y se sentó en la silla acolchada frente al escritorio para leer el resto.

Mi querida Charmain:

Muchísimas gracias por acceder a cuidar de esta casa en mi ausencia. Los elfos me han dicho que estaré fuera unas dos semanas. («¡Gracias a Dios!», pensó Charmain). O tal vez un mes, si hay complicaciones. («¡Oh!»). De verdad que tienes que perdonar el desorden que encontrarás. Llevo bastante tiempo enfermo. Pero estoy seguro de que eres una jovencita con recursos y que enseguida te adaptarás. En caso de dificultad, he dejado instrucciones orales donde parecían necesarias. Lo único que tienes que hacer es preguntar en voz alta y obtendrás tu respuesta. Las cosas más complicadas las encontrarás explicadas en la maleta. Por favor, sé buena con Waif, no lleva conmigo el tiempo suficiente para sentirse seguro, y, por favor, coge cualquier libro que quieras del estudio, excepto los que hay en este escritorio: la mayoría son demasiado poderosos y avanzados para ti. («¡Bah!, como si eso me importase», pensó Charmain). Mientras tanto, te deseo una feliz estancia aquí y espero poder darte las gracias en persona muy pronto.

Con cariño de tu tío bisabuelo político,

William Norland

—Sí, supongo que es político —dijo Charmain en voz alta—. En realidad, debe de ser tío abuelo de tía Sempronia, y ella se casó con el tío Ned, que es tío de papá, aunque ahora está muerto. Qué lástima. Empezaba a tener la esperanza de haber heredado alguna de sus habilidades mágicas.

Y dijo educadamente al aire:

—Muchas gracias, tío abuelo William.

No hubo respuesta. «Bueno, tampoco debía haberla», pensó Charmain. No era una pregunta. Y se puso a explorar los libros sobre la mesa.

El libro gordo que tenía en la mano se titulaba *El libro del vacío y la nada*. No le sorprendió, al abrirlo, encontrar sus páginas en blanco. Pero notó al tacto cómo cada página en blanco murmuraba y, de algún modo, se retorció mágicamente. Lo dejó enseguida y cogió otro titulado *La guía Wall de la astrología*. Este le decepcionó bastante porque estaba lleno de diagramas con líneas de puntos negros con cuadrados rojos saliendo de ellas, formando diferentes patrones, pero casi nada que leer. A pesar de ello, Charmain le dedicó más tiempo del esperado. Los diagramas



debían de tener algo hipnótico. Pero, finalmente, con un movimiento brusco, lo dejó y se decidió por otro titulado *Brujería seminal avanzada*, que no iba para nada con ella. Tenía las letras apretadas en largos párrafos, la mayoría de los cuales parecía empezar: «Si extrapolamos mis descubrimientos en trabajos anteriores, estaremos preparados para un acercamiento a la extensión de la fenomenología paratípica...».

«No —pensó Charmain—, no creo que estemos preparados».

Dejó también ese y cogió el pesado libro cuadrado de la esquina de la mesa. Se titulaba *Das Zauberbuch* y resultó estar escrito en un idioma extranjero. «Seguramente el que se habla en Ingary», decidió Charmain. Pero lo más interesante era que ese libro había estado haciendo de pisapapeles de unas cartas provenientes de todo el mundo. Charmain se pasó un largo rato estudiándolas con curiosidad, cada vez más impresionada por el tío abuelo William. Casi todas eran de otros magos que querían preguntarle al tío abuelo William sobre sutilezas de la magia —hablando claro, le consideraban un gran experto— o felicitarle por su último descubrimiento mágico. Todos y cada uno de ellos tenían la caligrafía más horrorosa que imaginarse pueda.

Charmain frunció el ceño, concentrada en miraras y, después, levantó la peor de ellas para ponerla cerca de la luz.

Querido mago Norland (decía, o al menos eso le pareció leer):

Su libro Cantrips imprescindibles ha sido de gran ayuda para mí en mi trabajo dimensional («¿o pone demencial?», se preguntó Charmain), pero me gustaría explicarle un pequeño descubrimiento mío relacionado con su sección sobre la mano de Murdoch («¿o es la vara de Merlín?, ¿la ley de Murphy? ¡Yo abandono!», pensó Charmain). La próxima vez que vaya a High Norland, ¿tal vez podríamos vernos y hablar?

Reverencialmente («¿tangencialmente?, ¿incidentalmente?, ¿rotundamente? ¡Por Dios, qué letra!», pensó Charmain) suyo,

Mago Howl Pendragon

—¡Madre mía! ¡Debe de escribir con unas tenazas! —dijo Charmain en voz alta, al tiempo que cogía otra carta.

Esa era del Rey en persona y su letra, aunque ondulante y anticuada, era mucho más fácil de leer:

Apreciado Wm (leyó Charmain con sorpresa y admiración crecientes): Ya vamos por la mitad de nuestra Gran Tarea y aún no hemos aprendido nada. Confiamos en usted. Confiamos ciegamente en que los elfos que os enviamos podrán devolverle la salud y que nos volverá a contar pronto con el inestimable beneficio de sus consejos y ánimos. Le mandamos nuestros mejores deseos.

Suyo, con toda la esperanza,



Adolphus Rex High Norland

¡Así que fue el Rey quien mandó a los elfos!

—Vaya, vaya —murmuró Charmain ojeando el último montón de cartas.

Todas ellas estaban escritas con las mejores caligrafías de personas diferentes. Todas parecían decir lo mismo de diferentes maneras. «Por favor, mago Norland, me gustaría ser su aprendiz. ¿Me aceptaría?». Algunas llegaban al extremo de ofrecer dinero al tío abuelo William. Una decía que podía darle un anillo de diamantes mágico y otra, que parecía de una chica, decía con patetismo: «Yo no soy muy guapa, pero mi hermana sí, y dice que se casaría con usted si acepta enseñarme». Charmain se puso tensa y sólo miró por encima el resto del montón. ¡Le recordaban tanto a sus propias cartas al Rey! «Y son igual de inútiles», pensó. Le pareció evidente que eran el tipo de cartas a las que un mago famoso contestaría inmediatamente «no». Las volvió a amontonar todas bajo *Das Zauberbuch* y miró el resto de libros sobre el escritorio. Al fondo de la mesa había una hilera de libros gordos, todos con el nombre *Res mágica*, y que pensó en mirar más tarde. Cogió otros dos libros al azar. Uno se titulaba *El camino de la señora Pentstemmon: Indicadores a la verdad*, y le dio la impresión de que era un libro de trivialidades moralizantes. El otro, una vez hubo abierto los cierres metálicos y desplegado el libro por la primera página, vio que se titulaba *El libro del palimpsesto*. Cuando Charmain pasó las siguientes páginas, vio que cada una tenía un hechizo diferente, y comprensible, con un título descriptivo y, debajo de este, una lista de ingredientes seguida de pasos numerados con explicaciones.

—¡Esto ya es otra cosa! —dijo Charmain, y se acomodó para leer.

Mucho después, mientras estaba decidiendo si era más útil un «Hechizo para distinguir a amigos de enemigos», un «Hechizo para ampliar la mente» o un «Hechizo para volar», Charmain se dio cuenta de repente de que tenía la necesidad imperiosa de ir al baño. Eso solía pasarle cuando había estado abstraída leyendo. Se levantó de un salto, juntando las rodillas, y entonces se dio cuenta de que aún no había encontrado el baño.

—Eh... ¿cómo llego al baño desde aquí? —gritó.

La amable y frágil voz del tío abuelo William surgió del aire al momento para tranquilizarla:

—En el pasillo, gira a la izquierda, querida; el baño es la primera puerta a la derecha.

—¡Gracias! —murmuró Charmain, y echó a correr.



Capítulo 3

En el que Charmain lanza varios hechizos al mismo tiempo

El baño era tan tranquilizador como la amable voz del tío abuelo William. Tenía el suelo de piedra verde desgastada y una pequeña ventana en la que se agitaba una cortina de red verde. Y tenía el mismo equipamiento que Charmain conocía de su casa. «Y en casa sólo hay de lo mejor», pensó Charmain. Aún más importante: había grifos y la cisterna funcionaba. Era cierto que la bañera y los grifos eran raros, con formas un poco abombadas, como si la persona que los había instalado no tuviese muy claro lo que estaba buscando; pero cuando Charmain los abrió para probarlos, salió agua fría y caliente, como debía ser, y había toallas templadas en una barra bajo el espejo.

«Tal vez pueda meter una de las bolsas de colada en la bañera —pensó Charmain—. Pero ¿cómo la escurriré para secarla?».

Al otro lado del pasillo, enfrente del baño, había una fila de puertas que se perdían en la distancia. Charmain se dirigió a la más cercana y la empujó para abrirla, esperando que la llevase a la sala de estar. Pero en lugar de eso, tras ella se encontró con una pequeña habitación, la del tío abuelo Williams, evidentemente, a juzgar por el desorden. La colcha blanca estaba tirada sobre la cama sin hacer, casi encima de unos cuantos pijamas de rayas desperdigados por el suelo. Las camisas colgaban fuera de los cajones, al igual que los calcetines, que parecían ropa interior larga, y del armario abierto colgaba una especie de uniforme que olía a humedad. Bajo la ventana había otras dos bolsas llenas hasta arriba de ropa sucia.

Charmain gruñó en voz alta.

—Supongo que ha estado enfermo mucho tiempo —dijo; intentaba ser comprensiva—. Pero, por el amor de Dios, ¿por qué tengo que ser yo quien se ocupe de esto?

La cama empezó a moverse espasmódicamente.

Charmain se dio la vuelta de un salto para mirarla. Los espasmos eran obra de



Waif, que estaba hecho un ovillo cómodamente encima del montón de ropa de cama, rascándose en busca de una pulga. Cuando vio que Charmain lo miraba, agitó su frágil cola y se humilló; bajó las orejas con un gesto asustado y dirigió un débil y lastimero lamento a Charmain.

—No deberías estar ahí, ¿verdad? —dijo ella—. Bueno, veo que estás cómodo y yo tendría que estar loca para dormir en esa cama.

Salió de la habitación y abrió la siguiente puerta. Para su alivio, se encontró con otra habitación casi idéntica a la del tío abuelo William, sólo que esta estaba ordenada. La cama estaba limpia y escrupulosamente hecha, el armario estaba cerrado y, cuando miró, vio que los cajones estaban vacíos. Charmain asintió con aprobación a la habitación y abrió la siguiente puerta del pasillo. Allí había otra habitación ordenada y, después de esa, otra, todas exactamente iguales.

«Mejor que tire mis cosas en la mía o no volveré a encontrarla», pensó.

Dio media vuelta hacia el pasillo y se encontró a Waif, que había salido de la cama y estaba rascando la puerta del lavabo con ambas patas delanteras.

—Tú no quieres entrar —le dijo Charmain—. No puedes usar nada de lo que hay dentro.

Pero, de algún modo, la puerta se abrió antes de que llegara Charmain. Tras ella estaba la cocina. Waif entró correteando alegremente y Charmain volvió a gruñir. El desorden no había desaparecido. Estaban la vajilla sucia y las bolsas de la colada, con el añadido de la tetera reposando en un charco de té, la ropa de Charmain en una pila al lado de la mesa y una gran pastilla de jabón verde en la chimenea.

—Había olvidado todo esto —suspiró Charmain.

Waif puso sus minúsculas patas delanteras en el travesaño inferior de la silla y se estiró todo lo que le permitía su escasa altura, con actitud pedigüña.

—Vuelves a tener hambre —diagnosticó Charmain—. Yo también.

Ella se sentó en la silla y Waif en su pie izquierdo y compartieron otra empanada. Después compartieron una tartaleta de fruta, dos rosquillas, seis bizcochos de chocolate y un flan de mostaza. Después de eso, Waif se arrastró pesadamente hacia la puerta interior, que se abrió en cuanto la arañó un poco. Charmain recogió su pila de ropa y le siguió con la intención de dejar sus cosas en la primera habitación vacía.

Pero en ese momento todo salió terriblemente mal. Charmain empujó con el codo para abrir la puerta y, con toda naturalidad, giró a la derecha para meterse en el pasillo de las habitaciones. Entonces se encontró a sí misma en la más completa oscuridad. Casi inmediatamente, dio con otra puerta con cuyo pomo se golpeó el codo estruendosamente.

—¡Ay! —gritó; buscó torpemente el pomo y abrió la puerta.

Charmain se deslizó hacia dentro con majestuosidad e irrumpió en una gran



habitación iluminada y rodeada por ventanales con forma de arco, y halló una atmósfera húmeda y viciada que olía a cuero y a cerrado. El olor parecía provenir de los viejos asientos de cuero de las sillas talladas puestas alrededor de una gran mesa también tallada que ocupaba la mayor parte de la habitación. Cada silla tenía enfrente un mantel de cuero en la mesa y un viejo y reseco trozo de papel secante sobre él, excepto la gran silla del otro extremo, que tenía las armas de High Norland talladas en el respaldo. Esta, en vez de un mantel, tenía una varita gruesa y pequeña sobre la mesa. Todo —sillas, mesas y manteles— estaba cubierto de polvo y había telarañas en las esquinas de muchas ventanas.

Charmain se quedó mirándolo todo con atención.

—¿Qué es esto? ¿El comedor? —preguntó—. ¿Cómo llego a las habitaciones desde aquí?

La voz del tío abuelo Williams habló; sonaba un poco débil y lejana:

—Has llegado a la sala de reuniones —contestó—. Si estás allí, estás bastante perdida, querida, así que escucha con atención: da una vuelta entera en el sentido de las agujas del reloj. Después, sin dejar de girar, abre la puerta sólo con la mano izquierda. Avanza y deja que la puerta se cierre detrás de ti. Luego da dos pasos de lado a la izquierda. Esto te llevará de vuelta al lado del baño.

«¡Esperemos que así sea!», pensó Charmain, intentando seguir lo mejor posible las instrucciones.

Todo fue bien, excepto por el momento de oscuridad después de que la puerta se cerrase tras ella, cuando Charmain se encontró mirando hacia un pasillo de piedra totalmente desconocido. En él, un hombre viejo y encorvado empujaba un carrito cargado de teteras y jarras de leche humeantes, platos templados y lo que parecía una pila de tostadas. Parpadeó un momento, decidió que no sería de ninguna ayuda —ni para ella ni para el viejo— llamarle y, en vez de eso, dio dos largos pasos laterales. Y de repente, para su alivio, estaba de pie al lado del baño, desde donde pudo ver a Waif girando sobre sí mismo sin parar sobre la cama del tío abuelo William, intentando ponerse cómodo.

—¡Uf! —exclamó Charmain, y fue a dejar la pila de ropa sobre la cómoda de la habitación de al lado.

Después se dirigió por el pasillo hasta la ventana del fondo, donde pasó unos minutos observando el ondeante prado bajo el sol y respirando el aire fresco y puro que entraba desde él. «Alguien podría fácilmente salir por esta ventana —pensó—. O entrar». Pero, en realidad, ella no estaba observando el prado ni pensando en el aire puro. Su mente seguía con el atrayente libro de hechizos que había dejado abierto sobre el escritorio del tío abuelo William. Nunca en su vida le habían permitido interactuar libremente con la magia de aquel modo. Era difícil resistirse. «Abriré el libro al azar e invocaré el primer hechizo que encuentre —pensó—. Sólo uno».



En el estudio, *El libro del palimpsesto* estaba abierto, por algún motivo, en el «Hechizo para encontrar un atractivo príncipe». Charmain negó con la cabeza y cerró el libro.

—¿Quién necesita un príncipe? —dijo.

Volvió a abrir el libro con cuidado por otra página. Esta estaba encabezada por «Hechizo para volar».

—¡Sí! —exclamó Charmain—. ¡Esto ya es otra cosa!

Se puso las gafas y estudió la lista de ingredientes: «Un trozo de papel, una pluma de ave para escribir (fácil, ambas cosas estaban sobre el escritorio), un huevo (¿en la cocina?), dos pétalos de flor —uno rosa y otro azul—, seis gotas de agua (en el baño), un pelo rojizo, otro blanco y dos botones de perla».

—No hay problema —dijo Charmain. Se quitó las gafas y empezó a dar vueltas recopilando los ingredientes. Se apresuró a la cocina, llegó a ella abriendo la puerta del baño y girando a la izquierda casi demasiado impaciente para darse cuenta de que lo había hecho bien, y preguntó al aire:

—¿Dónde están los huevos?

La voz amable del tío abuelo William respondió:

—Están en un tarro de arcilla en la despensa, querida. Creo que está detrás de las bolsas de ropa. Te pido disculpas por dejarte aquí con todo el desorden.

Charmain fue a la despensa, se inclinó entre las bolsas de ropa sucia y dio con una antigua fuente para pasteles con media docena de huevos marrones. Cogió uno con cuidado y se lo llevó al estudio. Como llevaba las gafas colgando bajo la barbilla, no pudo ver que *El libro del palimpsesto* estaba ahora abierto por «Hechizo para encontrar un tesoro escondido». Se asomó por la ventana del pasillo, donde tenía a mano los pétalos de flor gracias a una hortensia que era mitad rosa y mitad azul. Dejó los pétalos al lado del huevo y se fue directa al baño, donde recogió seis gotas de agua en un vaso de lavarse los dientes. De vuelta, cruzó el pasillo y entró en la habitación donde estaba Waif envuelto como un merengue en las sábanas del tío abuelo William.

—Perdona —le dijo Charmain, y pasó sus dedos por el pelo largo de su lomo. Sacó varios pelos blancos, dejó uno de ellos junto a los pétalos y añadió un pelo rojizo de su propia cabeza. En cuanto a los botones de perla, se limitó a arrancarse dos de la parte delantera de la blusa—. Bien —dictaminó, y se apresuró a ponerse de nuevo las gafas para leer las instrucciones. *El libro del palimpsesto* estaba ahora abierto por «Hechizo de protección personal», pero Charmain estaba demasiado impaciente para darse cuenta. Sólo se fijó en las instrucciones, que estaban divididas en cinco pasos. El paso uno decía: «Pon todos los ingredientes, excepto el papel y la pluma, en un cuenco adecuado».

Charmain, después de quitarse las gafas para mirar la habitación en busca de un



cuenco y no encontrar ninguno, adecuado o no, se vio obligada a volver a la cocina. Mientras estuvo fuera, *El libro del palimpsesto* avanzó silenciosa y tranquilamente otro par de páginas. Cuando Charmain volvió con un cuenco que conservaba restos de azúcar después de haberlo vaciado en otro plato no demasiado sucio, el *Livro* estaba abierto por «Hechizo para incrementar los poderes mágicos».

Charmain no se dio cuenta. Dejó el cuenco en la mesa y metió en él el huevo, los dos pétalos, los dos pelos, los dos botones y vertió el agua por encima. Después se puso las gafas y se inclinó sobre el libro para descubrir qué hacer a continuación. Para entonces, *El libro del palimpsesto* mostraba un «Hechizo para hacerse invisible», pero Charmain sólo se fijó en las instrucciones y no lo vio.

El paso dos indicaba: «Bate todos los ingredientes usando solamente la pluma».

No es fácil batir un huevo con una pluma de oca, pero Charmain se las apañó para conseguirlo, pinchando con la punta una y otra vez hasta que se rompió la cáscara y mezclando con tanta fuerza que el pelo le caía sobre la cara en mechones rojos; y, finalmente, cuando nada parecía mezclarse bien, batiendo con la propia pluma. Cuando por fin se incorporó, jadeando, y se apartó el pelo con los dedos pegajosos, el *Livro* había pasado otra página. Ahora mostraba un «Hechizo para encender un fuego», pero Charmain estaba muy ocupada intentando no mancharse las gafas de huevo. Se las puso y estudió el paso tres. El paso tres del hechizo decía: «Repite tres veces: "Hegemonía gauda"».

—Hegemonía gauda —entonó obedientemente Charmain al cuenco. No estaba segura, pero durante la tercera repetición le pareció que los trocitos de cáscara de huevo humeaban un poco alrededor de los botones de perla. «¡Creo que está funcionando!», pensó. Se subió las gafas y miró el paso cuatro. Para entonces, estaba mirando el cuarto paso del «Hechizo para doblegar objetos a la voluntad».

«Coge la pluma —decía— y, usando la mezcla preparada, escribe en un papel la palabra "ylf" rodeada por una figura de cinco lados. Ten cuidado de no tocar el papel al hacerlo».

Charmain cogió la chorreante y pegajosa pluma adornada con trozos de cáscara de huevo y un trozo de pétalo rosa e hizo lo que pudo. No era fácil escribir con aquella mezcla y no parecía haber manera de mantener quieto el papel. Resbalaba y se escurría mientras Charmain mojaba la pluma y rascaba el papel, y la palabra que debía ser «ylf» surgió pegajosa, casi invisible y torcida, y se parecía más a «Hoof» porque el pelo pelirrojo se había salido del cuenco a la mitad y había dibujado extrañas curvas por encima de la palabra. En cuanto a la figura de cinco lados, el papel resbalaba lateralmente mientras Charmain intentaba dibujarla y lo mejor que podía decirse de ella es que, efectivamente, tenía cinco lados. Acabó siendo una siniestra silueta con forma de yema de huevo y un pelo de perro enganchado en un vértice.

Charmain elevó un suspiro, se chafó el pelo hacia atrás con lo que ya era una



mano extremadamente pegajosa y miró el paso final, el paso cinco, lo que en ese momento era el paso cinco de un «Hechizo para convertir los deseos en realidad», pero estaba demasiado alterada para darse cuenta. Decía: «Después de volver a meter la pluma en el cuenco, da tres palmadas y di "Tacs"».

—¡Tacs! —dijo Charmain aplaudiendo con sus manos pegajosas.

Era obvio que algo había funcionado. El papel, el cuenco y la pluma desaparecieron en silencio sin dejar rastro. También lo hicieron la mayoría de churretes pegajosos de encima del escritorio del tío abuelo William. *El libro del palimpsesto* se cerró de golpe. Charmain dio un paso atrás mientras se quitaba los trocitos de cáscara de las manos con gran sensación de cansancio.

—Pero debería poder volar —se dijo a sí misma—. Me pregunto cuál es el mejor sitio para probarlo.

La respuesta era obvia. Charmain salió del estudio y caminó hacia el final de pasillo donde se abría sugerentemente la ventana sobre el prado ondeante. La ventana tenía un alféizar bajo y ancho, ideal para subirse. En cuestión de segundos, Charmain estaba en el prado, bajo el sol del atardecer, respirando el frío aire puro de las montañas.

Allí estaba, en lo alto de ellas, con casi todo High Norland desperdigado a sus pies, ya azul bajo la luz de la tarde. Enfrente de ella, iluminadas por el naranja del sol del ocaso y decepcionantemente cerca, estaban las cumbres nevadas que separaban su país de Strangia, Montalbino y otros países extranjeros. Tras ellas había otras montañas donde grandes nubes grises y púrpura se agrupaban amenazantes. Estaba a punto de empezar a llover allí arriba, como solía ocurrir en High Norland, pero de momento el tiempo era cálido y tranquilo. Había ovejas pastando en otra pradera justo debajo de unas rocas y Charmain pudo oír los mugidos y cencerros de un rebaño de vacas que debía de andar por allí cerca. Cuando miró en esa dirección, se sorprendió un poco al ver que las vacas estaban en una pradera encima de ella y que no había rastro de la casa del tío abuelo William ni de la ventana por la que había saltado.

Charmain no permitió que eso la preocupase. Nunca había estado tan arriba en la montaña y le asombró lo bonito que era todo. La hierba que pisaba era más verde que cualquiera que hubiese visto jamás en la ciudad. Desprendía frescas fragancias. Cuando se fijó, vio que provenían de cientos y cientos de diminutas y exquisitas flores que crecían mezcladas con el césped.

—¡Vaya, tío abuelo William! ¡Qué suerte tienes! —gritó—. ¡Es genial tener esto al lado del estudio!

Deambuló despreocupadamente un rato, evitando las afanosas abejas sobre las flores y haciéndose un ramo con lo que intentaba ser una flor de cada. Cogió un diminuto tulipán escarlata, uno blanco, una brillante flor dorada, una pálida primula pigmea, una campanuda malva, un girasol azul, una orquídea naranja y una de cada



de las espesas matas rosas y blancas y amarillas. Pero las flores que más le atrajeron fueron unas pequeñas flores carnívoras azules, del azul más llamativo que había visto jamás. Charmain pensó, mientras cogía más de una, que debían de ser gencianas. Eran tan pequeñas, tan perfectas y tan azules... No dejaba de alejarse más y más por el prado donde, al final, parecía haber un desnivel de algún tipo. Pensó en saltar por él y comprobar si, efectivamente el hechizo le permitía volar.

Alcanzó el desnivel justo al darse cuenta de que llevaba más flores de las que podía sostener. Había seis tipos nuevos junto al borde rocoso que tendría que dejar donde estaban. Pero entonces se olvidó de las flores y sólo se paró a mirar.

El prado acababa en un barranco que llegaba hasta media montaña. Mucho más abajo, junto al hilillo de la carretera, vio la casa del tío abuelo William como una pequeña caja gris en una masa de jardín.

Vio otras casas igual de lejos, desperdigadas por toda la carretera, que desprendían luz de su interior con reflejos naranjas. Estaban tan abajo que Charmain tragó saliva y sus rodillas temblaron un poco.

—Creo que de momento dejaré las prácticas de vuelo —dijo.

«Pero ¿cómo bajo?», inquirió una voz en su interior.

«No pienses ahora en eso —replicó firmemente otra voz interior—. Disfruta de las vistas».

Después de todo, desde ahí arriba se veía casi todo High Norland. Más allá de la casa del tío abuelo William, el valle se estrechaba en una verde y brillante cima con cascadas blancas en el punto en que el paso conectaba con Montalbino. Por el otro lado, pasado el grupo de montañas donde estaba el prado, el hilo de la carretera se unía al más sinuoso hilo del río y ambos se perdían entre tejados, torres y torretas en High Norland. De allí también surgían luces, pero, aun así, Charmain podía distinguir el suave resplandor del famoso tejado dorado de la mansión real con la bandera ondeando sobre él y creyó poder incluso llegar a distinguir la casa de sus padres. Nada estaba demasiado lejos. A Charmain le sorprendió bastante comprobar que el tío abuelo William vivía sólo un poco a las afueras de la ciudad.

Detrás de la ciudad, el valle se ensanchaba. Allí había más luz, fuera de la sombra de las montañas, mezclándose en el lejano crepúsculo con puntos de luz naranja. Charmain vio la alargada y gran silueta de Castel Joie, donde vivía el príncipe heredero, y otro castillo que no conocía. Era alto y oscuro, y de una de sus torretas salía humo. Tras él, la tierra se volvía azul y estaba llena de granjas, pueblos y fábricas que conformaban el corazón del país. Más allá, Charmain llegó incluso a ver el mar, cubierto de nubes y borroso.

«La verdad es que no somos un país demasiado grande», pensó.

Pero el pensamiento se vio interrumpido por un fuerte zumbido que surgía del ramo que tenía en la mano. Lo levantó para comprobar qué estaba haciendo ese



ruido. Allí, en el prado, la luz aún brillaba con fuerza, lo suficiente para que Charmain viera que una de sus flores carnívoras, seguramente una genciana, se agitaba y vibraba con un zumbido. Seguramente, por error, había cogido una flor con una abeja. Charmain puso el ramo bocabajo y lo agitó. Algo violeta que zumbaba cayó en la hierba junto a sus pies. No tenía exactamente la forma de una abeja y, en lugar de alejarse volando como haría una de ellas, se sentó en la hierba y empezó a zumbar. Crecía a medida que zumbaba. Charmain se echó a un lado, temblorosa, siguiendo el borde del acantilado. Ya era más grande que Waif y seguía creciendo.

«Esto no me gusta —pensó—. ¿Qué es?».

Antes de que le diera tiempo a moverse o a pensar siquiera, la criatura adquirió el doble de la altura de una persona. Era de color violeta intenso y tenía forma humana, aunque no lo era. Tenía unas pequeñas alas translúcidas en la espalda que al moverse se veían borrosas y siseaban. En cuanto a su cara, Charmain tuvo que apartar la vista. Tenía cara de insecto, con órganos del tacto, antenas y ojos saltones que contenían al menos dieciséis ojos más cada uno.

—¡Oh, cielos! —susurró Charmain—. Creo que esta cosa es un lubbock.

—Yo soy el único lubbock —anunció la criatura. Su voz era una mezcla entre un zumbido y un gruñido—. Soy el lubbock y estas tierras me pertenecen.

Charmain había oído hablar de los lubbocks. La gente del colegio susurraba cosas sobre lubbocks, y ninguna era agradable. Lo único que se podía hacer, o eso decían, era ser muy educado y esperar librarse sin ser picado y posteriormente comido.

—Lo siento mucho —dijo Charmain—. No me había dado cuenta de que me había colado en su prado.

—Te estarías colando pisases donde pisases —gruñó el lubbock—. Toda la tierra que ves es mía.

—¿Qué? ¿Todo High Norland? —exclamó Charmain—. No diga tonterías.

—Nunca digo tonterías —dijo la criatura—. Todo es mío. Tú eres mía.

Y agitando las alas, empezó a acercarse intimidatoriamente a ella con los pies más antinaturales que uno podría imaginarse, como hilos viscosos.

—Muy pronto lo reclamaré todo. Te reclamo a ti primero.

Dio una zancada, acompañada de un zumbido, en dirección a Charmain. Sus brazos aparecieron. También lo hizo un pronunciado aguijón en la parte baja de la cara.

Charmain gritó, le esquivó y cayó por el barranco, soltando las flores.



Capítulo 4

Que nos presenta a Rollo y Peter y nos descubre los misteriosos cambios de Waif

Charmain oyó al lubbock proferir un vibrante grito de rabia, aunque no con demasiada claridad, debido a la velocidad del viento en la caída. Vio el enorme acantilado pasar a toda velocidad ante sus ojos. Ella gritaba sin parar.

—¡Ylf, ylf! —berreaba—. Por Dios santo, acabo de hacer un hechizo para volar, ¿por qué no funciona?

Funcionaba. Charmain se dio cuenta de que así debía de ser cuando la enorme rapidez a la que se aproximaban las rocas descendió a velocidad de caída, después a planeo y, finalmente, flotaba. Por un momento, se quedó colgando en el aire, suspendida sobre unos picos gigantescos de piedra amontonados bajo el acantilado.

«A lo mejor me he muerto», pensó.

Entonces dijo:

—¡Esto es ridículo!

Y consiguió, después de mucho patalear inútilmente y agitar los brazos, darse la vuelta. Y allí estaba la casa del tío abuelo William, aún muy por debajo de ella, a la luz del ocaso y a casi medio kilómetro de distancia.

—Se está muy bien aquí flotando —afirmó Charmain—, pero ¿cómo me muevo?

En ese momento, recordó que el lubbock tenía alas y que debía de estar bajando hacia ella. Después de eso, ya no tuvo que preguntarse cómo moverse. Charmain se encontró pataleando con fuerza y flotando en dirección a la casa del tío abuelo William. Entró por encima del tejado y a través del jardín, donde el hechizo pareció abandonarla. Tuvo el tiempo justo de echarse a un lado para aterrizar encima del camino antes de caer con un «pop» y quedarse sentada sobre los adoquines mal puestos, temblando como una hoja.

«¡Salvada!», pensó. Por algún motivo, parecía que dentro de los límites de la casa del tío abuelo William se estaba a salvo. Podía sentirlo.



Pasado un momento, dijo:

—¡Dios mío, vaya día! ¡Cuando pienso que lo único que buscaba era un buen libro y un poco de tranquilidad para leerlo...! ¡Vaya con tía Sempronia!

Los setos al lado de ella se agitaron. Charmain dio un salto y casi vuelve a gritar cuando las hortensias se separaron y de ellas salió de un salto un hombrecillo azul.

—¿Eres tú quien está ahora al cargo? —preguntó la personilla azul con voz ronca.

Incluso bajo la pobre luz del ocaso se podía ver que el hombrecillo era sin duda azul, no violeta, y que no tenía alas. Tenía la cara arrugada de fruncir mucho el ceño y una enorme nariz la llenaba casi por completo, pero su rostro no era el de un insecto. El pánico de Charmain desapareció.

—¿Qué eres? —preguntó.

—Un kobold, por supuesto —dijo el hombrecillo—. Todo High Norland es tierra de los kobolds. Yo me encargo de este jardín.

—¿De noche? —dijo Charmain.

—Los kobolds solemos salir más de noche —respondió el pequeño hombre azul—, pero te he preguntado si eres tú quien está ahora al cargo.

—Bueno —dijo Charmain—, más o menos.

—Me lo imaginaba —dijo satisfecho el kobold—. Vi cómo «los altos» se llevaban al mago. Entonces, querrás que corte todas estas hortensias, ¿no?

—¿Para qué? —inquirió Charmain.

—Me encanta cortar cosas —explicó el kobold—. Es lo que más me gusta de la jardinería.

Charmain, que no había pensado en la jardinería en toda su vida, reflexionó.

—No —dijo—, el tío abuelo William no las tendría si no le gustasen. Volverá pronto, y creo que le molestaría encontrarse con que las han cortado. ¿Por qué no te limitas a hacer tu habitual trabajo nocturno y ya vemos qué hacemos cuando él vuelva?

—Oh, el dirá que no, por supuesto —dijo el kobold tristemente—. Es un aguafiestas, el mago. ¿La tarifa habitual, pues?

—¿Cuál es tu tarifa habitual? —preguntó Charmain.

El kobold contestó enseguida:

—Me conformaré con una taza de oro y una docena de huevos frescos.

Por suerte, la voz del tío abuelo William surgió del aire al mismo tiempo:

—A Rollo le pago una pinta de leche por noche, querida, que se le envía mágicamente. No tienes que ocuparte de nada.



El kobold golpeó el suelo con indignación.

—¿Qué te dije? Un aguafiestas. Y, además, mucho voy a trabajar si te quedas ahí sentada en mitad del camino toda la noche.

Charmain respondió muy digna:

—Sólo estaba descansando. Ya me iba.

Se levantó con una sorprendente sensación de pesadez, por no hablar del temblor de rodillas, y se arrastró camino arriba hacia la puerta principal. «Debe de estar cerrada —pensó—. Quedaré como una tonta si no puedo entrar».

La puerta se abrió de par en par antes de que ella llegara, dejando escapar un sorprendente rayo de luz y, con él, la pequeña y juguetona silueta de Waif, que aullaba y daba vueltas contento de volver a ver a Charmain. Ella estaba tan agradecida de volver a casa y de que le dieran la bienvenida que cogió a Waif en brazos y lo llevó dentro mientras este se agitaba e intentaba lamer la mejilla de Charmain.

Una vez dentro, la luz parecía seguirla mágicamente.

—Bien —dijo Charmain—. Así no tendré que buscar velas.

Pero en sus pensamientos gritó con desesperación: «¡Me he dejado la ventana abierta! ¡El lubbock podría entrar!». Dejó caer a Waif en el suelo de la cocina y atravesó corriendo la puerta, para ir después a la izquierda. La luz brillaba en el pasillo, y ella corrió hacia el fondo y cerró la ventana de golpe. Por desgracia, la luz hacía parecer el prado tan oscuro que no importaba lo mucho que se empeñase en mirar a través del cristal, no podía saber si el lubbock estaba ahí fuera o no. Se consoló pensando que no había podido ver la ventana desde el prado, pero, a pesar de todo, estaba temblando.

No parecía capaz de parar de temblar. Se fue temblando a la cocina, siguió temblando mientras compartía una empanada de cerdo con Waif y tembló aún más porque el charco de té se había extendido por debajo de la mesa y le había dejado la panza marrón y húmeda a Waif. Cada vez que Waif se le acercaba, una parte de Charmain se pringaba también de té. Finalmente, Charmain se quitó la blusa, que llevaba abierta a causa de los dos botones que le faltaban, y limpió con ella el té. Por supuesto, aquello le hizo temblar aún más. Fue a buscar el jersey grueso de lana que la señora Baker le había puesto en la maleta y se acurrucó en él, pero seguía temblando. Tal como había estado amenazando, empezó a llover. La lluvia golpeaba en la ventana y repiqueteaba por la chimenea, y Charmain se puso a temblar aún más. Supuso que se debía al susto, pero seguía teniendo frío.

—¡Vaya! —gritó—. ¿Cómo enciendo un fuego, tío abuelo William?

—Creo que dejé el hechizo en su sitio —dijo la voz amable surgiendo de la nada—. Límitate a arrojar a la chimenea algo que prenda y di en voz alta: «Enciéndete, fuego», y lo tendrás.



Charmain miró alrededor en busca de algo que prendiese. Había una bolsa a su lado, sobre la mesa, pero aún contenía otra empanada de cerdo y una tarta de manzana. Además, la bolsa era bonita: tenía unas flores bordadas por la señora Baker. Por supuesto, había papel en el estudio del tío abuelo William, pero eso significaba levantarse a buscarlo. Estaban las bolsas de ropa sucia al lado del fregadero, pero Charmain estaba bastante segura de que al tío abuelo William no le iba a gustar que le quemasen la ropa sucia. Por otro lado, estaba su propia blusa, sucia, empapada de té y con dos botones de menos, arrugada en el suelo a sus pies.

—Seguramente, ya no tiene arreglo —dijo. Cogió el bulto marrón y húmedo y lo lanzó a la chimenea—. Enciéndete, fuego —ordenó.

El hueco de la chimenea cobró vida. Durante un minuto más o menos, hubo el fuego más agradable que se pueda imaginar. Charmain suspiró con placer. Estaba acercando la silla al calor cuando las llamas se convirtieron en siseantes nubes de vapor. Después, elevándose por encima del vapor, llenando la chimenea y propagándose por la habitación, surgieron burbujas. Grandes y pequeñas, brillaban con los colores del arco iris, salían de la chimenea e invadían la cocina. Llenaban el aire, se apoyaban sobre los objetos, iban a la cara de Charmain, se rompían con un leve suspiro y seguían saliendo. En cuestión de segundos, la cocina se había convertido en una caliente y húmeda tormenta de espuma, lo suficientemente grande para obligar a Charmain a contener la respiración.

—¡Me había olvidado de la pastilla de jabón! —exclamó jadeando en el aire repentinamente caliente.

Waif decidió que las burbujas eran sus enemigas personales y se retiró bajo la silla de Charmain, ladrando como un loco y gruñendo a las burbujas que explotaban. Resultaba sorprendentemente ruidoso.

—¡Cállate! —espetó Charmain. El sudor le corría por la cara, y el pelo, que se le había soltado sobre los hombros, goteaba de vapor. Apartó una nube de burbujas de un manotazo y dijo—: Creo que me voy a quitar la ropa.

Alguien golpeó la puerta trasera.

—Tal vez no —recapitó Charmain.

La persona de fuera volvió a golpear la puerta. Charmain se quedó sentada donde estaba, esperando que no fuese el lubbock. Pero cuando golpearon la puerta por tercera vez, se levantó a regañadientes y se abrió camino entre las burbujas para ver quién era. Debía de ser Rollo, supuso, que intentaba resguardarse de la lluvia.

—¿Quién es? —gritó a través de la puerta—. ¿Qué quieres?

—¡Necesito entrar! —respondió a gritos la persona de fuera—. Está lloviendo a cántaros.

Quienquiera que fuese sonaba joven y no tenía la voz áspera como Rollo ni zumbaba como el lubbock. Y Charmain oía la lluvia caer, incluso a pesar del siseo del



vapor y el repiqueteo continuo y tranquilo de las burbujas explotando. Pero podía ser una trampa.

—¡Déjame entrar! —gritó la persona de afuera—. El mago me espera.

—¡Eso no es verdad! —respondió Charmain a gritos.

—¡Le escribí una carta! —gritó la persona—. Mi madre se las arregló para que yo viniera. ¡No tienes derecho a dejarme aquí fuera!

El cerrojo de la puerta se agitó. Antes de que Charmain pudiera hacer otra cosa que poner las dos manos para mantenerla cerrada, la puerta se abrió de golpe y un chico calado hasta los huesos se coló en el interior. Su pelo, que seguramente era rizado, le rodeaba la cara en mechones castaños chorreantes. Su chaqueta, de aspecto elegante, y sus pantalones eran negros y brillaban por la humedad, al igual que la gran mochila que llevaba a la espalda. Sus botas chirriaban al andar.

Empezó a soltar vapor en cuanto entró. Se quedó mirando el montón de burbujas flotando, a Waif que no dejaba de ladrar bajo la silla, a Charmain aferrada a su jersey y lanzándole miradas por entre sus mechones pelirrojos, la pila de platos sucios y la mesa llena de teteras. Sus ojos se posaron en las bolsas de ropa sucia; todo aquello claramente le superaba. Abrió la boca y se quedó allí plantado, mirándolo todo de nuevo y soltando vapor en silencio.

Pasado un momento, Charmain se acercó a él y le puso una mano en la barbilla, donde crecían unos cuantos pelos que demostraban que era mayor de lo que aparentaba. La empujó hacia arriba y su boca se cerró con un ruido sordo.

—¿Te importaría cerrar la puerta? —pidió ella.

El chico miró detrás a sus espaldas y vio la lluvia colándose en la cocina.

—¡Oh! —dijo—. Sí.

Empujó la puerta hasta que se cerró.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó—. ¿Tú también eres aprendiz del mago?

—No —contestó Charmain—. Cuido la casa mientras el mago no está. Está enfermo, ¿sabes?, y los elfos se lo han llevado para curarle.

El chico parecía muy decepcionado.

—¿No te dijo que yo iba a venir?

—En realidad, no tuvo tiempo de decirme nada —dijo Charmain. Su mente voló al montón de cartas bajo *Das Zamberbuch*. Una de esas peticiones desesperadas al mago para que le enseñase a alguien debía ser de ese chico, pero los ladridos de Waif le impedían pensar—. Cállate ya, Waif. ¿Cómo te llamas, chico?

—Peter Regis —respondió él—. Mi madre es la bruja de Montalbino. Es íntima amiga de William Norland y es quien acordó que yo viniera. Cállate, perrito. Se suponía que yo iba a venir.



Se liberó de la húmeda mochila y la tiró al suelo. Waif dejó de ladrar para aventurarse a salir de debajo de la silla y husmear la mochila por si era peligrosa. Peter cogió la silla y colgó su húmeda chaqueta en ella. La camisa que llevaba debajo estaba casi igual de empapada.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó él, escudriñando a Charmain por entre las burbujas.

—Charmain Baker —respondió, y continuó—: Nosotros siempre llamamos al mago tío abuelo William, pero en realidad es familia de tía Sempronia. Vivo en High Norland. ¿De dónde eres? ¿Por qué has venido por la puerta de atrás?

—He bajado desde Montalbino —explicó Peter—. Y, para que lo sepas, me he perdido intentando coger el atajo desde el paso. Había venido antes una vez, cuando mi madre estaba negociando que yo fuese el aprendiz del mago Norland, pero parece que no recordaba bien el camino. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Sólo desde esta mañana —dijo Charmain, bastante sorprendida al darse cuenta de que no llevaba ni un día allí. Le parecían semanas.

—Ah —Peter miró las teteras entre las burbujas como si calculara cuántas tazas de té se había tomado Charmain—. Parece que llevas semanas.

—Ya estaba así cuando he llegado —replicó Charmain con frialdad.

—¿Sí? ¿Las burbujas y todo? —preguntó Peter.

«Creo que no me gusta este chico», pensó Charmain.

—No —contestó—. Eso ha sido culpa mía. Se me ha olvidado que había tirado el jabón en el hueco de la chimenea.

—Ah —dijo Peter—. Ya me parecía que era un hechizo que no había salido bien. Por eso he dado por sentado que tú también eras una aprendiz. Bueno, entonces sólo tenemos que esperar a que se acabe el jabón. ¿Tienes algo de comer? Me muero de hambre.

La mirada de Charmain se posó a regañadientes sobre la bolsa de encima de la mesa. La desvió enseguida.

—No —dijo—. La verdad es que no.

—Y entonces, ¿qué le vas a dar de comer a tu perro? —inquirió Peter.

Charmain miró a Waif, que había vuelto a meterse debajo de la silla para ladrar a la mochila de Peter.

—Nada. Acaba de comerse media empanada de cerdo —contestó—. Y no es mi perro. Es un animal abandonado que el tío abuelo William acogió. Se llama Waif.

Waif seguía ladrando. Peter dijo:

—Cállate, Waif.



Y se abrió camino entre la tormenta de burbujas hasta donde se acurrucaba Waif bajo la silla. Lo arrastró fuera como pudo y se puso de pie con el animal bocabajo en brazos. Waif soltó un leve gruñido de protesta, agitó las cuatro patas y enroscó su peluda cola entre las patas traseras. Peter se la desenroscó.

—Has herido su dignidad de macho —dictaminó Charmain—. Suéltalo.

—No es un macho —dijo Peter—. Es una hembra. Y no tiene dignidad, ¿verdad, Waif?

Waif no estaba nada de acuerdo y se las arregló para escabullirse de los brazos de Peter y subirse a la mesa. Se cayó otra tetera y la bolsa de Charmain aterrizó encima. Para su disgusto, la empanada de cerdo y la tarta de manzana salieron rodando de ella.

—¡Oh, bien! —dijo Peter arrebatándole la empanada de cerdo a Waif justo antes de que este la alcanzase—. ¿Esta es toda la comida que tienes? —preguntó dándole un gran mordisco.

—Sí —corroboró Charmain—. Era el desayuno.

Recogió la tetera que se había caído. El té que había salido de ella se había convertido rápidamente en burbujas marrones que habían subido como un torbellino para formar una línea marrón entre el resto de burbujas.

—¡Mira lo que has hecho!

—Un poco más no va a importar después de todo el lío —replicó Peter—. ¿Nunca ordenas? Esta empanada está muy buena. ¿De qué es esto otro?

Charmain miró a Waif, que estaba conmovidamente sentada al lado de la tarta de manzana.

—De manzana —respondió—. Y si te lo comes, tendrás que darle un poco a Waif.

—¿Es una norma? —inquirió Peter tragando el último trozo de empanada.

—Sí —dijo Charmain—. Es una norma de Waif, y él, quiero decir, ella, es muy estricta al respecto.

—Entonces, ¿es mágica? —insinuó Peter mientras cogía la tarta de manzana. Inmediatamente, Waif empezó a hacer conmovedores ruiditos y a dar vueltas por entre las teteras.

—No lo sé —empezó Charmain. Entonces pensó en cómo Waif parecía capaz de ir a cualquier lugar de la casa y en cómo se había abierto la puerta principal antes—. Sí —dijo—. Estoy segura de que sí. Muy mágica.

Despacio y a regañadientes, Peter rompió un trozo de la tarta de manzana. La cola peluda de Waif empezó a agitarse y sus ojos comenzaron a seguir todos sus movimientos. Parecía saber exactamente qué estaba haciendo Peter, a pesar de las muchas burbujas que se cruzaban en su camino.



—Entiendo lo que quieres decir —comentó Peter, y le dio el trozo a Waif. Waif lo agarró grácilmente entre las mandíbulas, saltó de la mesa a la silla y después al suelo, y se fue dando saltitos a comérselo detrás de las bolsas de ropa sucia.

—¿Qué tal si tomamos algo caliente? —propuso Peter.

Una bebida caliente era algo por lo que Charmain llevaba suspirando desde que se había caído por la ladera de la montaña. Sintió un escalofrío y se abrigó aún más con el jersey.

—Qué buena idea —dijo—. Haz una, si averiguas cómo.

Peter apartó las burbujas para mirar las teteras sobre la mesa.

—Alguien tiene que haber hecho todo este té —afirmó.

—Lo ha hecho el tío abuelo William —dijo Charmain—. No yo.

—Pero demuestra que puede hacerse —repuso Peter—. Deja de estar ahí plantada dando pena y busca un cazo o algo.

—Búscalos tú —replicó Charmain.

Peter le lanzó una mirada de desprecio y atravesó la habitación a grandes zancadas, apartando las burbujas a su paso, hasta alcanzar el fregadero lleno de trastos. Naturalmente, hizo los mismos descubrimientos que había hecho antes Charmain.

—¡No hay grifos! —dijo con incredulidad—. Y todos los cazos están sucios. ¿De dónde saca el agua?

—Hay una bomba fuera, en el patio —le informó Charmain con desdén.

Peter miró entre las burbujas por la ventana, allí donde la lluvia seguía cayendo a cántaros tras los cristales.

—¿No hay lavabo? —preguntó. Y antes de que Charmain pudiera explicarle cómo llegar, él cruzó la cocina tambaleándose y agitando los brazos hasta la otra puerta y entró en el salón. Las burbujas entraron en tromba a su alrededor mientras él buceaba enfadado de vuelta a la cocina.

—¿Es una broma? —exclamó incrédulo—. ¡No puede tener sólo estas dos habitaciones!

Charmain suspiró, se abrigó aún más con el jersey y fue a enseñárselo.

—Tienes que abrir la puerta otra vez y girar a la izquierda —le explicó, y acto seguido tuvo que agarrar a Peter cuando este giró a la derecha—. No. Por ahí se va a un sitio muy raro. Es a la izquierda. ¿No las distingues?

—No —reconoció Peter—. Nunca las distingo. Normalmente tengo que atarme una cinta en el dedo gordo.

Charmain miró el techo y le empujó a la izquierda. Ambos llegaron al pasillo,



donde la lluvia que repiqueteaba en la ventana del fondo se oía con fuerza. La luz empezó a inundarlo todo lentamente. Peter se quedó quieto observando.

—Ahora puedes girar a la derecha —dijo Charmain empujándolo en esa dirección—. La puerta del baño es esta de aquí. La fila de puertas son las habitaciones.

—¡Ah! —dijo Peter con admiración—. Ha doblado el espacio. Es algo que estoy impaciente por aprender. Gracias —añadió, y entró de prisa al lavabo. Su voz flotó de vuelta a Charmain mientras ella se dirigía a hurtadillas al estudio—. ¡Bien! ¡Hay grifos! ¡Agua!

Charmain se coló en el estudio del tío abuelo William y cerró la puerta, mientras la curiosa y curvada lámpara del escritorio se encendía y subía de intensidad. Cuando llegó a la mesa, la luz de allí dentro ya era casi como la del día. Charmain apartó *Das Zauberbuch* y cogió el montón de cartas de debajo. Tenía que comprobarlo. Si Peter decía la verdad, una de las cartas pidiendo al tío abuelo William ser su aprendiz tenía que ser suya. Como sólo las había mirado por encima, no recordaba haberla visto, y si no había ninguna, se las estaba viendo con un impostor, seguramente otro lubbock. Tenía que averiguarlo.

¡Aja! Allí estaba, casi en mitad del montón. Se puso las gafas y leyó:

Estimado mago Norland:

En relación a mi próxima incorporación como aprendiz suyo, ¿sería adecuado que llegase dentro de una semana, en lugar de en otoño tal y como habíamos acordado? Mi madre tiene que viajar a Ingary y prefiere dejarme colocado antes de irse. A no ser que usted me diga lo contrario, llegaré a su casa el día 13 de este mes.

Espero que no sea un inconveniente.

Suyo,

Peter Regis

«¡Esto encaja!», pensó Charmain, entre aliviada y enfadada. Antes, cuando había curioseado las cartas, debía de haber visto la palabra «aprendiz» cerca del principio y «espero» cerca del final, y esas dos palabras estaban exactamente en todas las cartas, por lo que había supuesto que era otra carta de súplica. Y parecía que el tío abuelo William había hecho lo mismo. O a lo mejor estaba demasiado enfermo para contestar. Daba igual lo que hubiese pasado, el caso es que estaba allí atrapada con Peter. ¡Qué rollo! «Al menos no es siniestro», pensó.

La interrumpió un grito ahogado de Peter en la distancia. Charmain volvió a dejar a toda prisa las cartas bajo *Das Zauberbuch*, agarró sus gafas y se lanzó al pasillo.

Del baño salía un chorro de vapor mezclado con las burbujas que se habían colado



hasta allí. Casi ocultaban algo grande y blanco que se aproximaba a Charmain.

—Qué has he... —empezó a decir ella.

Eso fue cuanto tuvo tiempo de decir antes de que la enorme cosa blanca sacase una gigantesca lengua rosa y le lamiese la cara. También dejó escapar un fuerte sonido de trompeta. Charmain se echó atrás de un salto. Aquello era como si la lamiese una toalla de baño húmeda mientras un elefante lloriqueaba en su oído. Se apoyó en la pared y se quedó mirando los enormes y lastimeros ojos de la criatura.

—Conozco esos ojos —dijo Charmain—. ¿Qué te ha hecho, Waif?

Peter salió disparado del baño, jadeando.

—No sé qué es lo que ha salido mal —suspiró—. El agua no salía lo suficientemente caliente para hacer té, de modo que se me ocurrió calentarla con un hechizo de aumento.

—Muy bien, pues deshazlo ya —exigió Charmain—. Waif tiene el tamaño de un elefante.

Peter dedicó una mirada distraída a Waif.

—De un caballo, solamente. Pero las cañerías de ahí dentro están al rojo vivo —dijo—. ¿Qué crees que debería hacer?

—¿Hablas en serio? —exclamó Charmain. Echó a un lado con cuidado a la enorme Waif y entró en el baño. Hasta donde podía ver a través del vapor, estaba saliendo agua hirviendo de los cuatro grifos y la cisterna no paraba de descargarse; las cañerías de las paredes estaban, en efecto, al rojo vivo.

—¡Tío abuelo William! —gritó—, ¿cómo hago para que se enfríe el agua del lavabo?

La amable voz del tío abuelo William surgió entre el siseo y el borboteo.

—Para instrucciones más precisas, querida, abre mi maleta.

—¡Eso no me vale! —chilló Charmain. Sabía que no había tiempo para buscar maletas. Algo estaba a punto de explotar—. ¡Enfriaos! —gritó a los chorros—. ¡Congelaos! ¡Cañerías, enfriaos ahora mismo! —vociferó agitando los brazos—. ¡Os ordeno que os enfriéis!

Para su sorpresa, funcionó. El chorro de vapor se diluyó en simples bocanadas y después desapareció del todo. La cisterna dejó de vaciarse. Tres de los grifos dieron un respingo y se cerraron. Casi instantáneamente se formó hielo en el grifo que funcionaba, el del agua fría del lavabo, y creció en él una estalactita. Otra estalactita apareció en las tuberías que bajaban por la pared y resbaló siseando hasta la bañera.

—Eso está mejor —suspiró Charmain, y dio media vuelta para mirar a Waif. Ella le devolvió la mirada con tristeza. Estaba más grande que nunca—. Waif —dijo Charmain—, hazte pequeña. Ahora. Te lo ordeno.



Waif agitó tristemente la punta de su monstruosa cola y siguió del mismo tamaño.

—Si es mágica —dijo Peter—, seguramente, si quiere, puede deshacer el hechizo.

—¡Oh, cállate! —le espetó Charmain—. ¿Qué creías que estabas haciendo? Nadie puede beber agua hirviendo.

Peter la miró indignado desde debajo de su pelo enredado y chorreante.

—Quería una taza de té —respondió—. El té se hace con agua hirviendo.

Charmain no había hecho té en su vida. Se encogió de hombros.

—¿En serio?

Miró al techo.

—Tío abuelo William —llamó—, ¿cómo se consigue una bebida caliente aquí?

La voz amable volvió a hablar.

—En la cocina, golpea la mesa y di «Té», querida. En el salón, golpea el carrito del rincón y di «Té de las cinco». En tu habitación...

Ni Peter ni Charmain se quedaron a escuchar lo de la habitación: se lanzaron hacia delante y cerraron de golpe la puerta del baño. La abrieron de nuevo, Charmain le dio un empujón a la izquierda a Peter e irrumpieron en la cocina; se dieron la vuelta, cerraron la puerta, la volvieron a abrir y, finalmente, llegaron al salón, donde empezaron a buscar con empeño el carrito. Peter lo descubrió en el rincón y se lanzó por él antes que Charmain.

—¡Té de las cinco! —gritó martilleando con fuerza su superficie vacía de cristal—. ¡Té de las cinco! ¡Té de las cinco! ¡Té de las...!

Cuando Charmain le alcanzó y le agarró la mano con la que golpeaba, el carrito estaba lleno a rebosar de teteras, jarras de leche, azucareros, tazas, pastas de té, platos con nata, con mermelada, con tostadas calientes con mantequilla, montañas de magdalenas y un pastel de chocolate. Un cajón con cuchillos, cucharas y tenedores se abrió en el extremo. Charmain y Peter, de acuerdo por una vez, llevaron el carrito hacia el lóbrego sofá y se dispusieron a comer y beber. Al minuto, Waif sacó su enorme cabeza por la puerta, husmeando. Al ver el carrito, empujó un poco y entró también en el salón, donde se arrastró melancólicamente con su enorme tamaño hasta el sofá, donde puso su gigantesco mentón peludo en el respaldo detrás de Charmain. Peter la miró distraído y le dio varias magdalenas, que ella comió de un mordisco con mucha educación.

Pasada una buena media hora, Peter se recostó y se estiró.

—Ha sido genial —suspiró—. Al menos no nos moriremos de hambre. Mago Norland —añadió por probar—, ¿cómo se come en esta casa?

No hubo respuesta.



—Sólo me contesta a mí —exclamó Charmain con orgullosa frivolidad—. Y ahora no voy a preguntarlo. He tenido que vérmelas con un lubbock antes de que llegaras y estoy agotada. Me voy a la cama.

—¿Qué es un lubbock? —preguntó Peter—. Creo que uno mató a mi padre.

Charmain no estaba de humor para contestarle. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Espera —dijo Peter—. ¿Cómo nos deshacemos de todos los trastos del carrito?

—Ni idea —contestó Charmain, y abrió la puerta.

—¡Espera, espera, espera! —dijo Peter corriendo tras ella—. Antes enséñame mi habitación.

«Supongo que tengo que hacerlo —pensó Charmain—, no distingue la izquierda de la derecha». Suspiró. A desgana, empujó a Peter entre las burbujas, que seguían, más densas que nunca, llenando la cocina, para que recogiera su mochila, y después le guio a la izquierda, de vuelta a la puerta donde estaban las habitaciones.

—Quédate con la tercera —le dijo—. Esta es la mía y la primera es la del tío abuelo William. Pero, si quieres otra, hay miles. Buenas noches —añadió, y entró en el baño.

Todo estaba congelado.

—¡Vaya! —exclamó Charmain.

Para cuando había vuelto a la habitación y se había puesto el camisón un poco manchado de té, Peter estaba en el pasillo gritando:

—¡Eh! ¡El lavabo está congelado!

«Mala suerte», pensó Charmain. Se metió en la cama y se durmió casi al momento.

Más o menos una hora después, soñó que se le sentaba encima un mamut peludo.

—Apártate, Waif —le ordenó—. Eres demasiado grande.

Después soñó que el mamut se apartaba lentamente de ella, gruñendo, antes de que ella entrara en otro sueño más profundo.



Capítulo 5

En el que Charmain recibe a su preocupada madre

Cuando Charmain se despertó, descubrió que Waif había puesto su enorme cabeza sobre la cama, encima de sus piernas. El resto de Waif estaba apilado en el suelo formando una montaña blanca y peluda que llenaba la mayor parte del resto de la habitación.

—Así que no puedes encogerte por ti misma —murmuró Charmain—. Tendré que pensar en algo.

La respuesta de Waif fue una serie de enormes silbidos, después de los cuales pareció que volvía a dormirse. Charmain, con mucha dificultad, sacó las piernas de debajo de la cabeza de Waif y rodeó su enorme cuerpo para buscar ropa limpia y ponérsela. Cuando llegó el momento de peinarse, Charmain descubrió que todas sus horquillas parecían haber desaparecido, seguramente durante su caída por la ladera de la montaña. Todo cuanto le quedaba era un lazo. Su madre siempre insistía en que las chicas respetables tenían que llevar el pelo recogido en un fuerte moño encima de la cabeza. Charmain nunca había llevado el pelo de otra forma.

—Pero, bueno —dijo a su reflejo en el limpio y pequeño espejo—, madre no está, ¿verdad?

Y se peinó el pelo sobre el hombro en una gruesa trenza que recogió con el lazo. Pensó que estaba más guapa así que de costumbre, con la cara más llena y menos flacucha y malhumorada. Asintió a su reflejo y volvió a rodear a Waif para ir al baño.

Para su alivio, el hielo se había fundido durante la noche. La habitación estaba invadida por el suave sonido del agua fundiéndose y bajando por las tuberías, pero nada parecía ir mal hasta que Charmain abrió los grifos. Los cuatro dejaban salir agua helada; daba igual cuanto tiempo la dejase correr.

—De todas maneras, tampoco me quería bañar —comentó Charmain mientras salía al pasillo.



No se oía a Peter. Charmain recordó a su madre diciéndole que a los chicos siempre les costaba más levantarse por las mañanas. No dejó que eso le preocupara. Abrió la puerta y giró a la izquierda para entrar en una espuma espesa. Placas de espuma y grandes burbujas solitarias se cruzaron con ella en el pasillo.

—¡Maldita sea! —dijo Charmain. Agachó la cabeza, se la cubrió con los brazos y entró en la habitación. Allí hacía tanto calor como en la panadería de su padre cuando estaba haciendo un encargo importante—. ¡Guau! —exclamó—. Supongo que las pastillas de jabón tardan días en gastarse.

Después no dijo nada más porque, al abrir la boca, se le había llenado de espuma. Las burbujas le entraron por la nariz hasta que estornudó, causando un pequeño huracán de burbujas. Chocó contra la mesa y oyó caer otra tetera, pero siguió avanzando hasta que encontró las bolsas de ropa sucia y oyó repiquetear las cacerolas de encima. Ya sabía dónde estaba. Se apartó una mano de la cara para buscar a tientas el fregadero y después, pasado el fregadero, palpó la puerta trasera con los dedos. Buscó el pomo; por un momento pensó que había desaparecido durante la noche, hasta que se dio cuenta de que estaba en el otro extremo de la puerta y, finalmente, la abrió. Se quedó allí, respirando profundamente el aire burbujeante y parpadeando con sus ojos vivos e inteligentes llenos de jabón, ante un precioso y templado amanecer.

Las burbujas flotaban en masa por encima de ella. A medida que se le aclaraba la vista, Charmain se quedó admirada por la forma en que las brillantes burbujas captaban la luz del sol mientras se elevaban por las verdes y ondeantes montañas. Se dio cuenta de que la mayoría parecía explotar al llegar al final del patio, como si allí hubiese una barrera invisible, pero algunas seguían subiendo más y más, como si pudiesen hacerlo eternamente. Charmain las seguía con la vista mientras superaban pardas cimas y verdes valles. Uno de aquellas extensiones verdes tenía que ser el prado donde se había encontrado con el lubbock, pero no sabría decir cuál. Dejó volar su mirada hacia el pálido azul del cielo sobre las cumbres. Hacía un día realmente adorable.

Para entonces, una corriente pálida e incesante de burbujas salía de la cocina. Cuando Charmain se dio media vuelta para mirar, la habitación ya no estaba llena de espuma sólida, aunque aún había burbujas por todas partes saliendo de la chimenea. Charmain suspiró y volvió dentro, donde consiguió inclinarse sobre el fregadero y abrir también la ventana. Eso ayudó muchísimo. Ahora salían de la casa, más deprisa que antes, dos filas de burbujas que formaban un arco iris en el patio. La cocina se vació enseguida. Charmain se dio cuenta de que había cuatro bolsas de ropa sucia apoyadas al lado del fregadero en lugar de las dos de la noche anterior.

—¡Anda ya! —bufó Charmain—. Tío abuelo William, ¿cómo desayuno?

Fue bonito escuchar la voz del tío abuelo William entre las burbujas:

—Limítate a golpear el lateral de la chimenea y di: «El desayuno, por favor»,



querida.

Charmain se lanzó enseguida hacia allí, hambrienta. Dio un golpe impaciente sobre la pintura empapada de jabón del lateral.

—El desayuno, por favor.

Entonces vio que tenía que apartarse para dejar sitio a una bandeja flotante que golpeaba suavemente las gafas que le colgaban sobre el pecho. En el centro de la bandeja había un chisporroteante plato de huevos con beicon, y rebosando por los lados había una cafetera, una taza, un montón de tostadas, mermelada, mantequilla, leche, un cuenco de pasas confitadas y cubiertos dentro de una servilleta almidonada.

—¡Qué bonito! —dijo, y antes de que se llenase de jabón, cogió la bandeja y se la llevó al salón. Para su sorpresa, no había rastro del festín del té de las cinco que se habían dado la noche anterior Peter y ella, y el carrito estaba pulcramente de vuelta en su rincón; pero la habitación olía a humedad y había unas cuantas burbujas furtivas flotando por ella. Charmain siguió derecha hacia la puerta principal y salió. Recordó que, mientras cogía los pétalos rosas y azules para el hechizo de *El libro del palimpsesto*, había visto una mesa de jardín y un banco por la ventana del estudio. Giró la esquina con la bandeja en su busca.

La encontró en el punto donde el sol de la mañana caía con más fuerza, y sobre ella, sobre el arbusto rosa y azul, estaba la ventana del estudio, aunque no había sitio en la casa para que cupiese el estudio. «La magia es interesante», pensó mientras dejaba la bandeja sobre la mesa. Aunque los arbustos de alrededor aún goteaban a causa de la lluvia de la noche anterior, el banco y la mesa estaban secos. Charmain se sentó y tomó el desayuno más maravilloso que jamás había probado; bajo el calor del sol, se sentía perezosa, rica y muy mayor. «Lo único que falta es un *croissant* de chocolate como los que hace papá —pensó mientras se recostaba a beber el café—, se lo tengo que decir al tío abuelo William cuando vuelva».

Se le ocurrió que el tío abuelo William debía de sentarse allí a menudo a disfrutar del desayuno. Las hortensias que la rodeaban eran las más bonitas del jardín, como si estuvieran allí especialmente para su deleite. Cada arbusto tenía flores de varios colores. El de enfrente de ella tenía flores de color blanco, rosa pálido y malva. El siguiente empezaba azul por la izquierda y cambiaba gradualmente a verde mar por la derecha. Charmain empezaba a sentirse satisfecha por no haber permitido al kobold cortar aquellos arbustos cuando Peter sacó la cabeza por la ventana del estudio. Eso destruyó bastante el buen momento de Charmain.

—¡Eh! ¿De dónde has sacado el desayuno? —preguntó Peter.

Charmain se lo explicó y él volvió a meter la cabeza y se fue. Charmain se quedó donde estaba esperando que Peter apareciese en cualquier momento y esperando, a la vez, que no lo hiciese. Pero no pasó nada. Después de tomar el sol un poco más, Charmain pensó en buscar un libro para leer. Llevó la bandeja adentro y se dirigió



primero a la cocina, felicitándose por ser tan ordenada y eficiente. Obviamente, Peter había estado allí, porque había cerrado la puerta de atrás, dejando abierta sólo la ventana, de manera que la habitación volvía a estar llena de burbujas que flotaban tranquilamente hacia la ventana y después salían rápidamente en fila por ella. Entre las burbujas se adivinaba la enorme silueta de Waif. Cuando llegó Charmain, Waif enderezó su gran cola peluda y la agitó fuertemente contra el borde de la chimenea. Un plato pequeño para perros, lleno con la cantidad de comida adecuada para un perro pequeño, aterrizó entre las burbujas y fue a parar a sus gigantescas patas delanteras. Waif lo examinó con tristeza, inclinó su enorme cabeza y engulló la comida para perros de un solo bocado.

—¡Oh! ¡Pobre Waif. —dijo Charmain.

Waif levantó la vista y la vio. Su gran cola empezó a agitarse, tamborileando contra la chimenea. Un nuevo plato de comida para perros aparecía con cada golpe. En cuestión de segundos, Waif estuvo rodeada de platitos para perros, desperdigados por el suelo.

—Note pases, Waif—la regañó Charmain mientras rodeaba los platos. Dejó la bandeja sobre una de las nuevas dos bolsas de ropa sucia y le dijo a Waif—: Si me necesitas, estaré en el estudio buscando un libro.

Y, de vuelta, rodeó los platos. Waif estaba ocupada comiendo y no le prestó atención.

Peter estaba en el estudio. Su bandeja del desayuno vacía estaba en el suelo al lado del escritorio y él estaba en la silla hojeando afanosamente uno de los libros de cuero más grandes de la fila del final de la mesa. Ahora parecía mucho más respetable. Con el pelo seco, peinado en ordenados rizos trigueños y con lo que era claramente su traje de repuesto, que estaba hecho de buen *tweed* de color verde. Estaba arrugado de la mochila y tenía uno o dos parches húmedos donde habían explotado burbujas, pero Charmain lo encontró bastante aceptable. Cuando Charmain entró, él cerró el libro de golpe con un suspiro y lo empujó de vuelta a su sitio. Charmain vio que llevaba un lazo de color verde atado a su dedo gordo izquierdo. «De modo que así es como ha conseguido entrar aquí», pensó.

—No entiendo una palabra de esto —se quejó él—. Tiene que estar aquí, en algún sitio, pero no lo encuentro.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Charmain.

—Anoche dijiste algo de un lubbock —dijo Peter— y me di cuenta de que, en realidad, no sé lo que son. Estoy intentando encontrarlo. ¿O tú sabes algo de ellos?

—La verdad es que no, excepto que dan mucho miedo —confesó Charmain—. A mí también me gustaría saber cosas de ellos. ¿Cómo podemos hacerlo?

Peter señaló con el pulgar de la cinta verde a la fila de libros.

—Allí. Sé que eso es la enciclopedia de los magos, pero tienes que saber qué es lo



que estás buscando antes siquiera de poder encontrar el tomo en el que está.

Charmain se puso las gafas y se inclinó a mirar los libros. En cada uno ponía *Res mágica* en letras doradas con un número debajo y un título.

«Volumen 3 —leyó—: *Girolóptica*; volumen 5: *Panacticón* —después, al otro lado—; volumen 19: *Seminario avanzado*; volumen 27: *Oniromancia terrenal*; volumen 28: *Oniromancia cósmica*».

—Entiendo tu problema —dijo ella.

—Ahora los estoy revisando en orden —le explicó Peter—. Ya llevo cinco. Son todos hechizos que no consigo desentrañar.

Sacó el volumen 6, que se titulaba simplemente *Hechicería*, y lo abrió.

—Tú mira el siguiente —dijo.

Charmain sintió un escalofrío y cogió el volumen 7. Se titulaba *Potentes*, aunque eso no es que fuera de mucha ayuda. Se lo llevó al alféizar de la ventana, donde había sitio, y lo abrió muy cerca del principio. En cuanto lo hizo, supo que era el que buscaban.

—Demonio: ser poderoso y, a veces, peligroso —leyó—. Se confunde a menudo con los ELEMENTALES —y pasando unas cuantas páginas—: Diablo: criatura del Infierno... —después de aquello, se fue a—: Regalo élfico: contiene poderes dados por ELFOS para la seguridad de un reino... —y entonces, un par de páginas después—: Incubo: DIABLO especializado, mayormente hostil contra las mujeres... —después de eso, empezó a pasar las páginas despacio y con cuidado y, pasadas veinte páginas, lo encontró—. Lubbock. ¡Lo tengo! —exclamó.

—¡Genial! —Peter cerró *Hechicería* de golpe—. Este es casi todo de diagramas. ¿Qué dice?

Se acercó al alféizar y se inclinó al lado de Charmain para leer ambos la entrada.

—Lubbock: criatura, afortunadamente, rara. Los lubbocks son insectos de color violáceo y de cualquier tamaño, entre un saltamontes y mayor que un humano. Son muy peligrosos, aunque actualmente, por suerte, sólo se encuentran en zonas salvajes o deshabitadas.

Los lubbocks atacan a cualquier humano que ven, ya sea con sus apéndices en forma de pinza o con su formidable probóscide. Durante diez meses al año se limitan a trocear a los humanos para comérselos, pero durante los meses de julio y agosto llega la temporada del apareamiento y, entonces, son especialmente peligrosos; durante esos meses, están al acecho de humanos viajeros y, cuando capturan uno, ponen en él sus huevos. Estos eclosionan después de doce meses, momento en el cual el primero en romperse se come al resto, y ese único lubbock se abrirá camino fuera de su huésped humano. Si el humano es macho, morirá. Si el humano es hembra, dará a luz del modo habitual y tal descendencia se denominará LUBBOCKIN.



Normalmente, después de esto, la hembra muere.

«¡Cielo santo, me escapé por los pelos!», pensó Charmain, y su mirada y la de Peter volaron a la siguiente entrada:

«Lubbockin: descendencia de un LUBBOCK y una hembra humana. Estas criaturas suelen tener la apariencia de un bebé humano, excepto porque siempre tienen los ojos de color violeta. Algunos tienen la piel violeta, y unos pocos pueden llegar incluso a nacer con alas vestigiales. Las comadronas acaban con los lubbockins nada más verlos, pero en muchos casos los lubbockins se crían por error como si fuesen niños humanos. Todos son, casi sin excepción, malvados y, dado que los lubbockins pueden reproducirse con humanos, su naturaleza malvada no desaparece hasta pasadas bastantes generaciones. Se rumorea que muchos habitantes de tierras remotas como High Norland y Montalbino deben su origen a un ancestro lubbockin».

Es difícil describir el efecto que esta lectura tuvo en Charmain y Peter. Ambos desearon no haberlo leído. El soleado estudio del tío abuelo William parecía, de repente, del todo inseguro, con extrañas sombras en los rincones. De hecho, pensó Charmain, toda la casa lo parecía. Ella y Peter se vieron escudriñándolo todo nerviosos y, después, mirando por la ventana en busca de algún peligro en el jardín. Ambos brincaron cuando Waif dio un bostezo fuera, en algún punto del pasillo. Charmain quería salir corriendo a asegurarse de que la ventana del fondo del pasillo estaba bien, bien cerrada. Pero antes tenía que mirar a Peter con muchísima atención en busca de alguna señal violeta en él. Al fin y al cabo, le había dicho que venía de Montalbino.

Peter se había puesto palidísimo. Mostraba unas cuantas pecas cruzándole la nariz, pero eran pálidas pecas de color naranja, y los escasos pelos nuevos que crecían en su barbilla era también de tono anaranjado. Sus ojos eran de un color marrón tostado; no se parecían nada a los ojos verde-amarillento de la propia Charmain, pero tampoco eran violetas. No le costó nada ver todo esto porque Peter estaba estudiándola a ella con el mismo cuidado. Notó la cara fría. Estaba segura de que estaba tan pálida como la de Peter. Finalmente, ambos hablaron al mismo tiempo.

Charmain dijo:

—Tú eres de Montalbino. ¿Tu familia es lila?

Peter dijo:

—Tú te encontraste con un lubbock. ¿Puso sus huevos en ti?

Charmain contestó:

—No.

Peter respondió:



—A mi madre la llaman la Bruja de Montalbino, pero en realidad es de High Norland. Y no es lila. Cuéntame cosas sobre ese lubbock que viste.

Charmain le explicó cómo había saltado por la ventana y había llegado al prado en la montaña donde el lubbock se había colado en la flor azul y...

—Pero ¿te tocó? —la interrumpió Peter.

—No, porque me caí por el borde antes de que pudiese —explicó Charmain.

—Caíste por el... Y entonces, ¿por qué no estás muerta? —preguntó Peter. Se apartó un poco de ella, como si pensase que podía ser algún tipo de zombi.

—Hice un hechizo —le contestó Charmain, quitándole importancia porque estaba muy orgullosa de haber hecho magia de verdad—. Un hechizo para volar.

—¿En serio? —dijo Peter mitad interesado y mitad incrédulo—. ¿Qué hechizo para volar? ¿De dónde?

—De ese libro —aclaró Charmain—. Y cuando caí, empecé a flotar y aterricé sin hacerme daño en el camino del jardín. No hace falta que me mires con esa cara de incredulidad. Había un kobold llamado Rollo en el jardín cuando aterricé. Pregúntale a él si no me crees.

—Lo haré —afirmó Peter—. ¿Qué libro era? Enséñamelo.

Charmain se apartó la trenza de encima del hombro con superioridad y se dirigió al escritorio. Parecía que *El libro del palimpsesto* estaba intentando esconderse. En cualquier caso, no estaba donde ella lo había dejado. A lo mejor Peter lo había movido. Lo encontró al fondo, perdido en la fila de *Res mágica*, como si fuese otro tomo de la enciclopedia.

—Aquí —dijo tirándolo encima de *Hechicería*—, ¿cómo te atreves a dudar de mi palabra! Y ahora, voy a buscar un libro para leer.

Se acercó a una de las estanterías y empezó a elegir posibles títulos. Ninguno de los libros parecía contener historias, que es lo que hubiese preferido Charmain, pero algunos parecían bastante interesantes. ¿Qué decir de *El taumaturgo como artista*, por ejemplo? ¿O de *Memorias de un exorcista*? Por otro lado, *Teoría y práctica de la invocación coral* parecía, sin duda, aburrido, pero a Charmain le gustó bastante el que estaba a su lado, titulado *La varita de doce puntas*.

Mientras tanto, Peter se había sentado al escritorio y hojeaba *El libro del palimpsesto*, entusiasmado. Charmain estaba descubriendo que *El taumaturgo como artista* estaba lleno de frases desconcertantes como «así, nuestro pequeño mago feliz puede hacernos oír una dulce música como la que hacen las hadas» cuando Peter dijo enfadado:

—Aquí no hay ningún hechizo para volar. Lo he mirado de arriba abajo.

—A lo mejor lo gasté —sugirió Charmain no muy convencida. Echó una ojeada a *La varita de doce puntas* y le pareció que prometía.



—Los hechizos no funcionan así —objetó Peter—. En serio, ¿dónde lo encontraste?

—Ahí. Ya te lo he dicho —dijo Charmain—. Y si no te crees una palabra de lo que digo, ¿por qué sigues preguntándome?

Dejó resbalar sus gafas por la nariz, cerró el libro de golpe y se llevó un montón de posibles lecturas al pasillo, donde cerró la puerta del estudio en las narices de Peter y atravesó la puerta del baño de un lado a otro hasta que alcanzó el salón. Decidió quedarse allí, a pesar de la humedad. Después de leer aquella entrada en *Res mágica*, irse fuera, al sol, ya no parecía seguro. Pensó en el lubbock asomándose por encima de las hortensias y se apretó con fuerza en el sofá.

Estaba absorta en *La varita de doce puntas*, incluso estaba empezando a entender de qué iba, cuando sintió un golpe seco en la puerta principal. Charmain pensó, como siempre: «Ya abrirá alguien», y siguió leyendo.

La puerta se abrió con un chirrido impaciente. La voz de tía Sempronia dijo:

—Pues claro que está bien, Berenice. Sólo tiene la nariz metida en un libro, como siempre.

Charmain se despegó del libro y se quitó las gafas a tiempo de ver a su madre siguiendo a tía Sempronia y entrando en casa. Como siempre, tía Sempronia iba vestida de forma espectacular con rígida seda. La señora Baker iba respetablemente vestida de gris con cuello y puños blancos, y llevaba un respetable sombrero gris.

«Suerte que me he puesto ropa limpia...», empezó a pensar Charmain cuando cayó en la cuenta de que el resto de la casa no estaba, para nada, en condiciones de ser vista por ninguna de aquellas dos mujeres. No sólo la cocina estaba llena de platos de persona y de perro sucios, burbujas, ropa sucia y un gigantesco perro blanco, sino que además Peter estaba en el estudio. Madre seguramente sólo vería la cocina y ya sería suficientemente malo. Pero tía Sempronia era (casi seguro) bruja, y encontraría el estudio y se toparía con Peter. Entonces madre querría saber qué hacía allí un chico desconocido. Y cuando Peter se explicase, madre diría que, en tal caso, Peter podría cuidar de la casa del tío abuelo William y Charmain debería comportarse de manera respetable y volver a casa enseguida. Tía Sempronia estaría de acuerdo y Charmain se vería obligada a volver a casa. Y se acabarían la paz y la libertad.

Charmain se puso en pie de un salto y sonrió histéricamente; su sonrisa era tan amplia y acogedora que le pareció que se había hecho un esguince en la cara.

—¡Oh, hola! —exclamó—. No he oído la puerta.

—Nunca lo haces —repuso tía Sempronia.

La señora Baker escudriñó a Charmain, nerviosa.

—¿Estás bien, mi amor? ¿Bien del todo? ¿Por qué no te has recogido el pelo como Dios manda?

—Me gusta así —dijo Charmain arrastrando los pies para quedarse entre las dos



mujeres y la puerta de la cocina—. ¿No crees que me queda bien, tía Sempronia?

Tía Sempronia se apoyó en su parasol y la miró para juzgarlo.

—Sí —respondió—, te queda bien. Pareces más joven y rellenita. ¿Es ese el aspecto que quieres tener?

—Sí, es ese —afirmó Charmain desafiante.

La señora Baker suspiró.

—Cariño, me gustaría que no contestases de un modo tan arrogante. Ya sabes que a la gente no le gusta. Pero estoy contenta de verte tan bien. Me he pasado despierta la mitad de la noche oyendo la lluvia y deseando que el tejado de esta casa no tuviese goteras.

—No tiene goteras —dijo Charmain.

—O temiendo que te hubieses dejado una ventana abierta —añadió su madre.

Charmain se estremeció.

—No, cerré las ventanas —dijo, y supo al instante que Peter estaba abriendo en aquel momento la ventana que daba al prado del lubbock—. De verdad que no tienes nada de qué preocuparte, madre —mintió.

—Bueno, para ser sincera, sí que estaba un poco preocupada —admitió la señora Baker—. Es tu primera vez fuera del nido, ya sabes. Hablé con tu padre de ello. Dijo que a lo mejor no te las estabas apañando para comer como es debido —levantó la abultada bolsa bordada que llevaba—. Te preparó algo más de comida en esta bolsa. Iré a dejártela en la cocina, ¿puedo? —preguntó, y empujó a Charmain fuera del paso, dirigiéndose a la puerta interior.

«¡No! ¡Socorro!», pensó Charmain. Agarró la bolsa bordada de un modo que esperaba fuese de lo más amable y civilizado y no el tirón brusco que le hubiera gustado dar, y dijo:

—No tienes que molestarte, madre. Yo la llevo ahora mismo y te traigo la otra.

—¿Por qué? No es molestia, mi amor —protestó su madre aferrándose a la bolsa.

—Porque antes tengo una sorpresa para ti —dijo Charmain a toda prisa—. Tú ve a sentarte. Ese sofá es muy cómodo, madre —«y está de espaldas a la puerta»—. Siéntate, tía Sempronia.

—Pero si será un momento —objetó la señora Baker—. Lo dejaré en la mesa de la cocina, donde puedas encontrarlo...

Charmain agitó su mano libre. Su otra mano sujetaba la bolsa como si le fuera la vida en ello.

—¡Tío abuelo William! —gritó—. ¡Café de la mañana! ¡Por favor!

Para su alivio, la amable voz del tío abuelo William contestó:



—Golpea el carrito del rincón, querida, y di: «Café de la mañana».

La señora Baker dio un respingo y buscó de dónde salía la voz. Tía Sempronia miró sorprendida, después extrañada y se acercó para darle un suave golpe al carrito con su parasol.

—¿Café de la mañana?

Al momento, la habitación se llenó del agradable aroma del café. Una alta cafetera plateada estaba en el carrito echando humo junto con unas tacitas doradas, una lechera dorada, un azucarero plateado y un plato con pastelillos de azúcar. La señora Baker estaba tan sorprendida que soltó la bolsa bordada. Charmain la puso rápidamente detrás del sillón más cercano.

—Una magia muy elegante —comentó tía Sempronia—. Berenice, ven, siéntate aquí y deja que Charmain empuje el carrito hasta el sofá.

La señora Baker obedeció con aspecto aturdido y, para gran alivio de Charmain, la visita empezó a convertirse en un elegante y respetable café matinal. Tía Sempronia sirvió el café mientras Charmain pasaba los pastelillos. Charmain estaba de cara a la puerta de la cocina sosteniendo el plato para tía Sempronia cuando se abrió la puerta y apareció la cara de Waif por el hueco, obviamente atraída por el olor de los pastelillos.

—¡Vete, Waif! —chilló Charmain—. ¡Buuu! ¡Lo digo en serio! No puedes entrar aquí a menos que seas... que seas... que seas respetable. ¡Vete!

Waif la miró lastimeramente, suspiró con fuerza y dio media vuelta. Cuando la señora Baker y tía Sempronia, cada una sosteniendo con cuidado una pequeña taza rebosante de café, pudieron darse la vuelta para ver con quién estaba hablando Charmain, Waif se había ido y la puerta había vuelto a cerrarse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la señora Baker.

—Nada —dijo Charmain tranquilamente—, sólo la perra guardián del tío abuelo William, ya sabes. Es muy glotona...

—¡Tienes un perro aquí! —interrumpió la señora Baker alarmada—. No estoy segura de que me guste, Charmain. Los perros son sucios. ¡Y podría morderte! Espero que lo tengas atado.

—No, no, no, es increíblemente limpia. Y obediente —añadió Charmain preocupada por si eso era verdad—. Es sólo... es sólo que come demasiado. El tío abuelo William intenta que siga una dieta, así que claro, estaba intentando conseguir uno de estos pastelillos.

La puerta de la cocina volvió a abrirse. Esta vez fue la cara de Peter la que apareció por el hueco con expresión de que tenía algo urgente que decirle. Su gesto se convirtió en uno de pánico cuando captó la finura de tía Sempronia y la respetabilidad de la señora Baker.



—Ya vuelve —dijo Charmain bastante desesperada—. ¡Vete, Waif!

Peter captó la indirecta y desapareció justo antes de que tía Sempronia pudiese volver a darse la vuelta y verlo. La señora Baker parecía más alarmada que nunca.

—Te preocupas demasiado, Berenice —dijo tía Sempronia—. Admito que los perros huelen, son sucios y ruidosos, pero no hay nada que supere a un buen perro guardián a la hora de proteger una casa. Deberías estar agradecida de que Charmain tenga uno.

—Supongo —asintió la señora Baker con tono de no estar nada convencida—. Pero... pero ¿no me habías dicho que esta casa estaba protegida por... por las... artes mágicas de tu tío abuelo?

—Sí, sí, lo está —dijo Charmain con entusiasmo—. ¡La casa es doblemente segura!

—Por supuesto que sí —confirmó tía Sempronia—. Creo que no puede entrar nada que no haya sido invitado desde el otro lado del umbral.

Como para llevarle la contraria a tía Sempronia, apareció de repente un kobold en el suelo al lado del carrito.

—¡Vaya, mira esto! —vociferó el pequeño, azul y agresivo ser.

La señora Baker soltó un berrido y se tiró el café sobre la pechera de la blusa. Tía Sempronia apartó sus faldas de él con mucha dignidad. El kobold se quedó mirándolas, claramente confundido, y después miró a Charmain. No era el kobold jardinero. Su nariz era más grande, su ropa azul era de mejor tejido y parecía acostumbrado a dar órdenes.

—¿Eres un kobold importante? —le preguntó Charmain.

—Bueno —dijo el kobold bastante sorprendido—, podría decirse que sí. Soy el jefe de esta zona; me llamo Timminz. Lidero este contingente y estamos todos bastante enfadados. Y ahora nos dicen que el mago no está o que no nos recibirá o...

Charmain vio que su ira crecía por momentos. Dijo rápidamente:

—Es cierto. No está. Está enfermo. Los elfos se lo han llevado para curarle y yo cuido de la casa en su ausencia.

El kobold alzó los ojos por encima de su gran nariz y le lanzó una mirada asesina:

—¿Estás diciendo la verdad?

«¡Parece como si llevase todo el día oyendo que miento!», pensó Charmain enojada.

—Es completamente verdad —afirmó tía Sempronia—. William Norland no está aquí ahora mismo. Así que, ¿sería tan amable de irse, querido kobold? Está aterrorizando a la pobre señora Baker.

El kobold miró indignado a tía Sempronia y después a la señora Baker.



—Entonces —le dijo a Charmain—, no veo ninguna posibilidad de que esta disputa quede resuelta jamás.

Y desapareció tan súbitamente como había aparecido.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró la señora Baker con la mano en el pecho—. ¡Tan pequeño, tan azul! ¿Cómo ha entrado? ¡No dejes que te suba por la falda, Charmain!

—Sólo era un kobold —indicó tía Sempronia—. Reponte, Berenice. Por regla general, los kobolds no tratan con los humanos, así que no tengo ni idea de qué estaba haciendo aquí. Pero supongo que el tío abuelo William debe de haber tenido algún trato con estas criaturas. La regla no afecta a los magos.

—Y, además, me he tirado el café encima —lloriqueó la señora Baker sacudiéndose la falda.

Charmain cogió la tacita y la volvió a llenar de café cuidadosamente.

—Coge otro pastelillo, madre —dijo a la vez que sostenía el plato—. El tío abuelo William tiene un kobold que le arregla el jardín, y también estaba enfadado cuando le conocí.

—¿Qué hacía el jardinero en el salón? —preguntó la señora Baker.

Como solía pasar, Charmain empezó a lamentar haber intentado explicar algo a su madre. «No es tonta; simplemente, nunca usa la cabeza», pensó.

—Era otro kobold... —empezó.

La puerta de la cocina se abrió y Waif entró dando saltitos. Volvía a tener su tamaño original. Eso quería decir que era, por lo menos, más pequeña que el kobold, y estaba encantada de haber encogido. Trotó alegremente hacia Charmain y levantó la nariz implorante hacia el plato de pastelillos.

—¡Francamente, Waif—la regañó Charmain—, cuando pienso en todo lo que has comido para desayunar!

—¿Es este el perro guardián? —inquirió la señora Baker con nerviosismo.

—Si lo es —opinó tía Sempronia—, sería la segunda mejor cosa después de un ratón. ¿Cuánto dices que ha comido para desayunar?

—Unos cincuenta platos enteros de comida para perros —dijo Charmain sin pensar.

—¡Cincuenta! —repitió su madre.

—Estaba exagerando —se corrigió Charmain.

Waif, al ver que todas la miraban, se sentó en posición de pedir con las patas bajo el mentón. Se esforzaba en parecer adorable. «Deja caer las orejas peludas y consigue todo lo que quiere», decidió Charmain.

—¡Oh, qué perrita tan dulce! —exclamó la señora Baker—. ¿Así que tienes



hambre?

Le dio a Waif el resto del pastelillo que se estaba comiendo. Waif lo cogió educadamente, lo tragó de un bocado y siguió pidiendo. La señora Baker le dio un pastelillo entero del plato. Eso provocó que Waif pidiera con más ganas que nunca.

—Estoy enfadada —le espetó Charmain a Waif.

Tía Sempronia también le dio graciosamente otro pastelillo a Waif.

—Debo decir —le comentó a Charmain— que con este gran sabueso guardándote no hay que temer por tu seguridad, aunque tal vez acabes pasando hambre.

—Ladra muy bien —dijo Charmain. «Y no hay ninguna necesidad de ser sarcástica, tía Sempronia. Ya sé que no es un perro guardián». Pero Charmain no había acabado de pensar eso cuando se dio cuenta de que, en realidad, Waif estaba cuidando de ella. Había conseguido que madre se olvidara completamente de los kobolds, de la cocina, de cualquier peligro que ella pudiera correr y se había obligado a encogerse al tamaño correcto para poder hacerlo. Charmain se sintió tan agradecida que ella también le dio un pastelillo. Waif le dio las gracias con mucho cariño, oliéndole la mano, y volvió a mirar expectante a la señora Baker.

—¡Oh, es tan mona! —suspiró la señora Baker, y le dio a Waif su quinto pastelillo como premio.

«Va a estallar», pensó Charmain. Sin embargo, gracias a Waif, el resto de la visita transcurrió del modo más tranquilo, hasta casi el final, cuando las señoras se levantaron para irse. La señora Baker dijo:

—¡Ay! Casi se me olvida —y se palpó el bolsillo—. Llegó esta carta para ti, cariño.

Tendió a Charmain un tieso y alargado sobre con un sello rojo de lacre por detrás. Estaba dirigido a la «Señorita Charmain Baker» con una caligrafía elegante y trémula.

Charmain se quedó mirando fijamente el sobre y notó que el corazón le martilleaba en los oídos y en el pecho como un herrero sobre un yunque. Se le nubló la vista. Su mano tembló al coger la carta. El Rey le había contestado. Le había contestado. Sabía que era el Rey. La dirección estaba escrita con la misma caligrafía temblorosa que había visto en las cartas del estudio del tío abuelo William.

—Oh, gracias —dijo intentando sonar indiferente.

—Ábrela, cariño —la instó su madre—. Parece importante. ¿Qué crees que es?

—Oh, no es nada —contestó Charmain—. Sólo es el título de la escuela.

Fue un error. Su madre exclamó:

—¿Qué? ¡Pero tu padre espera que sigas yendo a la escuela y aprendas algo de cultura, cariño!

—Sí, lo sé, pero siempre le dan a todo el mundo un título al final del décimo año —inventó Charmain—. Por si alguien quiere irse, ya sabes. Toda mi clase recibirá



uno. No te preocupes.

A pesar de la explicación, que Charmain encontró bastante buena, la señora Baker se preocupó. Podría haber montado una escena si Waif no hubiese estirado las patas traseras, y caminado hacia la señora Baker con sus patas delanteras puestas de nuevo con gracia bajo el mentón.

—¡Oh, bonita! —exclamó la señora Baker—. Charmain, si tu tío abuelo te deja traer a este adorable perro a casa cuando él se mejore, no me importará nada. Nada de nada.

Charmain pudo meterse la carta del Rey bajo el cinturón y besó a su madre y a tía Sempronia para despedirse de ellas sin que ninguna la volviese a mencionar. Las despidió alegremente con la mano mientras se alejaban por el camino entre las hortensias y cerró la puerta principal con un suspiro de alivio.

—¡Gracias, Waif! —suspiró—. ¡Perra lista!

Se apoyó en la puerta principal y empezó a abrir la carta del Rey, «aunque ya sé que va a decir que no —se dijo a sí misma, temblando de nervios—. ¡Si fuera yo fuera él me diría que no!».

Antes de acabar de romper el sobre, Peter abrió de golpe la otra puerta.

—¿Ya se han ido? —preguntó—. ¡Por fin! Necesito que me ayudes. Una turba de kobolds enfadados me está molestando aquí dentro.



Capítulo 6

Que trata del color azul

Charmain suspiró y se metió la carta del Rey en el bolsillo. No le apetecía compartir lo que fuera que dijese con Peter.

—¿Por qué? —inquirió—. ¿Por qué están enfadados?

—Ven a verlo —dijo Peter—. A mí todo me suena ridículo. Les he dicho que tú estabas al mando y que tenían que esperar a que acabases de ser educada con esas dos brujas.

—¿Brujas? —repitió Charmain—. ¡Una de ellas era mi madre!

—Bueno, mi madre es bruja —observó Peter—. Y bastaba con echarle un vistazo a la orgullosa vestida de seda para saber que era bruja. Vamos, ven.

Aguantó la puerta a Charmain y ella entró pensando que seguramente Peter tenía razón con respecto a tía Sempronia. Nadie en la respetable casa de los Baker mencionaba jamás la brujería, pero Charmain estaba segura desde hacía años de que tía Sempronia era bruja, aunque nunca lo había reconocido ante sí misma tan crudamente.

Se olvidó de tía Sempronia en cuanto entró en la cocina. Había kobolds por todas partes. Hombrecillos azules de diferentes formas con grandes narices estaban de pie en cualquier lugar del suelo donde hubiese espacio y que no estuviera lleno de platos de perro o té derramado. Estaban sobre la mesa, entre las teteras y en el fregadero, haciendo equilibrios entre los platos sucios. También había mujercitas azules, la mayoría posada sobre las bolsas de ropa sucia. Las mujeres se distinguían por sus narices más pequeñas y amables y sus faldas azules de volantes bastante elegantes. «Me gustaría tener una falda de esas —pensó Charmain—. Aunque más grande, claro». Había tantos kobolds que a Charmain le llevó un rato darse cuenta de que las burbujas de la chimenea casi habían desaparecido.

Todos los kobolds dieron un estridente grito cuando entró Charmain.

—Parece que tenemos a toda la tribu —dijo Peter.



Charmain pensó que seguramente tenía razón.

—Ya estoy aquí. ¿Qué problema tenéis?

La respuesta fue tal tempestad de gritos que Charmain se tapó las orejas con las manos.

—¡Ya vale! —gritó—. ¿Cómo voy a entender una sola palabra de lo que decís si gritáis todos al mismo tiempo?

Reconoció al kobold que había aparecido en el salón encima de una silla con, al menos, otros seis. Su nariz tenía una forma muy fácil de recordar.

—Cuéntamelo tú. ¿Cómo te llamabas?

El asintió bruscamente.

—Mi nombre es Timminz. Entiendo que usted es Charming Baker y que habla en nombre del mago. ¿Es así?

—Más o menos —dijo Charmain. No parecía tener mucho sentido discutir por su nombre. Además, le gustaba que la llamaran Charming¹—. Ya le dije que el mago está enfermo. Se ha ido a que le curen.

—Eso me ha dicho —respondió Timminz—. ¿Está segura de que no huyó?

Aquello generó tal cantidad de gritos y abucheos en toda la cocina que Charmain tuvo que volver a gritar para que la oyeran:

—¡Callaos! Por supuesto que no ha huido. Yo estaba aquí cuando se fue. No estaba nada bien y los elfos tuvieron que llevárselo en brazos. Habría muerto si no se lo hubieran llevado.

En el casi silencio que siguió a aquello, Timminz dijo con tono enojado:

—Si usted lo dice, la creemos, por supuesto. Nuestra disputa es con el mago, pero tal vez usted pueda solucionarla. Y ya le digo que no nos gusta. Es indecente.

—¿El qué? —preguntó Charmain.

Timminz levantó los ojos y lanzó una mirada llena de ira por encima de la nariz.

—No se ría. El mago se rio cuando me quejé a él.

—Le prometo no reírme —aseguró Charmain—. ¿Qué pasa?

—Estamos muy enfadados —dijo Tamminz—. Nuestras mujeres se niegan a fregarle los platos y nos llevamos sus grifos para que no pudiera hacerlo él, pero todo cuanto hizo fue sonreír y decir que no tenía fuerzas para discutir.

—Bueno, estaba enfermo —repuso Charmain—. Ahora ya lo sabe. ¿Qué es lo que pasa?

¹ *Charming* en inglés significa «adorable», «encantadora». (N. de la T.)



—Ese jardín suyo —explicó Timminz—. La primera queja vino de Rollo, pero después vine a echar un vistazo y Rollo tenía razón. El mago tiene arbustos de flores azules, que es un color adecuado y razonable para las flores, pero mediante su magia ha hecho que la mitad de esos mismos arbustos sean ¡rosas!, y algunos son incluso verdes o blancos, lo que es desagradable e incorrecto.

Llegados a ese punto, Peter no pudo contenerse:

—¡Pero las hortensias son así! —exclamó—. ¡Ya se lo he explicado! Cualquier jardinero puede decírselo. Si no se ponen polvos azules bajo el arbusto, algunas flores salen rosas. Rollo es jardinero. Debería saberlo.

Charmain miró en la atestada cocina, pero no consiguió ver a Rollo en ninguna parte entre el enjambre de personas azules.

—Seguramente sólo lo dijo porque le gusta podar las cosas.

—Apuesto a que le estuvo pidiendo al mago poder cortar los arbustos y él le dijo que no. Me lo pidió a mí anoche...

En este punto, Rollo saltó al lado de un plato de comida de perro casi a los pies de Charmain. Le reconoció casi exclusivamente por su desagradable vocecilla cuando chilló:

—¡Pues claro que se lo pedí! Y ella se sienta allí en el camino, cuando acababa de caer flotando del cielo, tan tranquila, y me dice que yo sólo quiero divertirme. ¡Es tan mala como el mago!

Charmain bajó la cabeza para mirarlo.

—Sólo eres una pequeña bestia destructiva —dijo—. ¡Lo que estás haciendo es dar problemas porque no puedes salirte con la tuya!

Rollo levantó un brazo.

—¿La habéis oído? ¿Habéis oído lo que ha dicho? ¿Quién está equivocado, ella o yo?

Un horrible clamor se elevó en la cocina. Timminz gritó pidiendo silencio y, cuando el clamor se convirtió en susurros, le dijo a Charmain:

—Entonces, ¿nos da permiso para que esos desgraciados arbustos sean podados?

—No, no se lo doy —le espetó Charmain—. Son los arbustos del tío abuelo William, y se supone que tengo que cuidar de todas sus cosas. Y Rollo sólo está creando problemas.

Timminz dijo, arrojándole una mirada iracunda:

—¿Es su última palabra?

—Sí —contestó Charmain—. Lo es.

—Entonces —dijo Timminz—, se ha quedado sola. Ningún kobold va a mover una



mano por usted de ahora en adelante.

Y se fueron todos. De repente, la multitud azul desapareció entre las teteras, los platos del perro y los cacharros sucios, dejando que un leve viento se llevase las últimas burbujas y el fuego ardiese ya brillantemente en el hueco de la chimenea.

—Has hecho una estupidez —dictaminó Peter.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charmain indignada—. Has sido tú quien ha dicho que se suponía que los arbustos tenían que ser así. Y has visto que Rollo los había enfadado a todos a propósito. No podía permitir que el tío abuelo William volviera y se encontrase con todo el jardín cortado, ¿verdad?

—Sí, pero podrías haber tenido un poco más de tacto —insistió Peter—. Esperaba que les dijese que íbamos a hacer un hechizo azul para convertir todas las flores en azules, o algo así.

—Sí, pero Rollo hubiese seguido queriendo cortarlo todo —dijo Charmain—. Anoche me llamó aguafiestas por no permitirselo.

—Podrías haberles hecho ver cómo es en realidad —la contradijo Peter—, en vez de enfadarlos aún más.

—Al menos no me he reído de ellos como hizo el tío abuelo William —le replicó Charmain—. Fue él quien hizo que se enfadaran, no yo.

—¡Y mira lo que consiguió! —dijo Peter—. Se llevaron los grifos y le dejaron todos los platos sucios. De modo que ahora tenemos que fregarlos todos sin ni siquiera un poco de agua caliente del baño.

Charmain se sentó haciendo aspavientos en una silla y empezó, otra vez, a abrir la carta del Rey.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —dijo—. Además, no tengo ni la más remota idea de cómo se friega los platos.

Peter estaba escandalizado.

—¿No sabes? ¿Y por qué no?

Charmain abrió el sobre y sacó un papel plegado, rígido, largo y hermoso.

—Mi madre me ha educado para ser respetable —aclaró ella—. Nunca ha dejado que me acercase al fregadero, ni siquiera a la cocina.

—¡No me lo creo! —exclamó Peter—. ¿Cómo puede ser respetable no saber hacer cosas? ¿Es respetable encender fuego con una pastilla de jabón?

—Eso —dijo Charmain con arrogancia— fue un accidente. Por favor, estate callado y déjame leer mi carta.

Se puso las gafas sobre la nariz y desplegó el papel.

—Querida señorita Baker —leyó.



—Bueno, yo voy a intentarlo —la interrumpió Peter—. Estoy apañado si voy a dejarme amenazar por un montón de personitas azules. Y me gustaría pensar que tienes suficiente orgullo como para ayudarme a hacerlo.

—Cállate —dijo Charmain, y se concentró en la carta.

Querida señorita Baker:

Ha sido usted muy amable por ofrecernos sus servicios. Normalmente, la ayuda de nuestra hija, la princesa Hilda, sería suficiente para cubrir nuestras necesidades; pero ocurre que la princesa está a punto recibir una importante visita y se ve obligada a aparcarse su trabajo en la biblioteca durante la misma. Por lo tanto, aceptamos graciosamente su amable oferta de manera temporal. Si fuese usted tan amable de presentarse en la mansión real el miércoles que viene sobre las diez y media, estaremos encantados de recibirla en nuestra biblioteca y mostrarle nuestro trabajo.

Su servidor agradecido,

Adolphus Rex Norlandi Alti

El corazón de Charmain se desbocó a medida que leía la carta, pero hasta el final de su lectura no se dio cuenta de que lo fascinante, improbable e increíble había sucedido: ¡el Rey había accedido a recibir su ayuda en la biblioteca real! Sin estar segura del porqué, se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que quitarse las gafas. Su corazón martilleaba con alegría. Después con nerviosismo. ¿Era miércoles? ¿Había perdido su oportunidad?

Había estado oyendo, sin prestar atención, cómo Peter golpeaba cacerolas y apartaba con los pies platos de comida para perros mientras se dirigía a la puerta interior. En ese momento, le oyó volver.

—¿Qué día es hoy? —le preguntó.

Peter, con un suspiro, puso sobre el fuego la gran olla que llevaba en brazos.

—Te lo diré si tú me dices dónde guarda el jabón —dijo.

—¡Que te zurzan! —masculló Charmain—. Está en el lavadero en una bolsa que dice Caninitis o algo así. Así que, ¿qué día es?

—Trapos —dijo Peter—. Dime antes dónde están los trapos. ¿Sabes que ahora mismo hay dos bolsas de ropa sucia en el lavadero?

—No sé dónde están los trapos —respondió Charmain—. ¿Qué día es?

—Antes los trapos —exigió Peter—. No me contesta cuando le pregunto.

—No sabía que venías —dijo Charmain—. ¿Ya es miércoles?

—No entiendo porque no lo sabía —se quejó Peter—. Recibió mi carta. Pregunta



por los trapos.

Charmain suspiró.

—Tío abuelo William —dijo—, este estúpido quiere saber dónde están los trapos, por favor.

La amable voz respondió.

—¿Sabes, querida? Casi me olvido de los trapos. Están en el cajón de la mesa.

—Es martes —le indicó Peter, lanzándose al cajón y abriéndolo casi hasta el estómago de Charmain. Mientras sacaba bayetas y trapos de secar platos, farfulló—: Tiene que ser martes, porque yo salí de mi casa el sábado y me llevó tres días llegar. ¿Contenta?

—Gracias —asintió Charmain—. Muy amable. Entonces, me temo que mañana tendré que ir a la ciudad. Puede que esté fuera todo el día.

—Pues qué suerte que esté yo aquí para cuidar de la casa —replicó Peter—. ¿A dónde vas a escaquearte?

—El Rey —dijo Charmain con mucha dignidad— me ha pedido que le vaya a ayudar. Lee esto si no me crees.

Peter cogió la carta y la miró por encima.

—Ya veo —musitó—. Te las has arreglado para estar en dos sitios al mismo tiempo. Buena jugada. Así que ya puedes empezar a ayudarme a fregar estos platos mientras el agua esté caliente.

—¿Por qué? No los he ensuciado yo —protestó Charmain. Se guardó la carta en el bolsillo y se levantó—. Me voy al jardín.

—Yo tampoco los he ensuciado —dijo Peter—. Y además, fue tu tío quien hizo enfadar a los kobolds.

Charmain se limitó a esquivarlo para ir al salón.

—¡No eres nada respetable! —le gritó Peter a su espalda—. Simplemente, eres vaga.

Charmain no se dio por aludida y fue directa a la puerta principal. Waif la siguió, correteando con interés alrededor de sus tobillos, pero Charmain estaba demasiado molesta con Peter para preocuparse por Waif.

—Siempre criticando —refunfuñó—. No ha parado desde que llegó. ¡Cómo si él fuese perfecto! —dijo mientras abría la puerta principal de golpe.

Dio un respingo. Los kobolds habían estado ocupados. Muy ocupados, muy deprisa. Vale, no habían cortado los arbustos porque ella les había dicho que no lo hicieran, pero habían podado todas y cada una de las flores rosas y la mayoría de las moradas y blancas. El camino principal estaba cubierto de flores de hortensia rosas y



liláceas, y vio más sobre los arbustos. Charmain dio un grito de indignación y fue corriendo a recogerlas.

—¿Vaga, yo? —musitaba mientras recogía las flores de hortensia en su falda—. ¡Pobre tío abuelo William! Qué desastre. A él le gustaban todos los colores. ¡Esas pequeñas bestias azules!

Fue a dejar las flores de la falda en la mesa de cerca de la ventana del estudio y allí descubrió una cesta al lado de la pared. La cogió y se la llevó a los arbustos. Mientras Waif corría, husmeaba y olisqueaba a su alrededor, Charmain recogía las flores arrancadas y las metía en la cesta. Rio entre dientes cuando descubrió que los kobolds no siempre habían estado seguros de cuáles eran las azules. Habían dejado la mayoría de las verdosas y algunas de color lavanda, mientras que había un arbusto con el que seguro que habían tenido problemas porque todas las flores eran rosas en el centro y azules por fuera. A juzgar por el número de pequeñas huellas alrededor de aquel arbusto, habían discutido sobre ello. Al final, habían arrancado las flores de la mitad del arbusto y dejado el resto.

—¿Veis? No es tan fácil —dijo Charmain en voz alta por si había algún kobold por allí escuchando—. Esto, lo que es, es vandalismo, y espero que estéis avergonzados.

Llevó la última cesta a la mesa mientras repetía: «Gamberros. Os habéis portado mal, pequeñas bestias» y esperaba que, al menos Rollo, estuviese oyéndola.

Algunas de las flores más grandes tenían el tallo bastante largo y Charmain las reunió en un gran ramo rosa, malva, verdoso y blanco, y esparció el resto sobre la mesa para que se secasen al sol. Recordaba haber leído en algún sitio que las hortensias se pueden secar y que mantienen su color, por lo que son buenas para hacer adornos para el invierno. «Al tío abuelo William le gustarán», pensó.

—¡Así que ya ves, es útil sentarse a leer mucho! —proclamó al aire. En aquel momento, sin embargo, sabía que estaba intentando justificarse ante el mundo, si no ante Peter, porque había estado demasiado orgullosa de sí misma por el hecho de haber recibido una carta del Rey.

—Vale —suspiró—. Vamos, Waif.

Waif siguió a Charmain dentro de casa, pero se apartó de la puerta de la cocina temblando. Charmain entendió porque cuando entró en la cocina y Peter levantó la cabeza de su olla humeante. Había encontrado un delantal y se había dedicado a apilar todos los cacharros en columnas ordenadas en el suelo. Lanzó a Charmain una mirada de superioridad moral.

—Típico de las mujeres —afirmó—. Te pido que me ayudes a fregar y tú vas a coger flores.

—La verdad es que no —dijo Charmain—. Esos bestias de los kobolds han arrancado todas las hortensias de color rosa.

—¿Eso han hecho? —exclamó Peter—. ¡Pero es un desastre! Tu tío se va a enfadar



cuando vuelva, ¿verdad? Puedes dejar las flores en ese plato, donde están los huevos.

Charmain vio la bandeja de pasteles llena de huevos rodeada por la bolsa de escamas de jabón y las teteras de la mesa.

—Y entonces, ¿dónde pondremos los huevos? Espera.

Fue al baño y puso las hortensias en el lavabo. Todo estaba sospechosamente húmedo y chorreante, pero Charmain prefirió no pensar en ello. Volvió a la cocina y anunció:

—Ahora voy a alimentar las hortensias vaciando estas teteras sobre ellas.

—Buen intento —dijo Peter—. Te llevará horas. ¿Tú crees que esta agua estará ya caliente?

—Sólo humea —dijo Charmain—. Creo que tiene que borbotear. Y no me va a llevar horas. Mira.

Eligió las dos ollas más grandes y empezó a vaciar en ellas las teteras. Estaba diciendo: «Ser vaga tiene algunas ventajas, mira» cuando se dio cuenta de que, después de vaciar la primera tetera y dejarla sobre la mesa, esta había desaparecido.

—Déjanos una —pidió Peter nervioso—. Me gustaría tomar algo caliente.

Charmain lo pensó y dejó la última tetera cuidadosamente sobre la silla. También desapareció.

—Oh, vaya —se lamentó Peter.

Dado que Peter estaba intentando esforzarse por no ser tan huraño, Charmain dijo:

—Podemos tomar un «té de las cinco» en el salón cuando acabemos con esto. Y mi madre me ha traído otra bolsa de comida cuando ha venido.

Peter se animó visiblemente.

—Entonces podremos tener una comida decente cuando acabemos de fregar —dijo él—. Porque vamos a hacer esto antes, no importa lo que digas.

Y puso a Charmain a ello a pesar de sus protestas. En cuanto volvió del jardín, Peter fue a quitarle el libro de las manos y, en su lugar, le ató un trapo a la cintura. Después la llevó a la cocina, donde empezó el misterioso y horrible proceso. Peter le puso otro trapo en la mano.

—Tú secas y yo lavo —dijo quitando la humeante olla del fuego y echando la mitad del agua caliente sobre las escamas de jabón vertidas en el fregadero. Levantó un cubo de agua fría de la bomba y también echó la mitad.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Charmain.

—Para no escaldarme —contestó Peter lanzando cuchillos y tenedores en su mezcla que fueron seguidos por pilas de platos—. ¿Es que no sabes nada?



—No —admitió Charmain. Le irritó pensar que ninguno de los muchos libros que había leído mencionaba, ni siquiera de pasada, fregar platos, no hablemos ya de explicar cómo se hace. Vio cómo Peter usaba con energía un trapo para quitar comida muy, muy antigua del plato estampado, que salió limpio y brillante del agua jabonosa. A Charmain le empezó a gustar bastante el proceso y estaba casi dispuesta a creer que era magia. Vio cómo Peter sumergía el plato en otro recipiente para aclararlo. Entonces se lo pasó.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ella.

—Secarlo, por supuesto —dijo él—. Después déjalo sobre la mesa.

Charmain lo intentó. El proceso le llevó una barbaridad de tiempo. El trapo de secar a duras penas absorbía el agua y el plato no dejaba de resbalarle entre las manos. Era mucho más lenta secando de lo que era Peter fregando, tanto que pronto él tuvo una pila de platos escurriéndose al lado del fregadero y empezó a impacientarse. Como era de esperar, llegados a ese punto el plato más bonito resbaló de las manos de Charmain y cayó al suelo. A diferencia de las teteras, se rompió.

—¡Oh! —exclamó Charmain contemplando los trozos—. ¿Cómo se juntan?

Peter miró al cielo.

—No se puede —dijo—. Procura que no se te caiga otro.

Él recogió los trozos de plato y los tiró a otro cubo.

—Yo seco. Intenta fregar o vamos a estar aquí todo el día.

Vació el agua, ahora sucia, del fregadero, recogió los cuchillos, tenedores y cucharas del fondo y los echó en el cubo de aclarado. Para sorpresa de Charmain, todos parecían limpios y brillantes.

Al ver a Peter rellenar el fregadero con jabón y agua caliente, asumió que él había elegido la parte fácil del trabajo.

Descubrió que estaba equivocada. No le pareció nada fácil. Cada pieza de la vajilla le llevó eones y se empapó toda la parte delantera de la ropa en el proceso. Y Peter no paraba de devolverle platos y tazas, fuentes y vasos diciendo que aún estaban sucios. Tampoco le dejó limpiar ninguno de los platos del perro hasta haber acabado con los cacharros humanos. Charmain pensó que aquello estaba muy mal por su parte. Waif los había dejado todos tan limpios a base de lametazos que Charmain sabía que serían más fáciles de lavar que cualquier otra cosa. Y además, para acabar de empeorarlo todo, estaba horrorizada al ver que sus manos salían del agua enrojecidas y cubiertas de extrañas arrugas.

—¡Estoy enferma! —chilló—. ¡Tengo una horrible enfermedad en la piel!

Se molestó y ofendió cuando Peter se rio de ella.

Pero, finalmente, la terrible tarea finalizó. Charmain, empapada por delante y con las manos arrugadas, se fue enfurruñada al salón a leer *La varita de doce puntas* bajo la



luz que venía del oeste al ponerse el sol y dejó a Peter guardando las cosas limpias en el armario de la cocina. En aquel momento, sentía que iba a volverse loca si no se sentaba a leer un rato. «Prácticamente, no he leído en todo el día», pensó.

Peter la interrumpió demasiado pronto para su gusto al entrar con un jarrón que había encontrado y llenado con hortensias y que dejó en la mesa delante de ella.

—¿Dónde está la comida que dices que ha traído tu madre? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Charmain escrutándole por entre las hojas.

—Comida —repitió él.

—Ah —murmuró Charmain—. Sí. Comida. Puedes coger un poco si prometes no manchar ni un plato al comerla.

—De acuerdo —dijo Peter—. Tengo tanta hambre que me la comería de la alfombra.

De modo que, a desgana, Charmain paró de leer y sacó la bolsa de comida de detrás del sillón. Los tres comieron gran cantidad de empanadas del señor Baker, seguidas por dos té de las cinco del carrito. Durante esa pantagruélica comida, Charmain dejó el jarrón de hortensias sobre el carrito para que no molestase. Cuando volvió a mirar, había desaparecido.

—Me pregunto dónde habrá ido —dijo Peter.

—Puedes sentarte en el carrito y averiguarlo —sugirió Charmain.

Pero, para disgusto de Charmain, a Peter no le apetecía irse tan lejos. Mientras comía, ella pensaba en formas de convencer a Peter de que se fuese de vuelta a Montalbino. No es que le disgustase tanto. Simplemente, era molesto compartir la casa con él. Y sabía —estaba tan segura como si se lo hubiese dicho Peter— que lo próximo que le iba a obligar a hacer era vaciar las bolsas de ropa sucia y lavarlas. La simple idea de lavar algo más le dio escalofríos.

«Al menos —pensó—, yo no voy a estar mañana, así que puede hacerlo él mismo».

De repente, estaba increíblemente nerviosa. Iba a ver al Rey. Había sido una locura escribirle, una insensatez, y ahora iba a verlo. Se le quitó el hambre. Levantó la vista de su último bollo de crema y vio que afuera ya había oscurecido. La iluminación artificial se había encendido dentro, llenando la habitación de una luz dorada, pero las ventanas estaban negras.

—Me voy a dormir —anunció ella—. Mañana me espera un largo día.

—Si ese rey tuyo tiene dos dedos de frente —replicó Peter—, te devolverá de una patada en cuanto te vea. Entonces podrás volver aquí a hacer la colada.

Dado que aquellas eran exactamente las dos cosas que temía Charmain, no contestó. Se limitó a coger las *Memorias de un exorcista* como lectura ligera, se dirigió a la puerta y giró a la izquierda hacia las habitaciones.



Capítulo 7

En el que cierto número de personas llega a la mansión real

Charmain tuvo una noche bastante agitada. En parte a causa de las *Memorias de un exorcista*, cuyo autor había estado claramente ocupado con un montón de apariciones y rarezas, todas las cuales describía de un modo tan directo que a Charmain no le quedó duda de que los fantasmas son del todo reales y, la mayoría de ellos, desagradables. Se pasó la mayor parte de la noche tiritando y deseando saber cómo encender la luz.

Parte de las molestias se debieron a Waif, que había decidido que tenía derecho a dormir en la almohada de Charmain.

Pero la mayor parte se debía, simple y llanamente, a los nervios y al hecho de que Charmain no tenía forma de saber qué hora era. No dejaba de despertarse pensando: «¡Imagínate que me duermo!». Se despertó cuando aún estaba amaneciendo, oyendo el trinar de los pájaros a lo lejos, y casi decidió levantarse. Pero, de algún modo, volvió a dormirse y, cuando se despertó, ya era completamente de día.

—¡Socorro! —gritó; apartó de golpe las mantas, tirando accidentalmente a Waif al suelo con ellas, y se lanzó al otro lado de la habitación para ponerse la ropa buena que había preparado para la ocasión. Mientras se metía en su mejor falda verde, se le ocurrió por fin qué era lo más sensato—. ¡Tío abuelo William! —gritó—, ¿cómo puedo saber qué hora es?

—Golpea tu muñeca izquierda —respondió la amable voz— y di: «Hora», querida.

Charmain se sorprendió al notar que la voz era más débil y susurrante de lo que solía. Esperó que aquello se debiese a que el hechizo se estaba esfumando y no a que el tío abuelo William se encontrara más débil, dondequiera que estuviese.

—¿Hora? —dijo ella dando golpecitos.

Esperaba una voz o, tal vez, que apareciese un reloj. Al pueblo de High Norland le gustaban los relojes. En su casa había diecisiete, incluyendo el del baño. Le había



sorprendido un poco que el tío abuelo William no tuviese ni siquiera un reloj de cuco en algún sitio, pero entendió el motivo cuando lo que ocurrió fue que, de repente, sabía qué hora era. Eran las ocho.

—¡Y tardaré por lo menos una hora en llegar a pie! —cogió aire, metió los brazos en las mangas de su mejor blusa de seda y salió corriendo al baño.

Mientras se peinaba, estaba más nerviosa que nunca. Su reflejo, que, por algún motivo, chorreaba agua, parecía muy joven, con el pelo recogido en una inexperta cola de caballo sobre un hombro. «Se dará cuenta de que soy una colegiala», pensó. Pero no había tiempo de pensar en ello. Charmain salió a toda prisa del baño y volvió sobre la misma puerta a la izquierda para entrar en la cálida y ordenada cocina.

Ahora había cinco bolsas de ropa sucia al lado del fregadero, pero Charmain no tenía tiempo para preocuparse por ello. Waif fue corriendo hacia ella, aullando lastimeramente, y volvió cerca de la chimenea, donde el fuego seguía quemando con energía. Charmain estaba a punto de golpear el borde de la chimenea para pedir el desayuno cuando vio cuál era el problema de Waif. Ahora era demasiado pequeña para golpear la chimenea. Así que Charmain la golpeó y dijo: «Comida para perros, por favor», antes de pedir su desayuno.

Al sentarse a la mesa, ahora vacía, a tomar deprisa el desayuno mientras Waif limpiaba con entusiasmo el plato a sus pies, Charmain no pudo evitar pensar con rabia que era mucho más agradable tener la cocina limpia y ordenada. «Supongo que Peter tiene sus cosas buenas», pensó mientras se servía una última taza de café. Pero entonces sintió que debía golpear su muñeca de nuevo. Supo que faltaban seis minutos para las nueve y saltó del susto.

—¿Cómo he podido tardar tanto? —dijo en voz alta, y corrió de vuelta a su habitación a buscar su elegante chaqueta.

A lo mejor fue porque iba corriendo mientras se ponía la chaqueta, pero, de algún modo, giró mal en la puerta y se vio en un lugar de lo más curioso. Era una habitación alargada y estrecha llena de tuberías por todas partes y con un gran recipiente chorreante, místicamente recubierto de piel azul.

—¡Anda ya! —protestó Charmain, y volvió atrás por la puerta.

Se encontró de nuevo en la cocina.

—Al menos me sé el camino desde aquí —farfulló precipitándose en el salón, y salió corriendo por la puerta principal. Fuera, casi tropieza con una pinta de leche que debía de ser para Rollo—. ¡Y no se la merece! —chilló mientras cerraba la puerta de golpe.

Se lanzó corriendo por el camino entre las hortensias desfloradas y atravesó la puerta que se cerró tras de sí con un clac. Entonces intentó ir más despacio porque era una tontería correr durante los kilómetros que la separaban de la mansión real, pero bajó por el camino a muy buen paso, y sólo había llegado a la primera curva



cuando la puerta del jardín volvió a hacer clac detrás de ella. Charmain se dio media vuelta. Waif iba corriendo tras ella todo lo deprisa que le permitían sus patitas. Charmain suspiró y retrocedió hacia ella. Al ver que se acercaba, Waif empezó a dar saltitos y ladridos de alegría.

—No, Waif —dijo Charmain—. No puedes venir. Vete a casa —señaló ostensiblemente la casa del tío abuelo William—. ¡A casa!

Waif agachó las orejas y se sentó a suplicar.

—¡No! —volvió a ordenar Charmain, señalando—. ¡Vete a casa!

Waif se tumbó en el suelo y se convirtió en una lastimosa mancha blanca de la que sólo sobresalía la punta de la cola que se agitaba.

—¡Francamente! —dijo Charmain. Y como Waif parecía decidida a no moverse del medio del camino, Charmain se vio obligada a cogerla en brazos y volver a toda prisa a casa del tío abuelo William con ella.

—No puedo llevarte conmigo —le explicó casi sin aliento en el trayecto—. Tengo que ver al Rey. Y la gente no lleva perros cuando va a ver al Rey.

Abrió la puerta del tío abuelo William y lanzó a Waif al camino del jardín.

—Ya. Ahora, ¡quédate aquí!

Cerró la puerta ante la cara de reproche de Waif y volvió a bajar la calle. Mientras caminaba se golpeó la muñeca con ansiedad y dijo:

—¿Hora?

Pero ya estaba fuera del territorio del tío abuelo William y el hechizo no funcionó. Lo único que sabía Charmain era que se hacía tarde. Echó a correr.

La puerta sonó de nuevo tras de sí. Charmain miró atrás y volvió a ver a Waif corriendo hacia ella.

Charmain gruñó, dio media vuelta, corrió hacia Waif, la cogió en brazos y la lanzó de nuevo hacia la puerta.

—¡Sé una perra buena y quédate aquí! —chilló mientras recobraba el aliento, y volvió a salir corriendo.

La puerta volvió a sonar y Waif volvió a lanzarse tras ella.

—¡Voy a gritar! —amenazó Charmain. Volvió atrás y lanzó a Waif dentro del jardín por tercera vez—. ¡Quédate ahí, estúpida perrita!

Esta vez se dirigió hacia la ciudad a todo correr.

Tras ella, la puerta volvió a sonar. Pequeños pasitos repiquetearon en el camino.

Charmain se dio la vuelta y corrió hacia Waif gritando:

—¡Oh, no te soporto, Waif! Voy a llegar tardísimo.



Esta vez, cogió a Waif y se la llevó en dirección a la ciudad entre resoplidos.

—Muy bien, tú ganas, voy a tener que llevarte porque, si no lo hago, llegaré tarde y no quiero, Waif. ¿Lo entiendes?

Waif estaba encantada. Se estiró y lamió la mejilla de Charmain.

—No, para —protestó Charmain—. No estoy contenta. Te odio. Eres muy pesada. Estate quieta o te suelto.

Waif se acomodó en los brazos de Charmain con un suspiro de satisfacción.

—Grrrr —gruñó Charmain, y apretó el paso.

Charmain había pensado mirar hacia arriba al rodear el acantilado por si el lubbock bajaba en picado sobre ella desde el prado superior, pero cuando llegó a él tenía tanta prisa que se olvidó por completo del lubbock y se limitó a seguir corriendo. Y para su gran sorpresa, cuando superó la curva, la ciudad estaba casi ante ella. No recordaba que estuviese tan cerca. Había casas y torres, brillaban rosadas bajo la luz de la mañana y estaban a tiro de piedra.

«Creo que el poni de tía Sempronia tardó demasiado para lo que es el camino», pensó Charmain al llegar a las primeras casas.

El camino seguía una vez atravesado el río y se convertía en el típico camino sucio de ciudad. Charmain recordó que aquel extremo de la ciudad era bastante feo y poco recomendable, y caminó deprisa y nerviosa. Pero, aunque casi todas las personas con las que se cruzó aparentaban ser bastante pobres, ninguna pareció prestarle demasiada atención o, si lo hacían, era para fijarse en Waif, que lo curioseaba todo con entusiasmo desde los brazos de Charmain.

—Qué perrito tan mono —comentó una mujer que cargaba ristras de cebollas al mercado cuando se cruzó con Charmain.

—Qué monstruito tan mono —replicó Charmain. La mujer la miró muy sorprendida. Waif se revolvió como protesta—. Sí, lo eres —le dijo Charmain al llegar a calles más anchas con edificios más elegantes—. Eres una abusona y una chantajista y, si me has hecho llegar tarde, no te lo perdonaré jamás.

Al llegar al mercado, el gran reloj del ayuntamiento dio las diez. Y Charmain pasó de repente de correr con ansiedad a pensar en cómo iba a convertir un paseo de diez minutos en uno de media hora. La mansión real estaba casi a la vuelta de la esquina. Al menos podría relajar el paso y tranquilizarse. El sol ya apretaba por entre la niebla de las montañas y, entre eso y el cálido cuerpo de Waif, Charmain tenía calor. Cogió un desvío paralelo a la explanada que pasaba por encima del río, que corría rápido y marrón camino del gran valle que había más allá de la ciudad, y empezó a pasear con tranquilidad. Tres de sus librerías favoritas estaban en aquella calle. Se abrió paso entre otros paseantes y miró los escaparates con entusiasmo.

—Qué perrito más mono —dijeron, al pasar, unas cuantas personas.



—¡Ja! —le musitó Charmain a Waif—. ¡No tienen ni idea!

Llegó a la plaza Real en el momento en que el gran reloj empezaba a tocar las diez y media. Charmain estaba satisfecha. Pero, mientras cruzaba la plaza hacia el reloj que sonaba, de repente, ya no estaba tan satisfecha, y también dejó de tener calor. Tenía frío y se sentía pequeña e insignificante. Sabía que ir había sido una estupidez. Era tonta. La miraría un momento y la mandaría a casa. El destello dorado del tejado de la mansión real la intimidó por completo. Agradeció la pequeña y húmeda lengua de Waif lamiendo de nuevo su mejilla. Al subir las escaleras de la puerta principal de la mansión estaba tan nerviosa que casi da media vuelta y sale corriendo.

Pero se dijo a sí misma con firmeza que aquella era la única cosa en el mundo que de verdad quería hacer, «aunque no estoy segura de querer hacerla ahora —pensó—, ¡y todo el mundo sabe que las tejas de metal sólo están encantadas para que parezcan de oro!», añadió, y levantó la gran aldaba dorada de la puerta para llamar con valentía. Entonces, sus rodillas amenazaron con doblarse y se preguntó si sería capaz de salir corriendo. Se quedó allí temblando y apretando a Waif con fuerza.

Un sirviente muy, muy viejo abrió la puerta.

«Debe de ser el mayordomo —pensó Charmain, preguntándose dónde había visto antes a aquel viejo—. Debo de habérmelo cruzado por la ciudad de camino al colegio», pensó.

—Eh... —titubeó ella—. Soy Charmain Baker. El Rey me mandó una carta...

Soltó una mano de Waif para sacar la carta del bolsillo, pero antes de llegar a cogerla, el viejo mayordomo abrió la puerta de par en par.

—Haga el favor de entrar, señorita Charming —dijo con su vieja voz temblorosa—. Su Majestad la espera.

Charmain se vio entrando en la mansión real con unas piernas casi tan temblorosas como las del viejo mayordomo. La edad le hacía inclinarse tanto que su cara estaba al nivel de Waif cuando Charmain pasó tambaleándose a su lado.

La detuvo con una mano temblorosa.

—Por favor, agarre fuerte al perrito, señorita. No sería bueno que paseara por aquí.

Charmain se descubrió a sí misma balbuceando:

—De verdad que espero que no haya ningún problema por haberla traído; no dejaba de seguirme, ya sabe, y al final he tenido que cogerla y traerla, o habría...

—No hay absolutamente ningún problema, señorita —dijo el mayordomo cerrando la gran puerta—. A Su Majestad le gustan mucho los perros. De hecho, ha recibido muchos mordiscos intentando hacerse amigo de... En fin, el hecho, señorita, es que nuestro cocinero de Rajpuhta tiene un perro que no es nada simpático. Se sabe que ha matado a otros perros por entrar en su territorio.



—¡Oh, cielos! —murmuró Charmain débilmente.

—Exacto —asintió el viejo mayordomo—. Si hace el favor de seguirme, señorita...

Waif se revolvía en brazos de Charmain porque ella la estaba apretando con demasiada fuerza mientras seguía al mayordomo por el pasillo de piedra. Dentro de la mansión hacía fresco y estaba bastante oscuro. Charmain se sorprendió al ver que no había adornos y casi ninguna señal de riqueza real, a menos que se contasen uno o dos grandes cuadros marrones con deslucidos marcos de oro. Había bastantes recuadros pálidos en las paredes, de donde habían quitado cuadros, pero Charmain estaba ya tan nerviosa que no se planteó el motivo. Sólo tenía cada vez más frío y se sentía más y más pequeña y poco importante, casi del tamaño de Waif.

El mayordomo se paró y abrió, con un chirrido, una gran puerta cuadrada de roble.

—Su Majestad, la señorita Charming Baker —anunció— y su perro.

Y se alejó tambaleándose.

Charmain consiguió entrar también tambaleándose. «¡El temblor debe de ser contagioso!», pensó, y no se atrevió a hacer la reverencia por miedo a que sus rodillas se derrumbasen.

La habitación era una enorme biblioteca. Estanterías de color marrón pálido se extendían en ambas direcciones. El olor de los libros viejos, que Charmain adoraba, era casi excesivo. Justo enfrente de ella había una gran mesa de roble con altas pilas de libros y montones de papeles amarillentos y, en uno de los extremos de la mesa, algunos más nuevos y blancos. Al fondo había tres grandes sillas talladas, dispuestas alrededor de un pequeño brasero de carbón y una papelerera de metal. La papelerera estaba sobre una bandeja metálica que a su vez descansaba sobre una alfombra casi inservible. Dos personas mayores estaban allí sentadas. Uno era un hombre mayor y grande, con una barba blanca muy cuidada y unos ojos amables y rodeados de arrugas. Cuando Charmain se atrevió a mirarlo, supo que era el Rey.

—Ven aquí, querida —le dijo—, y siéntate. Deja al perrito en el suelo, cerca del fuego.

Charmain consiguió hacer lo que decía el Rey. Para su alivio, Waif pareció darse cuenta de que allí había que comportarse del mejor de los modos. Se sentó seriamente en la alfombra y agitó educadamente la cola. Charmain se sentó al borde de la silla tallada y empezó a temblar.

—Permíteme presentarte a mi hija —dijo el Rey—, la princesa Hilda.

La princesa Hilda también era mayor. Si no hubiera sabido que era la hija del Rey, hubiera pensado que la princesa y el Rey tenían la misma edad. La principal diferencia entre ellos era que la princesa parecía el doble de mayestática que el Rey. Era una gran dama como su padre, con el pelo, plateado como el metal, muy bien peinado y un traje de *tweed* tan sobrio y de un color tan de *tweed* que Charmain supo



que era un traje altamente aristocrático. El único adorno que llevaba era un gran anillo en una mano venosa.

—Es una perrita muy mona —comentó ella con voz firme y clara—. ¿Cómo se llama?

—Waif, alteza —respondió Charmain titubeante.

—¿Y hace mucho que la tienes? —preguntó la princesa.

Charmain se dio cuenta de que la princesa estaba entablando conversación para que se sintiese más cómoda, cosa que hizo que se pusiese aún más nerviosa.

—No... eh... bueno —vaciló ella—. La verdad es que la habían abandonado. Y... eh... eso me dijo el tío abuelo William. Y no debe de hacer mucho que la tenía, porque él no sabía que era... esto... sí... quiero decir, hembra. William Norland, ¿sabe? El mago.

Ambos, el Rey y la princesa, dijeron «¡oh!» al oír eso, y el Rey preguntó:

—Entonces, querida, ¿eres familia del mago Norland?

—Nuestro gran amigo —añadió la princesa.

—Sí, eh... en realidad, es el tío abuelo de mi tía Sempronia.

De algún modo, la atmósfera se hizo mucho más distendida. El Rey dijo, bastante ansioso:

—Supongo que aún no tienes ninguna noticia sobre cómo evoluciona el mago Norland.

Charmain negó con la *cabeza*.

—Me temo que no, Majestad, pero parecía muy enfermo cuando llegaron los elfos para llevárselo.

—Sin duda —dijo la princesa Hilda—. Pobre William. Bien, señorita Baker...

—Oh, oh, por favor, llámeme Charmain —balbuceó Charmain.

—Muy bien —asintió la princesa—. Pero tenemos que ponernos manos a la obra, niña, porque voy a tener que dejarte enseguida para atender a mi primer invitado.

—Mi hija te dedicará una hora, más o menos —dijo el Rey—, y te explicará qué tienes que hacer en la biblioteca y cómo puedes ayudarnos mejor. Esto es porque dedujimos de tu caligrafía que no eras demasiado mayor, como vemos que es el caso, y seguramente no tienes experiencia —dedicó a Charmain su sonrisa más encantadora—. De verdad que estamos sumamente agradecidos por tu oferta de ayuda, querida. Nunca nadie antes había pensado que la necesitáramos.

Charmain notó cómo se le calentaba la cara. Supo que se estaba ruborizando por momentos.

—Es un placer, Maj... —consiguió murmurar.



—Acerca tu silla a la mesa —la interrumpió la princesa— y nos pondremos a trabajar.

Cuando Charmain se levantó y arrastró la pesada silla, el Rey dijo amablemente:

—Esperamos que no pases mucho calor aquí con el brasero. Puede que sea verano, pero los mayores sentimos frío.

Charmain seguía congelada a causa de los nervios.

—No, en absoluto, Majestad —contestó ella.

—Y al menos Waif está contenta —dijo el Rey señalando con un dedo con forma de garra. Waif se había tumbado sobre el lomo con las cuatro patas hacia arriba y disfrutaba del calor del brasero. Parecía mucho más feliz que Charmain.

—A trabajar, padre —ordenó la princesa con seriedad.

Cogió las gafas que le colgaban de una cadena del cuello y se las puso sobre su aristocrática nariz. El Rey cogió un par de quevedos. Charmain cogió sus gafas. Si no hubiese estado tan nerviosa, le hubiera hecho gracia que los tres tuviesen que hacer el mismo gesto.

—Bien —dijo la princesa—, en esta biblioteca tenemos libros, papeles y pergaminos. Después de toda una vida de trabajo, padre y yo hemos conseguido hacer una lista de casi la mitad de los libros, con el título y el autor, y le hemos asignado un número a cada uno, junto con un breve resumen del contenido de cada libro. Padre seguirá haciendo eso mientras tú te harás responsable de mi tarea principal, que es catalogar los papeles y pergaminos. Prácticamente acabo de empezar, lo siento. Esta es mi lista —abrió un gran archivador lleno de hojas de papel cubiertas de una escritura angulosa y elegante y alineó unos cuantos ante Charmain—. Como ves, tengo algunos encabezamientos: cartas familiares, cuentas del hogar, escritos históricos, etcétera. Tu trabajo es coger cada pila de papeles y decidir qué contiene cada página exactamente. Después tienes que escribir su descripción bajo el encabezamiento adecuado y, una vez hecho, guardar cuidadosamente el papel en una de estas cajas etiquetadas. ¿De momento lo tienes claro?

Charmain, inclinada para ver las listas bellamente escritas, temió parecer increíblemente estúpida.

—¿Qué hago —preguntó— si me encuentro con un papel que no encaje en ninguna de las categorías, señora?

—Muy buena pregunta —asintió la princesa Hilda—. Esperamos que encuentres muchas cosas que no encajen. Cuando lo hagas, pregúntale a mi padre enseguida por si el papel es importante. Si no lo es, ponlo en la caja etiquetada como «Miscelánea». Muy bien, este es tu primer montón de papeles. Te vigilaré mientras los revisas para ver qué tal vas. Aquí está el papel para tus listas. La pluma y la tinta están ahí. Por favor, empieza.



Le acercó a Charmain un gastado paquete de cartas, atado con una cinta rosa, y se sentó a mirar.

«Jamás he visto algo más desconcertante!», pensó Charmain. Deshizo el lazo rosa con manos temblorosas e intentó formar una fila con las cartas.

—Coge cada una por esquinas opuestas —dijo la princesa Hilda—. No las chafes.

«¡Oh, cielos!», pensó Charmain. Miró de reojo al Rey, quien había cogido un libro de aspecto mustio encuadernado en cuero y lo hojeaba con cuidado. «Ojalá estuviese haciendo eso», pensó. Suspiró y abrió con cuidado la primera y frágil carta marrón.

«Mi más querida, preciosa e increíble amada —leyó—. Te añoro tantísimo...».

—Hum... —se dirigió a la princesa Hilda—. ¿Hay una caja para las cartas de amor?

—Sí, desde luego —dijo la princesa—. Esta. Apunta la fecha y el nombre de quien la escribió. Por cierto, ¿quién es?

Charmain miró el final de la carta.

—Ah, dice «Gran Dolphie».

El Rey y la princesa dijeron al mismo tiempo «¡bien!» y se pusieron a reír, el Rey con más fuerza.

—Entonces es de mi padre a mi madre —explicó la princesa Hilda—. Mi madre hace muchos años que murió. Pero eso no importa. Apúntalo en tu lista.

Charmain se fijó en el aspecto frágil y el color marrón del papel y pensó que debía de hacer muchísimo tiempo. Le sorprendió el hecho de que al Rey no pareció importarle que ella la leyera; ni él ni la princesa parecían preocupados. «A lo mejor la gente de la familia real es diferente», pensó mirando la siguiente carta. Empezaba: «Mi querido pastelito dulce». «Pues vaya». Siguió con el trabajo.

Después de un rato, la princesa se levantó y empujó su silla debajo de la mesa con elegancia.

—Parece que va bien —anunció—. Debo irme. Mi visita está a punto de llegar. Aunque me hubiera gustado hablar también con su marido, padre.

—Eso está fuera de toda discusión —replicó el Rey sin levantar la vista de sus notas—. Sería pasarnos de la raya. Él es el mago real de otro sitio.

—Oh, ya lo sé —suspiró la princesa Hilda—. Pero también sé que Ingary tiene dos magos reales. Y que nuestro pobre William está enfermo y podría estar muriéndose.

—La vida es injusta, querida —dijo él, aún rasgando con su pluma de oca—. Además, a William no le fue mejor de lo que nos ha ido a nosotros.

—Eso también lo sé, padre —dijo la princesa Hilda mientras salía de la biblioteca. La puerta se cerró con un fuerte golpe tras de sí.

Charmain se inclinó sobre la siguiente pila de papeles como si no hubiera oído



nada. Parecía un tema privado. Esa pila llevaba atada tanto tiempo que todas las hojas parecían pegadas entre sí, estaban reseca y marrones, como aquel nido de avispas que Charmain había encontrado una vez en el desván de casa.

—Ejem —carraspeó el Rey. Charmain levantó la vista y vio que le estaba sonriendo con la pluma en el aire y haciéndole una mueca de reojo por encima de las gafas—. Veo que eres una joven muy discreta —dijo—. Debes de haber entendido de nuestra conversación que estamos buscando, y tu tío abuelo William con nosotros, cosas muy importantes. Las categorías de mi hija te darán una pista sobre qué buscar. Las palabras clave son: tesoro, beneficios, oro y regalo élfico. Si encuentras alguna mención a una de esas cosas, por favor, dintelo enseguida.

La idea de estar buscando cosas tan importantes hizo que los dedos de Charmain se quedasen fríos y torpes sobre el frágil papel.

—Sí. Sí, claro, Su Majestad —prometió.

Para su alivio, en aquel paquete sólo había listas de bienes con sus precios, todos los cuales parecían sorprendentemente bajos.

«Diez libras de velas de cera a dos peniques la libra, veinte peniques —leyó. Bueno, parecía datar de hacía doscientos años—. Seis onzas de azafrán, treinta peniques. Nueve tablones de madera de manzano para aromatizar las habitaciones del jefe, un cuarto de penique».

Etcétera. La siguiente página estaba llena de cosas como: «Cincuenta metros de cortinas de hilo, cuarenta y cuatro chelines». Charmain tomó nota cuidadosamente, dejó los papeles en la caja etiquetada «Cuentas del hogar» y desató el siguiente montón.

—¡Oh! —exclamó. El siguiente papel decía: «Al mago Melicot, por lanzar un hechizo sobre cien pies cuadrados de tejas de latón para darles la apariencia de un tejado de oro, doscientas guineas».

—¿Qué pasa, querida? —preguntó el Rey, poniendo el dedo sobre el punto en el que estaba del libro.

Charmain le leyó la vieja factura al Rey. Él sonrió y sacudió un poco la cabeza.

—Así que es verdad que era magia —comentó—. Debo confesar que siempre había deseado que resultasen ser de oro de verdad, ¿tú no?

—Sí, pero, en cualquier caso, parecen de oro —dijo Charmain para consolarlo.

—Y es un buen hechizo, porque ha durado doscientos años —asintió el Rey—. También caro. Doscientas guineas era un montón de dinero en aquella época. Bueno. Nunca esperé solucionar nuestros problemas financieros así. Además, resultaría raro si subiéramos y arrancásemos todas las tejas del tejado. Sigue buscando, querida.

Charmain siguió buscando, pero todo cuanto encontró fue alguien que cobró dos guineas por plantar un jardín de rosas y otra persona que cobró diez guineas por



rehacer el tesoro... no, otra persona no, sino ¡el mismo mago Melicot que hizo lo del tejado!

—Melicot era un especialista, supongo —dijo el Rey cuando Charmain le leyó aquello—. Parece un tipo que se dedicaba a imitar metales preciosos. El tesoro estaba realmente vacío por aquel entonces. Hace años que sé que mi corona es falsa. Debe de ser obra de Melicot. ¿Te está entrando hambre, querida? ¿Te estás quedando fría y rígida? Nosotros no solemos comer a mediodía, como es normal; a mi hija no le gusta, pero yo suelo pedirle un tentempié al mayordomo sobre esta hora. ¿Por qué no te levantas y estiras un poco las piernas mientras yo toco la campana?

Charmain se levantó y camino un poco, provocando que Waif se pusiera de pie y la mirase inquisitivamente, mientras el Rey caminaba con dificultad hacia la cuerda de la campana al lado de la puerta. Decididamente, se le veía frágil, pensó Charmain, y era muy alto. Parecía como si fuese demasiado alto para soportarlo. Mientras esperaban a que alguien respondiese a la llamada, Charmain vio la oportunidad de mirar los libros de las estanterías. Parecía haber libros sobre todo, todos mezclados, libros de viajes junto a libros de álgebra y libros de poemas frotándose con otros de geografía. Charmain acababa de abrir uno titulado *Los secretos del Universo al descubierto* cuando se abrió la puerta de la biblioteca y entró un hombre con un alto gorro de chef y una bandeja.

Para sorpresa de Charmain, el Rey saltó a esconderse tras la mesa.

—¡Querida, coge a tu perro! —gritó con urgencia.

Enganchado a las piernas del cocinero, como si no se sintiese a salvo, había entrado otro perro, uno marrón de aspecto amargado, orejas retorcidas y cola de rata. Venía gruñendo. Charmain no dudó que aquel era el perro que descuartizaba otros perros y voló a coger a Waif en brazos.

Pero, de algún modo, Waif se escurrió entre sus manos y fue trotando hacia el perro del cocinero. Los gruñidos del otro perro subieron de tono. Se le erizaron los pelos del lomo marrón como a un halcón. Parecía tan peligroso que Charmain no se atrevió a acercarse más. Sin embargo, Waif no parecía tener miedo. Del modo más alegre, fue directa hacia el perro, que estaba mostrando los dientes; se irguió sobre sus patas traseras y frotó descaradamente su hocico contra el de él. El otro perro se echó atrás, tan sorprendido que dejó de gruñir. Estiró sus orejas y, con mucho cuidado, empezó a su vez a olisquear a Waif. Esta dio un ladrido de emoción y empezó saltar. En un momento, ambos perros estaban correteando encantados por toda la biblioteca.

—¡Bien! —exclamó el Rey—. Supongo que entonces no hay problema. ¿Qué significa esto, Jamal? ¿Por qué has venido tú en lugar de Sim?

Jamal, el cual, según vio Charmain, tenía un solo ojo, se acercó y dejó la bandeja sobre la mesa, disculpándose.



—Nuestra princesa se ha llevado a Sim a recibir al invitado, Majestad —explicó—, y me ha dejado a mí para traer la comida. Y no he podido evitar que viniera mi perro. Creo —añadió mirando a los dos perros que correteaban— que mi perro no se había divertido nunca hasta hoy.

Se inclinó ante Charmain.

—Por favor, traiga a su perrita blanca más a menudo, señorita Charming.

Le silbó al perro. Este fingió que no le había oído. Fue a la puerta y volvió a silbarle.

—Comida —le dijo—. Ven a comer calamar.

Esta vez fueron los dos perros. Y para sorpresa y consternación de Charmain, Waif se fue trotando tras el perro del cocinero y la puerta se cerró tras ellos.

—No te preocupes —la tranquilizó el Rey—. Parece que se han hecho amigos. Jamal la traerá de vuelta. Es muy de fiar. Si no fuese por ese perro suyo, sería el cocinero perfecto. Vamos a ver qué nos ha traído, ¿de acuerdo?

Jamal había traído una jarra de limonada y una fuente con cosas marrones crujientes bajo un trapo blanco. El rey dijo: «¡Ah! —y apartó con agilidad el trapo—, coge uno de estos mientras estén calientes, querida».

Charmain lo hizo. Un solo bocado fue suficiente para convencerla de que Jamal era incluso mejor cocinero que su padre, y el señor Baker era conocido por ser el mejor cocinero de la ciudad. Las cosas marrones eran crujientes y blandas al mismo tiempo, con un sabor bastante picante que Charmain no había probado nunca antes. Hacían que te apeteciera una limonada. Ella y el Rey limpiaron toda la fuente mano a mano y se bebieron toda la limonada. Después volvieron al trabajo.

Llegados a este punto, ya habían intimado. Charmain ya no tenía vergüenza de preguntar al Rey todo lo que quería saber:

—¿Por qué necesitaban dos barriles de pétalos de rosas, Majestad? —le preguntaba.

Y el Rey respondía:

—En aquella época les gustaba apoyar los pies sobre ellos en el salón. Una costumbre muy sucia, en mi opinión. Escucha la opinión de este filósofo sobre los camellos, querida —y le leía una página de su libro que les hacía reír. Claramente, el filósofo no se llevaba bien con los camellos.

Bastante después, se abrió la puerta de la biblioteca y Waif entró trotando, con aspecto de estar muy satisfecha de sí misma. Iba seguida de Jamal:

—Traigo un mensaje de nuestra princesa, Majestad —dijo—. La dama ya se ha instalado y Sim está llevando té al salón delantero.

—Ah —dijo el Rey—, ¿y pastelillos?



—Y magdalenas —afirmó Jamal, y se fue.

El Rey cerró el libro de golpe y se levantó.

—Será mejor que vaya a saludar a la visita —indicó.

—Pues yo seguiré con las facturas —dijo Charmain—. Haré un montón con las que tenga que consultar con usted.

—No, no —repuso el Rey—. Tú también vienes, querida. Trae a la perrita. Ayuda a romper el hielo, ya sabes. La dama es amiga de mi hija. Yo no la conozco.

De repente, Charmain volvió a sentirse muy nerviosa. La princesa Hilda le había parecido del todo intimidante y demasiado de la realeza para sentirse cómoda a su lado, y cualquier amiga suya tenía indicios de ser igual de poco agradable. Pero apenas había empezado a decir que no cuando el Rey ya le estaba sujetando la puerta para que pasara. Waif iba tras él. Charmain se vio obligada a levantarse y seguirle.

El salón delantero era una gran habitación en la que había sofás desteñidos con los brazos un poco rozados y los flecos bastante deshilachados. Seguía habiendo recuadros pálidos en las paredes, allí donde había habido cuadros colgados. El recuadro más grande estaba sobre la gran chimenea de mármol, donde, para alivio de Charmain, ardía un alegre fuego. El salón, al igual que la biblioteca, era una habitación fría, y Charmain había vuelto a enfriarse a causa de los nervios.

La princesa Hilda estaba sentada, tesa como un palo, en un sofá al lado de la chimenea, donde Sim había acercado un gran carrito de té. En cuanto vio a Sim empujar el carrito, Charmain supo de qué lo conocía. De cuando se había perdido al lado de la sala de reuniones y había visto a un hombre viejo empujando un carrito por un extraño pasillo. «¡Qué raro!», pensó. Sim estaba dejando, con manos temblorosas, un plato de pastas de mantequilla sobre la chimenea. Al ver las pastas, el hocico de Waif se agitó y se abalanzó a por ellas. Charmain consiguió pararla por los pelos. Mientras estaba de pie agarrando con fuerza en brazos a una Waif que no dejaba de revolverse, la princesa dijo:

—¡Ah! Mi padre, el Rey —todos los demás del salón se levantaron—. Padre —dijo la princesa—, permíteme presentarte a mi buena amiga, la señora Sophie Pendragon.

El Rey se acercó con dificultad alargando la mano y haciendo que la gran habitación pareciera un poco más pequeña. Charmain no había reparado antes en lo alto que era. «Casi tan alto como aquellos elfos», pensó.

—Señora Pendragon —dijo—, encantado de conocerla. Las amigas de mi hija también lo son más.

La señora Pendragon sorprendió a Charmain. Era bastante joven, bastante más que la princesa, e iba vestida a la moda con un traje de color azul pavo real que contrastaba a la perfección con su pelo rojo y sus ojos verde-azules. «¡Es encantadora!», pensó Charmain con cierta envidia. La señora Pendragon hizo una pequeña reverencia al darle la mano al Rey.



—Estoy aquí para hacerlo lo mejor que pueda, Majestad. No puedo decir más.

—Bien, bien —respondió el Rey—. Por favor, siéntate. Sentaos todos. Y tomemos el té.

Todos se sentaron y empezó una educada conversación mientras Sim revoloteaba alrededor sirviendo té. Charmain se sintió completamente fuera de lugar. Segura de que no debería estar allí, se sentó en el extremo más alejado del sofá e intentó discernir quién era el resto de personas. Mientras tanto, Waif estaba tranquilamente en el sofá junto a Charmain con aspecto recatado. Miraba con ojos de deseo al hombre que estaba pasando las pastas. El caballero era tan silencioso y gris que Charmain olvidó su aspecto en cuanto apartó la vista de él y tuvo que volver a mirarlo para recordarlo. El otro caballero, cuya boca parecía cerrada incluso cuando hablaba, comprendió que era el canciller del Rey. Parecía tener un montón de secretos que contar a la señora Pendragon, que no dejaba de asentir y después parpadear como si el canciller le hubiese dicho algo sorprendente. La otra dama, algo mayor, parecía la dama de compañía de la princesa Hilda y era muy buena hablando del tiempo.

—Y no me sorprendería que esta noche volviese a llover —estaba diciendo cuando el hombre gris llegó al lado de Charmain a ofrecerle una pasta. Waif siguió la bandeja con el hocico, suplicante.

—Oh, gracias —dijo Charmain contenta de que se hubiera acordado de ella.

—Coja dos —le sugirió el hombre gris—. Seguro que Su Majestad se come todas las que sobren.

En aquel momento, el Rey se estaba comiendo dos magdalenas, la una aplastada sobre la otra, y mirando las pastas con tanto deseo como Waif.

Charmain volvió a darle las gracias al hombre y cogió dos. Eran las pastas con más mantequilla que había probado jamás. Waif la siguió con el hocico hasta golpear suavemente la mano de Charmain.

—Vale, vale —murmuró Charmain intentando romper un trozo sin que cayera mantequilla en el sofá. La mantequilla resbaló por sus dedos amenazando con alcanzar las mangas. Estaba intentando limpiarse con una servilleta cuando la dama de compañía acabó de decir todo lo que cualquier persona puede decir sobre el tiempo y se volvió hacia la señora Pendragon.

—La princesa Hilda me ha dicho que tiene usted un niño encantador —dijo.

—Sí. Morgan —comentó la señora Pendragon. Parecía que ella también estaba teniendo problemas con la mantequilla y restregaba sus dedos contra el pañuelo con nerviosismo.

—¿Cuánto tiempo tiene ahora Morgan, Sophie? —preguntó la princesa Hilda—. Cuando lo vi, era sólo un bebé.



—Oh, casi dos años —respondió la señora Pendragon cazando al vuelo un goterón de mantequilla antes de mancharse la falda—. Lo he dejado con...

La puerta del salón se abrió. Entró un pequeñajo gordito con un traje azul lleno de manchas y con lágrimas cayéndole por las mejillas.

—¡Mami, mami, mami! —berreaba mientras entraba en la habitación. Pero en cuanto vio a la señora Pendragon, su cara mutó en una deslumbrante sonrisa. Estiró los brazos y se abalanzó sobre ella escondiendo la cara en su falda—. ¡Mami! —gritó.

Tras él, atravesó la puerta flotando una criatura azul de aspecto nervioso y forma de gota alargada con una cara en la parte de delante. Parecía hecho de llamas. Provocó una vaharada de calor y un respingo de todos los presentes. Una criada con aspecto aún más nervioso entró corriendo tras él.

Detrás de la criada apareció un niño pequeño, el niño más angelical que Charmain había visto nunca. Tenía una mata de rizos rubios rodeando su angelical cara sonrosada y pálida. Sus ojos eran grandes, azules y tímidos. Su pequeña barbilla perfecta descansaba sobre un volante de encaje blanquísimo y el resto de su esbelto cuerpo iba vestido con un traje de terciopelo azul claro con grandes botones de plata. Su boquita rosada se abrió en una sonrisa tímida al entrar, mostrando unos encantadores hoyuelos en sus delicadas mejillas. Charmain no entendía por qué la señora Pendragon lo estaba mirando tan horrorizada. Era un niño encantador. ¡Y qué pestañas tan largas y rizadas!

—... mi marido y su demonio de fuego —acabó la señora Pendragon. Su rostro había enrojecido de ira, y clavó la mirada en el niño pequeño detrás del bebé.



Capítulo 8

En el que Peter tiene problemas de fontanería

—¡Oh, señora, Majestad! —exclamó la criada—. He tenido que dejarlos entrar. El pequeño estaba muy enfadado.

Dijo aquellas palabras a una habitación muy confusa. Todos se habían puesto de pie y alguien derramó una taza. Sim se lanzó a rescatar la taza y el Rey pasó por su lado para coger el plato de pasteles. La señora Pendragon se levantó con Morgan aún en brazos, mirando con indignación al niño pequeño, mientras la criatura azul en forma de gota flotaba enfrente de ella.

—¡No es culpa mía, Sophie! —repetía sin cesar con voz nerviosa y chisporroteante—. ¡Te juro que no es culpa mía! No podíamos hacer que Morgan dejase de llorar llamándote.

La princesa Hilda se levantó con diligencia.

—Puedes irte —le dijo a la criada—. No hay que enfadarse. Sophie, querida, no sabía que no tenías niñera.

—No, no tengo. Y deseaba un descanso —dijo la señora Pendragon—. Uno podría pensar —añadió lanzando una mirada enfadada al niño angelical— que un mago y un demonio de fuego podrían hacerse cargo de un bebé entre los dos.

—¡Hombres! —dijo la princesa—. Me reservo la opinión al respecto de la habilidad de los hombres para hacer cualquier cosa. Por supuesto, Morgan y el otro niño serán nuestros huéspedes, ya que están aquí. ¿Qué tipo de alojamiento necesita un demonio de fuego? —le preguntó al hombre gris.

Parecía estar completamente en blanco.

—Me gustaría disponer de un buen fuego de leña —chisporroteó el demonio de fuego—. Veo que tienen uno precioso aquí. Es cuanto necesito. Por cierto, señora, me llamo Calcifer.

Tanto la princesa como el hombre gris parecían aliviados. La princesa dijo:

—Sí, por supuesto. Creo que nos conocimos en Ingary, hace dos años.



—¿Y quién es el otro pequeño? —preguntó el Rey alegremente.

—*Zophie ez* mi tía —respondió el pequeño con un dulce ceceo y elevando su vista y su cara angelical hacia el Rey.

La señora Pendragon lo miró muy enfadada.

—Encantado de conocerte —dijo el Rey—. Y ¿cómo te llamas, hombrecito?

—Twinkle —susurró el niño, dejando que los rizos rubios le cubriesen el rostro con timidez.

—Coge una pasta, Twinkle —le ofreció el Rey cariñosamente al tiempo que sostenía el plato.

—*Grazia* —asintió Twinkle agradecido, y cogió una pasta.

En ese momento, Morgan extendió una ansiosa mano regordeta y dijo con voz grave: «¡Yo, yo, yo!», hasta que el Rey le dio una pasta a él también. La señora Pendragon sentó a Morgan en un sofá para que se la comiese. Sim miró alrededor y, con mucha eficiencia, le llevó un trapo del carrito. Quedó empapado de mantequilla casi al momento. Morgan miró a Sim, a la princesa, a la dama de compañía y al canciller con su cara brillante.

—*Padtel* —dijo—. *Padtel dico*.

Mientras esto ocurría, Charmain se dio cuenta de que la señora Pendragon había atrapado de algún modo a Twinkle tras el sofá en el que estaba sentada. No pudo evitar oír que la señora Pendragon le preguntaba:

—Pero ¿qué te crees que estás haciendo, Howl?

Su voz sonaba tan agresiva que Waif saltó al regazo de Charmain en busca de protección.

—*Ze* olvidaron de invitarme —respondió la dulce voz de Twinkle—. *Ezo ez* una tontería. Tú no *puedes zoluzionar ezto zola, Zophie*. Me *necezitaz*.

—No, no te necesito —replicó Sophie—. Y ¿es imprescindible que cecees?

—*Zí* —dijo Twinkle.

—¡Oh! —dijo Sophie—. No tiene gracia, Howl. Y has traído a Morgan...

—Te lo he dicho —la interrumpió Twinkle—. Morgan no ha parado de llorar *dezde* el momento que te *haz* ido. ¡*Pregúntazelo* a Calcifer *zi* no me *creez*!

—Calcifer es tan malo como tú —le espetó Sophie con rabia—. No me creo que ninguno de los dos haya intentando pararlo. ¿Verdad? ¡Sólo estabais esperando una excusa para montar esta... esta mascarada frente a la pobre princesa Hilda!

—*Noz necezita, Zophie* —dijo Twinkle con franqueza.

Charmain estaba bastante fascinada con aquella conversación, pero por desgracia Morgan buscó a su madre y, entonces, vio a Waif temblando sobre las rodillas de



Charmain. Al grito de «¡Un *peddol*» se deslizó del sofá, chafando el trapo al hacerlo, y se apresuró hacia Waif con las manos llenas de mantequilla por delante. Waif saltó desesperada a la parte trasera del sofá, donde se quedó dando ladridos. Ladridos que parecían la versión aguda de alguien con un resfriado seco. Charmain se vio obligada a coger a Waif y apartarse, lejos del alcance de Morgan, de modo que cuanto oyó después de la extraña conversación tras el sofá de la señora Pendragon fue que esta le decía a Twinkle (¿o era Howl?) que se iría a la cama sin cenar, y Twinkle respondía: «Ni ze te ocurra» con voz desafiante.

Al callarse Waif, Twinkle dijo suplicante:

— ¿No creez que eztoy guapo?

Después se hizo un extraño y tenso silencio, como si la señora Pendragon hubiese olvidado las formas hasta el punto de patear el suelo.

— Sí —la oyó responder Charmain—. ¡Desagradablemente guapo!

— Bueno —dijo la princesa Hilda cerca del fuego mientras Charmain seguía huyendo de Morgan—, las cosas se han animado mucho con los niños. Sim, dale una magdalena a Morgan, rápido.

Al momento, Morgan dio media vuelta y echó a correr en dirección a Sim y las magdalenas. Charmain oyó chisporrotear su propio pelo. Miró alrededor y vio al demonio de fuego flotando tras su hombro, mirándola con sus llameantes ojos naranjas.

— ¿Quién eres? —inquirió el demonio.

El corazón de Charmain se aceleró un poco, aunque Waif parecía perfectamente tranquila. «Si no me hubiese encontrado hace poco con un lubbock —pensó Charmain—, me asustaría bastante este Calcifer».

— Eh... yo... sólo estoy ayudando temporalmente en la biblioteca —dijo ella.

— Entonces necesitaremos hablar después contigo —crujió Calcifer—. Oléis a magia, ¿sabes? Tu perro y tú.

— No es mía. Es de un mago —explicó Charmain.

— ¿De ese mago Norland que parece haber complicado las cosas? —preguntó Calcifer.

— No creo que el tío abuelo William haya complicado nada —dijo Charmain—. ¡Es un encanto!

— Parece haber buscado en los lugares equivocados —replicó Calcifer—. No hace falta ser desagradable para complicar las cosas. Mira a Morgan —y desapareció. Charmain pensó que desaparecía de un sitio y aparecía en otro como una libélula aleteando sobre un charco.

El Rey se acercó a Charmain, limpiándose las manos jovialmente en una gran



servilleta limpia.

—Será mejor que volvamos al trabajo, querida. Tenemos que dejar las cosas ordenadas antes de parar por la noche.

—Sí, Majestad, por supuesto —dijo Charmain, y le siguió a la puerta.

Antes de llegar, el angelical Twinkle pudo escapar de la enfadada señora Pendragon y tirar de la manga de la dama de compañía.

—Por favor —preguntó con todo su encanto—, ¿*tienez juguetez*?

La dama parecía desconcertada.

—Yo no juego con juguetes, cariño.

Morgan le oyó pronunciar la palabra.

—¡*Guguetez!* —gritó agitando los brazos con una magdalena de mantequilla agarrada en una de las manos—. ¡*Guguetez, guguetez, guguetez!*

Ante Morgan se abrió de golpe una caja de la que salió un payaso con un muelle haciendo *boing*. A su lado se estrelló una gran casa de muñecas seguida de una lluvia de ositos de peluche. Un segundo después, un viejo caballo balancín se colocó al lado del carrito del té. Morgan dio un grito de alegría.

—Creo que dejaremos que sea mi hija quien se ocupe de los invitados —dijo el Rey mostrando a Charmain y a Waif el camino fuera del salón. Cerró la puerta mientras no dejaban de aparecer juguetes, Twinkle parecía intimidado y todos los demás corrían confusos.

—Los magos suelen ser huéspedes con mucha energía —explicó el Rey de vuelta a la biblioteca—. Lo que no sabía era que empezaban tan jóvenes. Algo complicado para sus madres, imagino.

* * *

Media hora después, Charmain volvía a casa del tío abuelo William con Waif, que parecía tan intimidada como Twinkle, trotando detrás.

—¡Uf! —le dijo Charmain—. ¿Sabes, Waif?, nunca había vivido tanto en tres días, ¡jamás!

Aun así, echaba en falta algo. Tenía sentido que el Rey le hubiese hecho encargarse de las facturas y las cartas de amor, pero a ella le hubiese gustado que se hubiesen turnado con los libros. Le hubiese gustado pasar parte del día hojeando un libro antiguo y polvoriento encuadernado en cuero. Era lo que había estado esperando.



Pero no importaba. En cuanto llegase a casa del tío abuelo William, podría enfrascarse en la lectura de *La varita de doce puntas*, o quizá en la de *Memorias de un exorcista*, ya que parecía el tipo de libro que es mejor leer a la luz del día. ¿O tal vez coger otro libro?

Deseaba tanto una buena lectura que casi no se percató de la caminata, excepto cuando tuvo que coger a Waif en brazos porque iba resoplando y arrastrándose. Con Waif en brazos, abrió la puerta del tío abuelo Williams con el pie y se encontró con Rollo de frente, en mitad del camino, con una expresión de enojo ocupándole la cara.

—¿Qué pasa ahora? —le espetó Charmain mientras se planteaba seriamente si coger también a Rollo y arrojarlo a las hortensias. Rollo era lo suficientemente pequeño para ser lanzado con facilidad, incluso con una mano ocupada por Waif.

—Esas flores que has dejado por toda la mesa de fuera —dijo Rollo—. ¿Esperas que vuelva a pegarlas, o qué?

—No, claro que no —contestó Charmain—. Se están secando al sol. Después, las meteré en casa.

—¡Ah! —dijo Rollo—. ¿Las estás petrificando? ¿Y crees que eso le gustará al mago?

—Eso a ti no te importa —le dijo Charmain con arrogancia, y dio un paso al frente que obligó a Rollo a apartarse de un salto. Gritó algo a su espalda al tiempo que ella abría la puerta principal, pero no se molestó en escucharlo. Sabía que estaba siendo maleducada. Dio un portazo mientras él seguía gritando.

Dentro, el olor en el salón era de algo más que humedad. Olía como un pozo estancado. Charmain dejó a Waif en el suelo y olisqueó con desconfianza. Waif hizo lo mismo. Largas líneas marrones de algo se extendían bajo la puerta de la cocina. Waif se acercó a ellas de puntillas, cautelosamente, y rozó con la pata el chorretón marrón más cercano. Se deshizo como el lodo.

—Oh, Peter, ¿qué has hecho ahora? —exclamó Charmain, y abrió la puerta de golpe.

En el suelo de la cocina se agitaban cinco centímetros de agua. Charmain la vio ascender oscureciendo las cinco bolsas de colada al lado del fregadero.

—¡Auch! —gritó; cerró la puerta de golpe, la volvió a abrir y giró a la izquierda.

El pasillo estaba inundado. La luz del sol que entraba por la ventana del fondo se reflejaba de modo que parecía que una gran corriente salía del baño.

Enfadada, Charmain chapoteó hacia allí. «¡Lo único que quería era sentarme a leer un libro! —pensó—. ¡Y vuelvo a casa y me la encuentro inundada!».

Al llegar al baño, con Waif pataleando enfadada tras ella, se abrió la puerta y Peter salió disparado con la ropa mojada por delante y aspecto enojado. No llevaba zapatos y tenía los pantalones arremangados hasta las rodillas.



—¡Vaya, suerte que has vuelto! —dijo antes de que Charmain pudiese abrir la boca—. Hay un agujero en una de las cañerías. He probado seis hechizos diferentes para arreglarlo, pero lo único que consigo es que se mueva de sitio. Estaba a punto de vaciar el agua en aquel tanque peludo de allí, o al menos intentarlo, pero a lo mejor tú puedes hacer otra cosa.

—¿Tanque peludo? —repitió Charmain—. Ah, te refieres a esa cosa recubierta de piel azul. ¿Qué te hace pensar que eso hará algo? ¡Está todo inundado!

—Es lo único que no he intentado —le espetó Peter—. El agua tiene que venir de allí de algún modo. Se oye como borbotea. He pensado que a lo mejor podría encontrar una llave de paso...

—¡Oh, eres un inútil! —le replicó Charmain—. Déjame echar una ojeada.

Apartó a Peter e irrumpió en el baño levantando una ola de agua a su paso.

Ciertamente, había un agujero. Una de las cañerías entre el lavabo y la bañera tenía una larga grieta paralela de la que salía agua como si fuese una fuente ornamental. En toda la cañería había bultos de aspecto mágico que debían de ser los seis hechizos inútiles de Peter. «¡Y todo esto es culpa suya! —exclamó para sí—. Fue él quien puso las cañerías al rojo vivo. ¡Oh, francamente!».

Se apresuró hacia la grieta y puso ambas manos sobre ella con enfado.

—¡Para! —ordenó. El agua salpicaba entre sus manos en su cara—. ¡Para ya!

Lo único que pasó es que la grieta se deslizó bajo sus manos unos quince centímetros y salpicó agua sobre su coleta y su hombro derecho. Charmain movió sus manos para volver a taparla.

—¡Para ya, para!

La grieta volvió a desplazarse.

—Tú lo has querido —le dijo Charmain, y volvió a taparla. La grieta se movió. Ella la siguió con sus manos. En un momento la había acorralado sobre la bañera de modo que el agua salpicaba inofensivamente sobre ella y salía por el desagüe. La mantuvo allí, tapando la cañería con una mano mientras pensaba qué hacer después. «Me imagino que a Peter no se le ocurrió esto —masculló entre dientes— en lugar de ir por ahí haciendo hechizos inútiles».

—Tío abuelo William —dijo en voz alta—, ¿cómo arreglo el escape de la cañería del baño?

No hubo respuesta. Sin duda, no era algo que el tío abuelo William pensó que Charmain necesitara.

—Creo que no sabe mucho de fontanería —observó Peter desde la puerta—. Tampoco hay nada útil en la maleta. Lo he sacado todo para mirarlo.

—¿Ah, sí? —dijo Charmain con voz desagradable.



—Sí, algunas de las cosas son realmente interesantes —dijo Peter—. Te las enseñaré si...

—¡Cállate y déjame pensar! —le cortó Charmain.

Peter pareció darse cuenta de que acaso Charmain no estaba de muy buen humor. Dejó de hablar y esperó; mientras, Charmain se quedó de pie junto a la bañera, inclinada sobre la cañería, pensando. «Hay que acercarse a la grieta por dos sitios, para que no pueda escapar. Primero se deja fija en un sitio y después se tapa, pero ¿cómo? Rápido, antes de que se me empapen del todo los pies».

—Peter —dijo ella—, ve a traerme trapos. Al menos, tres.

—¿Por qué? —preguntó Peter—. ¿No crees que...?

—¡Ya! —le interrumpió Charmain.

Para su alivio, Peter salió chapoteando y murmurando algo sobre gatas marimandonas y con mal genio. Charmain fingió que no le había oído. Mientras tanto, ella no se había atrevido a soltar la grieta, que seguía salpicando agua, por lo que cada vez estaba más mojada. «Oh, maldito Peter». Puso su otra mano en el otro extremo de la grieta y empezó a empujar y deslizar sus manos, juntándolas todo lo que pudo.

—¡Ciérrate! —le ordenó a la cañería—. ¡Deja de gotear y ciérrate!

El agua le saltó maleducadamente a la cara. Pudo notar como la grieta intentaba huir, pero ella no la soltó. Apretó y apretó. «¡Puedo hacer magia! —pensó mirando la cañería—. He hecho un hechizo. Puedo hacer que te cierres».

—Así que, ¡ciérrate!

Y funcionó. Para cuando Peter volvió, caminando por el agua con sólo dos trapos y diciendo que habían sido los únicos que había encontrado, Charmain estaba calada hasta los huesos, pero la cañería volvía a estar de una pieza. Charmain cogió los trapos y ató uno a cada lado de donde había estado la grieta. Entonces cogió el largo cepillo de frotarse la espalda de al lado de la bañera, que era lo único remotamente parecido a una varita mágica que vio, y golpeó los trapos con él.

—¡Quedaos ahí! ¡No oséis moveros! —les dijo a los trapos. Golpeó la grieta reparada—. Mantente cerrada —le ordenó—, ¡o lo lamentarás!

Después, dirigió el cepillo a las abolladuras de los hechizos de Peter y las golpeó también.

—¡Desapareced! —les dijo—. ¡Desapareced, no servís de nada!

Y, obedientemente, se esfumaron. Charmain, crecida por la sensación de poder, golpeó el grifo del agua caliente al lado de sus rodillas.

—Vuelve a dar agua caliente —le dijo— y dejémonos de tonterías. Y tú también —añadió, estirándose para alcanzar el grifo del agua caliente del lavabo—, ambos



tenéis que dar agua caliente, pero no demasiado, u os castigaré. Pero vosotros seguid dando agua fría —indicó a los grifos del agua fría al tiempo que los golpeaba. Finalmente, salió de la bañera salpicando y golpeó el agua del suelo.

—Y tú, ¡desaparece! Vamos, sécate, vete. ¡Desaparece! ¡O si no...!

Peter fue al lavabo, abrió el grifo del agua caliente y puso la mano debajo.

—¡Está templada! —dijo—. ¡Lo has conseguido! ¡Qué alivio! Gracias.

—Aja —dijo Charmain, que tenía frío y estaba empapada y de mal humor—. Ahora voy a ponerme ropa seca y a leer un libro.

Peter preguntó patéticamente:

—Entonces, ¿no vas a ayudarme a secar?

Charmain no vio motivo. Pero sí vio a la pobre Waif esforzándose por llegar hasta ella con el agua chorreándole por la tripa. No parecía que el cepillo de la espalda hubiese funcionado con el suelo.

—Vale —suspiró—. Pero yo ya he trabajado todo el día, ¿sabes?

—Y yo —dijo Peter molesto—. Llevo todo el día arriba y abajo intentando que la tubería dejase de gotear. Vamos, al menos, a secar la cocina.

Como el fuego seguía encendido y chisporroteando en la chimenea de la cocina, aquello se parecía bastante a una sauna.

Charmain caminó por el agua templada y abrió la ventana. Aparte de las extrañas bolsas de ropa sucia que se multiplicaban y que estaban empapadas, el resto de cosas, excepto el suelo, estaban secas. Eso incluía la maleta abierta sobre la mesa.

Tras Charmain, Peter estaba pronunciando palabras extrañas y Waif gemía.

Charmain se dio la vuelta y se encontró a Peter con los brazos extendidos. De ellos se desprendían pequeñas llamas desde sus dedos hasta sus hombros.

—¡Secaos, oh aguas del suelo! —entonó.

Las llamas empezaron a surgir de su pelo y su pecho. Su rostro pasó del orgullo a la alarma.

—¡Ay, Dios! —gritó. Al decirlo, las llamas se encendieron por todo su cuerpo y empezaron a quemar con fuerza. Para entonces, parecía totalmente aterrorizado.

—¡Quema! ¡Socorro!

Charmain fue corriendo hacia él, le agarró de uno de sus brazos en llamas y lo empujó hacia el agua del suelo. Aquello no ayudó. Charmain se quedó paralizada ante la extraordinaria visión de las llamas brillando bajo el agua y el borboteo que rodeaba a Peter donde el agua había empezado a hervir, y lo sacó de allí el doble de rápido que había caído bañado en agua caliente y vapor.

—¡Cáncélalo! —gritó apartando las manos de su manga ardiente—. ¿Qué hechizo



has usado?

—¡No sé cómo! —se lamentó Peter.

—¿Qué hechizo? —chilló Charmain.

—Era un hechizo de acabar con inundaciones de *El libro del palimpsesto* —balbuceó Peter— y no tengo ni idea de cómo se cancela.

—Oh, ¡eres idiota! —gritó Charmain. Le agarró por uno de los hombros en llamas y lo zarandeó—. ¡Hechizo, cancelate! —bramó—. ¡Ay! ¡Hechizo, te ordeno que te canceles ahora mismo!

El hechizo la obedeció. Charmain se quedó de pie agitando su mano chamuscada y viendo desaparecer las llamas con un siseo, una nube de vapor y cierto olor a quemado y humedad. Peter se había quedado marrón y chamuscado. Tenía la cara y las manos de color rosa brillante y el pelo visiblemente más corto.

—¡Gracias! —murmuró, y se dejó caer aliviado.

Charmain lo levantó.

—¡Puaj! Hueles a pelo quemado. ¡Cómo se puede ser tan idiota! ¿Qué otros hechizos has estado haciendo?

—Ninguno —dijo Peter, quitándose los mechones chamuscados de la cabeza. No iba a confesar—. Y no he sido tan idiota —argumentó—, mira el suelo.

Charmain miró al suelo y vio que la mayor parte del agua había desaparecido. El suelo volvía a estar cubierto de baldosas secas, brillantes y humeantes; ya no estaba inundado.

—Entonces, has tenido mucha suerte —le dijo ella.

—Es normal —afirmó Peter—. Mi madre también lo dice cuando un hechizo me sale mal. Creo que voy a tener que cambiarme de ropa.

—Yo también —asintió Charmain.

Abrieron la puerta interior; Peter intentó girar a la derecha y Charmain le empujó a la izquierda, así que acabaron yendo recto y aparecieron en el salón.

Los chorretones de humedad de la alfombra se estaban secando rápidamente, pero la habitación olía fatal. Charmain bufó, giró a Peter y le empujó hacia la izquierda de nuevo en la puerta. Allí, el pasillo estaba húmedo, pero ya no estaba lleno de agua.

—¿Ves? —dijo Peter mientras entraba en su habitación—. Ha funcionado.

—¡Aja! —dijo Charmain entrando en la suya. «Me pregunto qué más ha hecho. No me fío ni un pelo de él». Su mejor ropa estaba empapada. Charmain se la quitó con tristeza y la colgó para que se secase. Ya nada podría arreglar la gran quemazón de la parte delantera de su mejor chaqueta. Mañana tendría que ir a la mansión real vestida como un día cualquiera. «¿Y debería dejar a Peter aquí solo? —se preguntó—.



Seguro que se pasa todo el rato probando hechizos. Yo lo haría». Se estremeció al pensar que en realidad ella no era mejor que Peter. Habría sido igual de incapaz de resistirse a los hechizos de *El libro del palimpsesto*.

Se sentía más comprensiva hacia Peter cuando volvió a la cocina, seca de nuevo, excepto por el pelo, y vistiendo su ropa más vieja y sus zapatillas.

—Averigua cómo se pide la cena —dijo Peter mientras Charmain dejaba sus zapatos mojados al lado del fuego para secarse—. Me muero de hambre.

Se le veía mucho más cómodo con el viejo traje azul que llevaba al llegar.

—Hay comida en la bolsa que madre me trajo ayer —le informó Charmain ocupada en encontrar el mejor sitio para los zapatos.

—No, no queda —replicó Peter—. Me la he comido toda a la hora de comer.

Charmain dejó de sentir comprensión por Peter.

—Cerdo tragón —espetó, y golpeó la chimenea para conseguir comida para Waif. Waif, a pesar de todas las pastas que se había comido en la mansión real, estaba encantada de ver su plato de comida—. Tú también eres una cerda tragona —gruñó Charmain viendo a Waif comer a dos carrillos—. ¿Dónde está todo? Tío abuelo William, ¿cómo conseguimos la cena?

La amable voz era ya muy débil.

—Simplemente, golpea la puerta de la despensa y di: «Cena», querida.

Peter llegó el primero a la despensa.

—¡Cena! —rugió golpeando fuerte la puerta.

Hubo un golpe seco sobre la mesa. Ambos se dieron la vuelta para mirar. Allí, al lado de la maleta abierta, había una pequeña chuleta de cordero, dos cebollas y un nabo. Charmain y Peter se quedaron mirándolo.

—¡Todo está crudo! —se lamentó Peter abatido.

—Y además, no hay suficiente —dijo Charmain—. ¿Tú sabes cocinarlo?

—No —contestó Peter—. Quien cocina en casa es mi madre.

—¡Oh! —exclamó Charmain—. ¡Francamente!



Capítulo 9

En el que la casa del tío abuelo William demuestra tener muchos pasillos

Charmain y Peter miraron instintivamente la chimenea. Waif se apartó corriendo mientras ellos, uno tras otro, la golpeaban y gritaban: «¡Desayuno!». Pero parecía que el hechizo no sólo funcionaba por las mañanas.

—¡No me habría importado que me hubiese dado un simple arenque! —dijo Charmain observando tristemente ambas bandejas. Contenían sandwiches, miel y zumo de naranja. Nada más.

—Yo sé hacer huevos duros —afirmó Peter—. ¿Tú crees que Waif se comerá esta chuleta de cordero?

—Se come prácticamente cualquier cosa —dijo Charmain—. Es casi tan mala como... como nosotros. Pero no creo que se coma el nabo. Yo no lo haría.

Tuvieron una cena no del todo desagradable. Los huevos que Peter había hecho eran... bueno, sólidos. Para que Charmain dejase de pensar en ellos, Peter le preguntó por su día en la mansión real.

Charmain se lo contó, para que ambos dejaran de pensar que los huevos duros no combinaban bien con la miel. Peter estaba muy intrigado por el hecho de que el Rey parecía estar buscando oro, y más intrigado aún por la llegada de Morgan y Twinkle.

—¿Y un demonio de fuego? —dijo—. ¡Dos niños con poderes mágicos y un demonio de fuego! Apuesto a que la princesa va a estar ocupada. ¿Cuánto van a quedarse?

—No lo sé. Nadie lo mencionó —contestó Charmain.

—Entonces me apuesto dos té de las cinco y un café de la mañana a que la princesa los manda de vuelta antes del fin de semana —aseveró Peter—. ¿Has acabado de comer? Quiero que mires la maleta de tu tío abuelo.

—¡Pero yo quiero leer un libro! —protestó Charmain.



—No, no quieres —dijo Peter—. Eso puedes hacerlo en cualquier momento. La maleta está llena de cosas que tienes que saber. Te lo enseñaré.

Apartó las bandejas del desayuno y arrastró la maleta frente a ella. Charmain suspiró y se puso las gafas.

La maleta estaba llena de papeles hasta el borde. Encima de todo había una nota del tío abuelo William con una caligrafía muy bonita, aunque temblorosa. «Para Charmain —decía—, es la llave de la casa». Bajo la nota había una gran hoja de papel con una maraña de líneas dibujadas. Sobre las líneas había dibujados a intervalos recuadros con comentarios, y todas las líneas acababan en una fecha al extremo de la hoja con la palabra «Inexplorado» escrita al lado.

—Esto es la leyenda —le informó Peter a Charmain mientras cogía el papel—. El resto de cosas de la maleta es el mapa propiamente dicho. Se despliega. Mira.

Cogió el siguiente papel y tiró de él, y salió con la siguiente hoja enganchada, y luego la otra, dobladas en zigzag para caber en la maleta. Sobre la mesa, formaba un enorme acordeón. Charmain lo miró ceñuda. En cada trozo había habitaciones y pasillos cuidadosamente dibujados con notas pulcramente escritas al lado de cada cosa. Las notas decían cosas como «Gira a la izquierda dos veces» y «Dos pastos a la derecha y uno a la izquierda». Las habitaciones tenían comentarios sobre ellas, algunos sencillos, como «Cocina», y otros elocuentes, como el que decía: «Mi tienda de objetos mágicos me repone constantemente el almacén gracias a un hechizo de reposición del que me siento bastante orgulloso. Por favor, ten en cuenta que los ingredientes de la pared de la izquierda son sumamente peligrosos y que tienen que manejarse con mucho cuidado». Y algunas de las páginas parecían llenas de pasillos entrecruzados con notas de «A la sección inexplorada del norte», «A los kobolds», «A la cisterna principal» o «Al salón de baile: dudo que lo usemos».

—Había hecho bien en no abrir la maleta —comentó Charmain—. Es el mapa más confuso que he visto jamás. ¡No puede ser que todo esto esté en la casa!

—Así es. ¡Es enorme! —dijo Peter—. Y si te fijas, verás que el modo en que está doblado el mapa da una pista sobre cómo llegar a las diferentes partes. Mira, aquí está el salón, en la página superior; pero, si vas a la página siguiente, no llegas a su estudio o a las habitaciones porque estas quedan dobladas detrás, ¿ves? En cambio, llegas a la cocina que está doblada del mismo modo...

La cabeza de Charmain empezó a dar vueltas y dejó de escuchar las entusiastas explicaciones de Peter. En cambio, miró la maraña de líneas del papel que tenía en la mano. Casi parecía más fácil. Al menos veía la «Cocina» en medio, las «Habitaciones», la «Piscina» y el «Estudio». ¿Piscina? No podía ser, ¿en serio? Una curva interesante salía hacia la derecha por debajo de los recuadros hacia un barullo con un recuadro que decía «Sala de reuniones». De ella salía una flecha: «A la mansión real».

—... hacia un prado en la montaña donde dice «Establos», pero aún no veo cómo



llegar allí desde este taller —explicaba Peter abriendo otro pliegue del mapa—. Y aquí está la «Tienda de comida». Dice: «Funciona el Hechizo de Equilibrio». Me pregunto cómo se quita. Pero lo que a mí me interesa son los sitios como este, donde dice «Almacén. ¿Sólo hay trastos? Tengo que investigarlo». ¿Crees que fue él quien creó todo este espacio plegado? ¿O se lo encontró aquí cuando se mudó?

—Se lo encontró —dijo Charmain—. Por las flechas que dicen «Inexplorado» se entiende que él aún no sabe qué hay allí.

—Puede que tengas razón —asintió Peter muy serio—. En realidad, él sólo usa la zona central, ¿verdad? Podemos hacerle un favor y explorar algo más.

—Puedes hacerlo tú si quieres —dijo Charmain—. Yo voy a leer mi libro.

Dobló el papel con la maraña de líneas y se lo guardó en el bolsillo. Le ahorraría la caminata por la mañana.

* * *

La mañana siguiente, la ropa buena de Charmain seguía empapada. Tuvo que dejarla colgando maltrecha en la habitación y ponerse su siguiente mejor modelo mientras se preguntaba si podría dejar a Waif con Peter. «Mejor no. Imagínate que Peter prueba otro hechizo y obliga a Waif a volverse del revés como un calcetín o algo así».

Por supuesto, Waif entró trotando alegremente en la cocina tras Charmain. Ella golpeó la chimenea para la comida del perro y después, con cierta desconfianza, para su desayuno. Podría ser que ella y Peter hubiesen deshecho el hechizo al pedir un desayuno el día anterior por la noche.

Pero no. Obtuvo una bandeja con café y té a elegir, tostadas, una fuente llena de algo hecho con arroz y pescado y, para acabar, un melocotón. «Creo que el hechizo se está disculpando». No le gustó mucho lo del pescado y le dio la mayoría a Waif, a quien le gustó, al igual que el resto de la comida, y aún olía a pescado cuando salió tras Charmain mientras esta desplegaba el papel, preparada para ir a la mansión real.

Charmain no se aclaraba con las líneas. Se dio cuenta de que el croquis de la maleta la había confundido aún más. Dobló el papel en acordeón intentando reproducir el de la maleta, pero eso no ayudó. Después de girar a izquierda y derecha, se vio caminando por un lugar grande y bien iluminado por ventanas que daban al río. Había una preciosa vista de la ciudad más allá de este, pero, para su frustración, vio el tejado dorado de la mansión real brillando al sol.

—¡Pero estoy intentando ir allí, no quedarme aquí! —dijo mirando a su alrededor.

Bajo las ventanas, había largas mesas de madera llenas de herramientas extrañas y



otras amontonadas en el centro de la habitación. Las demás paredes estaban llenas de estanterías repletas de jarras, recipientes de hojalata y cristalería antigua. Charmain percibió el olor a madera nueva sobre el que destacaba el mismo olor a tormenta de especies del estudio del tío abuelo William. «El olor de la magia en ejecución — pensó—, este debe de ser su taller». A juzgar por cómo correteaba de un lado a otro, Waif conocía bien el sitio.

—Vamos, Waif—dijo Charmain, y se detuvo a mirar un papel encima de las extrañas herramientas del centro de la habitación. Decía: «Por favor, no tocar»—. Volvamos a la cocina y empecemos de nuevo.

No funcionaba así. Un giro a la izquierda desde la puerta del taller las llevó a un lugar abierto muy, muy cálido, con una pequeña piscina azul rodeada de piedras blancas. El lugar estaba cercado por jardineras de piedra blanca en las que crecían rosas. Al lado de las rosas también había tumbonas blancas llenas de grandes toallas esponjosas. «Preparadas para después de nadar», supuso Charmain. Pero a la pobre Waif le horrorizaba aquel lugar. Se acurrucó tras la puerta de entrada, aullando y temblando.

Charmain la cogió en brazos.

—¿Alguien ha intentado ahogarte? ¿Fuiste un cachorro que nadie quería? No pasa nada. Yo tampoco voy a acercarme al agua. No tengo ni idea de nadar.

Al girar a la izquierda en la puerta, le vino a la cabeza que nadar era sólo una de las muchas cosas que no tenía ni idea de cómo hacer. Peter había tenido razón al quejarse de su ignorancia.

—No es que sea perezosa —le explicó a Waif al llegar a lo que parecían los establos— o tonta. Es sólo que no me he molestado en ir más allá de los límites de cómo hace las cosas madre, ya sabes.

Los establos olían bastante mal. Charmain se sintió aliviada cuando vio que los caballos que vivían allí estaban en el prado de más arriba, tras una valla. Los caballos eran otra de las cosas sobre las que no tenía ni idea. Al menos, Waif no parecía asustada.

Charmain suspiró, dejó a Waif en el suelo, buscó sus gafas y volvió a mirar la confusa maraña de líneas. Los «Establos» estaban allí, en algún punto de las montañas. Tenía que girar dos veces a la derecha desde allí para volver a la cocina. Giró dos veces a la derecha con Waif correteando detrás y se encontró casi a oscuras en lo que parecía ser una gran cueva llena de kobolds. Todos se volvieron y miraron indignados a Charmain. Ella se apresuró a volver a girar a la derecha. Y entonces se encontró en una tienda de tazas, platos y teteras. Waif lloriqueó. Charmain se quedó mirando los cientos de teteras de todos los colores, formas y tamaños alineadas en los estantes y le entró el pánico. Se estaba haciendo tarde. Peor aún: cuando volvió a ponerse las gafas y consultó el mapa, vio que estaba cerca de la esquina inferior izquierda de la maraña donde una flecha que señalaba al borde tenía una nota que



decía: «Un grupo de lubbockins vive por aquí. Ir con cuidado».

—Oh —exclamó Charmain—. ¡Esto es ridículo! Vamos, Waif.

Abrió la puerta por la que acababan de entrar y volvió a girar a la derecha.

Esta vez se encontraron completamente a oscuras. Charmain notó que Waif le olisqueaba ansiosamente los tobillos. Ambas olieron, y Charmain dijo:

—¡Ah!

Aquel lugar tenía el mismo olor a piedra húmeda que recordaba del día que había llegado a la casa.

—Tío abuelo William —dijo—, ¿cómo vuelvo a la cocina?

Para su gran alivio, la amable voz respondió. Sonaba muy débil y lejana:

—Si estás aquí, estás bastante perdida, querida, así que escucha con atención. Da una vuelta entera en el sentido de las agujas del reloj...

Charmain no necesitaba oír nada más. En lugar de dar una vuelta entera, dio media vuelta cuidadosamente y después fue hacia delante, con toda seguridad; había un pasillo tenuemente iluminado que se cruzaba con el que estaba ella. Caminó agradecida a grandes zancadas con Waif trotando tras ella y giró por el pasillo. Supo que estaba en la mansión real. Era el mismo pasillo por el que había visto a Sim empujar el carrito el primer día que había estado en casa del tío abuelo William. No sólo olía como debía, un cierto olor a comida sobre el aroma a piedra húmeda, sino que las paredes tenían el aspecto típico de las de la mansión real, con recuadros pálidos y alargados allí donde se habían descolgado cuadros. El único problema era que no sabía en qué zona de la mansión estaba. Waif no era de ayuda. Se había limitado a engancharse a los tobillos de Charmain y temblar.

Charmain cogió a Waif en brazos y caminó por el pasillo esperando encontrarse con alguien conocido. Giró dos esquinas sin ningún resultado y después casi choca con el hombre gris que había ofrecido las pastas el día anterior. Él dio un salto, profundamente sorprendido.

—¡Oh, cielos! —dijo escudriñando a Charmain en la penumbra—. No tenía ni idea de que ya hubiera llegado, señorita... Charming, ¿verdad? ¿Se ha perdido? ¿Puedo ayudarla?

—Sí, por favor —pidió Charmain con rapidez—. Yo iba a... esto... bueno, ya sabe, donde las damas, y después debo de haberme equivocado al girar. ¿Puede indicarme el camino a la biblioteca?

—Puedo hacer algo mejor —dijo el hombre gris—. Puedo acompañarla. Sígueme.

Dio media vuelta para desandar el camino por otro pasillo en penumbra y atravesó un recibidor grande y frío de donde arrancaba un tramo de escaleras hacia arriba. La cola de Waif empezó a agitarse levemente como si reconociese la zona. Pero su cola dejó de moverse cuando estaban pasando por delante de las escaleras. Se



oyó la voz de Morgan retumbando desde lo alto de la escalera:

—¡No *quiedo*, no *quiedo*, no *quiedo*!

Y luego la voz aguda de Twinkle:

—¡No quiero llevar *eztoz*! ¡Quiero *loz* de *rayaz*!

El eco de Sophie Pendragon también llegó abajo:

—¡Callaos los dos! O haré algo terrible, ¡os lo advierto! ¡Se me está acabando la paciencia!

El hombre gris hizo una mueca y le dijo a Charmain:

—Los niños alegran mucho la casa, ¿verdad?

Charmain lo miró con intención de asentir y forzar una sonrisa. Pero algo la hizo estremecer. No estaba segura del porqué. Lo único que consiguió fue asentir un poco antes de seguir al hombre por una puerta, pasada la cual la voz de Morgan retumbando y los gritos de Twinkle desaparecieron en la distancia.

Superada la siguiente esquina, el hombre gris abrió una puerta que Charmain reconoció como la de la biblioteca.

—Parece que la señorita Charming ha llegado, Majestad —dijo inclinándose.

—Oh, bien —dijo el Rey levantando la vista de una pila de finos libros de cuero—. Entra y siéntate, querida. Anoche encontré un montón de papeles para ti. No tenía ni idea de que hubiese tantos.

Charmain se sintió como si no se hubiese ido. Waif se acomodó panza arriba al calor del brasero. Charmain también se acomodó frente a una inestable pila de papeles de distintos tamaños, encontró papel y pluma y empezó. Era muy agradable.

Después de un rato, el Rey dijo:

—Un ancestro mío, quien escribió estos diarios, se creía poeta. ¿Qué opinas de este? Por supuesto, es para su mujer.

«Bailas con la gracia de una cabra, amor, y cantas con la suavidad de una vaca en las montañas».

—¿Tú dirías que es romántico, querida?

Charmain se echó a reír.

—Es horrible. Espero que se lo tirase a la cabeza. Eh... Su Majestad, ¿quién es el hombre g... eh, el caballero que me ha acompañado hace un momento?

—¿Te refieres a mi mayordomo? —dijo el Rey—. ¿Sabes?, lleva años y años con nosotros y soy incapaz de recordar el nombre del pobrecillo. Tendrás que



preguntárselo a la princesa, querida. Ella se acuerda de estas cosas.

«Vale —pensó Charmain—. Entonces me limitaré a pensar en él como el hombre gris».

El día pasó tranquilo. Charmain pensó que era un buen cambio después del agitado inicio. Clasificó y tomó notas de facturas de doscientos años, de cien años y de unos míseros cuarenta años. Para su extrañeza, las cantidades de las facturas antiguas eran mucho mayores que las de las más nuevas. Parecía como si cada vez se gastase menos en la mansión real. Charmain también ordenó cartas de hacía cuatrocientos años y otras más recientes de embajadores de Strangia, Ingary e, incluso, de Rajpuht. Algunos embajadores enviaban poemas. Charmain le leyó los peores al Rey. En la parte de abajo de la pila, encontró recibos. Papeles que decían cosas como «En pago al retrato de la dama, atribuido a un gran maestro, 200 guineas» empezaron a ser más y más frecuentes, todos de los últimos sesenta años. A Charmain le pareció que la mansión real había estado vendiendo sus cuadros por todo el reino. Decidió no preguntarle al Rey sobre ello.

Llegó la comida, más platos especiados de Jamal. Cuando los trajo Sim, Waif se levantó de un salto agitando la cola, se quedó quieta, puso cara de disgusto y salió corriendo de la biblioteca. Charmain no tenía ni idea de si lo que quería Waif era ver al perro del cocinero o su comida. Seguramente, la comida.

Mientras Sim dejaba la fuente sobre la mesa, el Rey preguntó alegremente:

—¿Cómo van las cosas ahí fuera, Sim?

—Un poco ruidosas, Majestad —contestó Sim—. Acabamos de recibir nuestro sexto caballo balancín. El señor Morgan parece ansioso por tener un mono vivo, el cual, me alegra informarle, le ha prohibido la señora Pendragon. Eso ha tenido como consecuencia más ruido. El señor Twinkle parece convencido de que alguien se niega a que se ponga un par de pantalones de rayas. Ha estado hablando muy fuerte de ello durante toda la mañana, alteza. Y el demonio de fuego ha decidido que su lugar para calentarse sea el hogar del salón delantero, y allí se ha instalado. ¿Tomará el té con nosotros en el salón delantero hoy, Majestad?

—Creo que no —dijo el Rey—. No tengo nada en contra del demonio de fuego, pero ya está todo bastante lleno con tanto caballo balancín. Sé bueno y tráenos unas pastas aquí a la biblioteca, si eres tan amable, Sim.

—Por supuesto, Majestad —dijo Sim mientras salía tambaleándose de la habitación.

Cuando se cerró la puerta, el Rey le dijo a Charmain:

—En realidad, no es por los caballos balancín. Y me gusta bastante el ruido. Pero todo eso me hace pensar en lo mucho que me hubiera gustado ser abuelo. Una lástima.

—Esto... —titubeó Charmain—, la gente del pueblo siempre dice que la princesa



Hilda tuvo un desengaño amoroso. ¿Es por eso por lo que no se casó?

El Rey parecía sorprendido.

—No, que yo sepa —dijo—. Tuvo a príncipes y duques haciendo cola para casarse con ella cuando era más joven. Pero no es de las que se casan. Nunca le atrajo la idea, eso es lo que me dijo. Prefiere su vida aquí, ayudándome. Aunque es una lástima. Mi heredero tendrá que ser el príncipe Ludovic, el hijo tonto de una prima mía. Pronto le conocerás, si conseguimos apartar unos cuantos caballos balancín, o quizá mi hija use el gran salón. Pero la auténtica lástima es que no haya más jóvenes por la casa últimamente. Lo echo de menos.

El Rey no parecía muy infeliz. Parecía más realista que lastimero, pero de repente Charmain se sorprendió de lo triste que era la mansión real. Grande, vacía y triste.

—Le entiendo, Majestad —dijo ella.

El Rey forzó una sonrisa y dio un bocado a una de las especialidades de Jamal.

—Lo sé —afirmó—. Eres una jovencita muy inteligente. Llegado el momento, no dejarás en mal lugar a tu tío abuelo William.

Charmain parpadeó un poco ante aquella descripción, pero antes de que los halagos pudiesen incomodarla demasiado, comprendió lo que había insinuado el Rey. «Puede que sea inteligente —pensó con tristeza—, pero no soy nada amable ni simpática. Creo que puede que tenga un corazón de piedra. Mira cómo trato a Peter».

Reflexionó sobre aquello el resto de la tarde. El resultado fue que, cuando llegó el momento de parar hasta el día siguiente y Sim reapareció con Waif corriendo a su alrededor, Charmain se levantó y dijo:

—Gracias por ser tan bueno conmigo, Majestad.

El Rey pareció sorprendido y le dijo que no le diese vueltas. «Pero lo haré —pensó Charmain—, su generosidad debería ser una lección para mí». Mientras seguía el lento caminar de Sim con Waif, que parecía muy gorda y somnolienta y se arrastraba con dificultad entre ambos, Charmain decidió ser amable con Peter cuando volviese a casa del tío abuelo William.

Sim había casi alcanzado la puerta principal cuando Twinkle pasó corriendo haciendo girar un aro con energía. Iba seguido con rapidez por Morgan, que llevaba los brazos estirados y gruñía:

—¡Ado, ado, ado!

Sim se desequilibró. Charmain intentó agarrarse a la pared mientras Twinkle pasaba corriendo. Hubo un momento en que le pareció que Twinkle le dedicaba una extraña mirada escrutadora al pasar, pero un aullido de Waif hizo que se lanzara en su rescate y no volvió a pensar en ello. Waif había caído boca abajo y estaba muy molesta por ello. Charmain la recogió y casi choca con Sophie Pendragon, que perseguía a Morgan.



—¿Por dónde? —dijo Sophie casi sin aire.

Charmain señaló el camino. Sophie se arremangó la falda y echó a correr, murmurando algo sobre tripas y serpientes mientras corría.

La princesa Hilda apareció en la distancia y se paró para devolver el equilibrio a Sim.

—De verdad que lo siento, señorita Charming —le dijo a Charmain cuando esta la alcanzó—. Ese niño es como una anguila, bueno, de hecho, ambos. Voy a tener que tomar medidas o la pobre Sophie no va a tener tiempo de atender nuestros problemas. ¿Estás bien, Sim?

—Perfectamente, señora —dijo Sim. Se inclinó ante Charmain y la dejó salir por la puerta principal al brillante sol de la tarde como si nada hubiese pasado.

«Si algún día me caso —pensó Charmain atravesando la plaza Real con Waif en brazos—, no tendré hijos. Me convertirían en una persona cruel y dura de corazón en una semana. Quizá debería hacer como la princesa Hilda y no casarme nunca. Así, al menos tendría la oportunidad de aprender a ser amable. En cualquier caso, practicaré con Peter, que ya es un trabajo duro».

Estaba completamente decidida a ser amable cuando llegó a la casa del tío abuelo William. Ayudó el hecho de que, al pasar entre las plantas de hortensias, no estuviese Rollo. Ser amable con Rollo era algo que Charmain estaba segura de que sería incapaz de hacer.

«Es humanamente imposible», se dijo a sí misma mientras dejaba a Waif sobre la alfombra del salón. Se sorprendió porque la habitación parecía inusualmente limpia y ordenada. Todo estaba en su sitio, desde la maleta, pulcramente apoyada en la parte trasera de uno de los sillones, al jarrón de las hortensias multicolor sobre la mesa del café. Era, sin duda, el que había desaparecido al dejarlo sobre el carrito. «Quizá Peter ha pedido el café de la mañana y han vuelto —pensó sin prestar mucha atención porque recordó de repente que había dejado ropa húmeda por toda su habitación y las sábanas caídas en el suelo—. ¡Vaya! Tengo que ordenarlo».

Se paró en la puerta de su habitación. Alguien había hecho la cama. Su ropa, ya seca, había sido doblada cuidadosamente sobre la cómoda. Fue demasiado. Sintiendo de todo menos amable, Charmain irrumpió en la cocina.

Peter estaba sentado a la mesa de la cocina con tanta pinta de bueno que Charmain supo que había hecho algo. Tras él, sobre el fuego, una gran olla negra borboteaba dejando escapar extraños, sabrosos y débiles olores.

—¿Qué pretendías ordenándome la habitación? —preguntó Charmain.

Peter pareció herido, aunque Charmain sabía que estaba lleno de secretos y pensamientos emocionantes.

—He pensado que te gustaría —musitó él.



—Bueno, ¡pues no! —dijo Charmain. Se sorprendió a sí misma al notar que estaba a punto de ponerse a llorar—. Estaba empezando a aprender que, si dejo algo tirado en el suelo, ahí se queda a no ser que lo recoja y que, si desordeno las cosas, tengo que ordenarlas porque no lo hacen solas, ¡y entonces llegas tú y lo haces por mí! ¡Eres tan malo como mi madre!

—Algo tenía que hacer mientras estaba aquí solo todo el día —protestó Peter—. ¿O acaso esperabas que me quedase aquí sentado?

—¡Puedes hacer lo que quieras! —gritó Charmain—. Bailar, hacer el pino, hacerle muecas a Rollo. ¡Pero no arruines mi aprendizaje!

—Aprende lo que quieras —replicó Peter—. Aún te queda mucho. No volveré a tocar tu habitación. ¿Quieres saber algunas de las cosas que he aprendido hoy o estás demasiado centrada en ti misma?

Charmain tragó saliva.

—Quería ser amable contigo esta noche, pero me lo pones muy difícil.

—Mi madre dice que son las dificultades las que te ayudan a aprender —dijo Peter—. Deberías estar agradecida. Te diré una cosa que he aprendido hoy, y es cómo conseguir suficiente cena.

Señaló con el pulgar la olla borboteante. Su otro pulgar estaba decorado con un lazo rojo y otro de sus dedos con uno azul.

«Ha intentado ir en tres direcciones al mismo tiempo», pensó Charmain. Esforzándose mucho por parecer amigable, dijo:

—Entonces, ¿cómo se consigue suficiente cena?

—He golpeado la puerta de la despensa —explicó Peter— hasta que han aterrizado en la mesa suficientes cosas. Después las he puesto a hervir en la olla.

Charmain miró la olla.

—¿Qué cosas?

—Hígado y beicon —dijo Peter—. Col, más nabos y un trozo de conejo. Cebollas, otras dos chuletas y un puerro. En realidad, ha sido fácil.

«¡Puaj!», pensó Charmain. Para no decir algo muy desagradable, dio media vuelta hacia el salón.

Peter gritó tras ella:

—¿No quieres saber cómo he recuperado el jarrón?

—Te has sentado en el carrito —dijo Charmain fríamente, y volvió a la lectura de *La varita de doce puntas*.

Pero no fue una buena idea. No dejaba de levantar la vista para mirar el jarrón de hortensias y, después, el carrito y preguntarse si realmente Peter se habría sentado



allí y había desaparecido con el té de las cinco. Y después se preguntaba cómo había vuelto. Y cada vez que miraba, era más consciente de que su decisión de ser más amable con Peter se había quedado en nada. Se aguantó durante casi una hora y después volvió a la cocina.

—Lo siento —dijo—. ¿Cómo has recuperado las flores?

Peter estaba inspeccionando el contenido de la olla con una cuchara.

—Creo que aún no está —murmuró—. La cuchara choca con cosas.

—Oh, vamos —suspiró Charmain—. Estoy siendo educada.

—Te lo contaré mientras cenamos —prometió Peter.

Cumplió con su palabra a conciencia. No dijo casi nada durante una hora, hasta que el contenido de la olla estuvo dividido en dos cuencos. Dividir la comida no fue fácil, porque Peter no se había molestado en pelar ni trocear nada antes de meterlo en la olla. Tuvieron que partir la col en dos con unas cucharas. Peter tampoco se había acordado de que el estofado necesita sal. Todo, cosas blancas, el beicon blando, el trozo de conejo, los nabos enteros y la cebolla fofa, flotaba en una salsa clarita y aguada. Para decirlo de una forma suave: la comida era horrible. Intentando al máximo ser amable, Charmain no lo dijo.

Lo único bueno era que a Waif le gustaba. Es decir, se bebió la salsa aguada y se comió con cuidado la carne entre la col. Charmain hizo más o menos lo mismo e intentó no hacer ascos. Estaba contenta de poder pensar en otra cosa escuchando lo que Peter tenía que decir.

—Sabes —empezó, en opinión de Charmain, pomposamente. Pero se dio cuenta de que lo tenía todo en la cabeza como una historia y que lo iba a contar tal y como lo había pensado—, ¿sabes que cuando las cosas desaparecen del carrito se van al pasado?

—Bueno, supongo que el pasado es un buen cubo de la basura —dijo Charmain—. Siempre y cuando te asegures de que de verdad se van al pasado y de que las cosas no regresarán todas mohosas.

—¿Quieres oír la historia o no? —preguntó Peter.

«Sé amable» se dijo Charmain. Comió otro trozo de col asquerosa y asintió.

—¿Y sabes que hay partes de esta casa que están en el pasado? —siguió Peter—. No me senté en el carrito. Me fui a explorar con una lista de los sitios en los que tenía que girar y, en realidad, lo encontré por accidente. Debo de haberme equivocado al girar una o dos veces —«No me sorprende», pensó Charmain—. Da igual —dijo Peter—. He llegado a un sitio donde había cientos de mujeres kobold fregando teteras y poniendo comida en bandejas de desayuno y té y demás. Me he puesto un poco nervioso al verlas, por cómo las molestaste con el tema de las hortensias, pero he intentado parecer agradable al pasar y he saludado con la cabeza y sonreído y tal.



Y me ha sorprendido que todas me han devuelto el gesto, me han sonreído y me han dicho «buenos días» de forma totalmente amigable. Así que he ido saludando y sonriendo y avanzando hasta que he llegado a una habitación que no había visto. Al abrir la puerta, lo primero que me he encontrado ha sido el jarrón encima de una mesa muy, muy larga. Lo siguiente ha sido al mago Norland sentado a la mesa.

—¡No me digas! —dijo Charmain.

—A mí también me ha sorprendido —admitió Peter—. La verdad es que me he quedado ahí de pie mirándolo. Tenía bastante buen aspecto, ya sabes, estaba fuerte y tenía buen color, y tenía mucho más pelo del que yo recordaba, y estaba muy ocupado trabajando en el esquema de la maleta. Lo tenía todo extendido sobre la mesa y sólo tenía acabada una cuarta parte. Supongo que fue eso lo que me dio la pista. Da igual, el caso es que ha levantado la vista y ha dicho, muy educadamente: «¿Te importaría cerrar la puerta? Hay corriente». Entonces, antes de que pudiese decir nada, ha vuelto a levantar la vista y ha preguntado: «¿Quién demonios eres?». Y yo he dicho: «Soy Peter Regis». Él ha fruncido el ceño y ha dicho «¿Regis, Regis? ¿Tienes algún tipo de relación con la bruja de Montalbino, tal vez?». «Es mi madre», he dicho yo. Y él ha contestado: «Creo que no tiene hijos». «Sólo me tiene a mí —he dicho—. Mi padre murió en la gran avalancha de Transmontain justo después de que yo naciera». Él ha fruncido aún más el ceño y ha dicho: «Pero esa avalancha fue el mes pasado, jovencito. Dicen que la provocó un lubbock, y la verdad es que ha matado a mucha gente. O ¿es que estamos hablando de la avalancha de hace cuarenta años?», y me ha mirado con severidad y con aspecto de no creermelo. Me he preguntado cómo podría convencerlo de lo que ha pasado y le he dicho: «Le prometo que es cierto. Una parte de la casa tiene que haberse ido atrás en el tiempo. Es donde desaparece el té de las cinco. Y esto lo demuestra: nosotros dejamos ese jarrón en el carrito el otro día y ha llegado hasta aquí». Él ha mirado el jarrón, pero no ha dicho nada. Yo he dicho: «He venido porque mi madre acordó con usted que yo sería su aprendiz». Él ha dicho: «¿En serio? Pues seguramente quería complacerla mucho. No me parece que tengas ningún talento especial». «Puedo hacer magia —he dicho—, pero mi madre puede conseguir lo que quiera cuando quiera». Él ha dicho: «Cierto. Tiene una gran voluntad. ¿Qué he dicho cuando has aparecido?». «Nada —he dicho—, porque no estaba. Una chica llamada Charmain Baker estaba cuidando de su casa, o eso se suponía, porque se fue a trabajar para el Rey y conoció a un demonio de fuego...». Aquí me ha interrumpido con aspecto aturdido: «¿Un demonio de fuego? Jovencito, son seres muy peligrosos. ¿Me estás diciendo que la Bruja del Páramo estará pronto en Norland?». «No, no —he dicho—, uno de los magos reales de Ingary acabó con la Bruja del Páramo hace casi tres años. Este tiene que ver con el Rey, me ha dicho Charmain. Supongo que para usted ella acaba de nacer, pero me ha contado que usted está enfermo y que los elfos se lo han llevado para curarle y que tía Sempronia se ha encargado de que Charmain cuide de la casa mientras usted está fuera». Ha parecido molestarse por esto. Se ha reclinado en la silla y ha parpadeado un poco. «Tengo una sobrina nieta encantadora llamada Sempronia —ha dicho con



lentitud y pensativo—. Podría ser. Sempronia se ha casado y se ha emparentado con una familia muy respetable, creo...». «Sí que lo son —he dicho—; debería usted ver a la madre de Charmain. Es tan respetable que no le permite hacer nada a su hija».

«Muchas gracias, Peter —pensó Charmain—. Ahora creará que soy un desperdicio de espacio».

—Pero no parecía muy interesado —siguió Peter—. Ha querido saber qué le ha hecho enfermar y no he sabido decírselo. ¿Tú lo sabes? —le preguntó a Charmain. Ella negó con la cabeza. Peter se encogió de hombros y dijo—: Entonces ha suspirado y ha dicho que suponía que no importaba porque parecía que había sido inevitable. Pero, después de eso, ha dicho con tristeza y confundido: «¡Pero yo no conozco a ningún elfo!». Yo le he dicho: «Charmain dice que ha sido el Rey quien los ha enviado». «Oh —ha dicho él mucho más contento—, claro que sí. La familia real tiene sangre élfica, muchos de ellos se han casado con elfos y los elfos mantienen el contacto, creo —entonces me ha mirado y ha dicho—: Esta historia empieza a encajar». Yo le he dicho: «Tiene que hacerlo. Es todo verdad. Lo que no entiendo es qué ha hecho usted para enojar tanto a los kobolds». «Nada, te lo aseguro —ha dicho—. Hacen muchos trabajos para mí. Nunca se me ocurriría hacer enfadar a un kobold, al igual que no haría enfadar a mi amigo el Rey». Parecía tan molesto que he pensado que era mejor cambiar de tema. He dicho: «¿Puedo preguntarle por esta casa? ¿La construyó o se la encontró?». «La encontré —ha dicho— o, al menos, la compré cuando era muy joven, un mago principiante, porque me pareció pequeña y barata. Después descubrí que era un laberinto lleno de pasillos. Fue un descubrimiento magnífico, debo decir. Parece ser que había pertenecido al mago Mélicot, el mismo hombre que hizo que el tejado de la mansión real pareciese de oro. Siempre he tenido la esperanza de que en algún punto de esta casa estuviese escondido el oro de verdad que estaba en el tesoro real en aquella época. Ya sabes». Y, como comprenderás, esa frase me ha hecho aguzar el oído —dijo Peter—. Pero no he podido preguntar más porque él, mirando el jarrón de la mesa, ha dicho: «Así que esas flores son realmente del futuro, ¿verdad? ¿Te importa decirme de qué tipo son?». A mí me ha sorprendido mucho que no lo supiera. Le he dicho que eran hortensias de su jardín. «Son las de color que han cortado los kobolds», he dicho. Y él las ha mirado y ha murmurado que eran magníficas, especialmente por sus distintos colores. «Tendré que empezar a cultivarlas —ha dicho—, son más coloridas que las rosas». «También las puede tener azules —he dicho—; mi madre usa un hechizo de polvo de cobre con las nuestras». Y mientras murmuraba sobre ello, le he preguntado si podía llevármelas de vuelta para poder demostrar que le había visto. «Claro, claro —ha dicho—, aquí molestan bastante. Y dile a la jovencita que ha conocido al demonio de fuego que espero haber acabado mi esquema para cuando ella haya crecido lo suficiente para necesitarlo». De modo —concluyó Peter— que he cogido las flores y he vuelto. ¿No es genial?

—Mucho —dijo Charmain—. El no habría cultivado hortensias si los kobolds no las hubieran cortado y yo no las hubiese recogido y tú no te hubieses perdido... la



cabeza me da vueltas.

Apartó su cuenco de col y nabo. «Tengo que ser amable con él. Tengo que serlo, ¡tengo que serlo!».

—Peter, ¿qué te parece si mañana voy a ver a mi padre cuando vuelva y le pido un libro de cocina? Debe de tener cientos. Es el mejor cocinero de la ciudad.

Peter pareció visiblemente aliviado.

—Buena idea —dijo—. Mi madre nunca me ha enseñado mucho de cocina. Siempre lo hace ella.

«Y no debo quejarme de la opinión que le ha dado de mí al tío abuelo William —se prometió Charmain—. Debo ser amable. Pero como vuelva a hacerlo...».



Capítulo 10

En el que Twinkle se sube al tejado

Por la noche, a Charmain le asaltó una idea preocupante. Si en casa del tío abuelo William se podía viajar en el tiempo, ¿podría ser que ella llegase a la mansión real de hacía diez años y que el Rey no la estuviese esperando? ¿O a la de dentro de diez años y que fuese el príncipe Ludovic quien estuviese reinando? Eso bastó para que decidiese ir a la mansión caminando del modo tradicional.

Así, a la mañana siguiente, Charmain emprendió el camino con Waif correteando detrás de ella hasta que llegó al acantilado donde estaba el prado del lubbock; para entonces, Waif estaba tan cansada y daba tanta pena que Charmain la cogió en brazos. «Como siempre —pensó Charmain—. Me siento como una chica mayor trabajadora, como tiene que ser», añadió mientras se acercaba al pueblo a grandes zancadas con Waif tratando alegremente de lamerle la barbilla.

Había vuelto a llover por la noche, pero aquella era una de esas mañanas con el cielo azul pálido y grandes nubes blancas. Las montañas parecían de seda azul y, en la ciudad, el sol brillaba sobre los adoquines húmedos y se reflejaba en el río. Charmain se sentía satisfecha. Realmente le apetecía pasarse el día ordenando papeles y charlando con el Rey.

Al cruzar la plaza Real, el sol se reflejaba con tal fuerza sobre el tejado dorado que Charmain se vio obligada a mirar hacia los adoquines del suelo. Waif parpadeó y bajó la cabeza y, después, cuando un ruido agudo surgió de la mansión, saltó:

—¡Miradme, miradme!

Charmain miró, se le llenaron los ojos de lágrimas por el reflejo y soltó una de las manos que sujetaban a Waif para volver a mirar, haciéndose visera. Twinkle estaba sentado a horcajadas en la punta del tejado dorado, a más de treinta metros de altura, saludándola alegremente con los brazos. Casi se desequilibra al hacerlo. Al verlo, Charmain olvidó todos los pensamientos desagradables sobre los niños que había tenido el día anterior. Soltó a Waif sobre los adoquines y corrió a la puerta de la mansión, donde golpeó la aldaba y llamó al timbre frenéticamente.



—¡El niño! —le dijo jadeando a Sim cuando este abrió despacio la puerta chirriante—. ¡Twinkle! ¡Está sentado en el tejado! ¡Alguien tiene que ir a bajarlo!

—¿De verdad? —dijo Sim. Y fue tambaleándose hacia la escalera de entrada. Charmain tuvo que esperar a que llegase a un lugar desde el que pudiera ver el tejado y estirase el cuello tembloroso.

—Pues sí, señorita —coincidió—. Menudo diablillo. Se caerá. Ese tejado resbala como el hielo.

Charmain se paseaba con impaciencia.

—Mande a alguien a buscarlo. ¡Rápido!

—No sé a quién —dijo Sim lentamente—. Nadie en la mansión trepa demasiado bien. Podría mandar a Jamal, supongo, pero, como sólo tiene un ojo, su equilibrio no es demasiado bueno.

Waif estaba dando ladridos y moviéndose ostensiblemente para que la subiesen por las escaleras. Charmain no le hizo caso.

—¡Pues mándeme a mí! —propuso—. Sólo dígame cómo llegar. Ya. Antes de que se resbale por uno de los lados.

—Buena idea —coincidió Sim—. Tome las escaleras del fondo del recibidor, señorita, y no deje de subir; el último tramo es de madera y, después, encontrará una puerta pequeña...

Charmain no esperó más. Dejó que Waif se espabilara por sí misma y echó a correr por el pasillo de piedra húmeda hasta llegar al recibidor con las escaleras de piedra. Después empezó a subir por ellas como si le fuera la vida en ello, con las gafas golpeándole el pecho y los pasos resonando en las paredes. Subió dos largos tramos sin dejar de pensar en el pequeño cuerpo cayendo a plomo y golpeando los adoquines y... bueno... un paf, más o menos, allí donde había dejado a Waif. Resollando, empezó a subir el tercer tramo, el más estrecho. Parecía que no se acabara nunca. Después, llegó a las escaleras de madera y subió rítmicamente, casi sin aliento. También parecían interminables. Finalmente, llegó a la pequeña puerta de madera. Rezando por haber llegado a tiempo, Charmain la abrió de golpe y se encontró con el gran resplandor del sol y el oro.

—*Ya pensaba que no ibas a venir* —dijo Twinkle desde el centro del tejado. Llevaba un traje de terciopelo azul pálido y su pelo rubio brillaba tanto como el tejado. Parecía totalmente tranquilo, más como un ángel perdido que como un niño pequeño atrapado en un tejado.

—¿Tienes mucho miedo? —preguntó Charmain respirando nerviosa—. Agárrate fuerte y no te muevas. Yo me arrastraré a cogerte.

—Por favor, hazlo —dijo Twinkle educadamente.

«¡No es consciente del peligro! —pensó Charmain—. Tengo que estar tranquila».



Con mucho cuidado, salió por la puerta de madera y maniobró hasta ponerse a horcajadas sobre el tejado como Twinkle. Era muy incómodo. Charmain no sabía qué era peor, si el hecho de que las tejas de metal estuvieran calientes, húmedas, afiladas y resbaladizas o el modo en que parecía que el tejado iba a cortarla en dos. Cuando echó una ojeada abajo, a la plaza Real, que estaba muy, muy lejos, tuvo que recordarse a sí misma muy seriamente que hacía sólo tres días había hecho un hechizo que la había salvado del lubbock y que había demostrado que podía volar. A lo mejor podía hacer que Twinkle se agarrase a su cintura y bajar flotando con él.

En ese momento se dio cuenta de que, a medida que ella se acercaba, Twinkle se apartaba.

—¡Deja de hacer eso! —protestó—. ¿No sabes lo peligroso que es?

—Claro que *zí*—replicó Twinkle—. *Laz alturaz* me aterrorizan. Pero *ezte ez* el único *zitio* donde puedo hablar contigo *zin* que nadie *noz* oiga. *Zimplemente*, quédate en medio del tejado, donde yo no tenga que gritar. Rápido. La *princeza* Hilda ha contratado a una niñera para Morgan y para mí. La pobre chica debe de *eztar* a punto de llegar.

Aquello sonó tan adulto que Charmain parpadeó y se quedó mirándolo. Twinkle le dedicó una sonrisa cegadora con sus grandes ojos azules y sus encantadores labios rosados.

—¿Eres un niño-genio o algo así?

—Bueno, ahora lo *zoy* —dijo Twinkle—. Cuando *ezta* era mi edad real, era del montón, creo. Con una gran habilidad mágica, por *zupuezto*. Avanza, ¿quieres?

—Lo intento —Charmain consiguió arrastrarse por el tejado hasta quedarse sólo a medio metro del niño—. Bueno, ¿de qué se supone que vamos a hablar? —le soltó.

—Primero, del mago Norland —dijo Twinkle—. Me han dicho que tú lo *conoces*.

—Bueno, en realidad, no —explicó Charmain—. Es el tío abuelo de la mujer de mi tío. Le estoy cuidando la casa mientras está enfermo.

No se sintió con fuerzas de mencionar a Peter.

—Y ¿cómo *ez* la *caza*?. —preguntó Twinkle. Y añadió, quitando hierro—: Yo vivo en un *caztillo* ambulante. ¿La *caza* de Norland *ze* mueve?

—No —dijo Charmain—. Pero hay una puerta en el medio que te lleva a cientos de habitaciones diferentes. Dicen que fue el mago Melicot quien la hizo.

—¡Ah, Melicot! —exclamó Twinkle. Parecía muy complacido—. *Entoncez*, *zeguramente* tendré que ir. Lo que diga Calcifer. ¿Te parece bien?

—Supongo que sí —dijo Charmain—. ¿Por qué?

—Porque —explicó Twinkle— *Zophie*, Calcifer y yo *hemoz zido contratadoz* para averiguar qué *pazó* con el oro del *tezoro* del Rey. Al *menoz*, *ezo ez* lo que *creemoz* que



quieren, pero no *eztán* *ziendo demaziado claroz* al *rezpecto*. La mitad del tiempo parece que lo que dicen *ez* que han perdido un regalo élfico y nadie *zabe* qué *ez* un regalo élfico. Y la *princeza* le ha pedido a *Zophie* que averigüe qué *ez* lo que *paza* con el dinero de *loz impueztos*. Y *ezo* vuelve a parecer otra *coza* diferente. Han vendido un montón de *cuadroz* y *otraz cozaz* y *ziguen* *ziendo* tan *pobrez* como *laz rataz* de una *iglesia*, ya te *debez* de haber dado cuenta.

Charmain asintió.

—Sí, me he dado cuenta. ¿No podrían subir los impuestos?

—O vender una parte de la biblioteca —sugirió Twinkle. Se encogió de hombros. Eso provocó que se balanceara de un modo tan precario que Charmain cerró los ojos—. *Cazi* mandan echar a Calcifer anoche cuando *zugirió* vender *algunoz libroz*. Y en cuanto a *loz impueztos*, el Rey dice que la gente de High Norland *eztá* bien y contenta y que, igualmente, cualquier dinero *eztra* de *impueztos* acabaría *dezapareciendo* también. *Ezo* no *ez* bueno. Lo que quiero que *hagaz*...

Se oyó un grito abajo en la distancia. Charmain abrió los ojos y miró a los lados. Se habían reunido unas cuantas personas en la plaza, todas haciendo visera con la mano y señalando al tejado.

—Rápido —dijo ella—. Llamarán a los bomberos en cualquier momento.

—¿Tienen? —preguntó Twinkle—. Qué *civilizadoz* que *zoiz* aquí —volvió a mostrar otra de sus deslumbrantes sonrisas—. Lo que *neceзитamoz* que *hagaz*...

—¿Qué? ¿Estáis a gusto ahí? —preguntó una voz cercana desde detrás de Charmain. Sonó tan cercana y era tan inesperada que Charmain saltó y todo se desequilibró.

—¡Cuidado, *Zophie*! —dijo Twinkle alarmado—. *Cazi* haces que *ze caiga*.

—Lo que viene a demostrar que esta idea era descerebrada incluso para ti —replicó Sophie. Por el sonido, estaba asomada a la puerta de madera, pero Charmain no se atrevió a darse la vuelta para mirar.

—¿*Haz* hecho la magia que te di? —preguntó Twinkle inclinándose hacia un lado para hablar rodeando a Charmain.

—Sí —respondió Sophie—. Todo el mundo anda corriendo por la mansión derrochando actividad: Calcifer está intentando frenar los ataques de histeria de esa niñera inútil y alguien de fuera acaba de llamar a los bomberos; yo he conseguido colarme en la biblioteca con tu hechizo aprovechando la confusión. ¿Contento?

—Perfecto —Twinkle volvió a sonreír angelicalmente—. ¿*Vez* lo *aztuto* que era mi plan? —se inclinó hacia Charmain—. Lo que he hecho —le dijo— *ez* lanzar un hechizo que hace que *todoz loz libroz y papelez* que tienen la *máz* mínima relación con *loz problemaz* del Rey brillen con una luz que *zólo* tú *puedez* ver. Cuando *veaz* algo iluminado quiero que *tomez* nota de qué *ez* y qué dice. En *zecreto*, claro. *Eztá* claro que



aquí hay algo que no va bien y no *queremoz* que nadie *zepa* lo que *eztáz* haciendo en *cazo* de que *apuntez* a la *perzona* culpable del problema. ¿Lo *haráz*?

—¿Por qué no? —dijo Charmain. Parecía fácil, aunque no le acababa de gustar la idea de esconder secretos al Rey—. ¿Para cuándo queréis mis notas?

—Para esta noche, por favor, antes de que llegue ese principito heredero —contestó Sophie desde detrás de Charmain—. No hay necesidad de que se entrometa en esto. Y estamos muy agradecidos y esto es realmente importante. Es la razón por la que hemos venido. Y ahora, por el amor de Dios, entrad los dos antes de que empiecen a desplegar escaleras.

—Vale —dijo Twinkle con voz aguda—. *Vamoz*. Aunque te *avizo* de que, a lo mejor, yo llegaré partido en *doz*.

—Te estaría bien empleado —repuso Sophie.

El tejado empezó a moverse y resbalar bajo Charmain. Casi se pone a gritar. Pero se agarró con ambas manos y se recordó a sí misma que podía volar. ¿Podía? Y el tejado se deslizó y resbaló hacia atrás, camino de donde había venido, delante de ella; Twinkle se deslizaba también hacia delante. Enseguida, Charmain notó cómo Sophie la cogía por debajo de los brazos y tiraba de ella hacia detrás, con un poco de dificultad, de nuevo al interior de la mansión real. Sophie se inclinó hacia fuera, agarró a Twinkle y lo dejó en el suelo al lado de Charmain.

Twinkle miró a Charmain con tristeza.

—De vuelta a la infancia —suspiró—. No me *dezcubriráz*, ¿verdad?

—Oh, no digas tonterías —dijo Sophie—. Charmain es de fiar —se volvió hacia Charmain—. Se llama Howl y, para mi desgracia, se lo está pasando genial con su segunda infancia. Ven aquí, hombrecito mío.

Cogió a Twinkle con un brazo y lo bajó por las escaleras. Hubo muchas patadas y gritos.

Charmain los siguió meneando la cabeza.

En el rellano principal, a medio camino, parecía que se había reunido toda la mansión, incluidas personas que Charmain no había visto antes, con Calcifer flotando de un lado a otro entre ellos. Incluso el Rey estaba allí, con una Waif medio ausente en brazos. La princesa Hilda empujó a un lado a una joven gorda que tenía a Morgan en brazos y sollozaba, y le dio la mano a Charmain.

—Mi querida señorita Charming, muchísimas gracias. Estábamos muertos de miedo. Sim, ve a decirles a los bomberos que ya no necesitamos las escaleras y que, por supuesto, no necesitamos las mangueras.

Charmain pudo oírla a duras penas. Waif había visto a Charmain y se había apresurado a saltar de brazos del Rey, ladrando sin parar de alivio al ver que estaba sana y salva. Desde algún punto de más atrás, el perro de Jamal respondió con



sentidos aullidos. La niñera gorda empezó a hacer: «Snif... ¡¡¡¡buaaah!!!!», Morgan gritaba «jado, jado» y todos los demás hablaban sin parar, interrumpiéndose. A lo lejos, Twinkle estaba berreando:

—¡No zoy malo! ¡Eztaba muy azuztado, te lo he dicho!

Charmain redujo un poco el ruido cogiendo en brazos a Waif. La princesa Hilda hizo callar a casi todos los demás dando unas palmadas y diciendo:

—A trabajar todo el mundo. Nancy, llévate a Morgan antes de que nos deje a todos sordos y déjale muy claro que él no va a subir también al tejado. Sophie, cariño, ¿puedes hacer callar a Twinkle?

Todo el mundo se fue. Twinkle empezó a decir: «No zoy malo...» y, de repente, paró como si alguien le hubiera tapado la boca con la mano. En un momento, Charmain se vio bajando el resto de escaleras con el Rey, camino de la biblioteca, con Waif intentando lamerle la barbilla plenamente feliz.

—Esto me recuerda otros tiempos —dijo el Rey—. Yo subí al tejado varias veces cuando era niño. Siempre provoqué mucho pánico absurdo. Una vez, los bomberos casi me riegan por error. Los niños son niños, querida. ¿Estás preparada para ponerte a trabajar o prefieres sentarte y recuperarte un poco?

—No, estoy bien —le aseguró Charmain.

Se sintió como en casa al tomar asiento en la biblioteca, rodeada por el aroma de los libros viejos, con Waif tostándose la tripa al lado del brasero y el Rey sentado en frente investigando un roído montón de diarios. Estaba tan a gusto que a Charmain se le olvidó por completo el hechizo de Twinkle. Se concentró en separar un montón de viejas cartas enmohecidas. Todas eran de un príncipe muy antiguo que criaba caballos y que quería que su madre le sacase más dinero, al Rey. Estaba el príncipe explicando la maravillosa belleza del nuevo potro al que había dado a luz su mejor yegua cuando Charmain levantó la vista y vio al demonio de fuego titilando lentamente de un lado a otro de la biblioteca.

El Rey también levantó la vista.

—Buenos días, Calcifer —dijo educadamente—. ¿Necesitas algo?

—Sólo miro —respondió Calcifer con su vocecilla chisporroteante—. Ahora entiendo porque no quiere vender estos libros.

—Pues sí —dijo el Rey—. Dime, ¿leen mucho los demonios de fuego?

—Normalmente, no —respondió Calcifer—. Sophie lee para mí a menudo. Me gustan las historias con misterios que resolver, en las que tienes que adivinar quién es el asesino. ¿Tiene alguna?

—Seguramente, no —dijo el Rey—. Pero a mi hija también le gustan las novelas de misterio y asesinatos. Quizá deberías preguntarle a ella.

—Muchas gracias; lo haré —dijo Calcifer, y desapareció.



El Rey meneó la cabeza y volvió a sus diarios. En ese momento, Charmain se dio cuenta de que el diario que estaba hojeando el Rey tenía un tenue brillo de color verde. Al igual que la siguiente cosa de su pila, que era un pergamino bastante arrugado, atado con una cinta dorada.

Charmain cogió aire y preguntó:

—¿Hay algo interesante en ese diario, Majestad?

—Bueno —dijo el Rey—, en realidad, es bastante desagradable. Es el diario de una de las damas de compañía de una de mis bisabuelas. Está lleno de cotilleos. Justo ahora, está muy afectada porque la hermana del Rey murió en el parto de su hijo, y parece ser que la comadrona mató al bebé. Dice que era violeta y que la asustó. Parece ser que van a llevar a la pobrecilla a juicio por asesinato.

La mente de Charmain voló al momento en que ella y Peter habían leído la entrada lubbock en la enciclopedia del tío abuelo William. Dijo:

—Supongo que creyó que el bebé era un lubbockin.

—Sí, eran muy supersticiosos e ignorantes —dijo el Rey—. Ya nadie cree en los lubbockins.

Siguió leyendo.

Charmain se preguntó si debía decir que aquella comadrona había hecho bien. Los lubbocks existían. ¿Por qué no iban a existir los lubbockins? Pero estaba segura de que el Rey no iba a creerla y, en lugar de eso, garabateó una nota. Después cogió el pergamino chafado. Pero antes de abrirlo, se le ocurrió mirar en la fila de cajas donde había guardado los papeles que ya había leído, por si alguno también brillaba. Sólo había uno que brillaba muy tenuemente. Cuando Charmain lo sacó, vio que era la factura del mago Melicot por hacer que el tejado pareciese oro. Eso resultaba confuso, pero Charmain tomó también nota antes de desatar finalmente la cinta dorada y abrir el pergamino.

Era un árbol genealógico de los reyes de High Norland, bastante confuso y hecho con prisas como si sólo fuese el borrador de una copia mucho más cuidada. A Charmain le costó leerlo. Estaba lleno de cruces y flechitas que llevaban a añadidos ilegibles y círculos chatos con notas.

—Majestad —dijo—, ¿puede explicármelo?

—A ver —el Rey cogió el pergamino y lo desplegó sobre la mesa—. Ah —dijo—. Tenemos la copia buena colgada en el salón del trono. No la he mirado con atención en años, pero sí que sé que es más sencilla que *este* árbol genealógico, sólo *con* los nombres de quienes han gobernado, con quién se casaron y demás. Este parece tener comentarios escritos por diferentes personas. A ver. Este es mi antepasado Adolphus I. El comentario de debajo tiene una caligrafía realmente antigua. Dice... hmmm... «Levantó las murallas de la ciudad gracias al regalo élfico». Hoy en día no hay ni rastro de esas murallas, ¿verdad? Pero dicen que la parte baja de la calle del Dique, al



lado del río, forma parte de las antiguas murallas...

—Perdone, Majestad —le interrumpió Charmain—, pero ¿qué es el regalo élfico?

—Ni idea, querida —dijo el Rey—. Ojalá lo supiera. Se dice que daba prosperidad y protección al reino, fuese lo que fuese, pero parece que se esfumó hace tiempo. Hmm. Esto es fascinante.

El Rey movió su largo dedo de una nota a otra.

—Aquí, al lado del antepasado de mi mujer, dice: «Se dice que era una elfa». Siempre me habían dicho que la reina Matilda era sólo medio elfa, pero aquí está su hijo, Hans Nicholas, etiquetado como «niño elfo», así que a lo mejor es por eso por lo que nunca llegó a ser rey. Nadie se fía de los elfos. Un gran error, en mi opinión. En su lugar, coronaron al hijo de Hans Nicholas, una persona muy aburrida llamada Adolphus II, que nunca hizo gran cosa. Es el único rey del pergamino que no tiene un comentario al lado. Eso quiere decir algo. Pero su hijo, aquí está, Hans Peter Adolphus, tiene uno que dice: «Reafirmó la seguridad del reino en colaboración con el regalo élfico», sea eso lo que sea. Querida, esto es muy interesante. ¿Me harías el favor de hacer una copia legible con todos los nombres y comentarios? Puedes quitar a los primos y similares si no tienen comentarios. ¿Te importaría?

—En absoluto, Majestad —dijo Charmain. Se había preguntado cómo iba a poder copiar todo aquello en secreto para Sophie y Twinkle, y ese era el modo.

Se pasó el resto del día haciendo dos copias del pergamino. La primera era un borrador desordenado para el que había tenido que pedir constantemente ayuda al Rey con este o aquel comentario y la segunda la había hecho con su mejor caligrafía para el Rey. Estaba tan interesada como él. ¿Por qué el sobrino de Hans Peter III se había dedicado a «robar en las colinas»? ¿Qué convertía a la reina Gertrude en una «temible bruja»? Y ¿por qué decían que su hija, la princesa Isolla, era «amante del caballero azul»?

El Rey no podía contestar a esas preguntas, pero dijo que sí tenía una idea de por qué habían etiquetado al príncipe Nicholas Adolphus como un «beodo». ¿Había visto Charmain donde decía que el padre del príncipe, Peter Hans IV, era «un oscuro tirano, además de un mal mago»?

—Algunos de mis antepasados no eran buena gente —dijo él—. Apuesto a que este era un abusón y se pasaba mucho con el pobre Nicholas. Me contaron que eso puede pasar cuando la sangre élfica se estropea, pero creo que, en realidad, son cosas de la gente.

Ya avanzado el día, cuando Charmain estaba cerca del final del pergamino, donde casi todos los gobernantes parecían llamarse Adolphus o Adolphus Nicholas o Ludovic Adolphus, le fascinó encontrarse con una princesa Moina que «se casó con un caballero de Strangia, pero murió dando a luz a un asqueroso lubbockin». Charmain estaba segura que Moina era la del diario de la dama de compañía. Parecía



que alguien se había creído la historia de la comadrona. Decidió no comentárselo al Rey.

Tres líneas después, llegó al Rey, «bastante perdido entre sus libros», y a la princesa Hilda, «rehusó casarse con un rey, tres lores y un mago». Estaban bastante apretados para dejar sitio para los descendientes del tío del Rey, Nicholas Peter, que parecía haber tenido muchos hijos. Los hijos de los hijos llenaban toda la línea inferior. «¿Cómo son capaces de recordar quién es quién?», se preguntó Charmain. La mitad de las niñas se llamaban Matilda y la otra mitad Isolla, mientras que la mayoría de niños eran Hans o Hans Adolphus. Sólo se podían distinguir por los pequeños comentarios garabateados y que decían que Hans era «muy agresivo, se ahogó» y que otro había «muerto en accidente» y que otro «murió en el extranjero». Las niñas eran peores. Una Matilda era una «niña aburrida y orgullosa», a otra había que «temerla como a la r. Gertrude» y la tercera era «de naturaleza maligna». Todas las Isollas habían sido «envenenadas» o eran «malignas». El heredero del Rey, Ludovic Nicholas, destacaba en lo que Charmain empezaba a pensar que era una familia muy desgraciada, porque no tenía ningún comentario, al igual que el aburrido Adolphus de muchos años atrás.

Lo escribió todo, nombres, comentarios y demás. Hacia el final de la tarde, tenía el dedo índice de la mano derecha dormido y lleno de tinta azul.

—Gracias, querida —dijo el Rey cuando Charmain le dio la copia buena. Empezó a leerla con tanto interés que a Charmain le fue fácil guardar su copia en sucio y las demás notas en los bolsillos sin que el Rey la viese. Cuando se levantó, el Rey alzó la vista para decirle algo—: Espero que me perdones, querida. No necesitaré tus servicios durante los dos próximos días. La princesa insiste en que salga de la biblioteca y haga de anfitrión para el joven príncipe Ludovic este fin de semana. Ella no es muy buena con las visitas masculinas, ya sabes. Pero espero volver a verte el lunes.

—Por supuesto —dijo Charmain. Cogió a Waif, que se acercó correteando a ella desde la cocina, y se dirigió a la puerta principal preguntándose qué iba a hacer con su copia del pergamino. No estaba segura de confiar en Twinkle. ¿Podía uno fiarse de alguien con aspecto de niño pero que, en realidad, no lo era? Y además, estaba lo que Peter decía, lo que el tío abuelo William había dicho sobre los demonios de fuego. «¿Se puede confiar en alguien tan peligroso?», pensó con tristeza mientras se iba.

Se encontró cara a cara con Sophie.

—¿Cómo ha ido? ¿Has encontrado algo? —preguntó Sophie sonriendo.

Era una sonrisa tan amigable que Charmain decidió que podía confiar en ella. Así lo esperaba.

—Tengo algunas cosas —admitió sacándose papeles de los bolsillos.



Sophie los cogió con aún más interés y agradecimiento que el Rey al coger su copia.

—Maravilloso —dijo—. Esto debería darnos, al menos, una pista. En realidad, ahora vamos a ciegas. Howl (es decir, Twinkle) dice que los hechizos de adivinación no funcionan aquí. Y eso es raro, porque no parece que ni el Rey ni la princesa hagan magia, ¿y tú? La suficiente como para bloquear un hechizo de adivinación, quiero decir.

—No —respondió Charmain—. Pero muchos de sus antepasados, sí. Y el Rey esconde más cosas de las que se ven a simple vista.

—Tienes razón —dijo Sophie—. ¿Puedes quedarte y repasar estas notas con nosotros?

—Pregúntame lo que quieras el lunes —le contestó Charmain—. Tengo que ir a ver a mi padre antes de que cierre la panadería.



Capítulo 11

En el que Charmain se arrodilla en un pastel

Cuando Charmain llegó, la tienda estaba cerrada, pero pudo ver a través del cristal que dentro había alguien moviéndose, limpiando. Charmain llamó a la puerta y, cuando eso no surtió efecto, pegó la cara al cristal y gritó: «¡Déjame entrar!».

Al cabo de un rato, la persona del interior fue a abrir la puerta lo suficiente como para meter la cara. Resultó ser un aprendiz de más o menos la misma edad que Peter al que Charmain no conocía.

—Estamos cerrados —dijo.

Sus ojos se dirigieron hacia Waif, que estaba en brazos de Charmain. La puerta abierta dejaba escapar aroma a rosquillas recién hechas y Waif había metido la nariz y olisqueaba apasionadamente.

—No se permite la entrada de perros —dijo.

—Tengo que ver a mi padre —dijo Charmain.

—No puedes ver a nadie —replicó el aprendiz—. En el taller aún se está trabajando.

—Mi padre es el señor Baker —le dijo Charmain—. Y sé que él querrá verme. Déjame entrar.

—¿Cómo sé yo que eso es verdad? —inquirió el aprendiz con desconfianza—. En lo que respecta a mi trabajo...

Charmain supo que aquel era uno de esos momentos en los que hay que ser educada y tener tacto, pero se le acabó la paciencia, igual que con los kobolds:

—A ver, niño tonto —le interrumpió—, si mi padre supiese que no me dejas entrar, ¡te despediría en el acto! ¡Ve a buscarlo si no me crees!

—¡Niña pija! —exclamó el aprendiz. Pero se apartó de la puerta, diciendo—: Pues entra, pero deja al perro fuera. ¿Entendido?

—No. No lo haré —dijo Charmain—. Podrían robármela. Es una perra mágica



muy valiosa, para que lo sepas, e incluso el Rey la deja entrar en su palacio. Si él puede hacerlo, tú también.

El aprendiz la miró con desprecio.

—Anda y ve a contárselo al lubbock de la pradera —dijo.

Las cosas podrían haberse complicado mucho si Belle, una de las mujeres que atendían en la tienda, no hubiese aparecido por la puerta de la panadería justo en aquel momento. Se estaba atando el sombrero y dijo:

—Me voy, Timmy, asegúrate de limpiar todos los... —cuando vio a Charmain—. ¡Oh, hola Charmain! Quieres ver a tu padre, ¿verdad?

—Hola, Belle. Sí, eso quiero —confirmó Charmain—. Pero él no me deja entrar con Waif.

Belle miró a Waif y su cara se convirtió en una sonrisa.

—¡Que criatura tan mona! Pero ya sabes qué opina tu padre de que entren perros. Será mejor que la dejes en la tienda y que la cuide Timmy. ¿Lo harás, verdad Timmy?

El aprendiz gruñó y lanzó una mirada asesina a Charmain.

—Pero te lo advierto, Charmain —siguió Belle charlando como siempre—, ahí dentro están muy ocupados. Les han encargado un pastel especial. Así que no estés mucho rato, ¿vale? Deja aquí a tu perrita, que estará bien cuidada. Y, Timmy, quiero que esta vez limpies bien esas estanterías o te diré algo mañana. ¡Adiós, adiós, buenas noches!

Belle salió de la tienda y Charmain entró. Pensaba entrar en el taller con Waif, pero sabía que la relación de esta con la comida no era buena. Así que dejó a la perra al lado de la caja registradora, hizo un gesto frío a Timmy —«me odiará el resto de su vida», pensó— y siguió sola por entre las urnas de cristal vacías, las frías estanterías de mármol y la zona de mesas y sillas blancas donde los habitantes de High Norland solían sentarse a tomar café y deliciosos pasteles. Waif dio un aullido desesperado cuando Charmain empujó la puerta del taller, pero Charmain se hizo la dura y cerró la puerta tras de sí.

Aquello parecía un avispero, hacía un calor tropical y flotaban unos aromas que sin duda hubiesen vuelto loca a Waif. Olía a pasta recién hecha y a pasta en el horno; el dulce aroma de los bollos, las tartas y los gofres se confundía con el sabroso aroma de las empanadas y las quiches, que se confundía a su vez con el fuerte olor de la crema y el glaseado de sabores del gran pastel de muchos pisos que diferentes personas estaban decorando en la mesa más cercana a la puerta. «¡Esencia de rosas! —pensó Charmain mientras inhalaba aquellos aromas—. ¡Limón, fresa, almendras del sur de Ingary, cerezas y melocotones!».

El señor Baker iba de trabajador en trabajador dando instrucciones, animando e inspeccionando las cosas al pasar.



—Jake, tienes que dejarte la espalda amasando eso —le oyó decir Charmain al acercarse. Y un momento después—: Delicadeza con esa empanada, Nancy. No la aporrees o se quedará como una piedra.

Un momento después, iba camino de los hornos del otro extremo a decirle a un joven cuál de ellos utilizar. Y allí donde iba, recibía atención y obediencia inmediatas.

Charmain sabía que su padre era el rey en su taller —«más que el propio Rey en la mansión real», pensó—, el sombrero blanco que llevaba era como su corona. «Le queda bien», pensó Charmain. Tenía el rostro delgado y era pelirrojo, como ella, aunque mucho más pecoso.

Le alcanzó al lado de los fogones, donde estaba probando un relleno de carne y diciéndole a la chica que lo estaba haciendo que tenía demasiadas especies.

—¡Pero está bueno! —protestó la chica.

—Puede —dijo el señor Baker—, pero hay un mundo de diferencia entre algo bueno y algo perfecto, Lorna. Deja esto y ayúdalos con el pastel o se pasarán toda la noche. Ya me encargo yo de arreglar este relleno.

Apartó la olla del fuego mientras Lorna se apresuraba a irse con cara de alivio. Él se dio la vuelta y vio a Charmain.

—¡Hola, cielo! ¡No te esperaba! —le asaltó una pequeña duda—. ¿Te ha mandado tu madre?

—No —dijo Charmain—. He venido yo sola. Estoy cuidando de la casa del tío abuelo William. ¿Te acuerdas?

—Ah, es verdad —dijo su padre—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Eh... —Charmain dudó. Era muy difícil decir aquello ahora que había recordado lo experto que era su padre.

Él dijo: «Un momento»; se dio la vuelta y empezó a buscar en las filas de botes de hierbas y especies de la estantería al lado de los fogones. Eligió una jarra, la destapó y echó sólo un chorrito de algo en la olla. Removió la mezcla, la probó y asintió.

—Ahora sí —dijo, y puso la olla a calentar. Después miró interrogativamente a Charmain.

—No sé cocinar, papá —confesó de golpe—, y la comida de la noche llega cruda a casa del tío abuelo William. Tú no tendrás instrucciones por escrito, ¿verdad? Para aprendices o algo parecido.

El señor Baker se sujetó la barbilla con su limpiísima mano, pensando.

—Siempre le he dicho a tu madre que necesitabas saber algo de esto —dijo él—. Sea respetable o no. A ver. La mayoría de lo que tengo es demasiado avanzado para ti. Pastelería y salsas de *gourmet* y cosas así. Hoy en día, yo espero que mis aprendices lleguen sabiendo ya las cosas básicas. Pero creo que a lo mejor aún tengo algunas



anotaciones sencillas de cuando empezaba. ¿Vamos a ver?

Él atravesó la cocina entre los ocupados cocineros amontonados hasta la pared del fondo. Allí había unas cuantas estanterías desordenadas y llenas de libretas, papeles con manchas de mermelada y grandes archivadores con marcas de dedos manchados de harina.

—Espera —dijo el señor Baker parándose al lado de la mesa de las sobras junto a aquellas estanterías—. Será mejor que te dé algo de comida para ir tirando mientras tú lees, ¿no?

Charmain conocía bien aquella mesa. A Waif le hubiera encantado. Sobre ella estaban todas las cosas que no habían salido perfectas del horno: tartaletas rotas, bollos asimétricos y empanadas cuarteadas junto con las cosas de la tienda que no se habían vendido durante el día. Los empleados de la panadería podían llevárselas a casa si querían. El señor Baker cogió una de las bolsas de saco que usaban los trabajadores y empezó a llenarla con rapidez. Al fondo fue un pastel de crema entero seguido de una capa de empanadas; después, bollos, rosquillas y, finalmente, un gran flan de queso. Dejó la abultada bolsa sobre la mesa mientras buscaba en las estanterías.

—¡Aquí está! —dijo sacando una libreta marrón flexible, oscurecida de grasa—. ¡Sabía que la tenía! Esto es de cuando empecé en un restaurante de la plaza del Mercado. Era tan ignorante como lo eres tú ahora, de modo que debería ser lo que necesitas. ¿Quieres también los hechizos que van con las recetas?

—¡Hechizos! —exclamó Charmain—. ¡Pero papá...!

La expresión del señor Baker era la más culpable que Charmain le había visto jamás. Por un momento, todas sus pecas enrojecieron.

—Lo sé, lo sé, Charmain. A tu madre le daría un ataque. Insiste en que la magia es algo vulgar y vergonzoso. Pero yo he utilizado la magia desde que nací y no puedo evitarlo, al menos cuando cocino. Aquí, en la panadería, usamos magia todo el tiempo. Sé buena y no se lo digas a tu madre, por favor —sacó una libreta amarilla y delgada de la estantería y la hojeó con energía—. Aquí, en esta están todos los hechizos sencillos que funcionan. ¿La quieres?

—¡Sí, por favor! —contestó Charmain—. Y claro que no le diré una palabra a madre. La conozco tan bien como tú.

—¡Buena chica! —dijo el señor Baker, deslizó ambas libretas en la bolsa al lado del flan de queso y se la dio a Charmain. Ambos rieron como si estuviesen conspirando—. ¡Que aproveche! —le deseó el señor Baker—. ¡Suerte!

—Igualmente —dijo Charmain—. ¡Y gracias, papá!

Le abrazó, le dio un beso en su pecosa mejilla llena de harina, justo debajo del gorro de cocinero, y emprendió el camino de salida de la panadería.



—¡Qué suerte tienes! —suspiró Lorna cuando Charmain estaba abriendo la puerta—. Ya le había echado el ojo al pastel de crema que te ha dado.

—Había dos —repuso Charmain por encima de su hombro mientras entraba en la tienda.

Allí, para su sorpresa, se encontró a Timmy sentado sobre el mostrador de vidrio y mármol con Waif en brazos. Él se puso a explicarse a la defensiva.

—Se ha enfadado mucho cuando te has ido y no dejaba de aullar.

«¡Después de todo, puede que no seamos enemigos hasta la muerte!», pensó Charmain mientras Waif dejaba de un salto los brazos de Timmy soltando un grito de alegría. Se puso a bailar alrededor de los tobillos de Charmain y, en general, hizo tanto ruido que, evidentemente, Timmy no oyó a Charmain darle las gracias. Ella se aseguró de sonreír mucho y bajar la cabeza ante él mientras salía a la calle con Waif dando saltitos y aullidos a su alrededor.

La tienda y la panadería estaban en el extremo opuesto del río y la presa. Charmain podría haber ido por allí, pero era más corto coger High Street, y más teniendo en cuenta que Waif tendría que caminar porque Charmain tenía las manos ocupadas con la bolsa. Aunque High Street era una de las calles principales, no lo parecía en absoluto. Era estrecha, sinuosa y sin aceras, pero las tiendas que la flanqueaban eran de las mejores. Charmain caminaba lentamente, mirando los escaparates para dar tiempo a Waif de seguirla, esquivando a clientes tardones y a la gente que simplemente paseaba antes de la cena, y pensando. Sus pensamientos estaban divididos entre la satisfacción —Peter ya no tendría excusas para volver a hacer una comida horrible— y la fascinación. «¡Papá sabe hacer magia! Siempre ha sabido». Hasta aquel momento, Charmain se había sentido íntimamente muy culpable por haber experimentado con *El libro del palimpsesto*, pero se dio cuenta de que ese sentimiento había desaparecido. «¡Creo que he heredado los poderes de papá! ¡Genial! ¡Ahora sé que puedo hacer hechizos! Pero ¿por qué papá siempre hace lo que dice madre? Me insiste tanto como madre en que sea respetable. De verdad... ¡padres!». Charmain se dio cuenta de que, en conjunto, todo aquello la ponía de muy buen humor.

En ese momento se oyó un terrible estruendo de cascos de caballo detrás de ella, mezclado con otros ruidos y gritos de «¡Abran paso, abran paso!».

Charmain miró a su alrededor y vio un grupo de jinetes vestidos con algún tipo de uniforme que llenaba la calle y se acercaba tan rápido que ya casi estaba encima de ella. Los peatones se arrimaban contra los escaparates y las fachadas a ambos lados de la calle. Charmain dio una vuelta sobre sí misma buscando a Waif. Se metió en el portal de alguien y se medio agachó sobre la bolsa de comida, pero tenía a Waif y consiguió no soltar la bolsa. Con Waif y la bolsa ocupándole ambas manos, se apoyó en la pared más cercana mientras las patas de los caballos y los pies de los hombres metidos en los estribos pasaban ante sus narices. A estos los seguía otra fila de



brillantes caballos negros al galope, con largos arreos de cuero y a los que golpeaba una fusta sobre el lomo. Tras ellos iba una carroza relampagueante, que brillaba por el oro, el cristal y sus escudos pintados; dos hombres con sombreros de plumas iban de pie en los estribos traseros. Esta iba seguida por aún más hombres uniformados sobre caballos, galopando a toda velocidad.

Tardaron muy poco en pasar de largo, bajar la calle y girar en la siguiente esquina. Waif lloriqueaba. Charmain se apoyó en la pared.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le preguntó a la persona arrimada a la pared justo a su lado.

—Eso —dijo la mujer— es el príncipe heredero Ludovic, que va a visitar al Rey, supongo.

Era una mujer rubia con expresión ligeramente guerrera que a Charmain le recordaba un poco a Sophie Pendragon. Abrazaba a un niño pequeño que podría haberle recordado a Morgan si no fuera porque no hacía ruido. Estaba pálida del susto, más o menos como se sentía Charmain.

—¡Debería saber que no hay que ir tan rápido por una calle tan estrecha! —dijo Charmain enfadada—. ¡Podría haberle hecho daño a alguien! —miró dentro de su bolsa y vio que el flan se había partido en dos y chafado, lo que hizo que se enfadara aún más—. ¿Por qué no ha ido por la presa, que es más ancha? —protestó—. ¿Es que le da igual?

—Pues sí.

—¡Pues entonces temo el día en que se convierta en rey! —dijo Charmain—. ¡Va a ser temible!

La mujer le dedicó una mirada rara, cargada de sentido.

—No te he oído decir eso.

—¿Por qué? —preguntó Charmain.

—Ludovic no soporta las críticas —dijo la mujer—. Tiene lubbockins que hacen realidad sus deseos. Sí, sí, has oído bien, niña, ¡lubbockins! Esperemos que yo haya sido la única que te ha oído —cogió al niño en brazos y se fue.

Charmain iba pensando en *eso* mientras atravesaba la ciudad con Waif bajo un brazo y la bolsa colgando del otro. Empezó a desear que su rey, Adolphus X, viviera mucho tiempo. «O me veré obligada a iniciar una revolución —pensó—. ¡Madre mía, qué largo se me está haciendo hoy el camino hasta casa del tío abuelo William!».

Sin embargo, acabó llegando y se sintió agradecida al dejar a Waif en el camino del jardín. Dentro, Peter estaba en la cocina, sentado sobre una de las diez bolsas de ropa sucia, mirando con tristeza el gran trozo de carne roja sobre la mesa. A su lado había tres cebollas y dos zanahorias.

—No sé cocinar esto —dijo.



—No hay necesidad —dijo Charmain dejando la bolsa sobre la mesa—. Esta tarde he ido a ver a mi padre. Y mira —añadió sacando las dos libretas de la bolsa— esto son recetas y los hechizos que las acompañan.

Ambas libretas se habían llevado la peor parte del flan. Charmain las limpió con su falda y se las dio.

La cara de Peter se iluminó y saltó de la bolsa de ropa sucia.

—¡Eso sí que es útil! —dijo—. Y la bolsa de comida es aún mejor.

Charmain sacó el flan roto y chafado, las empanadas hechas migas y los bollos aplastados. La tarta de crema del fondo tenía un agujero con forma de rodilla y había manchado parte de las pastas. Eso hizo que se volviera enfadar con el príncipe Ludovic. Se lo contó todo a Peter mientras intentaba arreglar las pastas.

—Sí, mi madre dice que apunta maneras de gran tirano —le contó Peter un poco ausente mientras hojeaba las libretas—. Dice que por eso dejó el país. ¿Cuándo se hacen los hechizos? ¿Mientras se cocina? ¿Antes? ¿Después? ¿Tú lo sabes?

—Papá no me lo ha dicho. Tendrás que averiguarlo por ti mismo —dijo Charmain, y se dirigió al estudio del tío abuelo William a buscar algo para leer. *La varita de doce puntas* era interesante, pero la dejaba como si su mente se hubiera hecho pedazos. De cada punta de la varita surgían doce ramas, y doce más de cada una. «Si sigue así, yo misma me convertiré en un árbol», pensó Charmain mientras rebuscaba en las estanterías.

Eligió un libro titulado *El viaje del mago*; esperaba que fuese de aventuras. Y lo era, a su manera, pero enseguida se dio cuenta de que era un relato pormenorizado de cómo adquiriría un mago sus habilidades.

Eso hizo que volviera a pensar en que su padre sabía usar la magia. «Y sé que yo lo he heredado —pensó—. He aprendido a volar y he arreglado las tuberías del baño en poco tiempo. Pero debería aprender a hacerlo con tranquilidad y suavidad en vez de gritando y amenazando a las cosas».

Seguía pensando en eso cuando Peter la llamó a cenar.

—He usado los hechizos —anunció. Estaba muy orgulloso de sí mismo.

Había calentado las empanadas y había hecho una salsa muy apetitosa con las zanahorias y la cebolla.

—Y eso que estaba muy cansado de explorar todo el día —añadió.

—¿En busca de oro? —preguntó Charmain.

—Es lo normal —dijo Peter—. Sabemos que está en algún lugar de la casa. Pero, en su lugar, he encontrado el hogar de los kobolds. Es como una enorme cueva, y allí estaban todos haciendo cosas. La mayoría, relojes de cuco, pero otros hacían también teteras y otros estaban haciendo una especie de sofá cerca de la entrada. No les he dicho nada, no estaba seguro de si estaban en el pasado o en el momento actual, así



que me he limitado a sonreír y a mirar. No quería volver a enfadarlos. ¿Tú que has hecho hoy?

—¡Dios mío! —dijo Charmain—. Vaya día. Ha empezado con Twinkle en el tejado. ¡Vaya susto! —y le contó todo lo demás.

Peter frunció el ceño.

—Este tal Twinkle —dijo— y la tal Sophie, ¿estás segura de que no intentan nada siniestro? El mago Norland dijo que los demonios de fuego eran seres peligrosos, ¿recuerdas?

—Lo he pensado —admitió Charmain—. Pero creo que son buenos. Parece que la princesa Hilda los ha llamado para que la ayuden. Ojalá supiera cómo encontrar lo que el Rey está buscando. ¡Se emocionó tanto cuando encontré aquel árbol genealógico! ¿Sabías que el príncipe Ludovic tiene ocho primos segundos, la mayoría llamados Hans e Isolla, y que casi todos han tenido muertes escabrosas?

—Porque todos eran malos —dijo Peter—. Dice mi madre que Hans el Cruel fue envenenado por Isolla la Asesina, y que ella murió a manos de Hans el Borracho cuando él estaba bebido. Y ese Hans se cayó por las escaleras y se partió el cuello. Su hermana Isolla fue colgada en Strangia por intentar matar al lord con el que estaba casada allí. ¿Cuántos llevo?

—Cinco —respondió Charmain fascinada—. Te faltan tres.

—Son dos Matildas y otro Hans —dijo Peter—. Hans Nicholas, ese es el que falta, y no sé cómo murió, pero sí sé que estaba en el extranjero cuando pasó. Una de las Matildas murió calcinada cuando su casa de campo se prendió fuego y dicen que la otra es una bruja tan peligrosa que el príncipe Ludovic la tiene encerrada en lo más alto de Castel Joie. Nadie se atreve a acercarse allí, ni siquiera el príncipe Ludovic. Mata a la gente sólo con mirarla. ¿Está bien si le doy este trozo de carne a Waif?

—Supongo —dijo Charmain—. Si no se atraganta... ¿Cómo sabes tanto de los primos? Yo nunca había oído hablar de ellos hasta hoy.

—Porque soy de Montalbino —explicó Peter—. Todos los de mi colegio lo saben todo sobre los nueve primos malvados de High Norland. Pero supongo que en este país ni el Rey ni el príncipe Ludovic quieren profundizar sobre la maldad de sus familiares. También dicen que el príncipe Ludovic es igual de malo que el resto.

—¡Qué gran país!, ¿eh? —exclamó Charmain. Le dolía pensar que su propio país hubiera visto nacer a nueve personas tan repugnantes. Y parecía que al Rey también le dolía.



Capítulo 12

Que trata de la colada y de los huevos de lubbock

Al día siguiente, Charmain se despertó pronto porque Waif le metió su pequeña y fría nariz en la oreja, seguramente pensando que debían ir a la mansión real como siempre.

—¡No, no tengo que ir! —protestó Charmain enfadada—. Hoy el Rey tiene que atender al príncipe Ludovic. Vete, Waif, o me convertiré en Isolla y te envenenaré. O en Matilda y te haré magia mala. ¡Que te vayas!

Waif se fue arrastrando las patas con tristeza, pero para entonces Charmain ya estaba despierta. Al cabo de poco, se levantó, suavizando su enfado y prometiéndose a sí misma que pasaría el día ganduleando y leyendo *El viaje del mago*.

Peter también estaba en pie, pero tenía otras ideas.

—Hoy deberíamos lavar algo de ropa —sugirió—. ¿Te has fijado en que hay diez bolsas aquí y otras diez en la habitación del mago Norland? Y creo que hay otras diez en la despensa.

Charmain lanzó una mirada de odio a las bolsas. No podía negar que casi llenaban la cocina.

—No nos preocupemos —dijo—. Lo harán los kobolds.

—No, no lo harán —la contradijo Peter—. Mi madre siempre dice que, si no lavas la ropa sucia, se multiplica.

—Nosotros tenemos lavandera —musitó Charmain—. No sé lavar.

—Yo te enseñaré —dijo Peter—. Deja de escudarte en tu ignorancia.

Mientras se preguntaba enfadada cómo se las arreglaba siempre Peter para ponerla a trabajar, Charmain se encontró bombeando con fuerza en la bomba del patio, llenando cubos de agua para que Peter los llevase al lavadero y los vaciase en el gran hervidor de cobre. Después de unos diez cubos, Peter volvió diciendo:

—Tengo que encender fuego bajo la olla, pero no encuentro el combustible. ¿Dónde crees que lo guarda?



Charmain se apartó el pelo húmedo de la cara con su mano exhausta.

—Debe de funcionar igual que el fuego de la cocina —dijo—. Voy a ver.

Se dirigió al cobertizo pensando: «Y si no funciona, dejaremos de intentarlo. Bien».

—Sólo necesitamos algo que prenda —le informó a Peter.

Miró alrededor sin encontrar nada. Dentro del cobertizo sólo había una pila de barreños de madera y una caja de escamas de jabón. Charmain miró bajo la olla. Estaba ennegrecida por el fuego. Miró los barreños. Demasiado grandes. Miró el jabón y prefirió no arriesgarse a otra tormenta de burbujas. Salió afuera y rompió una rama del árbol moribundo. La dejó sobre las brasas antiguas, golpeó el lateral de la olla y dijo: «¡Fuego!». Y tuvo que apartarse de un salto cuando las llamas aparecieron de golpe debajo.

—Ahí lo tienes —le dijo a Peter.

—Bien —repuso Peter—. Volvamos a la bomba. Ahora tenemos que llenar la olla del todo.

—¿Por qué? —preguntó Charmain.

—Pues porque tenemos treinta bolsas para lavar —dijo Peter—. Tendremos que poner agua caliente en algunos barreños para lavar la seda y la lana aparte. Y después vamos a necesitar agua para aclarar. Cubos y cubos de agua.

—¡No me lo puedo creer! —le susurró Charmain a Waif, que paseaba por allí curioseando. Ella suspiró y siguió bombeando.

Mientras, Peter cogió una silla de la cocina y se la llevó al cobertizo. Entonces, para indignación de Charmain, puso una fila de barreños y empezó a vaciar en ellos cubos de su agua obtenida con tanto esfuerzo.

—¡Pensaba que eran para la olla! —protestó.

Peter se subió a la silla y empezó a echar puñados de escamas de jabón en el agua, que echaba vapor y siseaba.

—Deja de discutir y sigue bombeando —dijo él—. Ya casi ha alcanzado la temperatura para la ropa blanca; con cuatro cubos más bastará y entonces podrás empezar a echar camisas y cosas dentro.

Se bajó de la silla y volvió a la casa. Cuando salió, cargaba con dos bolsas de colada que dejó apoyadas en el cobertizo mientras volvía por más. Charmain bombeaba y jadeaba; estaba enfadada, así que se subió a la silla y echó sus cuatro cubos llenos de agua sobre las nubes jabonosas que salían de la olla. Después, contenta por el hecho de hacer algo distinto, desató la cinta que mantenía cerrada la primera bolsa de ropa sucia. Dentro había calcetines y una capa de mago de color rojo, dos pares de pantalones y ropa interior y camisas al fondo, todo con olor a moho por culpa de la inundación del baño que causó Peter. Para extrañeza de Charmain, cuando desató la segunda bolsa se encontró con las mismas cosas dentro.



Todo idéntico.

—La colada de un mago tenía que ser rara por obligación —dijo Charmain. Agarró un buen puñado de ropa, se subió a la silla y la echó en la olla.

—No, no, no, ¡para! —gritó Peter justo cuando Charmain acababa de echar la segunda bolsa.

Él cruzó el césped corriendo y tirando de otras ocho bolsas atadas entre sí.

—¡Pero si has sido tú quien ha dicho que había que hacerlo! —protestó Charmain.

—Pero no antes de separar la ropa por colores, tonta —dijo Peter—. ¡Sólo se hierve la ropa blanca!

—No lo sabía —gruñó Charmain enfurruñada.

Se pasó el resto de la mañana separando la ropa en montones sobre el césped mientras Peter ponía camisas a hervir y echaba agua con jabón en barreños para poner en remojo capas, calcetines y veinte pares de pantalones de mago.

Pasado un rato, dijo:

—Creo que las camisas ya han hervido suficiente —y echó un barreño de agua fría—. Tú apaga el fuego mientras yo saco el agua caliente.

Charmain no tenía ni idea de cómo apagar un fuego mágico. Para probar, golpeó el lateral de la olla. Se quemó la mano; dijo: «¡Ay! Apágate, fuego!», con un grito, y el fuego, obedientemente, se apagó y desapareció. Ella se chupó los dedos y miró cómo Peter quitaba el tapón del fondo de la olla y dejaba salir por el desagüe un reguero de agua jabonosa de color rosa. Charmain miró el agua que caía.

—No sabía que el jabón era rosa —dijo.

—Y no lo es —murmuró Peter—. ¡Oh, cielos! ¡Mira lo que has hecho!

Se subió en la silla y empezó a sacar camisas humeantes con el palo en forma de tenedor a tal efecto. Todas ellas, al entrar en el agua fría, resultaban ser de un brillante color rosa fresa. Después de las camisas, sacó quince diminutos y arrugados calcetines, que hubieran resultado pequeños incluso para Morgan, y dos pares de pantalones de mago tamaño bebé. Finalmente, sacó una capa roja muy pequeña y la sostuvo acusatoriamente, chorreando y humeando, ante Charmain.

—¡Esto es lo que has hecho! —la increpó—. Nunca hay que poner ropa de lana roja con las camisas blancas. Destiñe. Y, además, ha encogido tanto que no le serviría ni a un kobold. ¡Eres muy, muy tonta!

—¿Cómo iba yo a saberlo? —preguntó Charmain con vehemencia—. ¡Siempre he vivido entre algodones! Madre nunca me deja acercarme al lavadero.

—Porque no es respetable. Ya lo sé —dijo Peter disgustado—. Supongo que crees que debería compadecerte. Pues no. Ni siquiera voy a dejar que te acerques a la planchadora de rodillos. Sólo Dios sabe qué serías capaz de hacer mientras yo



plancha. Ve a buscar la cuerda de tender y las pinzas de la ropa a la despensa y tiéndelo todo. ¿Puedo confiar en que no te ahorcarás o algo por el estilo mientras lo haces?

—No soy tonta —replicó Charmain con arrogancia.

Más o menos una hora después, cuando Peter y Charmain, ambos empapados de vapor, estaban muy serios comiendo las sobras de la empanada del día anterior en la cocina, Charmain no pudo evitar pensar que sus esfuerzos tendiendo habían tenido más éxito que los de Peter con la planchadora y los hechizos de blanquear. La cuerda de tender iba y volvía diez veces de lado a lado del patio, pero se aguantaba. Las camisas que colgaban de ella con las pinzas no eran blancas. Algunas eran completamente rojas, otras tenían aguas de color rosa y otras eran de un tono azul pálido. La mayoría de las capas tenía rayas blancas en algún punto. Los calcetines y los pantalones eran todos de color crema. Charmain pensó que era muy delicado por su parte no haberle dicho a Peter que el elfo que había estado sacando la cabeza y escondiéndose por entre el zigzag de colada la había contemplado con contrariada sorpresa.

—¡Ahí fuera hay un elfo! —exclamó Peter con la boca llena.

Charmain tragó el resto de su empanada y abrió la puerta trasera para ver qué quería el elfo.

El elfo bajó su rubia cabeza para pasar por el marco de la puerta y se puso a observar desde el centro de la cocina, donde dejó la caja de cristal que llevaba en la mano sobre la mesa. Dentro de la caja había tres cosas blancas esféricas del tamaño de pelotas de tenis. Peter y Charmain las observaron y después miraron al elfo, que estaba simplemente allí, sin hablar.

—¿Qué son? —preguntó Peter después de un rato.

El elfo inclinó un poco la cabeza.

—Eso —dijo— son los tres huevos de lubbock que hemos extraído del mago William Norland. Ha sido una operación muy complicada, pero la hemos llevado a cabo con éxito.

—¡Huevos de lubbock! —exclamaron Charmain y Peter casi al mismo tiempo. Charmain sintió palidecer su rostro y empezó a desear no haberse comido aquella empanada. Todas las pecas marrones de Peter empezaron a destacar sobre su rostro blanco. Waif, que había estado lloriqueando pidiendo comida bajo la mesa, empezó a aullar histéricamente.

—¿Por... Por qué ha traído los huevos aquí? —consiguió preguntar Charmain,

El elfo respondió tranquilamente:

—Porque no hemos podido destruirlos. Han resistido todos nuestros intentos, mágicos y físicos. Hemos llegado a la conclusión de que el único que puede



destruirlos es un demonio de fuego. El mago Norland nos ha informado de que usted, señorita Charming, actualmente conoce a uno.

—¿El mago Norland está vivo? ¿Habla con usted? —inquirió Peter ansioso.

—Efectivamente —confirmó el elfo—. Se está recuperando bien y dentro de tres o cuatro días, como mucho, podrá volver.

—¡Oh, estoy tan contenta! —dijo Charmain—. ¿Así que eran los huevos de lubbock los que le habían hecho enfermar?

—Así es —contestó el elfo—. Parece ser que el mago se topó con un lubbock hace unos meses mientras paseaba por un prado en la montaña. El hecho de que sea un mago ha provocado que los huevos absorbiesen su magia y eso los ha convertido en casi imposibles de destruir. Os aviso que no intentéis tocar los huevos ni abrir la caja que los contiene. Son extremadamente peligrosos. Se os recomienda que obtengáis la ayuda del demonio de fuego lo antes posible.

Mientras Peter y Charmain tragaban saliva y miraban fijamente los tres huevos blancos de dentro de la caja, el elfo volvió a inclinar levemente la cabeza y salió por la puerta interior. Peter recuperó la compostura y salió corriendo tras él, gritando que quería más datos. Pero cuando llegó al salón, la puerta principal se acababa de cerrar de golpe. Cuando, seguido por Charmain, a la que seguía Waif, salió corriendo al jardín, ya no había rastro del elfo. Charmain vio a Rollo espiando con tristeza por entre los tallos de una hortensia, pero el elfo había desaparecido.

Ella cogió a Waif y se lo dio a Peter.

—Peter —dijo—, haz que Waif se quede aquí. Voy a buscar a Calcifer ahora mismo —y salió corriendo por el camino del jardín.

—¡Date prisa! —le gritó Peter—. ¡Date mucha prisa!

Charmain no necesitaba que Peter se lo dijera. Estaba corriendo seguida por los desesperados aullidos de Waif, y siguió corriendo hasta rodear el gran acantilado, cuando pudo ver la ciudad ante ella. Allí tuvo que reducir el ritmo a un caminar apresurado y agarrarse el costado a causa del flato, pero siguió yendo lo más rápido que pudo. Pensaba en aquellos huevos esféricos sobre la mesa de la cocina y volvía a correr en cuanto recuperaba el aliento. ¿Y si los huevos se rompían antes de que llegase Calcifer? ¿Y si Peter hacía alguna estupidez, como, por ejemplo, intentar lanzarles un hechizo? ¿Y si...? Intentó dejar de pensar en todas las terribles posibilidades y se dijo a sí misma: «¡Qué tonta soy! ¡Le podría haber preguntado al elfo qué era el regalo élfico! Pero se me olvidó por completo. Me tendría que haber acordado. ¡Soy tonta!». Pero su corazón estaba en otras cosas. Lo único que imaginaba era a Peter murmurando hechizos sobre la caja de cristal. Era muy propio de él intentarlo.

Empezó a llover cuando entró en la ciudad. Charmain estaba agradecida. Eso distraería a Peter de los huevos de lubbock. Tendría que salir afuera corriendo y



meter dentro toda la colada antes de que volviera a empaparse. ¡Eso si no había hecho ya una estupidez!

Llegó calada a la mansión real y casi sin aliento. Una vez allí, golpeó la aldaba y tocó la campana aún más nerviosa que cuando Twinkle se había subido al tejado. Parecía que había pasado un siglo. Sim abrió la puerta.

—Oh, Sim —cogió aire—. ¡Necesito ver a Calcifer enseguida! ¿Puedes decirme dónde está?

—Por supuesto, señorita —respondió Sim sin inmutarse ante el hecho de que el pelo y la ropa de Charmain chorreasen—. Ahora mismo Calcifer está en la gran sala. Permítame acompañarla.

Cerró la puerta y empezó a caminar con Charmain chorreando tras él por el largo pasillo, pasada la escalera de piedra, hasta una gran puerta en algún lugar cerca de la parte trasera de la mansión, donde Charmain no había estado nunca.

—Ahí dentro, señorita —dijo él abriendo la grande, pero desgastada puerta.

Charmain entró y se encontró rodeada de un fuerte rumor de voces y en mitad de una multitud de personas muy arregladas que parecían gritarse entre sí mientras caminaban y comían pastel en elegantes platos. El pastel fue lo primero que reconoció. Se elevaba con magnificencia en una mesa especial en el centro de la habitación. Aunque ya sólo quedaba la mitad, era sin duda el mismo pastel en el que los cocineros de su padre habían estado trabajando la tarde anterior. Fue como ver a un viejo amigo entre todos aquellos desconocidos de punta en blanco. El hombre más cercano, que iba vestido de terciopelo azul oscuro con encaje azul marino, se dio la vuelta y se quedó mirando con indignación a Charmain y después intercambió una mirada de disgusto con la mujer que estaba a su lado. La mujer no llevaba exactamente un vestido de fiesta —«¡nunca a la hora del té!», pensó Charmain—, pero vestía con sedas y satenes que hubiesen dejado a tía Sempronía a la altura del betún si hubiese estado allí. Tía Sempronía no estaba, pero Lord Mayor sí, y también su mujer, al igual que el resto de las personas más importantes de la ciudad.

—Sim —dijo el hombre de azul—, ¿quién es esta pequeña plebeya?

—La señorita Charming —respondió Sim—; es la nueva ayudante de Su Majestad, alteza —se volvió hacia Charmain—. Permítame presentarle a su alteza, el príncipe heredero Ludovic, señora —dio un paso atrás y cerró la puerta con él fuera.

Charmain pensó que el suelo le haría un favor si se abriese bajo sus pies húmedos y la arrastrase a las bodegas. Se había olvidado completamente de la visita del príncipe heredero Ludovic. Era obvio que la princesa Hilda había invitado a todos los notables de High Norland a conocer al príncipe. Y ella, la sencilla Charmain Baker, había reventado la celebración del té.

—Encantada de conocerle, alteza —intentó decir. Pero lo que le salió fue un murmullo aterrorizado.



Seguramente el príncipe Ludovic no la oyó. Se echó a reír y dijo:

—¿Charming es el apodo que el Rey utiliza cuando se dirige a ti, niña? —señaló con el tenedor del pastel a la señora que no llevaba un vestido de noche—. Yo llamo Lady Despilfarro a mi ayudante. Me cuesta una fortuna, ya sabes.

Charmain abrió la boca para explicar cómo se llamaba en realidad, pero la señora que no llevaba un vestido de noche se le adelantó:

—¡No me llames así! —dijo enfadada—. ¡Bicho asqueroso!

El príncipe Ludovic se echó a reír y dio media vuelta para hablar con el hombre gris que se acercaba con su traje gris de seda. Charmain se hubiera ido discretamente en busca de Calcifer si no hubiese sido porque, al darse el príncipe media vuelta, la luz del gran candelabro que colgaba del techo le iluminó media cara. El ojo que quedaba de su lado soltó un destello violeta.

Charmain quedó paralizada como una estatua por el terror. El príncipe Ludovic era un lubbockin. Por un momento, no pudo moverse; sabía que estaba manifestando su horror, sabía que la gente vería lo horrorizada que estaba y se preguntaría porqué. El hombre gris ya estaba mirándola con la curiosidad brillando en sus ojos de color malva. ¡Oh, cielos! Él también era un lubbockin. Eso era lo que le había extrañado al verlo por primera vez cerca de la cocina.

Por suerte, Lord Mayor se apartó de la mesa del pastel justo en ese momento para inclinarse profundamente ante el Rey y provocó que Charmain viese un caballo balancín durante un segundo; no, había muchos caballos balancín. Aquello distrajo a Charmain de su miedo. Por alguna razón, había caballos balancín alineados alrededor de toda la habitación, junto a las paredes. Twinkle estaba sobre el más cercano a la gran chimenea de mármol mirándola intensamente. Charmain entendió que él sabía que se había asustado por algo y quería saber el motivo.

Ella empezó a dirigirse hacia allí y vio a Morgan sentado en el borde de la chimenea jugando con una caja de construcciones de madera. Sophie estaba de pie a su lado. A pesar de que Sophie iba vestida de color azul pavo real y parecía estar en la fiesta, Charmain la vio por un momento como una gran leona con los dientes apretados protegiendo sus crías.

—Oh, hola Charming —le dijo, más o menos al oído, la princesa Hilda—. Dado que ya estás aquí, ¿quieres un trozo de pastel?

Charmain miró con tristeza el pastel e inspiró su magnífico aroma.

—No, gracias, señora —contestó—. Sólo he venido a traer un mensaje a la señora Pendragon, eso es.

¿Dónde estaba Calcifer?

—Bueno, ahí está, justo ahí detrás —dijo la princesa Hilda señalando—. Tengo que decir que los niños se están comportando divinamente por ahora. ¡Esperemos que



dure!

Se alejó para ofrecerles pastel a otras personas impecablemente vestidas. Por cómo crujía, su vestido no era tan bueno como el resto de los que había en la habitación. Se había descolorido hasta quedar blanco en algunas zonas y a Charmain le recordaba bastante a cómo había quedado la colada después del hechizo de blanquear de Peter. «¡Por favor, no permitas que Peter lance ningún hechizo contra esos huevos de lubbock!», iba rezando Charmain mientras se dirigía hacia Sophie.

—Hola —la saludó Sophie con una sonrisa bastante tensa. Tras ella, Twinkle se balanceaba en el caballo, crac, crac, crac, de forma bastante irritante. La niñera gorda estaba a su lado diciendo:

—Señorito Twinkle, le ruego que baje de ahí. Hace mucho ruido, señorito Twinkle. ¡Señorito Twinkle, no quiero tener que repetírselo! —una y otra vez, lo que era tal vez aún más irritante.

Sophie se agachó y le dio a Morgan una pieza roja. Morgan le dio la pieza a Charmain.

—*Sazul* —le dijo.

Charmain también se agachó.

—No, no es azul —dijo—. Vuelve a probar.

Sophie murmuró sin mover la boca:

—Me alegro de verte. Este príncipe me importa un rábano, ¿y a ti? Lo mismo que esa fresca mal vestida que está con él.

—¿*Leta*? —probó Morgan sosteniendo la pieza de nuevo.

—No te culpo —susurró Charmain a Sophie—. No, no es violeta, es rojo. Pero el príncipe sí es violeta, al menos sus ojos. Es un lubbockin.

—¿Un qué? —dijo Sophie confundida.

—¿*Dojo*? —preguntó Morgan mirando la pieza incrédulo. Crac, crac, seguía haciendo el caballo.

—Sí, rojo —confirmó Charmain—. No puedo explicártelo aquí. Dime dónde está Calcifer, se lo explicaré a él y él puede contártelo a ti. Lo necesito urgentemente.

—Aquí estoy —dijo Calcifer—. ¿Para qué me necesitas?

Charmain miró alrededor. Calcifer se estaba tostando sobre los troncos ardientes de la chimenea, mezclando sus llamas azules con las naranjas de la madera, con un aspecto tan tranquilo que Charmain no lo había visto hasta que hubo hablado.

—Oh, gracias a Dios —suspiró—. ¿Puedes venir conmigo ahora mismo a casa del mago Norland? Tenemos una urgencia que sólo puede solucionar un demonio de fuego. ¡Por favor!



Capítulo 13

En el que participa mucho Calcifer

Los ojos naranjas de Calcifer se posaron en Sophie.

—¿Me necesitas para que siga montando guardia aquí? —ríe preguntó—. ¿O podéis encargáros vosotros dos?

Sophie miró a la multitud bien vestida que charlaba.

—No creo que nadie intente nada ahora —dijo ella—. Pero vuelve enseguida. Tengo un mal presentimiento. No me fío ni un ápice del individuo de los ojos malva. Ni tampoco de ese asqueroso príncipe.

—De acuerdo, seré rápido —crujió Calcifer—. Levántate, joven Charming. Voy a sentarme en tus brazos.

Charmain se puso de pie esperando quemarse o, al menos, chamuscarse en cualquier momento. Morgan protestó por su partida agitando una pieza amarilla y elevando un grito de «¡Vede, vede, vede!».

—¡Chis! —dijeron Sophie y Twinkle al unísono, y la niñera gorda añadió:

—Señorito Morgan, no se grita, no al menos en presencia del Rey.

—Es amarillo —dijo Charmain mientras esperaba que los rostros que la contemplaban mirasen hacia otro lado. Había empezado a comprender que ninguno de los elegantes invitados había reparado en que Calcifer formaba parte del fuego y que Calcifer quería mantenerlos en su ignorancia.

En cuanto todos perdieron el interés y volvieron a su charla, Calcifer saltó del fuego y aterrizó un poco por encima de los nerviosos dedos de Charmain adquiriendo la apariencia exacta de un plato de tarta. De hecho, Charmain apenas lo notaba.

—Buena idea —dijo.

—Haz ver que me aguantas —respondió Calcifer— y sal de la habitación conmigo.

Charmain curvó sus dedos alrededor del falso plato y caminó hacia la puerta. Para



su alivio, el príncipe Ludovic se había movido de sitio, pero, en cambio, el Rey se le estaba acercando. La saludó con un movimiento de cabeza y sonrió.

—Has cogido pastel, veo —dijo—. Está bueno, ¿verdad? Me pregunto porque tenemos tantos caballos balancín. Tú no lo sabrás, ¿verdad?

Charmain negó con la cabeza y el Rey dio media vuelta sonriendo.

—¿Por qué tenemos todos esos caballos de madera? —preguntó Charmain.

—Como protección —dijo el plato de pastel—. Abre la puerta y salgamos de aquí.

Charmain despegó una mano del falso plato, abrió la puerta y se deslizó en el húmedo y reverberante pasillo.

—Pero ¿a quién protegen? Y ¿de qué? —preguntó cerrando la puerta tan silenciosamente como pudo.

—A Morgan —dijo el plato de pastel—. Sophie ha recibido una carta anónima esta mañana. Decía: «Abandona tu investigación y vete de High Norland o tu hijo sufrirá las consecuencias». Pero no podemos abandonar porque Sophie le prometió a la princesa que nos quedaríamos hasta averiguar dónde ha ido a parar todo el dinero. Mañana haremos ver que...

Calcifer fue interrumpido por unos ladridos agudos. Waif apareció orgullosa por la esquina y se lanzó a frotarse con alegría en los tobillos de Charmain. Calcifer saltó y empezó a flotar con su apariencia verdadera, una valiente gota azul sosteniéndose sobre el hombro de Charmain. Esta cogió a Waif en brazos.

—¿Cómo...? —empezó a decir intentado mantener su cara lejos de la lengua de Waif. Entonces se dio cuenta de que el animal no estaba mojado en absoluto—. Calcifer, ¿debe de haber cogido el atajo de la casa! ¿Puedes llevarme a la sala de reuniones? Yo te puedo guiar desde allí.

—Fácil —Calcifer arrancó como un cometa azul, tan rápido que a Charmain le costó seguirlo. Giró en diversas esquinas y pasó por el pasillo donde se olía la cocina. En nada, Charmain estaba de pie con la espalda apoyada en la puerta de la sala de reuniones con Waif en brazos y Calcifer flotando sobre su hombro intentando recordar qué había que hacer desde allí. Calcifer dijo—: Es así —y desapareció zigzagueando ante sus ojos. Charmain le siguió lo mejor que pudo y se encontró en el pasillo de las habitaciones. La luz del sol entraba por la ventana trasera del estudio del tío abuelo William. Peter apareció a toda prisa, con el rostro pálido y expresión de urgencia.

—Waif, perra buena —dijo—. La he mandado a buscaros. ¡Venid a ver esto!

El dio media vuelta y echó a correr a la otra punta del pasillo señalando, con mano bastante temblorosa, fuera de la ventana.

En el prado se veía cómo se alejaban grandes nubes grises que se deshacían y que eran, obviamente, las que estaban provocando la lluvia en la ciudad. Un arco iris,



brillante en contraste con las nubes, cruzaba las montañas sobre el prado, donde se perdía pálido y neblinoso. La hierba húmeda soltaba destellos bajo el sol y Charmain estaba tan ensimismada que, por un momento, no vio lo que Peter estaba señalando.

—Eso es el lubbock —musitó Peter con voz ronca—. ¿Verdad?

Allí estaba el lubbock elevándose enorme y violeta en mitad de la hierba. Se inclinaba ligeramente para escuchar a un kobold que iba arriba y abajo señalando el arco iris y gritando al lubbock.

—Sí, es el lubbock —dijo Charmain temblando—. Y ese es Rollo.

Mientras lo decía, el lubbock se echó a reír y volvió su conjunto de ojos de insecto hacia el arco iris. Caminó hacia atrás con cuidado hasta que el nuboso arco iris pareció quedar justo bajo sus patas de insecto. Allí se agachó y sacó un pequeño recipiente de barro de la tierra. Rollo bailaba a su alrededor.

—¡Eso debe de ser la olla de oro que hay al final del arco iris! —dijo Peter no del todo convencido.

Vieron cómo el lubbock le tendía el recipiente a Rollo, quien lo abrazó. Era evidente que pesaba mucho. Rollo dejó de bailar y empezó a tambalearse con la cabeza inclinada hacia atrás con expresión de feliz avaricia. Dio media vuelta y se alejó dando tumbos. No vio cómo el lubbock extendía maliciosamente sus largas probóscides violetas. Tampoco pareció darse cuenta cuando estas se clavaron en su espalda. Sólo desapareció en la hierba del prado sin dejar de abrazar el recipiente y reír. El lubbock también reía, de pie en mitad del prado agitando sus brazos de insecto.

—Acaba de poner sus huevos en Rollo —susurró Charmain—, ¡y él ni siquiera se ha dado cuenta!

Le entraron náuseas. A ella había estado a punto de ocurrirle lo mismo. Peter se había puesto verde y Waif temblaba.

—Ya sé —dijo ella—, supongo que el lubbock le prometió a Rollo una olla de oro por crear problemas entre los kobolds y el tío abuelo William.

—Estoy seguro —asintió Peter—. Antes de que llegaseis he oído a Rollo gritar que le tenía que pagar.

«Ha abierto la ventana para poder escuchar —pensó Charmain—. ¡Será tonto!».

—Voy a tener que declararle la guerra —dijo Calcifer, que había encogido y palidecido bastante. Y añadió con un siseo ligeramente tembloroso—: Si no me enfrento a ese lubbock, no merezco la vida que Sophie me dio. Un momento.

Dejó de hablar y se quedó colgando en el aire, largo y fino con sus ojos naranjas cerrados.

—¿Eres el demonio de fuego? —preguntó Peter—. Nunca había visto u...



—Silencio —ordenó Calcifer—. Me estoy concentrando. Esto tiene que salir bien.

Se oía un ligero rumor. Entonces, por encima de sus cabezas y desde el otro lado de la ventana, llegó lo que al principio le pareció a Charmain una nube de tormenta. Dejaba una larga y oscura sombra con siluetas de torres en la pradera que, enseguida, alcanzó al feliz lubbock. Este miró alrededor cuando la sombra cayó sobre él y se quedó paralizado durante un instante. Entonces empezó a correr. En ese momento, la sombra con siluetas de torres iba ya seguida por lo que la provocaba, un alto castillo negro construido con enormes bloques de piedra oscura y torres en las cuatro esquinas. Las piedras que lo formaban temblaban y chirriaban al moverse. Perseguía al lubbock más deprisa de lo que este podía correr.

El lubbock cambió de sentido. El castillo lo siguió. El lubbock abrió sus pequeñas alas para ganar velocidad y avanzó con furiosas zancadas hasta las altas rocas al final del prado. En cuanto alcanzó las rocas, dio media vuelta y echó a correr en sentido contrario, hacia la ventana. Esperaba que el castillo se estrellase contra las rocas. Pero el castillo dio media vuelta sin problemas y siguió persiguiéndolo más deprisa que antes. Grandes nubes de humo negro salían de las torres del castillo y flotaban sobre el desdibujado arco iris. El lubbock volvió uno de sus muchos ojos sin dejar de correr y, entonces, bajó la cabeza y se tiró, agitando las antenas y las alas, por una curva que rodeaba el extremo del acantilado. Aunque en aquel momento sus alas eran manchas violáceas, no parecía que pudiese volar con ellas. Charmain entendió porque no había intentado seguirla cuando había saltado por el acantilado. No habría sido capaz de volver volando. En vez de volar, el lubbock seguía corriendo mientras intentaba que el castillo lo siguiese y cayera por el borde.

El castillo lo seguía. Echaba humo y chirriaba a la vez que se desplazaba a lo largo del acantilado, y parecía perfectamente equilibrado, a pesar de que la mitad de él colgaba por el borde de este. El lubbock dejó escapar un grito desesperado, volvió a cambiar de dirección y salió corriendo hacia el centro del prado. Allí hizo su último truco y se encogió. Se convirtió en un pequeño insecto de color violeta y se escondió entre la hierba y las flores.

El castillo alcanzó el lugar en un segundo. Tembló para llegar sobre el punto en que el lubbock había desaparecido y flotó hasta allí.

De su base plana empezaron a salir llamas, primero amarillas, después naranjas, después de un rojo rabioso y, finalmente, de un color blanco cálido que brillaba demasiado como para mirarlo. Las llamas y un fino humo subieron por los lados del castillo y se unieron al humo negro que salía por las torres. El prado se llenó de una niebla negra y caliente. Durante lo que parecieron horas, pero seguramente no fueron más que minutos, el castillo se convirtió en una débil silueta que flotaba sobre un humo brillante, como el sol cuando aparece entre las nubes. El rugido de las llamas se oía incluso a través de la ventana mágica.

—Bien —dijo Calcifer—. Creo que lo hemos hecho.



Se volvió hacia Charmain y esta vio que sus ojos brillaban con un extraño fulgor plateado.

—¿Puedes abrir la ventana, por favor? Tengo que ir a asegurarme.

Mientras Charmain giraba el pomo y abría la ventana, el castillo se elevó y se movió de lado. Todo el humo y la niebla se concentraron en una única nube oscura que rodó por el acantilado hasta el valle donde se desvaneció. Cuando Calcifer flotó hacia el prado, el castillo estaba allí como si nada hubiese ocurrido, con sólo un hilo de humo saliendo por cada una de las torres, al lado de un gran recuadro de tierra negra. Un hedor insoportable entraba por la ventana.

—¡Puaj! —dijo Charmain—. ¿A qué huele?

—A lubbock asado, espero.

Entonces vieron a Calcifer flotar sobre el recuadro quemado. El demonio de fuego se convirtió en una línea azul en movimiento que empezó a ir de lado a lado de la zona oscura hasta revisar cada milímetro.

Volvió flotando con sus ojos finalmente del color naranja habitual.

—Ya está —anunció con alegría—. Muerto.

«Igual que un montón de flores», pensó Charmain, pero no parecía educado decirlo en voz alta. Lo importante es que el lubbock ya no estaba, había desaparecido de verdad.

—Las flores volverán a crecer el año que viene —aseguró Calcifer—. ¿Por qué habías venido a buscarme? ¿Por este lubbock?

—No, por sus huevos —dijeron Peter y Charmain al mismo tiempo. Le contaron lo del elfo y lo que les había dicho.

—Enseñádmelos —pidió Calcifer.

Fueron a la cocina, todos excepto Waif, que gimió y se negó a entrar. Allí Charmain pudo ver claramente el patio bajo el sol a través de la ventana. Estaba lleno de colada rosa, blanca y roja chorreando aún en las cuerdas. Estaba claro que Peter no se había molestado en recogerla. Se preguntó a qué se había dedicado.

La caja de cristal seguía en la mesa, con los huevos dentro, pero, de alguna manera, se había hundido en la madera y sólo se veía la mitad superior.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó Charmain—. ¿Ha sido la magia de los huevos?

Peter la miró un poco avergonzado.

—No exactamente —dijo—. Lo que pasa es que le lancé un hechizo de protección. Cuando fui al estudio a buscar otro fue cuando vi a Rollo hablando con el lubbock.

«¡Típico! —pensó Charmain—. ¡Este idiota siempre cree que él sabe más que los



demás!».

—Los hechizos de los elfos son más que suficiente —dijo Calcifer flotando sobre la caja de cristal encajada en la mesa.

—¡Pero él dijo que era peligrosa! —protestó Peter.

—Y tú ahora la has hecho aún más peligrosa —replicó Calcifer—. No os acerquéis más ninguno de los dos. ¿Conocéis algún sitio con una buena superficie de piedra donde pueda ir a destruir estos huevos?

Peter intentó no parecer arrepentido. Charmain recordó la caída desde el acantilado y cómo casi había aterrizado sobre unas rocas justo antes de empezar a volar. Hizo todo lo posible por describir a Calcifer dónde estaban las piedras.

—Bajo el acantilado, entiendo —dijo Calcifer—. Que uno de los dos abra la puerta trasera y después se aparte.

Peter fue corriendo a abrirla. Charmain vio que estaba bastante arrepentido por lo que había hecho con la caja. «Pero eso no va a evitar que haga alguna otra tontería en cualquier otro momento —pensó—. ¡Ojalá aprendiese!».

Calcifer flotó sobre la caja de cristal un momento y, entonces, se acercó a la puerta abierta. A medio camino, se estiró temblando y dio un tirón, doblándose sobre sí mismo como si fuese un gran renacuajo azul, y, estirándose de nuevo, salió disparado por entre la colorida colada. La caja de cristal se soltó con el tirón y sonó como si alguien estuviese lanzando trozos de madera a su alrededor. Salió disparada tras él. Cruzó el patio volando, con los huevos dentro, siguiendo a la pequeña gota azul que era Calcifer. Peter y Charmain fueron a la puerta y vieron la caja de cristal brillar mientras subía por el camino hacia el prado del lubbock y después se perdía de vista.

—¡Vaya! —dijo Charmain—. ¡Se me ha olvidado decirle que el príncipe Ludovic es un lubbockin!

—¿De verdad? —dijo Peter mientras cerraba la puerta—. Eso explica porque mi madre abandonó este país.

A Charmain nunca le había interesado mucho la madre de Peter. Dio media vuelta con impaciencia y vio que la mesa volvía a ser plana, lo que fue un alivio. Se había estado preguntando qué se puede hacer con una mesa que tiene una abolladura cuadrada en el centro.

—¿Qué hechizo de protección usaste? —preguntó.

—Te lo enseñaré —prometió Peter—. Igualmente, quiero volver a echarle una ojeada al castillo. ¿Tú crees que podemos abrir la ventana y bajar por ella para acercarnos?

—No —dijo Charmain.

—Pero no hay duda de que el lubbock está muerto —protestó Peter—. No pasa



nada.

Charmain tuvo el fuerte presentimiento de que Peter se estaba buscando problemas.

—¿Cómo sabes que solo había un lubbock? —inquirió ella.

—Lo decía la *Enciclopedia* —argumentó Peter—. Los lubbocks son solitarios.

Sin dejar de discutir, cruzaron la puerta interior y giraron por el pasillo a la izquierda. Allí, Peter corrió desafiante hacia la ventana. Charmain corrió tras él y lo agarró por la chaqueta. Waif corrió tras ellos, ladrando nerviosa y tratando de hacer tropezar a Peter para obligarlo a caer con las dos manos sobre la ventana. Charmain miró intranquila el prado, que brillaba inalterable bajo la luz naranja del ocaso, donde el castillo seguía quieto junto al trozo de hierba negro. Era uno de los edificios más extraños que había visto jamás.

Hubo un gran destello de luz, tan intenso que los cegó.

Momentos después, llegó la onda de una explosión tan fuerte como brillante había sido la luz. El suelo tembló bajo sus pies y la ventana se volvió borrosa en su marco. Todo se tambaleó. Entre lágrimas cegadoras, Charmain creyó ver vibrar todo el castillo. A través del zumbido ensordecedor de sus oídos, creyó oír rocas cayendo y haciéndose pedazos.

«¡Muy lista, Waif!», pensó. Si Peter hubiese salido, estaría muerto.

—¿Qué crees que ha sido eso? —preguntó Peter cuando ya casi eran capaces de oír de nuevo.

—Es obvio: Calcifer destruyendo los huevos de lubbock —dijo Charmain—. Las rocas a las que ha ido están justo debajo del prado.

Ambos parpadearon largo rato intentando eliminar los puntos azules, grises y amarillos que seguían flotando dentro de sus ojos. Ambos forzaron la vista. Aunque fuese difícil de creer, la mitad del prado había desaparecido. La explanada verde y ondulante tenía ahora un extremo curvado, como un mordisco. Allí debajo debía de haber un gran corrimiento de tierras.

—Hmm —murmuró Peter—. No creerás que se haya destruido también a sí mismo, ¿verdad?

—¡Espero que no! —dijo Charmain.

Se quedaron esperando y mirando por la ventana. Volvían a oír casi igual que siempre, excepto por el zumbido de fondo. Los puntos desaparecieron gradualmente de sus ojos. Pasado un rato, los dos vieron que el castillo se arrastraba tristemente, sin rumbo, hacia las rocas del otro lado. Esperaron y miraron hasta que se arrastró por encima de las rocas y fuera de su vista por la ladera de la montaña. Seguía sin haber rastro de Calcifer.

—Seguramente ha vuelto a la cocina —sugirió Peter.



Volvieron allí. Abrieron la puerta trasera y buscaron por entre la colada, pero seguía sin verse rastro de una gota azul flotante. Cruzaron el salón y abrieron la puerta principal. Pero lo único azul allí eran las hortensias.

—¿Los demonios de fuego pueden morir? —preguntó Peter.

—No tengo ni idea —dijo Charmain. Y como siempre que había problemas, supo lo que quería hacer—. Voy a leer —añadió.

Se sentó en el sofá más cercano, sacó las gafas y recogió del suelo *El viaje del mago*. Peter la miró enfadado y se fue.

Pero no funcionó. Charmain no podía concentrarse. No dejaba de pensar en Sophie. Y también en Morgan. Tenía muy claro que Calcifer formaba parte de la familia de Sophie.

—Debe de ser peor que perderte a ti —le dijo a Waif, que había ido a sentarse a sus pies. Se preguntó si debía ir a la mansión real a contarle a Sophie lo que había pasado. Pero ya había oscurecido. Sophie debía de estar seguramente en una cena de gala, sentada en frente del príncipe lubbockin, con velas y demás. Charmain no se veía capaz de volver a interrumpir una velada en la mansión. Además, Sophie ya estaba suficientemente preocupada por las amenazas contra Morgan. Charmain no quería preocuparla más. Y a lo mejor Calcifer aparecía por la mañana. Después de todo, era de fuego. Por otro lado, la explosión había sido lo suficientemente fuerte como para hacer pedazos cualquier cosa. Charmain pensó en trocitos de llama azul desperdigados en una avalancha de tierra...

Peter volvió al salón.

—Ya sé lo que deberíamos hacer —dijo.

—¿Sí? —exclamó Charmain entusiasmada.

—Deberíamos ir donde los kobolds a contarles lo de Rollo —propuso Peter.

Charmain se quedó mirándolo. Se quitó las gafas y volvió a mirarlo.

—¿Qué tienen que ver los kobolds con Calcifer?

—Nada —dijo Peter confuso—. Pero podemos demostrar que Rollo cobró del lubbock para crear problemas.

Charmain se preguntó si debía levantarse y golpearlo en la cabeza con *El viaje del mago*. ¡Qué más daban los kobolds!

—Tenemos que ir ya —empezó a convencerla Peter—, antes de...

—Mañana por la mañana —le interrumpió Charmain con firmeza y sin dar opciones—. Mañana por la mañana después de que nos hayamos acercado a aquellas piedras a ver qué le ha pasado a Calcifer.

—Pero... —empezó Peter.



—Porque —dijo Charmain rápidamente pensando en razones— Rollo estará por ahí enterrando la olla de oro y tiene que estar presente cuando lo acusemos.

Para su sorpresa, Peter lo pensó y estuvo de acuerdo con ella.

—Y deberíamos ordenar la habitación del mago Norland —sugirió—. Por si acaso lo traen de vuelta mañana.

—Ve tú —dijo Charmain. «Antes de que te tire el libro —pensó— y puede que también el jarrón con las flores».



Capítulo 14

Que vuelve a estar lleno de kobolds

Cuando se levantó a la mañana siguiente, Charmain seguía pensando en Calcifer. Al salir del baño, vio que Peter estaba ocupado cambiando las sábanas de la cama del tío abuelo William y metiendo las sucias en una bolsa de colada. Charmain suspiró. Más trabajo.

—Aunque al menos —le dijo a Waif mientras le ofrecía su habitual cuenco de comida para perros— así estará ocupado mientras yo busco a Calcifer. ¿Me acompañas a las rocas?

Waif, como siempre, estaba encantada de ir dondequiera que fuese Charmain. Después de desayunar, fue trotando alegremente tras ella, atravesó el salón y salió por la puerta principal. Pero no llegaron a ir a las rocas. Cuando Charmain puso la mano sobre el pomo de la puerta, Waif empujó desde detrás y esta se abrió de golpe. Y allí estaba Rollo, en el umbral, alargando la mano en su gesto diario de recoger la jarra de leche. Entre gruñidos, Waif saltó sobre él, le rodeó el cuello con sus mandíbulas y lo tiró al suelo.

—¡Peter! —gritó Charmain de pie en un charco de leche—. ¡Ven rápido! ¡Necesitamos una bolsa! —puso un pie sobre Rollo para evitar que se moviese—. ¡Bolsa! ¡Una bolsa! —chilló.

Rollo daba golpes y se revolvía como un loco bajo su pie, momento en que Waif lo soltó para poder ladrar. Rollo se sumó al griterío vociferando:

—¡Socorro! ¡Asesinato! ¡Asalto! —con voz grave.

Para ser justos con Peter, hay que decir que llegó enseguida. Contempló la escena desde la puerta y agarró una de las bolsas bordadas de comida de la señora Baker, con la que consiguió envolver las inquietas piernas de Rollo antes de que Charmain pudiese coger aire para explicarse. En un abrir y cerrar de ojos, Peter había metido a Rollo en la bolsa y la sujetaba en el aire mientras esta se agitaba, se retorció y chorreaba leche, y él intentaba alcanzar uno de sus bolsillos.

—¡Bien hecho! —dijo—. Sácame cinta de este bolsillo, ¿puedes? No queremos que



salga —y una vez Charmain hubo sacado un lazo violeta del bolsillo, añadió—: ¿Ya has desayunado? Bien. Ata la parte de arriba de la bolsa muy fuerte mientras yo me preparo. Entonces nos podremos ir.

—¡Solcolrro! ¡Alyulda! —murmuró la bolsa al pasarla Peter.

—¡Silencio! —le espetó Charmain, y agarró la bolsa con las dos manos justo por encima de la cinta violeta.

La bolsa se retorció hacia un lado y hacia el otro mientras Charmain miraba a Peter sacar ovillos de cintas de colores de todos los bolsillos de su abrigo. Se ató una cinta roja en el dedo gordo izquierdo y una verde en el derecho; después, una violeta, una amarilla y una rosa en los tres dedos siguientes de la mano derecha, seguidas de una negra, una blanca y una azul en los de la mano izquierda. Waif estaba quieta bajo el umbral de la puerta con sus orejas peludas levantadas, observando el proceso con interés.

—¿Vamos a buscar el final del arco iris o qué? —preguntó Charmain.

—No, pero es que así es como he memorizado el camino a casa de los kobolds —se explicó Peter—. Bien. Cierra la puerta y vamonos.

—¡Alllida! —chilló la bolsa.

—¡Tú más! —replicó Peter, y se dirigió hacia la puerta interior. Waif fue trotando tras él y Charmain la siguió con la bolsa, que no dejaba de moverse.

Giraron a la derecha en la puerta. Charmain estaba demasiado preocupada para decir en voz alta que ella creía que habían tomado el camino de la sala de reuniones. Estaba recordando lo rápido que habían desaparecido los kobolds y cómo el mismo Rollo se había hundido en la tierra del prado. Pensó que era sólo cuestión de tiempo que Rollo se escabullera por el fondo de la bolsa bordada. Ella tenía una de las manos allí, pero estaba segura de que no era suficiente. Con leche chorreándole por entre los dedos, se le ocurrió mantener a Rollo dentro con un hechizo. El problema era que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Lo único que se le ocurría era hacer lo mismo que había hecho para solucionar el problema de Peter con las tuberías agujereadas. «¡Quédate dentro! ¡Quédate dentro!», pensó dirigiéndose a Rollo y masajeando el fondo de la bolsa. Cada movimiento de la mano producía un nuevo grito, lo que le hizo estar más segura que nunca de que Rollo estaba intentando salir. Así que se limitó a seguir a Peter cada vez que él giraba por uno u otro sitio y no llegó a ser consciente de cómo habían llegado a casa de los kobolds. Sólo se dio cuenta cuando pararon.

Estaban fuera de una gran cueva bien iluminada, llena de personillas azules y atareadas. Era difícil ver qué estaba haciendo la mayoría de ellos porque la entrada estaba parcialmente bloqueada por un objeto muy extraño. El objeto parecía uno de esos trineos tirados por caballos que usa la gente de High Norland cuando nieva en invierno y es imposible usar los carros y los carruajes, aunque aquella cosa no tenía



dónde atar un caballo. En cambio, tenía un asa grande y arqueada detrás y cosas curvadas por todas partes. Docenas de kobolds estaban trabajando en ella, subiendo por un lado y por otro mientras trabajaban. Algunos estaban forrando el interior con espuma y piel de oveja, otros estaban martilleando y tallando; el resto estaba pintando el exterior con flores azules sobre fondo dorado. Iba a ser muy hermosa cuando la acabasen.

Peter le dijo a Charmain:

—¿Puedo confiar en que esta vez serás educada? ¿O al menos intentarás tener tacto?

—Puedo intentarlo —vaciló Charmain—. Depende.

—Entonces, déjame hablar a mí —le dijo Peter, y golpeó en el hombro al kobold más cercano—. Perdone, ¿puede usted indicarme dónde puedo encontrar a Timminz, por favor?

—En la mitad de la cueva —contestó la kobold con voz aflautada y señalando con su pincel—. Trabaja en el reloj de cuco. ¿Por qué lo busca?

—Tenemos algo muy importante que decirle —dijo Peter.

Eso atrajo la atención de la mayoría de kobolds que estaban trabajando. Algunos se dieron la vuelta y miraron con aprensión a Waif, que a su vez puso una expresión tímida y adorable. El resto miraba a Charmain y la bolsa bordada saltarina.

—¿A quién tienes ahí? —le preguntó uno de ellos a Charmain.

—A Rollo —respondió Charmain.

La mayoría asintió, sin expresar sorpresa. Cuando Peter preguntó:

—¿Es correcto que vayamos a hablar con Timminz?

Todos asintieron y le dijeron:

—Id.

Charmain tuvo la sensación de que Rollo no le caía bien a nadie. Él parecía saberlo, porque dejó de moverse y hacer ruido cuando Peter encabezó el camino una vez superado el extraño objeto, con Charmain tras él con la bolsa a un lado para evitar que se manchase de pintura.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó al kobold más cercano al pasar.

—Es un encargo de los elfos —contestó uno de ellos.

Otro añadió:

—Les va a salir muy caro.

Y un tercero dijo:

—Los elfos pagan bien.



Charmain entró en la cueva con la sensación de que no había sacado nada en claro. La cueva era enorme, y había niños kobold mezclados con los atareados adultos. La mayoría de niños gritaba y salía corriendo al ver a Waif. Sus padres se desplazaban con prudencia a la parte trasera de lo que fuese en lo que estaban trabajando y seguían pintando, puliendo o tallando. Peter iba al frente mientras pasaban por delante de caballos balancín, casas de muñecas, tronas, relojes de madera, bancos de madera y muñecas de madera de cuerda, hasta llegar al reloj de cuco. Era inconfundible. Enorme. Su estructura de madera llegaba hasta el techo iluminado mágicamente, su enorme reloj estaba apoyado a un lado y ocupaba la mayor parte de la pared junto a la estructura, y el cuco, que un ejército de kobolds estaba recubriendo de plumas, era bastante más grande que Charmain y Peter juntos. Charmain se preguntó quién querría un reloj de cuco tan grande.

Timminz estaba subido en el enorme mecanismo del reloj con una pequeña llave inglesa.

—Ahí está —dijo Peter, que lo reconoció por su nariz. Peter se acercó al enorme mecanismo y carraspeó—. Perdona, ejem, perdona.

Timminz se deslizó por un enorme muelle metálico y los miró.

—Ah, sois vosotros —miró la bolsa—. ¿Ahora secuestráis gente?

Rollo debió de oír la voz de Timminz y supo que estaba entre amigos.

—¡Solllllpooooollrrro! ¡Solllllpoooo! —chillaba la bolsa.

—Ese es Rollo —dijo Timminz con incriminación.

—Correcto —asintió Peter—. Le hemos traído para que confiese. El lubbock de la montaña le pagó para sembrar la cizaña entre ustedes y el mago Norland.

—¡Solllcolllrrro, alllllyullldalll! —gritó la bolsa.

Pero Timminz se había puesto azul plateado del susto.

—¿El lubbock? —repitió.

—Así es —dijo Peter—. Le vimos ayer pidiéndole al lubbock su recompensa. Y el lubbock le dio la olla de oro del final del arco iris.

—¡Melllllltilllllala! —negó la bolsa sonoramente—. ¡Allyullldaaa!

—Los dos lo vimos —afirmó Peter.

—Sacadlo de ahí —ordenó Timminz—. Dejad que hable.

Peter dijo que sí con la cabeza a Charmain. Ella quitó la mano del fondo de la bolsa y dejó de hacer lo que ella esperaba que fuese un hechizo. Al momento, Rollo atravesó la bolsa hasta el suelo, donde se sentó escupiendo remates de hilo del bordado llenos de leche y migas viejas y mirando a Peter.

«¡He hecho magia de verdad! ¡Le he mantenido dentro!», pensó Charmain.



—¿Has visto cómo son? —exclamó Rollo enfadado—. ¡Meter a alguien en una bolsa y llenarle la boca con migas revenidas para que no pueda contestar mientras cuentan mentiras sobre él!

—Puedes contestar ahora —repuso Timminz—. ¿Te ha dado el lubbock una olla de oro a cambio de hacernos enfadar con el mago?

—¿Cómo podría haberlo hecho? —dijo Rollo con inocencia—. Ningún kobold hablaría, ni muerto, con un lubbock. ¡Todos lo sabéis! —para entonces se había reunido ya un buen grupo de kobolds, a cierta distancia de Waif, y Rollo gesticulaba teatralmente—. ¡Decídselo! —exigió—. ¡Soy víctima de un montón de mentiras!

—Id unos cuantos a buscar en su cueva —ordenó Timminz.

Algunos kobolds se levantaron enseguida. Rollo se puso en pie.

—¡Voy con vosotros! —gritó—. ¡Demostraré que ahí no hay nada!

Rollo había dado tres pasos cuando Waif lo agarró de la parte de atrás de su chaqueta azul y lo lanzó de nuevo al suelo. Se quedó allí, con los dientes agarrando la chaqueta, moviendo la cola histéricamente, señalando con una oreja a Charmain como queriendo decir: «¿He hecho bien?».

—Has hecho muy bien —aseveró Charmain—. Perra buena.

Rollo gritó:

—¡Dile que pare! ¡Me está haciendo daño en la espalda!

—No. Estáte ahí hasta que vuelvan de registrar tu cueva —dijo Charmain.

Rollo se cruzó de brazos y se sentó tieso y enfadado. Charmain se volvió hacia Timminz.

—¿Puedo preguntarle quién necesita un reloj tan grande? Mientras esperamos —explicó al ver que Peter negaba con la cabeza en su dirección.

—El príncipe heredero Ludovic —contestó él no sin orgullo—. Quería algo enorme para Castel Joie —la tristeza se tragó su orgullo—. Aún no nos ha pagado ni un céntimo. Nunca paga. Cuando piensas en lo rico que es...

Le interrumpieron los kobolds que volvían corriendo.

—¡Aquí está! —gritaban—. ¿Es esto? ¡Estaba debajo de su cama!

El kobold que iba delante cargaba con la olla en brazos. Parecía la típica olla de barro que se usa para hacer estofado, excepto porque estaba rodeada de un halo con los colores del arco iris.

—Eso es —asintió Peter.

—Entonces, ¿qué es lo que ha hecho con el oro? —preguntó el kobold.

—¿Qué quieres decir con qué he hecho con el oro? —inquirió Rollo—. Esa olla estaba llena... —paró al darse cuenta de que se estaba descubriendo.



—Ya no. Mira si no me crees —respondió el otro kobold. Soltó la olla entre las piernas cruzadas de Rollo—. Así es como nos la hemos encontrado.

Rollo se inclinó para mirar dentro de la olla. Reprimió un lamento. Metió la mano y sacó un puñado de hojas amarillas, secas. Después sacó otro puñado y otro, hasta acabar con ambas manos dentro de una olla vacía y rodeado de hojas secas.

—¡Ha desaparecido! —lloriqueó—. ¡Se ha convertido en hojas secas! ¡El lubbock me ha engañado!

—Así que admites que el lubbock te pagó para crear problemas —dijo Timminz.

Rollo lo miró de reojo.

—No admito nada, excepto que me han robado.

Peter tosió.

—Ejem. Me temo que el lubbock aún le engañó más. En cuanto Rollo se dio la vuelta, puso sus huevos en él.

Todo el mundo se sobresaltó. Las caras de grandes narices de los kobolds miraron a Rollo, pálidas de miedo, incluidas las narices, y después se volvieron hacia Peter.

—Es verdad. Los dos lo vimos —afirmó Peter.

Charmain asintió cuando la miraron a ella.

—Es verdad —dijo.

—¡Es mentira! —bramó Rollo—. ¡Me estáis tomando el pelo!

—No, no te estamos tomando el pelo —repuso Charmain—. El lubbock sacó sus extremidades de poner huevos y te dio en la espalda justo antes de que te hundieras en la tierra. ¿No acabas de decir que te duele la espalda?

Los ojos de Rollo se salían de las órbitas en dirección a Charmain. La creía. Abrió la boca. Waif se alejó a toda prisa en cuanto empezó a gritar. Lanzó la olla lejos, pataleó en una tormenta de hojas secas y chilló hasta ponerse azul marino.

—¡Estoy condenado! —balbuceó—. Soy un muerto viviente. Hay cosas creciendo en mi interior. ¡Socorro! Oh, por favor, que alguien me ayude.

Nadie le ayudó. Todos los kobolds se apartaron, mirándole horrorizados. Peter los miró molesto. Una kobold exclamó:

—¡Esto es un ejemplo inaceptable! —y eso le pareció tan injusto a Charmain que no pudo evitar sentir lástima por Rollo.

—Los elfos pueden ayudarle —le dijo a Timminz.

—¿Qué has dicho? —Timminz chasqueó los dedos. Se hizo el silencio. Aunque Rollo seguía pataleando y abriendo y cerrando la boca, no se le oía—. ¿Qué has dicho? —le repitió Timminz a Charmain.



—Los elfos —dijo Charmain— saben sacar huevos de lubbock de las personas.

—Sí que saben —coincidió Peter—. El mago Norland tenía huevos de lubbock en su cuerpo. Por eso se lo llevaron para curarlo. Ayer vino un elfo con los huevos que le habían sacado.

—Los elfos son caros —dijo un kobold que estaba al lado de la rodilla derecha de Charmain con voz sorprendida.

—Chis —Timminz había arrugado la frente hasta la nariz. Suspiró—. Supongo —musitó— que podríamos darles a los elfos su silla a cambio de que curen a Rollo ¡Maldición! ¡Ya van dos encargos que no nos van a pagar! Que alguien meta a Rollo en la cama y yo hablaré con los elfos. Y vuelvo a avisaros a todos que no os acerquéis a ese prado.

—Oh, bueno, ahora ya no pasa nada —dijo Peter alegremente—. El lubbock ha muerto. Un demonio de fuego lo ha matado.

—¿Qué? —gritó el resto de kobolds—. ¿Muerto? —exclamaron—. ¿De verdad? ¿Te refieres al demonio de fuego que está de visita en la mansión real? ¿De verdad lo ha matado?

—Sí, ¡de verdad! —gritó Peter entre todo el ruido—. Mató al lubbock y después destruyó los huevos que trajo el elfo.

—Y creemos que también se destruyó a sí mismo —añadió Charmain. Estaba casi segura de que ningún kobold la había oído. Estaban demasiado ocupados bailando, vitoreando y lanzando sus pequeños sombreros azules al aire.

Cuando se calmó un poco el griterío y cuatro kobolds forzudos se habían llevado a Rollo, aún dando patadas y quejándose en silencio, Timminz le dijo muy serio a Peter:

—Aquel lubbock nos tenía aterrorizados; como es el padre del príncipe heredero y todo eso... ¿Qué crees que podemos darle al demonio de fuego como muestra de nuestro agradecimiento?

—Devolvedle los grifos al mago Norland —contestó Peter enseguida.

—Eso por descontado —prometió Timminz—. Los quitamos por culpa de Rollo. Me refiero a ¿qué podemos hacer nosotros, simples kobolds, que no pueda hacer por sí mismo un demonio de fuego?

—Yo lo sé —dijo Charmain. Todo el mundo guardó respetuoso silencio mientras ella seguía—. Calcifer y su... esto... familia estaban intentando descubrir adonde se va todo el dinero que le desaparece al Rey. ¿Le podéis ayudar con eso?

Alrededor de las rodillas de Charmain se desataron los murmullos de «¡eso es fácil!» y «¡ningún problema!», acompañados de risas como si Charmain hubiese formulado una pregunta estúpida. Timminz estaba tan aliviado que se le destensó la frente de golpe, lo que hizo que su nariz y toda su cara parecieran el doble de



grandes.

—Eso es fácil de hacer —dijo— y no cuesta nada.

Lanzó una mirada al otro lado de la cueva, donde colgaban al menos sesenta relojes de cuco, todos con su péndulo balanceándose a sesenta ritmos distintos.

—Si me acompañas, creo que llegaremos justo a tiempo de ver por dónde se escapa el dinero. ¿Estás segura de que eso le gustará al demonio de fuego?

—Sin duda —dijo Charmain.

—Entonces, sigúeme, por favor —pidió Timminz. Y se dirigió hacia el fondo de la cueva.

Dondequiera que estuviesen yendo, resultó ser una larga caminata. Charmain se desorientó igual que cuando habían ido hasta la cueva de los kobolds. Durante todo el trayecto estuvieron en semipenumbra, y la ruta parecía plagada de curvas, dobles giros y esquinas pronunciadas. Cada poco, Timminz decía cosas como «tres pasos cortos y gira a la derecha» o «cuenta ocho pasos humanos y gira a la izquierda; luego, rápido a la derecha y, después, otra vez a la izquierda», y eso duró tanto que Waif se cansó y empezó a aullar para que la cogieran en brazos. Charmain la llevó en brazos durante lo que pareció la mitad del camino.

—Tengo que decir que los kobolds de aquí son de otro clan —dijo Timminz cuando finalmente pareció que se veía una luz al final del túnel—. Me gusta pensar que mi clan lo hubiera hecho mejor que ellos.

Entonces, antes de que Charmain pudiese preguntar a qué se refería, entró en una vorágine de giros bruscos a la derecha y lentos a la izquierda, con un par de zigzags intercalados, y se encontró a la salida del pasadizo bajo la luz verde y fresca del sol. Una escalera de mármol de color verde a causa del musgo se elevaba por encima de los setos. Los setos debían de estar plantados a ambos lados de la escalera, pero habían crecido hasta ocupar todo el espacio.

Waif empezó a gruñir como si fuese un perro el doble de grande.

—Chis —susurró Timminz—; ni un solo ruido de ahora en adelante.

Waif dejó de gruñir inmediatamente, pero Charmain notó que su pequeño y cálido cuerpo se agitaba con gruñidos sordos. Charmain se volvió hacia Peter para comprobar que él también había entendido lo del silencio.

Peter no estaba. Sólo estaban ella, Timminz y Waif.

Charmain, muy enojada, supo lo que había pasado. En algún punto del complicado camino, cuando Timminz había dicho «gira a la izquierda», Peter había girado a la derecha. O viceversa. Charmain no tenía ni idea de en qué punto había pasado, pero sabía que había sido así.

«Da igual —pensó—, lleva suficientes cintas en los dedos para conseguir llegar a Ingary y volver. Seguramente, llegará a casa del tío abuelo William mucho antes que



yo». Así que se olvidó de Peter y se concentró en andar silenciosamente sobre los escalones resbaladizos y húmedos, y después, en esquivar los arbustos sin mover ni una rama.

El sol brillaba con fuerza y, más allá, había una hierba muy bien cuidada que resplandecía de un color verde intenso bordeando un reluciente camino blanco. El camino iba por entre los árboles que habían sido podados con formas de esfera, cubo, cono y disco, como si fuese una clase de geometría, hasta llegar a un pequeño palacio de cuento, uno de esos con muchas torres pequeñas y puntiagudas con tejaditos azules. Charmain reconoció Castel Joie, el lugar de residencia del príncipe heredero Ludovic. Se sintió un poco avergonzada cuando se dio cuenta de que era el edificio que siempre había imaginado cuando en cualquier libro se mencionaba un palacio.

«Debo de tener muy poca imaginación», pensó. Pero no. Siempre que su padre hacía galletas de mantequilla para vender en cajas en las fiestas de mayo, lo que aparecía en ellas era un dibujo de Castel Joie. Después de todo, Castel Joie era el orgullo de High Norland. «¡Ahora entiendo por qué estaba tan lejos! —pensó Charmain—. ¡Debemos de estar en mitad del valle de Norland! ¡Y lo que hay allí sigue siendo mi idea del palacio perfecto!».

Se oyó el crujir de unos pasos sobre el caliente camino blanco y el príncipe Ludovic en persona apareció, imponente con sus sedas azules y blancas, paseando hacia el palacio. Justo antes de llegar a la altura del arbusto donde estaba Charmain, se detuvo y dio media vuelta.

—¡Venid aquí! —ordenó enfadado—. ¡Moveos!

—¡Lo intentamos, alteza! —sonó una vocecilla aguda y resollante.

Apareció una fila de kobolds, todos inclinados bajo el peso de sacos de piel alargados. Todos eran de un color más verde grisáceo que azul y parecían más infelices. Parte de la infelicidad debía de provenir de la luz del sol, ya que los kobolds prefieren vivir en la oscuridad, pero Charmain pensó que su tono podía achacarse más a la mala salud. Les temblaban las piernas. Un par de ellos no paraba de toser. El último de la fila estaba tan mal que se tropezó y cayó al suelo soltando el saco, del que cayó un puñado de monedas de oro sobre el brillante camino blanco.

En ese momento, el hombre gris apareció. Se adelantó hacia el kobold caído y empezó a darle patadas. No eran especialmente fuertes ni él parecía especialmente cruel: daba la sensación de que estuviese intentando volver a hacer funcionar una máquina averiada. El kobold se retorció bajo las patadas, recogió desesperadamente las monedas hasta que las volvió a meter todas en el saco y se las apañó para volver a ponerse de pie. El hombre gris dejó de darle patadas y corrió al lado del príncipe Ludovic.

—Tampoco es que pese tanto —le dijo al príncipe—. Seguro que es el último viaje. Ya no les queda dinero, a no ser que el Rey venda sus libros.



El príncipe Ludovic se rió.

—Preferiría morir antes que eso, lo que a mí ya me parece bien, por supuesto. Tendremos que pensar en otras formas de conseguir dinero, pues. Castel Joie es increíblemente caro de mantener —se volvió a mirar a los exhaustos y tambaleantes kobolds—. ¡Moveos! Tengo que volver a la mansión real a tomar el té.

El hombre gris asintió y se volvió hacia los kobolds, preparado para patearlos de nuevo. El príncipe se quedó a esperarlo y dijo:

—Te lo advierto. Si vuelvo a ver otra pasta en toda mi vida, ¡será demasiado!

Los kobolds vieron acercarse al hombre gris e hicieron lo posible por apresurarse. A pesar de ello, a Charmain le pareció una eternidad hasta que perdió de vista la procesión y dejó de oír sus pasos. Mantuvo abrazada fuertemente a la temblorosa Waif, que parecía querer saltar y perseguir al desfile, y miró abajo, entre las hojas, a Timminz.

—¿Por qué no se lo habías contado a nadie? ¿Por qué no se lo dijiste, al menos, al mago Norland?

—Nadie me lo preguntó —dijo Timminz con expresión ofendida.

«¡Claro, por supuesto que nadie te lo preguntó! —pensó Charmain—. Por eso pagaron a Rollo para que los kobolds se enfadaran con el tío abuelo William. Al final, habría acabado preguntándoles si no se hubiese puesto enfermo». Pensó que igualmente estaba bien que el lubbock hubiera muerto. Si, como había dicho Timminz, era el padre del príncipe Ludovic, seguramente tenía pensado matar al príncipe heredero y reinar en el país en su lugar. Al fin y al cabo, eso era más o menos lo que le había dicho a ella. «Pero aún hay que ocuparse del príncipe Ludovic —pensó—. Tengo que contárselo al Rey enseguida».

—Parece ser muy duro con esos kobolds —le dijo a Timminz.

—Lo es —asintió Timminz—. Pero aún no han pedido ayuda.

«Y, por supuesto, a ti no se te ha ocurrido ayudarlos sin que te lo pidan, ¿verdad? —pensó Charmain—. ¡De verdad! Yo me rindo».

—¿Puedes llevarme de vuelta a casa? —le pidió.

Timminz dudó.

—¿Tú crees que al demonio de fuego le gustará saber que el dinero va a parar a Castel Joie? —le preguntó.

—Sí —afirmó Charmain—. O, al menos, le gustará a su familia.



Capítulo 15

En el que secuestran al niño Twinkle

Timminz, a regañadientes, acompañó a Charmain por el largo y complicado camino de vuelta a la cueva de los kobolds. Una vez allí, dijo alegremente:

—Desde aquí ya sabes llegar.

Y desapareció dentro de la cueva, dejando a Charmain sola con Waif.

Charmain no sabía llegar desde allí. Se quedó de pie al lado del objeto que Timminz había denominado «silla» durante unos minutos, preguntándose qué hacer y mirando a los kobolds pintar, tallar y forrar el objeto sin dedicarle ni una sola mirada a Charmain. Al final, se le ocurrió dejar a Waif en el suelo.

—Enséñame el camino a casa del tío abuelo William, Waif—le pidió—. Sé lista.

Waif empezó a caminar con intención. Pero Charmain tardó poco en dudar seriamente de que Waif fuese lista. Waif corría y Charmain caminaba, y giraban a la izquierda y a la derecha, y otra vez a la derecha, durante lo que le parecieron horas. Charmain estaba tan ocupada pensando en lo que había descubierto que, varias veces, se perdió el momento en que Waif giraba a izquierda o derecha, y tuvo que quedarse esperando en la oscuridad gritando: «¡Waif! ¡Waif!», hasta que Waif volvió y la encontró. Lo único que Charmain consiguió, con toda seguridad, fue alargar al doble el trayecto. Waif empezó a jadear y a moverse con dificultad, su lengua cada vez le colgaba más, pero Charmain no se atrevía a cogerla en brazos por si nunca conseguían regresar a casa. En lugar de eso, hablaba con Waif para darse ánimos:

—Waif, tengo que contarle a Sophie lo que ha pasado. A estas alturas, debe de estar muy preocupada por Calcifer. Y también tengo que contarle al Rey lo del dinero. Pero si voy directamente a la mansión cuando llegue a casa, me encontraré allí al terrible príncipe Ludovic fingiendo que le gustan las pastas. ¿Por qué no le gustan? Las pastas están buenas. Supongo que porque es un lubbockin. No me atrevo a decírselo al Rey delante de él. Creo que tendremos que esperar a mañana para ir. ¿Cuándo crees que se irá el príncipe Ludovic? ¿Esta noche? El Rey me dijo que volviese pasados dos días, así que para entonces el príncipe Ludovic debería haberse



ido. Si llego pronto, podré hablar antes con Sophie... Oh, cielos, acabo de recordarlo: Calcifer dijo que iban a fingir que se iban, de modo que a lo mejor no encuentro allí a Sophie. Oh, Waif, ojalá supiera qué hacer.

Cuanto más hablaba Charmain sobre el tema, menos sabía qué hacer. Al final, estaba demasiado cansada para hablar y se limitó a tambalearse tras la silueta cansada y jadeante de Waif, que corría ante ella. Finalmente, después de mucho tiempo, Waif abrió una puerta y llegaron al salón del tío abuelo William, donde la perra dio un gemido y cayó de lado con la respiración entrecortada. Charmain miró por la ventana las hortensias, que se veían rosas y lilas a la luz del ocaso. «Nos hemos pasado andando todo el día —pensó—. ¡No hay duda de por qué está tan cansada Waif! ¡No hay duda de porque me duelen los pies! Al menos Peter ya debe de estar en casa y espero que tenga la cena pronto».

—¡Peter! —gritó.

Cuando no hubo respuesta, Charmain cogió a Waif y fue a la cocina. Waif lamió suavemente las manos de Charmain en agradecimiento por no tener que dar un solo paso más. Allí, la luz del ocaso iluminaba las cuerdas de ropa limpia rosa y blanca, que seguían zarandeándose tranquilamente en el patio. No había rastro de Peter.

—¿Peter? —lo llamó Charmain.

No hubo respuesta. Charmain suspiró. Era evidente que Peter se había perdido del todo, mucho más que ella, y no podía saber cuándo aparecería.

—Demasiadas cintas de colores —farfulló Charmain a Waif mientras golpeaba la chimenea para obtener comida para perros—. ¡Niño estúpido!

Estaba demasiado cansada para cocinar. Cuando Waif se hubo comido dos platos de comida y bebido el agua que Charmain le trajo del baño, ella se instaló en el salón y se tomó un té de las cinco. Después de pensarlo un poco, se tomó otro té de las cinco. Y después se tomó un café de la mañana. Luego se planteó ir a la cocina a desayunar, pero se dio cuenta de que estaba muy cansada y, entonces, cogió un libro.

Mucho después, Waif la despertó al subir al sofá a su lado.

—¡Oh, vaya! —dijo Charmain. Y se fue a la cama sin ni siquiera intentar lavarse y se quedó dormida con las gafas puestas.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, oyó que Peter había vuelto. Se oía el baño, pasos y el sonido de puertas que se abrían y se cerraban. «Suenan muy activo —pensó Charmain—. Ojalá yo también lo estuviese». Pero supo que tenía que levantarse e ir a la mansión real, así que refunfuñó y se levantó. Sacó su última muda limpia y tardó tanto en lavarse el pelo y peinarse que Waif apareció nerviosa en su busca.

—Sí, desayuno, vale, ya lo sé —dijo Charmain—. El problema es que —admitió mientras cogía en brazos a Waif— me da miedo el hombre gris. Creo que es peor que el príncipe.



Abrió la puerta con el pie, giró y giró a la derecha para entrar en la cocina, donde se quedó de pie mirando.

Una extraña mujer estaba tranquilamente sentada a la mesa de la cocina desayunando. Era el tipo de mujer que enseguida te das cuenta de que es muy eficiente. La eficiencia inundaba por completo su rostro bronceado y sus fuertes manos demostraban su competencia. Aquellas manos estaban ocupadas untando sirope con eficiencia en un enorme montón de tortitas y troceando el beicon que estaba al lado.

Charmain se quedó mirando las tortitas y la extraña ropa de zíngara de la mujer. Llevaba volantes brillantes y pálidos por todas partes, y un colorido pañuelo envolvía su pálido pelo rubio. La mujer se dio la vuelta y le devolvió la mirada.

—¿Quién eres? —preguntaron ambas al mismo tiempo, la mujer con la boca llena.

—Soy Charmain Baker —respondió Charmain—. Estoy cuidando la casa del tío abuelo William mientras le curan los elfos.

La mujer tragó lo que estaba masticando.

—Bien —dijo—. Me alegra saber que dejó a alguien a cargo de todo. No me gustaba la idea de que la perra estuviese sola con Peter. Por cierto, ya le he dado de comer. A Peter no le gustan mucho los perros. ¿Todavía duerme?

—Esto... —titubeó Charmain—. No estoy segura. Anoche no vino a casa.

La mujer suspiró.

—Siempre desaparece en cuanto me doy la vuelta —dijo—. Sabía que había llegado aquí bien —señaló con el tenedor con tortita y beicon a la ventana—. Esa colada es típica de Peter.

Charmain notó cómo su rostro enrojecía y se calentaba.

—En parte fue culpa mía —admitió—. Herví una capa. ¿Por qué creía que había sido Peter?

—Porque siempre ha sido incapaz de realizar bien un hechizo —contestó la mujer—. Créeme que lo sé. Soy su madre.

Charmain quedó bastante impresionada al saber que estaba hablando con la bruja de Montalbino. Estaba sorprendida. «Pues claro que la madre de Peter es supereficiente —pensó—. Pero ¿qué está haciendo aquí?».

—Creía que estaba en Ingary —dijo.

—Estaba —admitió la bruja—. Llegué a Strangia, donde la reina Beatrice me dijo que el mago Howl había ido a High Norland. Así que volví a atravesar las montañas y fui donde los elfos, que me dijeron que el mago Norland estaba con ellos. Entonces me preocupé mucho porque me di cuenta de que seguramente Peter estaría aquí solo. Le mandé para que estuviese a salvo, ¿sabes? Vine enseguida.



—Creo que Peter estaba a salvo —dijo Charmain—. O, al menos, lo estaba hasta que se perdió ayer.

—Estará a salvo ahora que yo estoy aquí —aseguró la bruja—. Noto que está cerca —suspiró—. Supongo que tendré que ir a buscarlo. No distingue la derecha de la izquierda, ¿sabes?

—Ya lo sé —asintió Charmain—. Usa cintas de colores. La verdad es que es bastante eficiente —pero, mientras decía esto, pensó que, para alguien tan eficiente como la bruja de Montalbino, Peter estaba condenado a parecer tan inútil como Charmain le parecía al propio Peter. «¡Padres!», pensó. Dejó a Waif en el suelo y dijo con educación—: Perdona que se lo pregunte, pero ¿cómo ha conseguido que el hechizo del desayuno le trajese tortitas?

—Dando la orden adecuada, por supuesto —dijo la bruja—. ¿Quieres?

Charmain asintió con la cabeza. La bruja dirigió sus eficientes dedos a la chimenea.

—Desayuno —ordenó— con tortitas, beicon, zumo y café.

La bandeja apareció al momento repleta de todo, con un buen montón de tortitas con sirope en el centro.

—¿Ves? —dijo la bruja.

—Gracias —suspiró Charmain mientras cogía la bandeja, agradecida.

La nariz de Waif se levantó con el aroma y corrió en círculos, ladrando. Estaba claro que para Waif ser alimentada por la bruja no contaba como desayuno. Charmain dejó la bandeja sobre la mesa y le dio a Waif el trozo de beicon más crujiente.

—Es una perra mágica —comentó la bruja, y volvió con su desayuno.

—Es muy mona —admitió Charmain mientras se sentaba y empezaba con las tortitas.

—No quería decir eso —dijo la bruja con impaciencia—. Yo siempre hablo en sentido literal. Quería decir que, de verdad, es una perra mágica —tomó más tortita y añadió con la boca llena—: Los perros mágicos son raros y muy poderosos. Ella te honra al adoptarte como su humana. Supongo que incluso cambió de sexo para ajustarse al tuyo. Espero que la aprecies como merece.

—Sí —dijo Charmain—. Así es.

«Y creo que preferiría desayunar con la princesa Hilda —pensó—. ¿Por qué tiene que ser tan severa?».

Siguió con su desayuno y recordó que el tío abuelo William había creído que Waif era macho. Waif había parecido macho al principio. Entonces Peter la había cogido y había dicho que era una hembra.



—Estoy segura de que tiene razón —añadió Charmain educadamente—. ¿Por qué no estaba Peter seguro aquí solo? Tiene mi edad, y yo lo estoy.

—Supongo —dijo la bruja, muy seca— que tus artes mágicas van mejor que las de Peter —acabó con sus tortitas y empezó con las tostadas—. Si Peter puede estropear un hechizo, lo hará —afirmó untando la tostada—. Y no me digas —dijo ella dando un enorme bocado crujiente—, porque no me lo creo, que tu magia no hace exactamente lo que se supone que debe hacer, sea como sea lo que hagas.

Charmain pensó en el hechizo para volar y en el de las tuberías y en Rollo dentro de la bolsa, y dijo:

—Sí —con la boca llena de tortita—, supongo...

—Pues el caso —la interrumpió la bruja— es que la de Peter hace justo lo contrario. Su método es siempre perfecto, pero el hechizo siempre acaba mal. Uno de los motivos para mandarlo al mago Norland fue que esperaba que el mago mejorase la magia de Peter. William Norland tiene *El libro del palimpsesto*, ya sabes.

Charmain sintió que volvía a enrojecer.

—Esto... —murmuró a la vez que le daba media tortita a Waif—, ¿qué es lo que hace *El libro del palimpsesto*?

—La perra no podrá ni caminar como sigas dándole tanto de comer —repuso la bruja—. *El libro del palimpsesto* otorga a las personas la libertad de usar las magias de tierra, aire, fuego y agua. Sólo otorga el fuego si la persona es de fiar y, por supuesto, la persona debe tener habilidades mágicas —su rostro severo mostró un rastro de nerviosismo—. Yo creo que Peter tiene habilidad.

Charmain pensó: «Fuego. Yo apagué el fuego de Peter. ¿Quiere decir que soy de fiar?».

—Debe de tener la habilidad —le dijo a la bruja—. Para poder hacer un hechizo mal, antes tienes que poder hacer magia. ¿Por qué mandó a Peter aquí?

—Enemigos —contestó la bruja sorbiendo su café con tristeza—. Tengo enemigos. Mataron al padre de Peter, ¿sabes?

—¿Se refiere a los lubbocks? —preguntó Charmain. Lo puso todo en la bandeja y dio un último trago de café. Se estaba preparando para irse.

—Por lo que sé —dijo la bruja—, sólo hay un único lubbock. Al parecer, mató a todos sus rivales. Pero sí, fue el lubbock quien provocó la avalancha. Yo lo vi.

—Entonces, puede dejar de preocuparse —dijo Charmain, y se puso de pie—. El lubbockin está muerto. Calcifer lo destruyó anteayer.

La bruja estaba sorprendida.

—¡Cuéntamelo! —ordenó con energía.

Aunque se moría por salir corriendo a la mansión real, Charmain se vio a sí misma



sentarse, servirse otra taza de café y contarle a la bruja toda la historia, no sólo lo del lubbock y los huevos de lubbock, sino también lo de Rollo y el lubbock. «Y esta es una forma injusta de usar la magia», pensó mientras se oía contarle a la bruja cómo, al parecer, Calcifer había desaparecido.

—Y entonces, ¿por qué estás ahí sentada? —exclamó la bruja—. ¡Vete corriendo a la mansión real y cuéntaselo a Sophie enseguida! ¡La pobre mujer tiene que estar fuera de sí de la preocupación! ¡Date prisa, niña!

«Sin ni siquiera un "gracias por contármelo" —pensó Charmain amargamente—. Prefiero mil veces mi madre a la de Peter. ¡Y sin duda preferiría desayunar con la princesa Hilda!».

Se levantó y se despidió educadamente. Después, con Waif corriendo tras sus tobillos, echó a correr por el salón y por el camino del jardín hacia la carretera.

«Suerte que no le he contado lo del camino de la sala de reuniones —pensó mientras las gafas le golpeaban el pecho al correr—, porque me hubiera hecho cogerlo y no habría podido buscar a Calcifer».

Justo antes de que la carretera girase, llegó al punto en el que Calcifer había hecho estallar los huevos de lubbock. Un gran trozo del acantilado había caído y los trozos de roca habían llegado hasta la carretera. Algunas personas, que parecían pastores, estaban subidas en las piedras buscando ovejas atrapadas y parecían preguntarse qué había causado aquello. Charmain dudó. Si Calcifer hubiese estado allí, aquella gente ya lo habría encontrado. Redujo el paso y miró a lo alto de la piedra rota al pasar. No parecía haber rastro de azul o de llamas entre las rocas.

Pensó en buscar con más cuidado después y volvió a echar a correr casi sin darse cuenta de que el cielo era de color azul claro y de que había una niebla azul oscuro sobre las montañas. Iba a ser uno de esos escasos días de bochorno en High Norland. Lo único en que aquello afectaba a Charmain era que Waif se acaloró enseguida: jadeaba y se tambaleaba mientras corría, y su lengua colgaba tanto que casi tocaba el suelo.

—¡Vaya! Debe de haber sido la tortita —dijo Charmain cogiéndola y siguiendo adelante—. Ojalá la bruja no hubiese dicho lo que ha dicho —le confesó sin dejar de correr—. Ahora me preocupa que me gustes tanto.

Cuando llegó a la ciudad, Charmain tenía tanto calor como Waif, tanto que casi deseó tener una lengua que sacar como el animal. Tuvo que reducir su carrera a un paso rápido y, aunque tomó el camino más corto, le pareció que tardaba muchísimo en llegar a la plaza Real.

Finalmente, giró por la última esquina para entrar en la plaza y se encontró la calle bloqueada por una multitud. Parecía que la mitad de los habitantes de High Norland se había reunido allí para ver el nuevo edificio que se alzaba a unos metros de la mansión real. Era casi tan alto como ella, grande, oscuro, parecido al carbón y con



una torre en cada esquina. Era el castillo que Charmain había visto por última vez flotando sin rumbo más allá de las montañas. Se quedó mirándolo tan sorprendida como el resto de personas de la plaza.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —se preguntaban los unos a los otros mientras Charmain intentaba abrirse paso hasta él—. ¿Cómo ha podido encajar?

Charmain miró las cuatro calles que acababan en la plaza Real y se preguntó exactamente lo mismo. Ninguna de ellas era más ancha que la mitad del castillo. Pero ahí estaba, alzándose sólido, como si se hubiese construido allí de la noche a la mañana. Charmain se abrió camino a fuerza de codos con curiosidad creciente.

A medida que se acercaba a sus muros, vio humo azul salir de las torres y acercársele. Charmain se agachó. Waif se dio la vuelta. Alguien gritó. Todo el mundo se echó atrás de golpe y dejó a Charmain sola, cara a cara con la gota azul que flotaba ante su rostro. La cola de Waif golpeó el brazo de Charmain a modo de saludo.

—Si vais a entrar en la mansión —crujió Calcifer—, decidles que se den prisa. No puedo tener el castillo aquí todo el día.

Charmain estaba demasiado contenta para hablar.

—¡Creía que habías muerto! —consiguió decir—. ¿Qué pasó?

Calcifer se agitó en el aire y pareció un poco avergonzado.

—Debo de estar tonto —confesó—. De alguna manera, me quedé debajo de un montón de rocas. Tardé todo el día de ayer en liberarme. Cuando salí de allí, tuve que encontrar el castillo. Se había alejado kilómetros. En realidad, sólo lo he traído aquí. Díselo a Sophie. Se suponía que tenía que fingir irse hoy. Y dile que casi no me quedan troncos que quemar. Eso debería hacerle venir.

—Lo haré —le prometió Charmain—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Sólo tengo hambre —dijo Calcifer—. Recuerda, troncos.

—Troncos —repitió Charmain mientras subía las escaleras de la mansión hacia la puerta con la sensación de que la vida era mucho mejor, más feliz y más libre que antes.

Sim le abrió la puerta sorprendentemente rápido. Miró fuera del castillo a la multitud y meneó la cabeza.

—Ah, señorita Charming —dijo—. Esta mañana está resultando complicada. No estoy seguro de que Su Majestad esté preparado para empezar el trabajo en la biblioteca. Pero, por favor, entre.

—Gracias —contestó Charmain dejando a Waif en el suelo—. No me importa esperar. Igualmente, tengo que hablar antes con Sophie.

—Sophie... esto... la señora Pendragon, quiero decir —dijo Sim mientras cerraba las puertas—, parece ser parte de las complicaciones de esta mañana. La princesa está



muy nerviosa... Pero venga conmigo y verá a lo que me refiero.

Dio media vuelta por el húmedo pasillo indicando a Charmain que lo siguiese. Antes de llegar siquiera a la esquina, a donde estaban las escaleras de piedra, Charmain oyó la voz de Jamal, el cocinero:

—Y cómo puede saber cualquiera qué cocinar cuando los invitados están siempre yéndose y no yéndose y volviéndose a ir, ¿eh?

Esto fue seguido por los gruñidos del perro de Jamal y un coro de otras voces.

Sophie estaba de pie en el hueco de debajo de las escaleras con Morgan en brazos y Twinkle agarrado nerviosa y angelicalmente de su falda, mientras que la niñera gorda estaba allí con aspecto de resultar tan inútil como siempre. La princesa Hilda estaba al lado de las escaleras con el aspecto más real y educado que Charmain le había visto. Y el Rey también estaba, con la cara roja y un real enfado. Después de ver sus caras, Charmain supo que no tenía sentido mencionar los troncos. El príncipe Ludovic estaba asomado por la barandilla con expresión satisfecha y de superioridad. Su dama estaba junto a él, desdeñosa, con lo que casi era un vestido de fiesta y, para disgusto de Charmain, el hombre gris también estaba allí, respetuosamente situado al lado del príncipe.

«Jamás dirías que le acaba de robar al Rey todo su dinero, ¡el muy animal!», pensó Charmain.

—Proclamo que esto es un abuso de la hospitalidad de mi hija —estaba diciendo el Rey—. No tenías derecho a hacer promesas que no pensabas cumplir. Si fueras uno de nuestros subditos, te prohibiríamos que te fueses.

Sophie intentaba sonar digna:

—Tengo la intención de cumplir mi promesa, Majestad, pero no puede esperar que me quede aquí cuando mi hijo está sufriendo amenazas. Si me permite ponerle a salvo, seré libre de hacer lo que quiere la princesa Hilda.

Charmain entendió el problema de Sophie. Con el príncipe Ludovic y el hombre gris de pie allí, no se atrevía a decir que sólo iba a fingir que se iba. Y tenía que mantener a salvo a Morgan.

El Rey dijo enfadado:

—No nos hagas más falsas promesas, joven.

A los pies de Charmain, Waif empezó de repente a gruñir. Tras el Rey, el príncipe Ludovic se echó a reír y chasqueó los dedos. Lo que siguió pilló a todo el mundo por sorpresa. La niñera y la dama del príncipe abrieron sus vestidos. La niñera se convirtió en una persona forzuda de color violeta, llena de músculos y con los pies en forma de garra. El vestido de la dama del príncipe desapareció para mostrar un delgado cuerpo de color malva con una malla negra con agujeros en la espalda para dejar salir un par de pequeñas alas violetas aparentemente inútiles. Ambos



lubbockins se acercaron a Sophie con sus grandes y alargadas manos violetas.

Sophie gritó algo y apartó a Morgan de esas manos. Morgan también gritó con una mezcla de sorpresa y terror. Todo lo demás quedó sepultado por los agudos aullidos de Waif y los poderosos gruñidos del perro de Jamal mientras se lanzaba contra la dama del príncipe. Antes de que el perro se acercara a los lubbockins, la dama del príncipe, agitando sus pequeñas alas, había aterrizado sobre Twinkle y lo había agarrado. Twinkle gritó y agitó sus piernecitas recubiertas de terciopelo. La niñera lubbockin se puso enfrente de Sophie para evitar que pudiese rescatar a Twinkle.

—Ya ves —dijo el príncipe Ludovic—. O te vas, o tu hijo sufrirá.



Capítulo 16

Que está lleno de liberaciones y descubrimientos

— *Esto es inacep...* —empezó la princesa Hilda.

No había acabado la frase cuando Twinkle, de repente, se escapó. Se deslizó entre los brazos violeta del lubbockin y subió corriendo las escaleras mientras gritaba:

— ¡Zocorro! ¡Zocorro! ¡No dejéis que me toque!

Los dos lubbockins empujaron a un lado a la princesa Hilda y echaron a correr escaleras arriba tras Twinkle. La princesa Hilda se agarró a la barandilla y se quedó allí con el rostro enrojecido y extrañamente poco digna. Charmain se vio a sí misma corriendo por la escalera tras los lubbockins y gritando:

— ¡Dejadlo en paz! ¿Cómo os atrevéis?

Cuando lo pensó después, decidió que fue la visión de la princesa Hilda como una persona normal la que provocó su reacción.

Abajo, Sophie dudó un momento y después dejó a Morgan en brazos del Rey.

— ¡Manténgalo a salvo! —masculló. Después se arremangó la falda y echó a correr por la escalera detrás de Charmain, gritando:

— ¡Parad ya! ¿Me habéis oído?

Jamal se apresuró con lealtad tras ellas, chillando:

— ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! —y jadeando con fuerza.

Tras él subía su perro, tan leal como el amo, emitiendo fuertes y roncós gruñidos, mientras Waif corría abajo de un lado a otro, provocando una tormenta de ladridos de soprano.

El príncipe Ludovic se inclinó en la barandilla enfrente de la princesa Hilda y se rió de todos ellos.

Los dos lubbockins atraparon a Twinkle cerca del final de la escalera con sus inútiles alas agitándose y sus brillantes músculos malva. Twinkle se agitó y pataleó con fuerza. Por un momento, sus piernas de terciopelo azul parecieron más grandes,



del tamaño de las de un hombre. Una de las grandes piernas aterrizó en el estómago del lubbockin de la niñera. Esta se apoyó en la escalera, y ya sostenía a Twinkle cuando el puño derecho de este aterrizó en su nariz con un poderoso gancho del tamaño del de un hombre. Con los lubbockins en el suelo, Twinkle siguió hacia arriba rápidamente. Charmain le vio mirar hacia atrás y abajo al girar en el siguiente tramo de escaleras convencido de que ella, Sophie y Jamal lo seguían.

Lo seguían porque los dos lubbockins se habían recuperado increíblemente rápido y volvían a perseguir a Twinkle. Charmain y Sophie les aguantaban el ritmo, mientras que Jamal y su perro se quedaban atrás.

A la mitad del siguiente tramo, los lubbockins volvieron a pillar a Twinkle. Volvieron a oírse golpes y Twinkle volvió a soltarse y salir corriendo hacia arriba, por el tercer tramo de escaleras. Casi consiguió llegar al extremo de este antes de que los lubbockins le pillaran y se lanzaran encima de él. Los tres cayeron en un desorden de golpes y agitación de piernas, brazos y alas violetas.

Para entonces, Charmain y Sophie estaban casi sin aliento.

Charmain distinguió la angelical cara de Twinkle emerger del desorden de cuerpos y mirarla directamente. Cuando Charmain consiguió atravesar el rellano y emprender la subida de aquel tramo seguida por Sophie, que llevaba la mano en el costado a causa del flato, de repente, la montaña de cuerpos explotó. Los bichos violeta salieron rodando y Twinkle, libre de nuevo, acabó de subir el último tramo de escaleras de madera. Para cuando los lubbockins se hubieron recuperado y echaron a correr tras él, Charmain y Sophie ya no estaban lejos. Jamal y su perro estaban muy por detrás.

Y por la escalera de madera subieron los cinco que iban delante. Twinkle iba ahora muy despacio. Charmain estaba bastante segura de que fingía. Pero los lubbockins dieron gritos de triunfo y aceleraron.

—¡Oh, no, otra vez no! —gruñó Sophie mientras Twinkle abría la puerta de arriba y salía al tejado. Los lubbokins salieron disparados tras él. Cuando Charmain y Sophie llegaron allí y se asomaron por la puerta, al tiempo que intentaban recuperar el aliento, vieron a ambos lubbockins sentados a horcajadas sobre el tejado dorado. Estaban en mitad de él y sus caras reflejaban que preferirían haber estado en cualquier otra parte. No había rastro de Twinkle.

—Y ¿qué pretenden ahora? —dijo Sophie.

Casi al mismo tiempo, Twinkle apareció en la puerta, enrojecido y riendo como un ángel, con sus rizos dorados rodeados por una estela de luz.

—¡Venid a ver lo que he encontrado! —exclamó alegremente—. ¡Zeguidme!

Sophie le cogió de un costado y señaló el tejado:

—¿Y qué pasa con esos dos? —preguntó entre jadeos—. ¿Nos limitamos a esperar que se caigan?



Twinkle rió entre dientes.

—¡Ezpera y veráz!

Inclinó su cabeza dorada para escuchar. Abajo, los gruñidos y arañazos del perro del cocinero se oían cada vez más fuertes. Había superado a su amo y subía gruñendo y dando golpes por la escalera; también jadeaba sin parar. Twinkle asintió y se dirigió al tejado. Hizo un pequeño gesto y murmuró una palabra. Los dos lubbockins allí posados crujieron, emitiendo un desagradable sonido, y se convirtieron en dos cosas pequeñas y violetas agitándose por el borde del tejado dorado.

—¿Qué...? —farfulló Charmain.

La sonrisa de Twinkle se amplió y se volvió más angelical, si cabe.

—*Calamarez* —anunció exultante—. El perro del cocinero *ze* muere por *loz calamarez*.

—¿Eh? Ah, calamares, ya te entiendo —dijo Sophie.

El perro del cocinero llegó mientras ellos hablaban, con sus patas funcionando como pistones y las babas colgando por sus poderosas mandíbulas. Salió por la puerta y recorrió el tejado como un rayo marrón. A mitad de camino, sus mandíbulas hicieron *crunch* y, después, otra vez *crunch*, y los calamares desaparecieron. Sólo entonces se dio cuenta el perro de dónde estaba. Se quedó petrificado, con dos patas a un lado del tejado y dos patas tías en el otro, y gimiendo lastimeramente.

—¡Pobrecillo! —dijo Charmain.

—El cocinero lo *rezcatará* —aseguró Twinkle—. *Vozotraz zeguidme y no oz alejéiz. Tenéiz* que girar a la izquierda por *ezta* puerta antes de que *vueztrozpiez* toquen el tejado.

Atravesó la puerta girando a la izquierda y desapareció.

«Creo que ya lo entiendo», pensó Charmain. Era como las puertas del tío abuelo William, excepto que aquella estaba increíblemente alta. Dejó que Sophie pasara delante para poder agarrarla de la falda si esta se equivocaba. Pero Sophie estaba más acostumbrada a la magia que Charmain. Dio un paso a la izquierda y desapareció sin problemas. Sin embargo, Charmain dudó un momento antes de atreverse a seguirla. Cerró los ojos y dio el paso. Pero sus ojos se abrieron solos al hacerlo y vio de refilón cómo el tejado dorado pasaba de largo a su lado. Antes de poder decidir si gritaba «ylf» para invocar el hechizo para volar, ya estaba en otro sitio. Un espacio cálido y triangular con vigas en el techo.

Sophie soltó una maldición. Con la poca luz, se había dado un golpe en el dedo del pie con una de las muchas pilas de ladrillos llenos de polvo diseminadas por la habitación.

—¡Ezo no *ze* dice! —la regañó Twinkle.



—¡Cállate! —gritó Sophie a la pata coja a la vez que se agarraba el dedo lastimado—. ¿Por qué no creces?

—Todavía no, ya te lo dije —dijo Twinkle—. Aún *tenemos* que *dezenmazcarar* al príncipe Ludovic. ¡Ah, mira! *Ezo mismo* acaba de *pazar* cuando he llegado yo.

Una luz dorada cubría la pila más grande de ladrillos. Los ladrillos captaban la luz y brillaban, a su vez, dorados bajo el polvo. Charmain se dio cuenta de que no eran ladrillos, sino lingotes de oro macizo. Para aclararlo, aparecieron unas letras doradas flotando sobre los lingotes. Con caligrafía antigua decían:

«Den laz graciaz al mago Melicot

Que el oro del rey ezcondió».

—¡Guau! —exclamó Sophie soltándose el dedo—. Melicot debía de cecear igual que tú. ¡Sois como almas gemelas! La misma poca cabeza. No se pudo resistir a escribir su nombre en letras doradas, ¿a que no?

—Yo no quiero *ezcribir* mi nombre con *letraz doradaz* —replicó Twinkle con mucha dignidad.

—¡Ya! —dijo Sophie.

—¿Dónde estamos? —preguntó Charmain enseguida cuando pareció que Sophie estaba a punto de agarrar un lingote y arrearle a Twinkle en la cabeza—. ¿Es esto el tesoro real?

—No, *eztamos* bajo el tejado dorado —respondió Twinkle—. Inteligente, ¿verdad? Todo el mundo *zabe* que el tejado no *ez* de oro, *azi* que a nadie *ze* le ocurriría *buzcar* oro aquí.

Cogió uno de los lingotes, lo puso en el suelo para quitarle el polvo y se lo dio a Charmain. Pesaba tanto que casi sé le cae.

—Tu *llevaráz lazpruebaz* —dijo él—. Creo que el Rey va a *eztar* encantado de *verlaz*.

Sophie, que parecía haberse calmado un poco, intervino:

—¡Ese ceceo! ¡Me está volviendo loca! ¡Creo que lo odio aún más que los rizos dorados!

—¡Pero *pienza* en lo útil que *ez*! —protestó Twinkle—. El horrible Ludovic intentó *zecueztrarme* a mí y *ze* olvidó por completo de Morgan —volvió su mirada azul llena de sentimiento hacia Charmain—. Tuve una infancia horrible. Nadie me quería. Creo que tengo derecho a una *zegunda* oportunidad *ziendo más* guapo, ¿no *creez*?

—No le hagas caso —dijo Sophie—. Está fingiendo. Howl, ¿cómo salimos de aquí? He dejado a Morgan con el Rey, y Ludovic también está abajo. Si no bajamos rápido,



el príncipe va a empezar a pensar en coger también a Morgan.

—Y Calcifer me pidió que os dijera que os dieseis prisa —añadió Charmain—. El castillo está esperando en la plaza Real. En realidad, vine a deciros que...

Antes de que pudiese acabar la frase, Twinkle hizo algo que provocó que toda la estancia girara y ellos acabaran de nuevo de pie al lado de la puerta abierta al tejado. Al lado de la puerta, Jamal estaba tumbado bocabajo sobre la punta del tejado, temblando como una hoja, con un brazo estirado intentando agarrar la pata trasera izquierda de su perro. El perro no dejaba de gruñir. Odiaba que le tirasen de la pata y odiaba el tejado, pero le daba demasiado miedo caerse como para moverse.

Sophie dijo:

—Howl, sólo tiene un ojo y no mucho equilibrio.

—Lo sé —contestó Twinkle—, lo sé. ¡Lo sé!

Movió un brazo y Jamal se deslizó hacia la puerta arrastrando al perro gruñón.

—¡Podría haber muerto! —exclamó Jamal cuando ambos aterrizaron uno sobre el otro a los pies de Twinkle—. ¿Por qué no hemos muerto?

—*Zólo Dioz lo zabe* —dijo Twinkle—. Si *noz dizculpa*, *tenemoz* que ver al Rey para hablarle de *unaz piezaz* de oro.

Se fue dando saltitos por las escaleras. Sophie salió corriendo detrás y Charmain la siguió, tambaleándose bastante por culpa del lingote de oro. Bajaron y bajaron y bajaron corriendo hasta que giraron la esquina del último tramo. Llegaron justo en el momento en que el príncipe Ludovic empujó a un lado a la princesa Hilda, pasó de largo a Sim y arrancó a Morgan de brazos del Rey.

—¡Hombre malo! —exclamó Morgan, y agarró el precioso pelo rizado del príncipe Ludovic para tirar de él. El pelo se cayó, dejando al descubierto una cabeza suave, calva y violeta.

—¡Te lo dije! —chilló Sophie, y pareció que salía volando. Ella y Twinkle bajaron corriendo por las escaleras, uno al lado del otro.

El príncipe levantó la cabeza para mirarlos, la bajó para mirar a Waif, que intentaba morderle el tobillo, e intentó arrancar la peluca de las manos de Morgan. Morgan estaba golpeándole la cara con ella sin dejar de berrear «¡hombre malo!». El hombre gris gritó:

—¡Por aquí, alteza! —y ambos lubbockins salieron corriendo hacia la puerta más cercana.

—¡A la biblioteca, no! —bramaron la princesa y el Rey al unísono.

Lo dijeron con tanta intención y autoridad que el hombre gris se paró, giró y llevó al príncipe en otra dirección. Eso le dio a Twinkle tiempo de atrapar al príncipe Ludovic y colgarse de su manga de seda. Morgan dio un grito de alegría y soltó la



peluca sobre la cara de Twinkle, cegándolo en parte. Twinkle fue arrastrado hasta la siguiente puerta con el hombre gris corriendo por delante, Waif persiguiéndolos, ladrando sin cesar, y Sophie tras Waif gritando:

—¡Suéltalo ahora mismo o te mataré!

Tras ella, el Rey y la princesa también los perseguían.

—¡Afirmo que esto ya es demasiado! —exclamó el Rey.

La princesa se limitó a ordenarles que parasen.

El príncipe y el hombre gris intentaron atravesar la puerta con los niños y cerrarla en las narices de Sophie y el Rey. Pero en el momento en que dio el portazo, Waif consiguió de algún modo que la puerta volviese a abrirse y el resto entró corriendo por ella.

Charmain iba la última, con Sim. En aquel momento, le dolían los brazos.

—¿Puedes aguantar esto? —le pidió a Sim—. Es una prueba.

Le dio a Sim el lingote de oro mientras él le contestaba:

—Por supuesto, señorita.

Sus brazos y manos cayeron bajo el peso del lingote. Charmain le dejó haciendo malabarismos y se coló en lo que resultó ser la habitación grande con caballos balancín alineados contra las paredes. El príncipe Ludovic estaba de pie en el centro, con un aspecto muy extraño con la calva violeta al descubierto. Sostenía a Morgan con un brazo rodeándole el cuello y Waif saltaba y daba vueltas a sus pies intentando agarrarlo. La peluca estaba caída en el suelo como un animal muerto.

—Vais a hacer lo que yo diga —estaba diciendo el príncipe— o el niño sufrirá las consecuencias.

Los ojos de Charmain captaron un repentino resplandor azul en la chimenea. Miró y vio a Calcifer, que debía de haber entrado en busca de troncos. Se acomodó entre la madera sin encender con expresión placentera. Cuando vio que Charmain lo miraba, le guiñó uno de sus ojos naranjas.

—¡Sufrirá, he dicho! —amenazó el príncipe Ludovic con dramatismo.

Sophie miró a Morgan, que se debatía en brazos del príncipe y, después, miró a Twinkle, que estaba simplemente allí mirándose los dedos como si nunca antes los hubiera visto. Miró de reojo a Calcifer y pareció que este intentaba contener la risa. Su voz sonó temblorosa cuando dijo:

—Alteza, le advierto que está cometiendo usted un terrible error.

—Ciertamente —asintió el Rey jadeando y con la cara enrojecida a causa de la persecución—. No tenemos en High Norland la costumbre de juzgar a nadie por traición, pero será un placer para nosotros hacer una excepción contigo.



—¿Cómo te atreves? —vociferó el príncipe—. Yo no soy uno de tus subditos, yo soy un lubbockin.

—Entonces, según la ley, no puedes suceder a mi padre como rey —afirmó la princesa Hilda. A diferencia del Rey, estaba muy tranquila y muy digna.

—¿Ah, no? —dijo el príncipe—. Mi padre, el lubbock, dice que yo seré rey, que piensa gobernar el país a través de mí. Me deshice del mago para que nada se interpusiese en nuestro camino. Me tenéis que coronar rey ahora mismo o este niño sufrirá las consecuencias. Aparte de eso, ¿qué he hecho mal?

—¡Les has quitado todo el dinero! —gritó Charmain—. Os vi a los dos, perversos lubbockins, obligar a los kobolds a cargar todo el dinero de los impuestos a Castel Joie. ¡Y vas a soltar a ese niño antes de que lo estrangules!

Para entonces, la cara de Morgan ya estaba de color rojo brillante y se agitaba frenéticamente. «Creo que los lubbockins no tienen sentimientos —pensó Charmain—. ¡Y no entiendo qué es lo que Sophie encuentra tan gracioso!».

—¡Dios mío! —exclamó el Rey—. ¡Así que es allí donde ha ido a parar todo, Hilda! Eso sí que es resolver un enigma. Gracias, querida.

El príncipe Ludovic dijo enfadado:

—¿Por qué estáis tan contentos? ¿Es que no me habéis oído? —se volvió hacia el hombre gris—. Luego nos ofrecerá pastas. Haz tu hechizo. Sácame de aquí.

El hombre gris asintió y alargó sus débiles manos violetas. Pero fue en ese momento cuando apareció Sim con el lingote de oro en brazos. Se dirigió tambaleándose al hombre gris y le soltó el lingote sobre el dedo gordo del pie.

Después de eso, pasaron muchas cosas al mismo tiempo.

Mientras el hombre gris, ahora totalmente violeta a causa del dolor, iba dando saltos y gritando, Morgan pareció llegar al límite de aire. Sus manos se convulsionaban de manera extraña. Y el príncipe Ludovic se encontró agarrando a un hombre alto vestido con un elegante traje de satén azul. Soltó al hombre, que enseguida se dio la vuelta y le dio un puñetazo en la cara al príncipe.

—¿Cómo te atreves! —gritó el príncipe—. ¡A mí nadie me hace eso!

—Mala suerte —replicó el mago Howl, y le dio otro puñetazo. Esta vez, el príncipe Ludovic pisó la peluca y cayó al suelo cuan largo era—. Este es el único idioma que entienden los lubbockins —dijo el mago al Rey—. ¿Has tenido bastante, chico?

Al mismo tiempo, Morgan, que parecía llevar el traje azul de terciopelo de Twinkle, arrugado y demasiado grande para él, fue corriendo hacia el mago diciendo:

—Papi, papi, ¡papi!

«Ya lo entiendo —pensó Charmain—. Se han intercambiado de algún modo. Es un



truco muy bueno. Me gustaría aprender a hacerlo». Mientras miraba al mago apartar con cuidado a Morgan del príncipe, se preguntó porque había querido Howl ser más guapo de lo que era. Su aspecto era el que la mayoría de la gente definiría como el de un hombre guapo, aunque, pensó, su pelo era un poco irreal. Le caía sobre los hombros cubiertos de satén azul formando unos inverosímiles rizos rubios.

Pero, también al mismo tiempo, Sim dio un paso atrás mientras el hombre gris daba saltos frente a él e intentaba hacer algún tipo de anuncio oficial. Pero Morgan hacía tanto ruido y Waif ladraba tan fuerte que lo único que oyeron todos fue «alteza» y «Su Majestad».

Mientras Sim hablaba, el mago Howl miró la chimenea y asintió. Entonces, pasó algo entre el mago y Calcifer que no fue exactamente un resplandor de luz y tampoco un resplandor de luz invisible. Mientras Charmain seguía intentando describirlo, el príncipe Ludovic se comprimió sobre sí mismo y desapareció. Lo mismo le ocurrió al hombre gris. En su lugar, aparecieron dos conejos.

El mago Howl los miró primero a ellos y después a Calcifer.

—¿Por qué conejos? —preguntó cogiendo a Morgan en brazos. Morgan dejó de gritar al momento y se hizo el silencio.

—Todos esos saltos —dijo Calcifer— me hicieron pensar en conejos.

El hombre gris seguía saltando, aunque lo que saltaba ahora era un gran conejo blanco con los ojos saltones de color violeta. El príncipe Ludovic, que era de color marrón claro con los ojos violeta aún más grandes, parecía demasiado sorprendido para moverse. Estiró las orejas, agitó la nariz...

Y fue entonces cuando Waif atacó.

Mientras tanto, las visitas que Sim había intentado anunciar ya habían entrado en la habitación. Waif mató al conejo marrón casi bajo las ruedas de la silla pintada por los kobolds y que estaba empujando la bruja de Montalbino. El tío abuelo William, bastante pálido y delgado, pero mucho mejor, estaba sentado en la silla sobre una montaña de cojines azules. Él, la bruja y Timminz, que estaba de pie en los cojines, se asomaron por el lateral de la silla azul de madera para ver a Waif gruñir y agarrar al conejo marrón por un lado del cuello, para después, con otro pequeño gruñido, lanzarlo por encima de su espalda hasta caer con un *plof* muerto sobre la alfombra.

—¡Madre mía! —dijeron el mago Norland, el Rey, Sophie y Charmain—. ¡Creía que Waif era demasiado pequeña para hacer eso!

La princesa Hilda esperó a que el conejo aterrizase y se dirigió a la silla. Ignoró con desdén la frenética persecución de Waif y el conejo blanco dando vueltas por la habitación.

—¡Mi querida princesa Matilda! —dijo la princesa alargando sus brazos hacia la madre de Peter—, ¡cuánto tiempo sin verte! Espero que vengas a hacernos una larga visita.



—Depende —repuso la bruja, tajante.

—La hija de mi primo segundo —les explicó el Rey a Charmain y a Sophie— prefiere que la llamen bruja de algún sitio. Siempre se enfada cuando alguien la llama princesa Matilda. Y mi hija lo usa, claro. No soporta el esnobismo inverso.

En ese momento, el mago Howl había subido a Morgan sobre sus hombros para que los dos pudiesen ver cómo Waif había acorralado al conejo tras el quinto caballo balancín de la fila. Se oyeron nuevos gruñidos. Al cabo de poco, el cadáver del conejo blanco apareció volando por encima de los caballos, muerto y tieso.

—¡Hurra! —exclamó Morgan, golpeando con sus puños la cabeza rubia de su padre.

Howl bajó a Morgan rápidamente y se lo dio a Sophie.

—¿Les has contado ya lo del oro? —le preguntó.

—Aún no. Las pruebas se han caído sobre el pie de alguien —dijo Sophie cogiendo a Morgan con fuerza.

—Cuéntaselo ahora —dijo Howl—. Hay algo más que no encaja aquí.

Se inclinó y cogió a Waif, que volvía trotando al lado de Charmain. Waif se revolvió, aulló, estiró el cuello e hizo todo lo posible para dejar claro que con quien quería ir era con Charmain.

—Ahora, ahora —dijo Howl, al tiempo que daba vueltas a Waif, confundido. Al final, la llevó a la silla donde el Rey estaba dándole la mano jovialmente al mago Norland mientras Sophie les enseñaba el lingote. La bruja, Timminz y la princesa Hilda rodeaban a Sophie con los ojos como platos y le preguntaban dónde había encontrado el oro.

Charmain estaba de pie en mitad de la sala sintiéndose olvidada. «Sé que no estoy siendo razonable —pensó—. Sólo soy la misma de siempre. Pero quiero que me devuelvan a Waif. Quiero llevármela cuando me manden de vuelta a casa con madre». Le pareció evidente que iba a ser la madre de Peter quien iba a cuidar del mago de ahora en adelante, y eso ¿dónde dejaba a Charmain?

Hubo un ruido terrible.

La pared se tambaleó, lo que provocó que Calcifer saliera a toda prisa de la chimenea y se posara sobre la cabeza de Charmain. Después, a cámara lenta, un enorme agujero se abrió en la pared al lado de la chimenea. Primero se rompió el papel pintado, después el yeso de debajo. Entonces, las piedras oscuras de debajo del yeso se rompieron y desaparecieron, hasta que no quedó nada, excepto un espacio oscuro. Finalmente, ya no a cámara lenta, Peter salió disparado del agujero y aterrizó delante de Charmain.

—¡Agujero! —exclamó Morgan señalando.

—Creo que sí —asintió Calcifer.



Peter no parecía nada sorprendido. Miró a Calcifer y dijo:

—Así que no has muerto. Sabía que ella se estaba preocupando por nada. No es muy sensata.

—¡Muchas gracias, Peter! —contestó Charmain—. Y ¿cuándo has sido tú sensato? ¿Cuándo?

—Ciertamente —afirmó la bruja de Montalbino—. Yo también quiero saberlo.

Empujó la silla hasta Peter de modo que el tío abuelo William y Timminz pudieran mirar a Peter al igual que el resto, excepto la princesa Hilda, que estaba mirando con lástima el agujero de la pared.

Peter no parecía preocupado. Se sentó.

—Hola, mamá —dijo alegremente—. ¿Por qué no estás en Ingary?

—Porque el mago Howl está aquí —respondió su madre—. ¿Y tú?

—He estado en el taller del mago Norland —dijo Peter—. Fui allí en cuanto le di esquinazo a Charmain —agitó sus manos con el arco iris de cintas en los dedos para explicar cómo había llegado. Pero miró al mago Norland muy asustado—. He tenido mucho cuidado, señor. De verdad.

—¿En serio? —dijo el tío abuelo William mirando el agujero de la pared. Parecía que se estaba arreglando poco a poco. Las piedras negras se estaban cerrando con cuidado y el yeso estaba creciendo sobre las piedras—. ¿Y qué has estado haciendo allí todo un día con su noche, si es que puedo preguntar?

—Hechizos de adivinación —explicó Peter—. Tardan mucho. Tuve suerte de que tuviese usted todos aquellos hechizos de comida, señor, o a estas horas estaría muerto de hambre. Y he usado su cama turca. Espero que no le importe —por la cara que puso el tío abuelo William, estaba claro que sí que le importaba. Peter añadió enseguida—: Pero el hechizo funcionó, señor. El tesoro real tiene que estar aquí, donde están todos, porque le dije al hechizo que me llevase dondequiera que estuviese el tesoro.

—Y así es —corroboró su madre—. El mago Howl ya lo ha encontrado.

—Oh —dijo Peter. Parecía muy entristecido, pero enseguida se alegró—. Entonces, ¡he hecho un hechizo y ha funcionado!

Todo el mundo miró el agujero que se estaba cerrando poco a poco. El papel pintado se estaba moviendo con cuidado sobre el yeso, pero era obvio que la pared ya nunca sería la misma. Tendría un aspecto húmedo y arrugado.

—Estoy segura de que eso es un gran alivio para usted, jovencito —dijo la princesa Hilda amargamente. Peter la miró inexpresivo y se preguntó quién era.

Su madre suspiró.

—Peter, esta es su alteza la princesa Hilda de High Norland. Tal vez podrías ser lo



suficientemente bueno como para levantarte e inclinarte ante ella y ante su padre el Rey. Después de todo, son casi familia nuestra.

—¿Ah sí? —preguntó Peter. Pero se puso de pie y se inclinó muy educadamente.

—Mi hijo, Peter —dijo la bruja—, quien ahora es seguramente heredero a su trono, alteza.

—Encantado de conocerte, chico —contestó el Rey—. Todo esto es muy confuso. ¿Puede alguien explicármelo?

—Yo lo haré, Majestad —dijo la bruja.

—Tal vez deberíamos sentarnos todos —propuso la princesa—. Sim, sé tan amable de retirar esos dos... esto... conejos muertos, por favor.

—Ahora mismo, señora —dijo Sim. Atravesó la habitación a toda prisa y recogió los dos cadáveres. Estaba claramente tan ansioso por oír lo que fuese que iba a contar la bruja que Charmain estaba convencida de que se había limitado a abrir la puerta y tirarlos fuera. Cuando volvió a entrar a toda prisa, todos estaban sentados en los sofás descoloridos, excepto el tío abuelo William, que estaba recostado en los cojines con aspecto maltrecho y cansado, y Timminz, que se sentó en un cojín al lado de la oreja del tío abuelo William. Calcifer volvió a ir a tostarse al hueco de la chimenea. Sophie sentó a Morgan en sus rodillas, donde Morgan se puso a chuparse el dedo gordo y se durmió. Y finalmente, el mago Howl le devolvió a Waif a Charmain. Lo hizo con tal sonrisa de disculpa que Charmain se puso nerviosa.

«Me gusta más como hombre —pensó—. ¡Ahora entiendo porque a Sophie le molestaba tanto Twinkle!». Mientras tanto, Waif se estiró y puso las patas sobre las gafas colgantes de Charmain para lamerle la barbilla. Charmain le frotó las orejas y le acarició el pelo de la cabeza mientras escuchaba lo que la madre de Peter tenía que decir.

—Como ya sabéis —comenzó la bruja—, me casé con mi primo Hans Nicholas, que en aquel momento era el tercero en la línea de sucesión al trono de High Norland. Yo era quinta, aunque, en realidad, las mujeres no contábamos y, además, lo único que yo quería en el mundo era ser bruja profesional. Hans tampoco estaba interesado en ser rey. Su pasión era escalar montañas y descubrir cuevas y nuevos pasos en los glaciares. Nos alegró bastante saber que nuestro primo Ludovic sería el heredero al trono. A ninguno de los dos nos caía bien y Hans siempre decía que Ludovic era la persona más egoísta y falta de sentimientos que conocía, pero los dos pensamos que, si nos íbamos y no mostrábamos interés alguno en el trono, no nos molestaría.

»Así que nos mudamos a Montalbino, donde monté mi oficina de bruja y Hans se convirtió en guía de montaña, y fuimos muy felices hasta poco después de nacer Peter, cuando se hizo terriblemente evidente que nuestros primos estaban cayendo como moscas. Y no sólo morían, sino que también se decía que eran perversos y que



morían a causa de su maldad. Cuando mi prima Isolla Matilda, que era una niña encantadora y adorable, fue asesinada mientras supuestamente intentaba, a su vez, matar a alguien, Hans no tuvo dudas de que quien lo estaba haciendo todo era Ludovic. "Está matando sistemáticamente a todo el resto de herederos al trono —dijo—. Y, al hacerlo, está también manchando nuestro buen nombre".

»Empecé a temer por Hans y Peter. En aquel momento, Hans era, tras Ludovic, el siguiente en la línea sucesoria, y Peter iba después. Así que agarré mi escoba voladora, me até a Peter a la espalda y volé hasta Ingary para hablar con la señora Pentstemmon, quien me había enseñado las artes para ser bruja. Creo —dijo la bruja mirando a Howl— que también te enseñó a ti, mago Howl.

Howl le obsequió con una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Eso fue mucho después; yo fui su último alumno.

—Entonces sabrás que ella era la mejor —dijo la bruja de Montalbino—. ¿Estamos de acuerdo?

Howl asintió.

—Podías creer cualquier cosa que ella dijese —siguió la bruja—. Siempre tenía razón —Sophie asintió a eso, un poco arrepentida—. Pero cuando le pregunté —dijo la bruja—, no estaba segura de que pudiese hacer otra cosa que coger a Peter e irme muy lejos. A Inhico, me propuso. Yo le dije: «¿Y Hans?». Y ella coincidió conmigo en que tenía motivos para preocuparme. «Dame medio día para encontrar la respuesta —me pidió, y se encerró en su taller. Menos de medio día después, salió casi con un ataque de pánico. Jamás la había visto tan contrariada—. Querida —me dijo—, tu primo Ludovic es una criatura malvada llamada lubbockin, descendiente de un lubbock que merodea por las colinas que separan High Norland de Montalbino, y está haciendo exactamente lo que tu Hans sospechaba, sin duda con la ayuda del lubbock. ¡Tienes que irte corriendo a tu casa de Montalbino! Recemos para que llegues a tiempo. Y bajo ningún concepto le cuentes a nadie quién es tu pequeñín, no se lo digas ni a él ni a nadie, o el lubbock intentará matarlo a él también».

—Ah, ¿por eso no me lo habías contado nunca? —preguntó Peter—. Deberías haberlo hecho. Yo sé cuidar de mí mismo.

—Eso es exactamente lo que el pobre Hans pensaba —replicó su madre—. Debería haberle obligado a venir a Ingary con nosotros. Y no interrumpas, Peter. Casi me haces olvidar lo último que me dijo la señora Pentstemmon, que era: «Hay una salida, querida. En tu tierra natal hay, o había, una cosa llamada regalo élfico que pertenece a la familia real y que tiene el poder de mantener a salvo al rey y al país entero con él. Ve a pedirle al rey de High Norland que le preste a Peter el regalo élfico. Eso lo protegerá». Así que le di las gracias, volví a colgarme a Peter a la espalda y volé todo lo deprisa que pude de vuelta a Montalbino. Quería pedirle a Hans que me acompañase a High Norland a pedir el regalo élfico, pero cuando llegué a casa me dijeron que Hans había subido a Gurtterhorns con un equipo de



rescate de montaña. En aquel momento tuve una terrible premonición. Salí volando directamente a las montañas con Peter aún a la espalda. Para entonces, él lloraba de hambre, pero no me atrevía a parar. Y llegué justo a tiempo de ver al lubbock provocar la avalancha que mató a Hans.

La bruja paró en ese punto como si no pudiese seguir. Todo el mundo esperó respetuosamente a que tragase saliva y se secase los ojos con un pañuelo de colores. Después, bajó los hombros con eficiencia y continuó:

—Rodeé a Peter de protecciones mágicas lo más fuertes posible. Le dejé crecer en el mayor de los secretismos y ni siquiera me importó cuando Ludovic empezó a contarle a todo el mundo que me habían encerrado por loca en los calabozos de Castel Joie. Eso quería decir que nadie sabía de la existencia de Peter. Y al día siguiente de la avalancha, dejé a Peter con una vecina y vine a High Norland. Seguramente, tú te acuerdas, ¿verdad? —le preguntó al Rey.

—Sí, me acuerdo —asintió el Rey—. Pero no me contaste nada de Peter o de Hans y no tenía ni idea de que el tema fuese tan triste y urgente. Y, por supuesto, no tenía el regalo élfico. Ni siquiera sabía qué aspecto tenía. Lo único que hiciste fue provocar que junto con mi buen amigo el mago Norland, aquí presente, empezásemos a buscar el regalo élfico. Llevamos ya trece años buscándolo. Y no hemos llegado demasiado lejos, ¿verdad, William?

—En realidad, no hemos llegado a ningún sitio —coincidió el tío abuelo William desde su silla y rio entre dientes—. Pero la gente sigue pensando que yo soy un experto en regalos élficos. Algunos, incluso, dicen que el regalo élfico soy yo y que yo protejo al Rey. Y yo protejo al Rey, por supuesto, pero no del mismo modo en que lo haría un regalo élfico.

—Ese es uno de los motivos por los que te mandé a Peter —dijo la bruja—. Siempre cabía la posibilidad de que los rumores fuesen ciertos. Y yo sabía que, en cualquier caso, tú podrías cuidar de Peter. Yo misma he estado buscando el regalo élfico durante años porque pensaba que seguramente podría librarnos de Ludovic. Beatrice de Strangia me dijo que el mago Howl, de Ingary, era el mejor adivinador del mundo, así que fui a Ingary a pedirle que lo encontrara.

El mago Howl echó hacia atrás su rubia cabeza y se echó a reír.

—¡Y tienes que admitir que lo he encontrado! —dijo—. Contra todo pronóstico, ahí está, sentado en las rodillas de la señorita Charming.

—¿Qué...? ¿Waif? —preguntó Charmain. Waif meneaba la cola con expresión tímida.

Howl asintió.

—Exactamente. Tu pequeña perra mágica —se volvió hacia el Rey—. ¿No mencionan sus archivos un perro por ningún lado?

—Muy a menudo —contestó el Rey—. Pero no tenía ni idea... Mi bisabuelo le hizo



un funeral de estado a su perro cuando murió y yo me limité a preguntarme a qué venía tanto revuelo.

La princesa Hilda carraspeó levemente.

—Por supuesto, la mayoría de nuestros cuadros han sido vendidos —dijo—, pero yo recuerdo que muchos de los reyes anteriores habían sido retratados con perros a su lado. Aunque en general tenían un aspecto más... esto... noble que Waif.

—Supongo que los hay de todas las formas y tamaños —intervino el tío abuelo William—. Me da la sensación que el regalo élfico es algo que heredan algunos perros, y los reyes antiguos olvidaron cómo criarlos correctamente. Ahora, por ejemplo, cuando Waif tenga sus cachorros a finales de año...

—¿Qué? —exclamó Charmain—. ¿Cachorros? —Waif volvió a menear la cola y puso una expresión aún más recatada. Charmain levantó el mentón de Waif y la miró inquisitivamente a los ojos—. ¿Con el perro del cocinero? —Waif parpadeó tímidamente—. ¡Oh, Waif! —se lamentó Charmain—. ¡Sólo Dios sabe la pinta que tendrán!

—Sólo podemos esperar —dijo el tío abuelo William—. Uno de los cachorros podría heredar el regalo élfico. Pero hay otra cosa importante, querida: Waif te ha adoptado a ti, y eso te convierte en la guardiana del regalo élfico de High Norland. Además, la bruja de Montalbino me ha contado que *El libro del palimpsesto* también te ha adoptado; es así, ¿verdad?

—Esto... yo... eh... Me dejó hacer algunos de sus hechizos —admitió Charmain.

—Entonces está decidido —resolvió el tío abuelo William acurrucado cómodamente en los cojines—, vendrás a vivir conmigo como mi aprendiz de ahora en adelante. Tienes que aprender a ayudar a Waif a proteger el país correctamente.

—Oh... sí... pero... —balbuceó Charmain—. Madre no me va a dejar... Dice que la magia no es respetable. Aunque seguramente a mi padre no le importará —añadió—. Pero mi madre...

—Yo la convenceré —repuso el tío abuelo William—. Si hace falta, mandaré a tía Sempronia.

—Mejor aún —dijo el Rey—: haré un Decreto Real. Tu madre quedará impresionada. Es que te necesitamos, querida.

—Sí, ¡pero yo lo que quiero es ayudarlos con los libros! —exclamó Charmain.

La princesa Hilda volvió a carraspear con suavidad.

—Yo estaré muy ocupada —dijo— redecorando y renovando la mansión —el lingote de oro estaba en el suelo a sus pies. Le dio un suave golpecito con el zapato—; volvemos a ser solventes —añadió con alegría—. Propongo que me sustituyas en la biblioteca para ayudar a mi padre dos veces por semana, si el mago Norland te lo permite.



—¡Oh, gracias! —dijo Charmain.

—Y en cuanto a Peter... —continuó la princesa.

—No hace falta que te preocupes por Peter —la interrumpió la bruja de Montalbino—. Me quedaré con Peter y Charmain a cuidar de la casa, al menos hasta que el mago Norland se recupere. A lo mejor me quedo para siempre.

Charmain, Peter y el tío abuelo William intercambiaron miradas de terror. «Entiendo que sea tan eficiente, se quedó sola a cargo de Peter, al que tenía que proteger —pensó Charmain—. Pero si ella se queda en esa casa, ¡me vuelvo con madre!».

—De ninguna manera, Matilda —replicó la princesa Hilda—. Peter es responsabilidad nuestra, ahora que está claro que es nuestro príncipe heredero. Peter vivirá aquí e irá a casa del mago Norland a sus clases de magia. Tú tienes que volver a Montalbino, Matilda. Allí te necesitan.

—Y los kobolds nos ocuparemos de la casa como siempre habíamos hecho —dijo Timminz con su vocecilla aguda.

«¡Bien! —pensó Charmain—. A mí aún no se me dan bien las tareas del hogar, y creo que a Peter tampoco».

—Bendito seas, Timminz, y tú también, Hilda —murmuró el tío abuelo William—. Sólo de pensar en tanta eficiencia en mi casa...

—Estaré bien, mamá —aseguró Peter—. Ya no tienes que protegerme.

—Si estás seguro —dijo la bruja—, a mí me parece...

—Bueno —intervino la princesa Hilda con al menos tanta eficiencia como la bruja—, ya sólo nos falta despedirnos de nuestros generosos, útiles y algo excéntricos invitados, y agitar los brazos mientras su castillo se eleva. Vamos todos.

—¡Ups! —exclamó Calcifer, y salió disparado por la chimenea.

Sophie se levantó y le sacó el dedo de la boca a Morgan. Este se despertó, miró alrededor, vio a su padre y volvió a mirar. Su rostro se arrugó:

—*Dwinkle* —dijo—. *Dwinkle*, ¿dónde? —y se puso a llorar.

—Mira lo que has conseguido —le espetó Sophie a Howl.

—Siempre puedo volver a convertirme en Twinkle —sugirió Howl.

—Ni se te ocurra —contestó Sophie, y salió por el húmedo pasillo tras Sim.

Cinco minutos después estaban todos reunidos en la escalera de entrada de la mansión para ver a Sophie y Howl tirar del enfadado Morgan, que estaba llorando, para meterlo por la puerta del castillo. Cuando se cerró la puerta que amortiguaba los gritos de «*Dwinkle, Dwinkle, Dwinkle*», Charmain se inclinó y le murmuró a Waif, a quien tenía en brazos:



—¿Así que protegías el país? ¡Y yo ni me di cuenta!

Para entonces, la mitad de los habitantes de High Norland estaba reunida en la plaza Real para ver el castillo. Todos miraron incrédulos cómo el castillo se elevaba un poco sobre el suelo y se dirigía tranquilamente a una calle hacia el sur. En realidad, era apenas un callejón.

—¡No pasará! —decía la gente.

Pero, de algún modo, el castillo se estrechó para pasar por el angosto hueco y siguió adelante hasta perderse de vista.

Los habitantes de High Norland lo vitorearon.

Fin